

El Aroí

Aventuras en el río

Neptaly Fuenmayor



Fundación Ediciones

Clío

El Arol

Aventuras en el río

Neptaly Fuenmayor

El Arol. Aventuras en el río

Neptaly Fuenmayor (autor)



@Ediciones Clío

Maracaibo, Venezuela

1ra edición

Hecho el depósito de ley:

ISBN: 978-980-451-065-6

Depósito legal: ZU2025000124

Producción: Jorge F. Vidovic L. y Julio César García Delgado

Diseño de portada y diagramación: Julio César García Delgado

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

El Arol, de Neptaly Fuenmayor, es una obra que entrelaza diversas historias humanas en un pueblo ribereño, explorando temas como el amor, la traición y la redención. Toruno, un joven pescador, vive un romance complicado con Catira mientras enfrenta dilemas familiares. La narrativa se desarrolla entre paisajes fluviales y escenas cotidianas, mostrando la crudeza y belleza de la vida rural. Personajes como Chucho, Mora y Jeny aportan capas de complejidad al relato, abordando cuestiones de lealtad y sacrificio. La prosa evoca vívidamente los elementos naturales, especialmente el río Arol, que actúa como testigo y catalizador de las emociones humanas. La historia combina realismo mágico con drama psicológico en un ambiente cargado de simbolismo.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

A la memoria de mi padre: Jesús Ferrer, quien con su ejemplo me enseñó la honestidad y la responsabilidad.

*Dedico esta obra con amor e ilusión a mi esposa Johana
Zuñiga*

*A mis hijos Neptaly Johan y Jhonnep Johan, porque son
un faro de luz en mi vida, vivo para ellos.*

Índice general



<i>I. El misterio del río.....</i>	<i>9</i>
<i>II. El canal causa enemistades</i>	<i>23</i>
<i>III. Amores pasajeros</i>	<i>33</i>
<i>IV. La sombra de la infidelidad</i>	<i>47</i>
<i>V. El amor toca la puerta.....</i>	<i>58</i>
<i>VI. En busca del Caimán</i>	<i>76</i>
<i>VII. El robo</i>	<i>95</i>
<i>VIII. Sensualidad en el aire</i>	<i>110</i>
<i>IX. Los novios</i>	<i>125</i>
<i>X. Una tentación para Toruno.....</i>	<i>137</i>
<i>XI. Los coqueteos furtivos</i>	<i>161</i>

<i>XII. Mora tiene rabo de paja.....</i>	<i>177</i>
<i>XIII. Cazando la escurridiza Lapa.....</i>	<i>198</i>
<i>XIV. Un gran cocodrilo.....</i>	<i>212</i>
<i>XV. Guaguao tiene un accidente.....</i>	<i>229</i>
<i>XVI. Picardías en el colegio.....</i>	<i>240</i>
<i>XVII. Pelea de hermanos.....</i>	<i>255</i>
<i>XVIII. El regreso del hijo prodigo.....</i>	<i>272</i>
<i>XIX. Toruno va a Kaibo.....</i>	<i>297</i>
<i>XX. Peligro entre garras.....</i>	<i>307</i>
<i>XXI. Las tres mosqueteras.....</i>	<i>322</i>
<i>XXII. Un nuevo amor en la vida de Toruno.....</i>	<i>339</i>
<i>XXIII. Llegan las serenatas.....</i>	<i>371</i>
<i>XXIV. Adiós Juan Grande.....</i>	<i>388</i>
<i>XXV. Qué vivan los graduados.....</i>	<i>404</i>
<i>XXVI. Toruno en peligro.....</i>	<i>418</i>
<i>XXVII. El amor triunfa.....</i>	<i>430</i>

I



El misterio del río

A las orillas del río Arol se extiende una pequeña comunidad, un plácido y seguro colectivo de pescadores y campesinos, muy buenos vecinos, alegres y colaboradores entre sí y con sus visitantes. Es un lugar hermoso, lleno de vegetación variada y fauna abundante, realmente una maravilla olvidada en la tierra, un lugar que marchó del paraíso para vivir escondido. Un imponente puente metálico de color plateado lo atraviesa de norte a sur desde la gran ciudad de Kaibo, en la proximidad de este importante puente de unos veinte metros de alto y cincuenta metros de largo, esta comunidad construye sus viviendas, con la intención de estar cerca de la carretera de doble vía, hacia el norte Kaibo y al sur Kruza, de ese modo todos pueden tener acceso al transporte terrestre, participar del comercio y poder cruzar el río a pie sin mojarse ni usar la canoa.¹

Se cuenta entre los pescadores más antiguos, que varios imprudentes y algunos necios habían perecido en sus aguas y otros

1 Embarcación pequeña para pesca en ríos.

entre los dientes de los caimanes. En ocasiones, los pescadores más antiguos recuerdan un caso particular, hace algunos años, una pareja formada por una mujer y un hombre que daban la impresión de estar embelesados, llegaron una mañana de verano, cuando el río está bajito, las playas² son muy largas y hermosas.

En ese rincón olvidado del mundo, donde el río susurraba secretos antiguos a las piedras y el viento tejía melodías en los árboles, esos dos viajeros quedaron eclipsados como dos almas perdidas buscando respuestas en el agua. Él, un hombre alto como un roble, con barba densa que parecía la selva misma, y ella, una figura pequeña y luminosa, con cabellos dorados que brillaban como hilos de sol atrapados en la corriente. Sus pantaloncillos cortos, como promesas de libertad, ondeaban al ritmo de la brisa, y sus pasos eran ligeros, como si caminaran sobre el filo de una nube.

El río, esa serpiente de agua que nunca se cansa de moverse, los invitó a adentrarse en sus aguas. Con una mirada cómplice, se sumergieron en el abrazo de la corriente, sin saber que el río no era un amigo, sino un amante celoso que guarda sus secretos en las profundidades. En un instante, la calma que los rodeaba se desvaneció, y el agua se tragó sus cuerpos como un monstruo de agua que devora lo que no puede comprender. La superficie, que antes era un espejo de cielos y montañas, ahora se convertía en un lienzo oscuro, ocultando sus luchas en su vientre.

La profundidad del río se les echó encima, como un túnel sin fin que los arrastraba a su oscuridad. Él, como un

2 Orilla del río sin vegetación.

árbol que lucha contra la tormenta, intentaba mantener su cuerpo a flote, pero la corriente lo arrastraba con una fuerza imparable. Ella, pequeña como una hoja, trataba de nadar, pero el río, como una bestia hambrienta, la engullía, tragándose sus esfuerzos. El agua, fría y traicionera, se convirtió en una tela invisible que los envolvía, aprisionándolos en su abrazo mortal.

Y así, entre las aguas profundas que rugían como un océano enfurecido, se perdieron. El hombre alto, que había sido un gigante sobre la tierra, ahora era solo un suspiro en el agua. Ella, la rubia luminosa, se desvaneció como una estrella en la tormenta. El río, como siempre, no se detenía, ni siquiera para rendirles homenaje. En su eterno fluir, solo quedaba el eco de sus nombres, apagado por la voracidad del agua.

Cuentan que los incautos preguntaron por un lugar donde pudieran disfrutar del río. Juan Grande es quien les sugiere ir al pozo del Motilón, allí las playas son largas y hay un recodo³ hermoso, está a unos cuatrocientos metros del puente, en la primera curva hacia la izquierda, río abajo. Las mochilas parecían abultadas, probablemente con ropas o comida, caminaron en dirección al lugar indicado por la orilla derecha, Pepas y Juan Grande los vieron caminar, la mochila azul de él y la roja de ella se veían desde el puente, hasta que la curva impidió que los siguieran con la vista. Por la tarde, algunos recordaron a los turistas, nadie los había visto regresar, Juan grande propone ir a revisar la playa del Motilón, Pepas ofreció su embarcación para ir más rápido,

3 Ángulo o revuelta que forma el río torciendo notablemente la dirección que traía.

siempre presumía su velocidad. Al llegar al lugar, vieron las botas, las ropas y muchas pisadas, pero no las mochilas. Los amigos gritaron en todas las direcciones por varios minutos con la esperanza de encontrar respuestas, pero los visitantes nunca fueron vistos de nuevo. El río fue su último testigo, el Arol se los fagocitó, quizá las garzas del recodo saben lo que ocurrió, tal vez alguien se los llevó.

Así pues, esta es una comunidad que se desarrolla en la primera década del segundo milenio, pero están apartados de la sociedad, lejos de la tecnología, escondidos de la telefonía y del internet. Ellos conocen los beneficios de los avances tecnológicos como la computadora y el teléfono, pero la forma de vida que han elegido los mantiene aislados de las ciudades. Solo un par de viviendas pueden tener el lujo de la electricidad, pero solo para cosas básicas como una refrigeradora o un televisor.

El río Arol es un afluente caudaloso, de unos treinta metros aproximados de ancho, los pescadores desconocen el largo del mismo, pero tardarían al menos diez días para transitarlo con canoa y motor, este imponente torrente fluye de oeste a este. Su hermoso cauce de aguas revueltas y color amarillentas, es como un Nilo, es el motor de la economía de los vecinos, es pues lo más importante que tienen las personas de la comunidad.

En la parte sur del Arol, podíamos encontrar en sentido oeste hacia el este, primero la familia de los Ferrer, esta familia es numerosa, la cabeza de ellos y en quienes se apoyan todos es Chucho. Él es un hombre mayor, un individuo de

unos sesenta años, los años le habían convertido en nieve sus cabellos. Chucho es una persona amable y amistosa con todos sus vecinos, por el contrario, su mujer; la señora Mora es una fémima muy conflictiva, aún era joven pues tenía unos treinta años menos que Chucho. Con ellos vivían sus hijos, de mayor a menor: El Guaguao, El Toruno, El Babillito y La Negra. Todos son menores de edad, solo Guaguao alcanza los diecisiete años, mientras que la negra supera los ocho años. Chucho y Mora tienen dos hijos más, dos varones, ya son mayores de edad, superan los treinta años, es la razón por la que ya no viven con ellos hace tiempo.

Chucho es un hombre delgado, usa barba blanca y le falta un poco de cabello delantero, la Mora es una mujer con mucha masa corporal, de altura similar a su esposo y cabello negro largo. Por su parte Guaguao ronda los 170 centímetros, es un moreno y muy delgado, Toruno es muy parecido a Guaguao, pero un año menor, Babillito es blanco y delgado, entorno a los diez años y la Negra era la menor de la familia, era la Mora en miniatura.

En ese sentido, esta familia pernocta en una vivienda tipo Churuata⁴ a unos quince metros de la orilla del río, la casa se compone de tres ranchos de palma, en la cocina hay un fogón⁵ de leña, en la sala se encuentran unos taburetes que usan para descansar o recibir visitas, este rancho⁶ no tiene servicio eléctrico, ni internet, mucho menos electrodomésticos, pero podían escuchar a unos quince metros

4 Vivienda de madera y palmas en forma circular.

5 Cocina rústica con una parrilla para usar madera como combustible.

6 Vivienda sencilla.

el saludo del río. Para ellos el sustento principal es la pesca, con la ayuda de su canoa de color verde, por cierto, casi todas las canoas tienen nombre las de los Ferrer tiene como nombre en las bandas externas “El Sufrimiento”.

En esta casa los pescadores casi siempre son El Toruno como timonel y buzo, mientras que como atarrayero siempre estaba Guaguao, además de hermanos, son excelentes compañeros de pesca, la diferencia de edades los acerca, pero Guaguao ve a Toruno como guía. Hay un integrante más de la familia, un ser un tanto extraño y bulloso, un emplumado llamado Teté. Este emplumado es un loro muy hablador, pasa los días repitiendo conversaciones y avisando sobre las visitas a casa.

Chucho es muy buen amigo de Pepas, este vive a escasos metros de su casa, del mismo lado del río, pero hacia el este, río abajo, casi debajo del puente. Su vivienda es un poco distinta, por un lado, es más pequeña, pero está construida con latas de zinc, tampoco tienen servicios básicos, para ellos el río está a diez metros de distancia. Pepas vive con su mujer, ella es llamada por todos como La Gorda, así le decían por sus características físicas, tienen tres hijos pequeños, casi de la misma edad, Gordita es la niña, Álvaro y Pedrito eran sus hermanos, el mayor era Pedrito de unos dieciséis años.

Pepas es un hombre con una fascinación por las bebidas alcohólicas, normalmente toma ron de preferencia, cada semana parece de celebración para él, es un hombre corpulento de unos cuarenta años aproximadamente, usa un

bigote, pero se lo afeita muy seguido, en ocasiones Chucho y Pepas bromean con la posibilidad de ser familia, así que Pepas lo respeta mucho, pero esto no es razón suficiente para estar siempre de buenas. Asimismo, el principal sustento económico es la pesca, su embarcación tiene un nombre que puede leerse fácilmente en la parte exterior de las bandas “El Peluche”. Esta canoa azul es su orgullo, la presume con altivez porque es muy veloz. Cuando alguno de la familia del Toruno desea ir a su casa desde la carretera, debe pasar por el patio de Pepas, así que siempre se saludan cariñosamente.

Del otro lado de la carretera, es decir hacia el este, pero del mismo lado del río, se encuentra la vivienda de Juan Chiquito y Juan Grande. Les decían así para diferenciarlos, pero uno era mayor, son hombres de unos cincuenta años, con vientres prominentes, este par de pescadores comparten una vivienda pequeña, con techos de palma y paredes de bambú, son muy amigos de Chucho y Pepas, a menudo se reúnen para tomarse un trago de licor o una cerveza los fines de semana o fechas especiales. Juan Chiquito y Juan Grande son de los pescadores más experimentados en el Arol y en general en la pesca. Pero Juan Grande ya tiene la salud comprometida, aunque él no le dice a nadie y disimula sus dolencias.

Siguiendo hacia el este, está la familia del Mocho, él mora en una vivienda elevada porque tuvo la idea de construir encima de un muro de arena, para esa tarea había pedido la ayuda de Guagua. Al mocho le falta la mano dere-

cha, pero usa la izquierda con mucha facilidad, es de color, tiene dificultades para caminar y aparenta unos cincuenta años. Él convive con una mujer llamada Berta de edad contemporánea, tiene una larga cabellera, son visitados regularmente por algunos de sus hijos. El mocho no depende exclusivamente de la pesca, porque trata de tener algunas plantas cerca de su casa, principalmente yuca, maíz, plátano y mango. Sin embargo, usa su pequeña canoa amarilla que parece gris por lo desgastada (sin nombre) para ir a poner chinchorros⁷ como paradas en algunas partes del río, casi siempre hacia abajo, no posee motor, pero rema muy bien río arriba.

La última vivienda siguiendo el recorrido hacia el este, la vivienda del Palanquero. Él es un hombre muy alto, delgado, con unas piezas dentales faltantes, tiene una edad de treinta y cinco vueltas al sol, es una vivienda igualmente precaria, muy pequeña, tipo churuata, donde vive con una mujer llamada La Gorila, una mujer con unos Kilitos de más y piel de ébano, por cierto, esta mujer mantiene una relación supuestamente en secreto, pero que todos los vecinos conocen con un hombre muy delgado llamado Pato, el cual va al río frecuentemente a pescar con el que pueda. El Palanquero solo vive de la pesca, también tiene una canoa negra llamada “La Niña”, normalmente pescaba río abajo.

Cruzando el río hacia el norte, en el lado este no hay viviendas, sin embargo, puede verse a unos trescientos me-

7 Red de pesca.

tros la Hacienda⁸ de Parrita, pero este solo tiene actividades agrícolas, posee muchas vacas, varios caballos y unas cien hectáreas. Él es un faro para los pescadores, es una guía moral y proveedor de algunos productos de pesca y caza, un hacendado entrado en edad, ventrudo y bonachón. En esta finca hay varios obreros que se dedican a mantener el funcionamiento de la misma, también un hombre mayor que se encarga del tractor⁹ llamado Moralito, todas las mañanas elige un potrero para pasar la máquina. Para ordeñar están José y Jairo, dos jóvenes que viven allí, usan el cuarto de los obreros, ordeñan dos veces al día de forma manual, primero lo hacen a las dos de la mañana, terminan a las seis de la mañana aproximadamente, después van a desayunar y luego deben hacer queso con la leche que obtienen, finalmente después de las diez de la mañana pueden descansar, quizá dormir un poco. Después del almuerzo deben hacer una segunda ordeñada desde las dos de la tarde hasta las cinco, minutos más o minutos menos, esta vez la leche la recoge un camión que la llevará a otro lugar para su procesamiento. Esa es la rutina diaria de lunes a lunes, Parrita debe estar pendiente del proceso infinito.

Del lado oeste, río arriba, está la tienda de Caraota y su marido El Peorro. Caraota es una persona de color, siempre con moñitos en el cabello y estrabismo notorio, ella vende cualquier cosa que la comunidad requiera, pero no vende congelados por falta de electricidad, aunque con la ayuda de hielo, ofrece algunas bebidas frías. Su marido, básicamente

8 Finca.

9 Vehículo para trabajar la tierra.

es un vago, un borracho mantenido por su mujer. Aunque una vez al año El Peorro podía cazar algún animal, pero solo para gustarlo en él mismo, normalmente es un hombre de mal aspecto, con olor desagradable y barba prominente.

Siguiendo el camino, está la vivienda de Pacho, un hombre que tiene una dificultad en su mano derecha por un golpe innecesario años atrás, es un pescador que vive solo, este tiene su propia canoa y motor, no tiene compañero fijo, en ocasiones alquila sus materiales de pesca y disfruta de su parte de la pesca sin participar. Este hombre toma licor casi a diario. En este punto es importante mencionar que ninguna casa posee un baño, algo tan básico como un retrete no existe en las viviendas, en lugar de eso los vecinos optan por bañarse siempre en el río, los que no saben nadar (que son pocos, por cierto) se bañan en la orilla. Para hacer de aquello (del dos) tienen un bosque inmenso detrás de sus casas, la naturaleza se encarga de lo demás.

La última casa y por supuesto últimos miembros de esta comunidad, son los Gochos, la cabeza de familia es La Chueca, dueña de la casa y directora de los negocios, una mujer de atributos físicos agradables, pero con un defecto en la pierna derecha que la hace cojear, su marido es un hermano de Pepas llamado Polo, él es un hombre alto y tranquilo, pero muy ambicioso, con ellos los hijos de la Chueca, pero no son hijos de él. Daysy; la mayor, seguramente de unos diecisiete años, La Beba y Verijaemico menores de diez años, además la madre de La Chueca, una señora mayor llamada La Gocha, que vende cervezas y licores en

la parte trasera de la casa principal. Esta vivienda sí es una casa, amplia, con todos los servicios básicos, electricidad y automóviles, son las personas con dinero del sector, casi todos los vecinos tienen que ver con la Gocha de una u otra manera, ya que La Chueca se encarga de comprar la mayor cantidad de pescados atrapados por los pescadores y por supuesto los animales cazados por algunos, de esta manera ella mantiene su restaurante ubicado en frente de Parrita.

Así pues, estos son los miembros de la comunidad del río Arol, gente sencilla y trabajadora de la labor acuática. Claro que no son una comunidad hermética, comparten amablemente con sus visitantes. Muchos visitantes llegados de Kaibo iban al Arol a buscar pescadito o visitar a alguno de los habitantes de este maravilloso torrente que sostiene esta colaborativa y humilde comunidad. Todo el pueblo está inmerso en áreas verdes, muchos arbustos, árboles grandes, pequeñas plantas, hierbitas y hasta paja¹⁰. Para ir de una vivienda a otra, siempre hay un camino de arena que serpentea suavemente a través de una exuberante vegetación, con árboles altos y frondosos que crean un túnel verde sobre el sendero. Los rayos del sol se filtran a través de las hojas y ramas, creando un juego de sombras y luz en el suelo arenoso. A los lados del camino, pueden verse helechos, guaduas¹¹, bambú, guamas, arbustos y plantas trepadoras que crecen en forma de desorden, dándole un aspecto salvaje y natural al entorno. En algunos tramos, flores silvestres de colores vibrantes emergen entre la maleza, mientras que las raíces de

10 Tipo de planta muy pequeña como la hierba.

11 Variedad de bambú.

los árboles sobresalen ligeramente del suelo, como si quisieran entrelazarse con la arena. El sonido de pájaros y el suave crujido de hojas secas bajo los pies añaden una sensación de paz y desconexión en medio de la naturaleza abundante. Por las noches, la oscuridad es absoluta, la luz de luna no puede penetrar en los caminos, es necesario el uso de linternas para ubicarse y por supuesto poder detectar una que otra serpiente o animal nocturno demasiado confiado.

En este contexto, el Arol es más que un simple río, es un alma viviente que pulsa con energía a través de la tierra. Naciendo en las alturas de las montañas de la sierra, sus aguas revueltas descienden impetuosamente, esculpiendo cañones profundos y cascadas espumosas que resuenan como cantos de sirena. Siempre tiene curvas largas hacia la derecha o la izquierda, cada cierta distancia se encuentran caños¹², algunos son anchos, otros son muy estrechos, estos caños vierten sus aguas y peces en el Arol para oxigenarlo, asimismo pueden encontrarse canales parecidos a caños por donde salen sus aguas y sus peces para dirigirse a los potreros de las haciendas circundantes.

La belleza del Arol es salvaje e indómita, es cambiante sin aviso, las lluvias lo hacen salir de sus cauces y se desborda. Sus orillas están adornadas con una fecunda vegetación como coloridos árboles muy antiguos que se inclinan sobre las aguas, bejucos¹³ que se entrelazan formando cortinas verdes y flores silvestres que pigmentan de color el paisaje.

12 Afluente de río, pero de menor anchura y profundidad.

13 Lianas.

En los días soleados el agua es fría y refleja la luz del sol como una superficie pulida, mientras que en las noches el agua es cálida, la luna se mira creando un fantabuloso lugar. El Arol es de personalidad fuerte, su corriente es impetuosa y acelerada. En algunos tramos, sus aguas se calman, formando remansos tranquilos donde los peces nadan plácidamente. Pero en otros, el río se enfurece, chocando contra las costas y levantando espuma blanca junto a la vegetación, demostrando su inmensa fuerza.

Las aguas del Arol son un hervidero de vida. Decenas de especies de peces de todas las formas y colores nadan en sus profundidades, como Doncellas, Tilapias, Paletones y Bagres de bigotes curiosos, todos tienen en este río su hogar. Las aves acuáticas, como garzas y patos, sobrevolaban el río en busca de alimento, mientras que las nutrias jugaban en sus aguas profundas. Los gavilanes y las águilas son abundantes, cazan lanzándose en picada sobre el río y saliendo con una buena presa en las garras. En las orillas y empalizadas pueden verse reptiles peligrosos, como serpientes de varios colores, algunas son muy venenosas y otras solo desean enrollarse. Además, unos reptiles prehistóricos como babillas¹⁴, caimanes y cocodrilos, de gran tamaño, dientes abundantes, toman el sol en las orillas cuando no hay presencia humana, pero al advertir peligro se sumergen para evitar problemas.

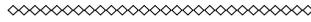
El Arol no solo es un hogar para los animales, sino también para una gran variedad de plantas acuáticas. Algas verdes, patico zumbador y lirios florecían en sus orillas,

14 Yacaré. Reptil más pequeño parecido a un cocodrilo.

creando un ecosistema próspero y equilibrado. Así pues, era un lugar mágico donde los sueños se hacían realidad y las leyendas cobran vida. Se dice que en sus profundidades habitaban criaturas terroríficas, como cocodrilos y anacondas, donde se guardan los secretos de la naturaleza. En sus orillas cuando el cauce es bajo se pueden ver largas y anchas playas con arena blanca, caminar en estas, es un deleite. Pero como una fuerza imparable, también es un lugar peligroso, es un lugar de perdición para aquellos incautos que no respetan su majestuosidad.

Desafortunadamente, la belleza del Arol puede estar amenazada por la actividad descontrolada de las personas sobre este. La contaminación por gasolina y aceite, los cortes de árboles de las orillas y la sobrepesca de las crías ponen en peligro este hermoso ecosistema. Es fundamental proteger ese tesoro natural y garantizar su supervivencia para las generaciones de futuros pescadores.

II



El canal causa enemistades

Toruno es un joven que proviene curiosamente de Kai-bo, aunque sus orígenes están allí, tuvo que pasar años de su niñez en la urbanidad, luego de vivir varios años en la ciudad, le pidió a su padre que lo acogiera en su casa para estudiar el bachillerato en un pueblito llamado Kruza, es un abnegado y brillante estudiante, debía ir siempre en autobús del transporte público. Desde que llegó al Arol le tocó aprender rápidamente el oficio de pesca y caza principalmente, aunque también realizaba en ocasiones labores de siembra. Es moreno, con cabello negro y una personalidad que arrolla, aunque todavía es un adolescente.

Chucho es una persona que se había dedicado durante mucho tiempo a la pesca y la agricultura, poco después de dejar el cuerpo policial, en diferentes regiones de su país tuvo tierras para sembrar, luego de los cuarenta años tuvo ocho hijos, pero allí solo viven con él los menores. Es importante notar que su mujer lo había abandonado como pareja, Mora tuvo otra pareja, este era conocido como Ba-

billo, donde resultó tener un hijo fuera del matrimonio, como puede notarse este niño es El Babillito. Es una muestra de lo difícil que es para los humanos ser monógamos.

Precisamente, el asunto de las infidelidades es un secreto a voces entre los vecinos del sector. Solo Parrita está exento de un chisme relacionado con este tema, pero no escapa del asunto, nadie comenta abiertamente sobre los amoríos de una mujer en específico o de un varón en particular, pero es bien sabida la información, es difícil ocultar noticias o hechos curiosos en una comunidad tan pequeña.

Una mañana de lunes, la pacífica comunidad del río Arol se ve sacudida por un descubrimiento inquietante: el nivel del río comienza a subir de manera alarmante. Para los pescadores es un problema monumental, ya que es su principal sustento, están desesperados. Chucho, es una voz representativa en la comunidad, teme que esto sea una señal de algo mucho más grande y devastador.

Mientras tanto, Toruno muy curioso comienza a investigar por su cuenta la forma de poner a su favor que el cauce exceda sus límites, sacar provecho de alguna manera de la situación. Al explorar las orillas del río, ya no se encuentra tan fácil, pues este está en los potreros, las canoas surcan las aguas cerca del ganado que lucha por sobrevivir. Un pescador de los más antiguos allí; Juan Grande, sugiere la existencia de una forma antigua de pescar cuando esto sucede, pero esta no es en las profundidades del Arol. Intrigados, comparten su hallazgo con sus amigos, sin embargo, pronto se dan cuenta de que no son los únicos interesados.

La noticia se propaga rápidamente por la comunidad, despertando codicia y rivalidades. Pepas, siempre en busca de una aventura, y Juan Chiquito y Juan Grande, con su experiencia en la pesca, se unen a Toruno en su búsqueda. Sin embargo, Mora, la ambiciosa esposa de Chucho, tiene otros planes. Ella ve en el proyecto una oportunidad para mejorar las finanzas rápidamente.

Mientras tanto, en la hacienda de Parrita, se descubre que el aumento del nivel del río está rompiendo los altos muros que había construido hacía muchos años con el fin de proteger su ganado, su corral, su casa y sus máquinas de arado. El dueño de la hacienda es un hombre poderoso y muy bondadoso con los pescadores, está dispuesto a hacer lo que sea necesario para proteger a la comunidad del desastre que ocasionan las aguas en todas las casas, tanto es su compromiso que le ofrece su propiedad para que pasen la noche seguros.

La búsqueda del lugar se convierte en una carrera contra el tiempo, ya que algunos miembros de la comunidad se enfrentan a una crisis sin precedentes. Las alianzas se rompen, las amistades se ponen a prueba y los problemas más oscuros afloran pronto. Así pues, el lugar codiciado es al final de El Canal¹⁵, Pepas se dirige al lugar en compañía de su hijo Álvaro, van a gran velocidad en El Peluche, ansioso de llegar a llenar su Atarraya¹⁶, el río es muy fácil de transitar en las condiciones que se encuentra, un torrente potente que

15 Variedad de caño artificial.

16 Red de pesca.

ayuda a la rapidez de cualquier embarcación. El Canal está ubicado a unos quince minutos del puente, a cuatro largas curvas, a mano derecha, un ancho de unos seis metros aproximadamente, Juan Grande les dijo que cuando el río tenía mucha agua, este Canal se inundaba de muchos peces, entre estos estaban las Doncellas y Manamanas. Juan grande decide que no saldrá a pescar porque está cansado y se acuesta en su hamaca¹⁷ roja a fumar un tabaco y tomar café, mientras los recuerdos lo atormentan, pensando que él pudo haber sido el culpable de la muerte o desaparición de los turistas despistados de hace muchos años.

Al entrar al Canal, Pepas puede divisar a muchos metros la presencia de otras personas, la visibilidad es más fácil porque las orillas tienen pasto en vez de guamas, alguien había llegado primero, ya alguno de sus vecinos le había ganado la partida, sin embargo, prosiguió su marcha hasta el lugar. Estando a unos pocos metros de donde él piensa llegar, ya puede ver a El Mocho, con su pequeña canoa, sólo, mojado y alerta de la situación, ya tiene sus redes en el agua, se ayuda con la Atarraya para sacar los peces que no se atoraron en el chinchorro. Pepas ve al interior de la canoa, primero se sorprende, luego algo extraño se incrusta en su pecho, es algo tan fuerte que sale por su boca en forma de reclamo.

— ¡Muerto de hambre! Sabías que yo venía a pescar este lugar y te adelantaste, saliste antes para quitarme la oportunidad de barrer con todo.

17 Red alargada, gruesa y poco tupida, por lo común de pita, lona u otro tejido resistente, la cual, asegurada por las extremidades en dos árboles u otros soportes, queda pendiente en el aire y sirve de cama y columpio.

Toruno está muy cerca, tal vez a unos cien metros de ellos, observa la situación sin interés y no se mete en el asunto.

— ¡Disculpe usted! Hasta donde yo sé, este Canal no tiene dueño, no tengo que pedir permiso a nadie para pescar, ni para venir a acá. Pero si quiere puede pescar más allá. Dice mientras está sentado, con el muñón de la mano sostiene las mallas de la red, enrollada y con la otra trata de soltar un bagre pequeño.

— Pero tú estás en la mejor parte, dice con rabia.

Pepas está con el remo en la mano derecha, parado en la popa del Peluche, su postura es amenazante, incluso levanta su pie izquierdo y lo descansa en la banda.

— Ve más allá entonces compa. Dice Mocho muy sereno. Añade —Mira al Toruno, está tranquilo, pero tú quieres donde yo estoy, eres muy codicioso.

Toruno escucha su nombre y levanta la mirada, algunas gotas bajan por su cara, desde el cabello, está mojado, su cuerpo solo lo cubre una pantaloneta y el sol hace brillar su espalda.

— Mejor me voy, que te aproveche, le dice, intentando no mirarlo.

Desde esa posición, Pepas prende su motor, aún está caliente, sin sentarse lo dirige lentamente cerca del Mocho para golpearle con el oleaje, justo al pasar a su lado se sentó. Mientras manejaba su vehículo hacia arriba, en dirección al puente, pensaba que no es su mejor día, en su mente planea ir a tomar alcohol en casa de la Gocha o quizá ir al Caño San Pablo, un afluente del Arol mucho más arriba, donde guardaba un secreto.

El mocho realmente hace una gran pesca, debía subir con la fuerza de sus músculos, debía remar con un pequeño canaleta¹⁸ y con una mano al menos por dos horas río arriba, pensaba en lo bien que le había ido, imaginaba las ganancias de ese día y cómo lo gastaría, podría ser un lindo sombrero negro o tal vez unas botas marrón nuevas. El río es un serpentín interminable que se enrolla a su alrededor, guiando la canoa hacia arriba, desafiando su resistencia con cada remada. El peso de los peces en la embarcación hace que cada movimiento sea más pesado, como si el agua misma estuviera resistiéndose a que avance. Sus brazos arden de cansancio, cada remo es una lucha contra una corriente invisible que lo empuja hacia atrás. La vegetación a lo largo del río parece una multitud de testigos mudos, los árboles inclinándose hacia él, sus hojas murmurando con el viento como si intentara alentarlo. Pero todo en su cuerpo grita cansancio, el hambre lo consume como un fuego lento, y su estómago ruge como una tormenta distante. El sol golpea su espalda, el sudor le escurre por el rostro, pero lo único en lo que puede pensar es en llegar a la orilla, vender los peces, y abrir una cerveza fría. Ese refresco dorado, el alivio en forma líquida, parece ser su única esperanza en medio de este agotador viaje río arriba.

Al atracar¹⁹ en su puerto, muy cerca del puerto de Pepas, ya que este vive a escasos metros río arriba, este ya está allí. Por medio de los gritos de Juan Chiquito, Pepas se entera de la llegada del Mocho, se acerca disimuladamente y observa la abundancia en la canoa. Pepas explota en iras, le

18 Remo.

19 Llegar a un puerto.

reclama nuevamente, pero con más vehemencia, con un tono de voz muy alto, los vecinos se enteran muy pronto y algunos se acercan a murmurar. El Mocho guarda silencio hasta ahora, está sereno, él sólo se alteraba cuando estaba tomado, bueno, realmente casi todos los sábados se alteraba, ya que acostumbraba a ir a un lugar muy cerca a ingerir licor, un lugar muy popular llamado “La Campesina”.

El Mocho sale de su canoa con la dificultad que le daba tener juanetes²⁰ en ambos pies, lo miró con cara de paz, realmente no desea pelear por algo sin sentido para él, lo único que tiene en mente es sacar a la venta su pesca. Su mujer; Berta, lo recibe con una taza de café caliente para que entone la garganta y espante el frío. Su hija menor ese día los visita, a quien llamaban cariñosamente “La Catira”, que ronda los catorce años, una rubia hermosa, sus cabellos dorados son el orgullo del Mocho, sus ojos verdes le iluminan el camino a Berta. Ella vive con una hermana en un pueblo cercano.

Pepas, acercándose un poco, lo mira con envidia evidente mezclada con rabia.

— ¡A ti te hace más falta que a mí! Le grita con desdén y envidia en la mirada.

— Muchas gracias, compa. Le dice el Mocho, mientras le da un sorbo a la taza caliente.

— ¿Te estás burlando de mí? Acercándose un poco, frunce el ceño y mueve las manos.

— Será tu mujer la que se burle de ti, compa. Le dice en tono burlón. Dándose media vuelta mirando a su canoa

20 Protuberancia ósea que se forma en la articulación del dedo gordo del pie.

— ¿A qué te refieres? Pregunta, haciendo gestos con los ojos y la boca.

— Pregúntale a ella, yo no sé nada. Sugiere levantando los hombros.

— Ahora dices que no sabes nada, pero estás insinuando. Mientras mueve la cabeza en forma vertical hacia arriba y hacia abajo.

— Si quiere pelear, vaya con la Gorda, ella se acuesta con mi hijo Francis, cada vez que viene al río, ella aprovecha para serle infiel, sólo tú no te enteras ¡cachón²¹! Esta vez sonaba molesto y se lo dijo gritando.

Esto es más que suficiente para que los dos intercambien algunos insultos subidos de tono, Pepas le grita que le daría un golpe con la mano que tiene mal, en la mano izquierda tenía un dedo hinchado y con pus. Mientras que El Mocho le dice que le daría con la mochita, así le decía a la unión del radio y cúbito, que le iba a dar un golpe tan fuerte que seguro que se desmayaría de inmediato y sin remedio. Los golpes realmente no llenan las expectativas que generan los gritos en los oídos de los vecinos que ahora les rodean con ansias de ver la reyerta²².

Ciertamente, Mocho le da un par de golpes al cuerpo que no le hacen mucho daño, mientras Pepas le propina uno al pecho, sin embargo, muy cerca está Chucho que interviene eficazmente en la pelea, como si fuera un experimentado réferi y hace que la pelea termine, Pepas se va

21 Cornudo.

22 Contienda.

donde la Gocha a tomarse una botella de ron, mientras que El Mocho se retira a terminar de arreglar los pescados, allí llama a su hija para que le ayude a vender en la carretera.

Paralelamente...

Una nube oscura se posa sobre la familia de La Chueca. Una suma considerable de 1500 áuricos²³, una parte significativa de las ganancias de su restaurante ha desaparecido sin dejar rastro. Chueca, la cabeza de la familia y administradora, está fuera de sí por el enojo. Las acusaciones vuelan como pájaros enfurecidos por el aire. Daysy, la hija mayor, sospecha de La Beba principalmente, su hermana siempre celosa, se había entregado a una maratón de compras en la población de Kruza. La Beba, a su vez, señalaba a Verijaemico, el hijo travieso, famoso por sus hábitos de apuestas en juegos de fútbol. Polo, siempre la voz de la razón trata de calmar la tormenta, sugiriendo una búsqueda minuciosa por la casa. Pero La Gocha, la sabia y astuta, permanece en silencio, con la mirada pensativa fuera de los sospechosos, ella imagina que podía ser Pacho, pero no hay pruebas que lo delataran por ahora.

A medida que las acusaciones se acumulan, un recibo arrugado cae al suelo desde el bolsillo de Verijaemico. Es de una quincallería²⁴ cercana, y la fecha de compra coincide con el día en que el dinero desapareció. ¿Era Verijaemico el culpable, o simplemente fue incriminado? Se preguntan sus familiares.

23 Moneda de curso legal.

24 Tienda o almacén dedicado a vender artículos de precio económico.

Entretanto, cerca de las cabeceras en el lado sur del puente, unas frondosas y gigantes guaduas, unos árboles amarillos y otros verdes parientes del bambú, es el lugar donde algunos pescadores ponen sus balanzas y cuelgan sus capturas para vender a un precio negociable a los viajeros y personas de comunidades vecinas que circulan en sus carros. Allí se encontraba el Mocho, tratando de enganchar con su labia de político, usando palabras altisonantes para convencer al más escéptico de que sus pescados son los mejores y el precio que ofrece es una ganga. La hermosa Catira lo ayuda con las cuentas y despachando, ella tiene un poco de pena, no está familiarizada con ese mundo de venta y el olor a pescado aun no es su amigo.

Minutos después, Pepas regresa de la parte sur, de tomarse la última gota de la botella que ha acariciado, desde la mitad del puente puede ver al vivaracho gritando que tiene el mejor producto mientras espanta las moscas con una rama verde de guanábana. El Mocho lo mira y decide ignorarlo para evitar más problemas innecesarios con su vecino.

III



Amores pasajeros

Días después...

Daysy es una joven alegre, su mundo parece un torbellino de sentimientos y emociones que plasma en cada actuar. Toruno, por su parte, es un estudiante brillante. Ambos son almas creativas que se mueven en los mismos círculos similares, pero sus caminos nunca se habían cruzado hasta ahora.

Una noche, jugando a la botellita²⁵ en el porche de la casa de Parrita, sus miradas se cruzan. Es un instante, una chispa que enciende algo dentro de ambos. Toruno, con su mirada intensa y su sonrisa enigmática, la deja sin aliento. Daysy, con su aura de misterio y su belleza natural, lo cautiva por completo. En cada reto aprovechan para colocar besos entre ellos, aunque había otros jugadores solo aceptan besos entre ellos y con el resto solo colocan verdad. Los besos se vuelven más largos, luego más intensos y aparecen algunas caricias. Ella sintió los dedos del objeto de deseo rozando el

25 Juego de girar una botella de vidrio para poner verdad o reto.

área pública, en vez de alejarse suelta un suspiro de aprobación, él lo nota inmediatamente, por lo que se siente muy acalorado y confiado, ese calor podía percibirlo en el cambio de las dimensiones de su interior, allí también llega una mano de ella bajando y subiendo por encima de la ropa. La temperatura corporal es muy elevada, es una escena muy peligrosa, por fortuna o por desgracia la Pileta grita desde lejos el nombre de su compañera de trabajo, es un gran susto, pero no los ve. Ambos se levantan casi cronometrados, ella contesta con voz entrecortada — ¡Aquí estoy! Mientras se acomoda la ropa apresuradamente.

— ¡Acomódate el pantalón! Le dice él mientras intenta colocar a su amiguito en una forma que no pueda ser detectada.

— Eso es muy grande como para esconderlo, balbucea ella mientras ríe.

— ¡Oye! Te estamos esperando, hay clientes. Le dice a ella.

La Pileta prosigue curiosa, ¿Qué hacen ustedes aquí? están como nerviocitos, ¿No?

Luego se dirige a él, ¿Y ese paquete?

— Es solo la linterna, ¡Mal pensada! Dice medio nervioso.

Daysy la toma de la mano, la hala fuerte y le dice ¡Vamos!

Las chicas suben murmurando algunas cosas que Toruno no puede entender, mientras que él se queda de pie, mirándolas subir hacia el restaurante, su mente aun no funciona muy bien y su sangre viaja a gran velocidad. Por su

espalda se acerca Moralito sigilosamente y a poca distancia tose para advertir su presencia.

— Tranquilo, eres joven y siempre tendrás oportunidad, le dice con voz lenta y pasiva.

Toruno lo mira, ríe y actúa como si no supiese de qué habla, como si nada hubiera pasado, obviamente es un pícaro y no desea admitir una aventura que ponga en tela de juicio el honor de una fémina. Moralito le estrecha la mano en señal de comprensión y respeto, él es un hombre mayor y tiene mucha experiencia, lo despide con unas ¡Buenas noches!

En el restaurante, Daisy está concentrada en su trabajo, el sonido del aceite chisporroteando llena la cocina mientras ella mueve el pescado con destreza. Sin embargo, su mente no está en la tarea frente a ella, sino en Toruno. Cada vez que lo imagina sin ropa, una suave calidez recorría su pecho. Es algo que no puede evitar, esa sensación que le llena de ternura y calentura solo con recordar su sonrisa o la forma en que la besaba y acariciaba por allá abajito. Mientras voltea el pescado, su mente se pierde en imaginaciones de momentos especiales a su lado, compartiendo risas, caminatas por la orilla del Arol, o simplemente estando en silencio, disfrutando de la compañía mutua. Aunque su relación aún es nueva y apenas comienza a florecer, Daisy siente que hay algo especial entre ellos, algo que la hace sonreír sin razón aparente. Piensa en cómo le gustaría que él estuviera allí, junto a ella, disfrutando de la comida que prepara con tanto cuidado, quizás bromeando sobre la fritura perfecta o dándole un abrazo en medio del ajeteo.

A partir de ese momento, los encuentros entre Daysy y Toruno se vuelven más frecuentes. Coinciden en el río, algunas veces en la tienda y en eventos sociales. Al principio, sus conversaciones son superficiales, pero poco a poco se van adentrando en temas más profundos, descubriendo afinidades sorprendentes.

Una tarde, en casa de la Gocha, varias personas se encuentran tomando cervezas, comentan preocupados que el río parece subir mucho, de seguir así podría desbordarse, uno de ellos es Toruno, Daysy va a comprar a su abuela un refresco de cola y lo ve. Él la mira sorprendido sin razón aparente pues allí vive, pero a esa hora debe estar en el restaurante.

— Daysy, qué sorpresa verte por acá.

Sonriendo pícaramente y mirando con detalle —Lo mismo digo. ¿Qué te trae por estos lares?

— La brisa me ha traído a buscar inspiración. Y tú, ¿Qué haces?

— Estoy trabajando en un nuevo proyecto de cocina, pero la verdad es que necesito despejar la mente.

— ¿Te gustaría que te acompañe? Conozco un lugar perfecto para inspirarse.

Dudando solo para disimular —No sé...

— Por favor, Daysy. Haría que me sintiera muy honrado.

Daysy acepta la invitación y juntos se adentran en un pequeño bosquecito. Mientras comparten una bebida gaseosa, la conversación fluye con naturalidad. Hablan del co-

legio, de sus sueños y algunas tonterías. La conexión entre ellos es realmente evidente.

— Tus aventuras son increíbles, Toruno. Tienen tanto atractivo, tanta alegría.

— Gracias, Daysy. De verdad significa mucho viniendo de ti. Le susurra acercándose más.

— ¿Cómo te inspiras para hacer hazañas tan locas? Pregunta ella.

— Tengo la fuerte convicción desde pequeño de no morir de hambre. (suelta una carcajada) no, ya en serio la inspiración viene de todas partes. A veces, simplemente surge de la nada. Ahora la abraza desde atrás.

Ahora ella se ríe estrepitosamente. — ¡Qué cosas! Esta, en particular, me fascina. Me parece que estás a punto de...

Él sonríe por la ansiedad — Puede ser, mientras baja su mano más allá del ombligo.

Un silencio muy cómodo se instala entre ellos. Daysy siente una extraña sensación en el estómago. Le acerca el cuello un poco más a Toruno y sin darse cuenta, sus dedos rozan el mentón de él. Una corriente eléctrica recorre su cuerpo.

— Daysy... dice él, haciendo gestos con la cara y moviendo los ojos locos.

Antes de que pueda decir nada más, de golpe grita muy cerca la hermana menor de Toruno, la Negra. La magia del momento se rompe. Aunque la tensión aumenta con cada encuentro.

A pesar de los momentos especiales que comparten, ninguno expone abiertamente sus sentimientos. Tienen miedo de arruinar su amistad o de salir heridos. Sin embargo, la atracción entre ellos es cada vez más fuerte. Toruno toma la mano de Daysy y la aprieta suavemente.

— ¿Crees que alguna vez podremos hacer algo diferente juntos?

— Sería un sueño. ¿Puedo decirte algo sin sonar lanzada? Dice ella un tanto nerviosa.

— Lo que quieras. Dice él, ahora muy serio.

— ¡Me encantan tus labios! son carnosos y provocativos. Me gustaría morderlos suavemente. Dice con ganas en la voz y la cara colorada.

— ¡Ufffff! Cuando quieras te lo cumplo. Dice con cara lujuriosa.

Más tarde...

Esa noche Parrita recibió a todos los pescadores de la parte sur del Arol para que durmieran cobijados y secos. Iban en familia, pero Guaguao y Toruno decidieron que no abandonarían su casa.

Parrita, es un hombre bondadoso y de mirada pasiva, observa a los pescadores que se acercan a su propiedad.

— ¿Qué los trae por aquí, tan tarde? ¿Otro día de pesca exitosa?

Realmente Parrita estaba siendo amable y retórico, él se había percatado que el río estaba fuera de su cauce, en su mente ya había imaginado que esto pudiera ocurrir, de he-

cho, pensó más temprano en ir a casa de alguno de ellos en el lado sur del Arol.

Chucho es el primero en romper el silencio, tiene mucha confianza en su amigo.

Saludando con respeto —Buenas noches, mi amigo Parrita. La verdad es que tuvimos un pequeño percance con el desbordamiento del río y se nos hizo de noche.

El padre de Toruno tenía mucha confianza en Parrita, lo conocía desde hace mucho tiempo y lo consideraba su amigo, una persona ejemplar.

Parrita entrecerrando los ojos —¿Un percance, dicen? Mientras se lleva las manos a la cabeza ¿Y cómo quedaron? Se nota muy preocupado.

Se escuchan algunos sonidos de las vacas y los caballos muy cerca.

Pepas mira al potrero. —Pues, la verdad es que no muy bien. Tendremos que pernoctar aquí hasta mañana si nos dejas. (Rascando su cabeza).

Es raro que Pepas buscara ayuda de su amigo, mas no de su propio hermano, ya que este vive en una casa con muchas comodidades al lado de la Chueca. Podría ser por orgullo, a lo mejor no estaban en buenos términos, como sea confía en Parrita.

El anfitrión reflexiona por un momento —Bueno, si ya están aquí... pueden pasar la noche en la sala, es amplia, hay mucho espacio, podemos colocar unos colchones. Pero ¿faltan dos?

Realmente se siente tranquilo por ellos, sus pensamientos se calman porque se siente satisfecho de poder ayudar a sus amigos.

— Los valientes dijeron que dormirían allá. Dice la Mora. No te preocupes por ellos, en peores condiciones han dormido mis hijos.

— ¡Muchas gracias, querido Parrita! Le estaremos eternamente agradecidos. Dice Juan Chiquito mientras esboza una gran sonrisa y se quita la gorra.

Juan Grande se nota cansado, no habla más de lo que necesita, parece enfermo, pero no lo comunica ni a su compañero Juan Chiquito. No obstante, hace un gesto de agradecimiento con la cara, su cuerpo habla por sí mismo.

Parrita sonrío levemente —No se preocupen. Solo recuerden que mañana temprano tienen que estar buscando pescadito. Y no se les ocurra preocuparse por nada.

Los pescadores asienten con la cabeza y agradecen nuevamente. Entran a la sala uno por uno, primero entra Chucho y mira a todos lados, todos habían estado muchas veces allí, pero por alguna extraña razón esta vez era distinto. La sala parecía desconocida, el piso brillante, las paredes verde intenso, dos ventanas bien grandes, el techo alto de láminas de zinc y la puerta negra dañada por el tiempo. Sobre un mesón de cemento hay un televisor de catorce pulgadas en blanco y negro con antenas de alambre. Chucho ve el televisor apagado y desconectado.

— Parrita, ¿Podríamos encender la televisión? No tenemos mucho sueño.

Con tono autoritario el anfitrión les dice —¡Están en su casa! ¿Quieren comer algo? Tienen permitido usar las mantas que les daré donde quieran. Les dice desde la cocina, es un cuartito contiguo.

Los visitantes, aunque con vergüenza, se sienten felices por las atenciones. Él les pone una bandeja blanca con pan, plátano, un trozo enorme de queso y una bolsa con mortadela en rebanadas.

En casa de Chucho, el agua en la sala les llega hasta un poco más arriba de la cintura a la resistencia. La canoa está amarrada en la cocina, el chorro trae hojas y arañas que pasan por la habitación. Guaguao colocó unas tablas cerca del techo, le puso encima una sábana y almohadas ¡Aquí estoy cómodo! Dijo satisfecho. Por su parte, Toruno cuelga la hamaca muy alto, de pie la alcanza con las manos extendidas ¡Aquí no me mojo! Dijo con seguridad.

Los residentes del lado norte no tienen problemas mayores, principalmente porque este lado es más alto. Por su parte, Pacho es un hombre solo que no tiene nada que perder, mientras que la casa de Caraota está construida sobre una loma, la casa de la Chueca tiene piso de concreto muy alto, el río pasa por la casa, pero no alcanza a entrar a su hogar. Por otro lado, El Mocho había pasado meses construyendo un perfecto montículo con la ayuda de Guaguao, esta protuberancia tenía casi dos metros de alto y unos seis metros de lado, allí construyó su humilde vivienda, todo lo demás quedaba bajo las aguas del Arol, pero ese ranchito estaba siempre a salvo.

Antes de que se vayan los refugiados el anfitrión le dice —Escuchen, tengo un favor que pedirles. Mañana muy temprano, necesito que me ayuden a traer unas vaquitas del potrero de atrás. Si desean puedo pagarles.

Los pescadores se miran entre sí, sorprendidos por la petición. Pero, ante la necesidad, aceptan.

— Con gusto, Parrita. Le estaremos agradecidos por el gran favor. Expresa Chucho.

Los pescadores se retiran hacia el lugar designado para su descanso, mientras Parrita los observa desde su porche, pensativo. Luego de unos segundos les gritó ¡bueno, bueno, pero tómenlo por el lado amable! Un poco de aventura no les hará daño. Solo recuerden, si rompen algo, lo pagan con pescado, les dice riendo.

Esa noche mientras Chucho está fuera de su casa...

Flashback...

Chucho está sentado en el piso, recostado en la pared, mirando fijamente al potrero, prende un cigarrillo, solo podía verse las luciérnagas, muchas pequeñas luces, los compañeros ya parecían dormidos, al menos estaban callados.

(Suspira profundamente) Ese caso... como poder olvidar ese día. Era un día como hoy, una noche oscura. Recibimos una llamada telefónica de un desconocido: un cuerpo sin vida en un callejón oscuro, cerca del casco histórico de la ciudad de Kaibo.

Recuerda la escena del crimen, Chucho y su equipo llegan al lugar. El ambiente es tenso, la policía acordonando

el área. El cuerpo, cubierto por una sábana blanca yace en medio del callejón. Las luces de los coches de policía iluminan la escena, creando sombras inquietantes en las paredes. De pronto piensa en los detalles, Chucho se acerca al cuerpo y lo examina cuidadosamente. No hay testigos, pocas pistas. Un cuchillo tirado, una gran herida en el pecho, pero sin huellas dactilares. El único rastro es un anillo de plata italiana, una pieza de joyería sin valor real. Al entrar en la investigación, los días se convierten en semanas, y las semanas en meses. Chucho recuerda que su equipo trabajó incansablemente, entrevistando a posibles sospechosos, analizando pruebas en el laboratorio. Sin embargo, todas las pistas conducen a callejones sin salida.

(Continúa, con emoción) Pasaron los años, pero esas imágenes nunca desaparecieron de su mente. Ese callejón oscuro, el cuerpo sin vida, la sangre... Era como una pesadilla de la que no podía escapar. Sentía que le había fallado a esa persona, que no había podido darle justicia. Pensando e imaginando se quedó dormido profundamente.

En casa de Chucho, los compañeros ya duermen tranquilamente, parece que nada les preocupa, podría ser valentía o simplemente ignorancia de los peligros que les rodea. Toruno entra en un sueño sobre la captura de un paletón de veinte kilogramos muy cerca de casa, lucha salvajemente para doblegarlo, pero cuando logra vencerlo y montarlo al Sufrimiento, este brincaba involuntariamente sobre el piso de la embarcación y caía irremediabilmente al río, allí lo perdía dejándolo cansado y triste.

Por la mañana, se levantan muy temprano, van a traer las vacas al corral junto con algunos becerros, al regresar les sirven un desayuno de plátano con huevos fritos, en la mesa un gran trozo de queso para tomar lo que deseen, café caliente y leche. Comieron juntos en un gran mesón de concreto. No esperan a reposar la comida y salen de la hacienda con dirección al Arol para revisar el cauce, al llegar al puente notan que se ha vaciado en más del sesenta por ciento. Se notan las marcas de barro en las hojas de los árboles de guama. Así pues, todos van a su casa para retomar sus actividades diarias.

Ese día por la tarde, el sol caía a plomo sobre el Canal cuando el Mocho, con su característico sombrero de cuero, (es aficionado a los sombreros) sus ojos entrecerrados, divisa al Palanquero acercándose a su zona escogida para la pesca. El Palanquero, un hombre alto y de gran vozarrón, lleva consigo sus chinchorros, listos para ser lanzados al agua.

¡Epa, Palanquero! grita el Mocho, con su voz áspera. ¡Esta zona ya es mía! ¡Te madrugué! mientras pone un pie dentro del agua. En su mente, navega la idea de estar solo, cree que hay abundancia en ese lugar y que es su oportunidad de obtener buen dinero para que sobre después de comprar lo que necesita en el hogar, el excedente sería para ir al bar de la Campesina.

El Palanquero se detiene, subiendo los brazos. Mocho, no seas tan egoísta. El río es grande y alcanza para todos. Él piensa en tener una buena pesca que lo ayude a salir de las deudas.

¡Pero los chinchorros míos ya están mojados! ¡Los tiré solo! replicó el Mocho, señalando sus redes con orgullo.

¡Todos tenemos derecho a pescar! insiste el Palanquero, acercándose un paso más. Además, tú siempre sacas más de lo que necesitas.

La tensión aumenta en el aire, algunos pescadores que trabajan en la zona se acercan con morbo, Juan Grande mira sentado en la proa de su canoa desde lejos, un poco más cerca observa la escena Polo mientras saca de las mallas una enredada Doncella temiendo que la discusión escalara.

¡Si quieres pescar, ve a buscarte otro lugar! amenazó el Mocho, levantando la mochita.

El Palanquero no se queda tranquilo. No me vas a amedrentar, Mocho. Dice entonando la voz. Este río nos pertenece a todos.

Y así, los dos hombres se quedan frente a frente, desafiándose con la mirada, mientras el sol se oculta lentamente por la espalda del Mocho. El conflicto parece lejos de resolverse, y la sombra de la violencia se posa sobre el tranquilo Canal. Es realmente un lugar tranquilo cuando no había temporada de pesca, pero cuando se inunda es un lugar muy concurrido, en esos tiempos se destruye todo, la vegetación verde y variada se torna seca, la paja que el ganado consume es pisada y los peces que buscan un lugar tranquilo son mermados sin compasión.

Justo cuando parece que la tensión entre el Mocho y el Palanquero va a estallar en una pelea, una voz suave los interrumpió:

¡Alto ahí, los dos!

Es La Gorila, con su mirada penetrante, recorre a ambos hombres. Es imponente, su cuerpo es fuerte y su voz es autoritaria, ella no pesca, pero está en búsqueda de su marido, aunque con ropita muy sugerente, un vestido negro muy corto casi a la altura de sus posaderas, el más leve viento podía revelar sus cachetes y algo más.

Ustedes dos, actuando como hombres inmaduros. ¿Acaso han olvidado todas las veces que hemos compartido el pescado de esta misma agua?

Mocho y Palanquero se miran entre sí, avergonzados. La Gorila tiene razón, han compartido alegrías y dificultades durante años.

El Arol es grande, pero también es frágil, continúa Gorila. Si seguimos peleando, lo único que lograremos es agotarlo. ¿Qué les parece si en lugar de discutir, unimos fuerzas y trabajamos juntos para proteger nuestros chinchorros y el río?

La propuesta resuena en los corazones de ambos pescadores. Se dan cuenta de que sus diferencias son tontas en comparación con el bien común.

Tienes razón, Gorila, admite el Mocho, bajando la cabeza. No debí ser tan egoísta.

Yo también me equivoqué, mi amor, dice el Palanquero, extendiendo la mano hacia el Mocho. Y así, los dos hombres estrechan sus manos, poniendo fin a su disputa. Este día, el Mocho y el Palanquero pescan juntos, con los chinchorros de ambos.

Y gracias a la intervención de La Gorila, la paz reina en ese momento.

IV



La sombra de la infidelidad

La mujer de Palanquero se retira por el camino de tierra a su casa, es mucho más rápido que por el río. Al llegar a su casa, muy cerca está el Pato, este le hace una señal para saber si puede llegar a su casa. Ella solo mueve la cabeza afirmando. Estando dentro y a plena luz del día se abrazan y se besan en forma salvaje mientras se despojan de la ropa.

— ¿Dónde estabas? Pregunta suavemente el pato. Estuve mirando y en el puerto no está la canoa de tu marido.

— Él está en el Canal, yo estaba allá. Pero cállate y aprovéchame, tonto.

La charla se acaba con los besos profundos, los labios se confunden con intensidad, él encima de ella hurgando con desenfreno haciendo que la amplia cama suene como en una carpintería. Los gritos dan rienda suelta, la casa más cerca es la del Mocho y está a unos cien metros con una separación de bosque. Los niños en la escuela son inocentes y felices, no se enteran de las andanzas de su madre, son

ajenos a todo eso. Las sábanas están empapadas, el calor es normal en el día, el trabajo sobre la cama ayuda a humedecerlas con rapidez. Mientras está con su amante, ella tiene la fantasía con otros hombres, entre ellos está e Toruno.

En casa de Mocho, su esposa mira hacia el rancho de Palanquero, se pregunta si Pato ya ha regresado, normalmente por tierra debe pasar por allí; por su patio. Por el río también debe verlo al frente. Quizá haya ido más abajo, hasta el Canal. Berta se imagina una película donde los actores son sus cercanos vecinos, los protagonistas de la escena principal son Pato, Palanquero y Gorila, un trio muy simpático.

—¿Lo sabrá el marido? Se pregunta en su mente. ¡Es un Cachón!

Ella es una mujer de su casa, una persona muy pacífica, atenta con su marido, sumisa en demasía y muy amorosa con sus hijos e hijas. No es blanco de habladurías, los chismes no tienen sus nombre, de hecho nunca sale sola a algún lugar tranquilo o sórdido, mientras su marido no está (que son muchas ocasiones) nadie ha visto a otro hombre escabullirse a encontrarse con ella.

Sin embargo, antes de ir a vivir al Arol, su marido la descubrió en una aventura, un desliz con un agente de la policía local, un hombre que estaba de paso, de servicio momentáneo cerca de Kruza. Ella le suplicó que la perdonará, que aseguró que solo era un pequeño error que no se repetiría (como de hecho parece haber cumplido), le dijo que su amor por él era mas grande y mas fuerte que un descuido sin importancia. Sabiendo que él estaba muy enamo-

rado, pensó que tenía muchas probabilidades de salir airosa del asunto embarazoso. Él la quería, razonó muchas cosas, meditó varios días, si la mataba; lo metían preso, si lo decía; sería blanco de burlas y chismes, si la dejaba; su vida se convertiría en un inferno con él convertido en un muerto viviente.

Trató de ser como Anubis²⁶, puso en la mesa los pros y los contras, colocó en una balanza dentro de su mente, los beneficios y perjuicios de perdonarla. La balanza se inclinó por el perdón, borrón y cuenta nueva, eso sí, ni una palabra a nadie sobre lo sucedido, de cualquier forma, ese oficial se marcharía en poco tiempo.

En el Canal, luego de dos horas de cooperación mojada, se deciden a regresar. Con el ruido del motor, los amantes son alertados, es tiempo de abandonar el lugar.

El hombre sin importar la ausencia de una mano se balancea suavemente en su canoa, como un navegante solitario en un río de espejos. Su rostro curtido por el sol y las aguas mostraba las huellas de una vida que había aprendido a adaptarse a la ausencia. Con la mirada fija y una concentración implacable, su mano intacta se movía con destreza, como si el tiempo hubiera bendecido esa extremidad con la sabiduría de los años. En la canoa, el espectáculo de la pesca era una danza de escamas y colores, bagres de cuerpo plateado que reflejaban la luz del sol como espejos rotos, Paletones robustos que emergen del agua como sombras de antiguos monstruos marinos, Doncellas de aletas deli-

26 Dios egipcio de la muerte, los ritos funerarios y la momificación.

cadras que brillaban como estrellas fugaces y Manamanas que se retuercen con la elegancia de serpientes en un trance hipnótico. Bocachicos, de mirada profunda y astuta, se mezclan entre los demás como viejos sabios, mientras un murmullo sordo de vida emanaba del agua, como si el río hablara en susurros ancestrales.

Surge otro infortunio más, al llegar al puerto del Mocho, ponen manos a la obra para preparar la pesca, deben sacar las vísceras y lavar para la venta, pero el Mocho quiere vender su propio pescado como siempre en las guaduas a la orilla de la carretera, para él es mucho más rentable, aunque más laborioso.

Con su cuchillo, él corta con precisión, como quien afina una melodía en un piano tocado por el viento, y los peces caen a sus pies, cada uno con su propia historia de agua, lucha y supervivencia. Sin prisa, pero con una determinación férrea, él sabe que, en esa sencilla tarea, el río le había dado lo que necesitaba, y el río, en su quietud, también recibe lo que le pertenece.

Por otro lado, el Palanquero ya desea descansar, bañarse, perfumarse, acostarse y tener tiempo con su mujer, por lo que la mejor opción es vender todo a la Chueca, para usarlo en el restaurante, pero el dinero es siempre menor, ya que esta ofrece comprar todo a un precio que le deje un buen margen de ganancias al servirlo frito con yuca en un plato. Esto es motivo de una acalorada discusión de varios minutos, tiempo valioso para salir a vender y luego encontrar la ansiada recompensa de descansar y pagar bienes y servicios.

— Deja la avaricia, vendamos todo y descansemos, fue una buena pesca.

— No estoy dispuesto a regalar mi trabajo, yo puedo vender y mi Catira puede ayudarme en el negocio.

— Pero si no lo vendes todo, podríamos tener pérdida, yo no quiero ir a vender. Además, necesito el dinero para comprar leche y azúcar para mi muchachito.

— Hagamos algo para terminar con esto, yo te doy el dinero de inmediato al precio de la Gocha de la parte que te toca y yo asumo lo mío. ¿Te parece?

— ¡Excelente! Dame mi parte y todos felices.

El Mocho le pide a Berta que le busque un dinero que él guarda debajo del colchón, lo cuenta, dobla algunos billetes y se los entrega a su acuciado compañero que los recibe aliviado y feliz.

El puesto de guadas le espera para ofrecer el pescado fresco, recién salido del Arol. Muchos son los desean llevar a sus casas, para el almuerzo, hay variedad, con escamas, con piel resbaladiza, con bigotes largos, con dientes y gorditos. El precio lo pone según vea al cliente, “como sea el marrano²⁷”. Si el carro es bonito o lujoso, le pone un precio alto, le da una charla que ni un experto en mercadotecnia podría reproducir, le ofrece los pescados con nombre rimbombantes y exóticos. Por el contrario, si es conocido o lo nota como un obrero o campesino, le ofrece el precio más justo posible, incluso llegar a fiarlo o regalarlo.

27 Cerdo.

Todos en el pueblo saben que mientras el Palanquero pesca, aparece el Pato, que es uno de los amantes de su mujer, va a visitarla en su propia casa. El secreto de la Gorila y El Pato se ha convertido en el tema de conversación más candente en todo el sector. Sin embargo, el Palanquero, ajeno a todo, continúa con sus tareas diarias, cazando y pescando para mantener a su familia.

Gorila y Pato viven en una constante aventura amorosa. Saben que, si el Palanquero descubre la verdad, las consecuencias podrían ser catastróficas. Por las noches o días en que el Palanquero sale, los amantes se escabullen para encontrarse en lugares remotos o incluso en la propia vivienda matrimonial, siempre con el morbo de ser descubiertos.

La Gorila, mujer de piel morena y cuerpo robusto, era conocida por su fuerza, no solo física, sino también por una voluntad férrea que escondía su fragilidad interna. Aunque casada con El Palanquero, un hombre alto y delgado, su corazón había encontrado otro refugio en los brazos de El Pato. Él, delgado como una rama quebrada, compartía con ella una conexión inexplicable, un lazo que desbordaba las fronteras del deseo y la prohibición. La aldea los observa, pero pocos ven lo que sucede en las sombras.

Un día cualquiera, Palanquero sale a pescar como siempre del puente para abajo, su rostro está marcado por una rutina que lo aleja de los susurros del hogar. Mientras él se pierde en la calma del río, la Gorila y Pato se encuentran en la casa, una atmósfera tensa pero cargada de una emoción callada. Habían compartido muchos momentos como ese,

donde el deseo se teje entre ellos, pero el riesgo siempre los rodea como un espectro invisible.

La vegetación del entorno, con sus árboles altos y sus hojas que parecen hablar al viento, se convierte en un refugio para el Pato cuando, al oír el inesperado regreso de Palanquero, su corazón palpita desbocado. Con rapidez, se desliza hacia la ventana, pero un accidente lo detuvo. Un cristal se rompe al intentar escapar, y su brazo queda atrapado, rasgado por el vidrio. Con un jadeo sofocado, se arrastra entre las sombras del jardín, dejando atrás un rastro de sangre que se mezcla con la tierra mojada.

El Palanquero, que ha regresado más temprano de lo esperado, está en la puerta. Su mirada fría, su intuición aguda, parece leer el aire denso en la casa. No dijo una palabra, pero su presencia hace que todo cambie. La Gorila, parada en el umbral de la habitación, sabe que el secreto está a punto de desmoronarse. La tensión es palpable, como si el aire mismo estuviera a punto de estallar.

El Pato, con el brazo sangrante y el cuerpo adolorido, se desliza entre la vegetación. Las hojas, húmedas y verdes, crujen bajo su peso, pero él se mantiene en silencio, como un espectro que desaparece en la oscuridad. Cada paso es un susurro al viento, un recordatorio de que en la naturaleza, como en la vida, todo se oculta en las sombras. La selva, con su espesor, lo abraza, pero también lo separa de lo que ha dejado atrás.

Dentro de la casa, Gorila y Palanquero comparten una mirada tensa. No hay palabras, solo la promesa no dicha de

que el secreto aún se mantiene, pero las piezas se mueven, y la verdad está demasiado cerca. Sin embargo, en su silencio, yace algo más, una lucha interna, un amor que se retuerce entre la lealtad y el deseo, la pasión y la culpa.

En el exterior, El Pato continúa su huida, dejando atrás el rastro de su propio dolor. La vegetación lo protege, pero también lo oculta, como si la naturaleza misma estuviera advirtiéndole sobre los límites de su acción. Sin embargo, no hay vuelta atrás. El miedo a ser descubierto se mezcla con el morbo, por su mente pasan muchas cosas, piensa en regresar y desafiarlo a pelea abierta por el amor de la dama, por otro lado, en tenderle una trampa y acabar con la vida de sus rival, pero es consciente que desvaría.

La comunidad lo sabe casi desde el principio, pero hay los que condenan su relación y los que la apoyan en secreto. Algunos proponen exponerlos, mientras que otros, defienden su derecho de hacer lo que les de la real gana.

A la mayoría le da igual, porque el que tiene rabo de paja no se acerca a la candela, tanto hombres, como mujeres tienen algo escondido y si uno delata a otro, puede estar en riesgo de tener el mismo destino en represalia. Una cosa es comentar algún chisme en la tienda de Caraota, repetir una frase de un vecino mientras no está presente en el restaurante o hacer caras cuando alguno se encuentra de espaldas.

Un ejemplo de hacerse la vista gorda es con Pileta, antes conocida como Rosy. Ella vivía en Kruza antes de mudarse al Arol, su vida era al lado de su marido, lo llamaban el Despecho.

Era una mujer de ojos de gata y labios de provocativos, que hace su vida en un pueblo donde el polvo seco del camino se pegaba a las suelas como un destino inevitable. Su marido, era un hombre de manos gruesas y corazón sencillo, que la amaba con la devoción a su camión, pues tenía muchos años dedicados al transporte de alimentos. Pero también bebía con la constancia del río hacia el mar, dejando su conciencia ahogada en cada vaso de ron. Mientras él dormía su embriaguez sobre la mesa de madera, Rosy dejaba que otros hombres le llenaran la cama y el alma de promesas nocturnas y el cuerpo de sensaciones furtivas.

Las noches en su casa eran un desfile de sombras escurridizas que desaparecían antes de que el sol pudiera delatarlas. Pileta, con su piel perfumada de perfume barato y su risa de campana rota, se entregaba sin remordimientos. El lecho que compartía con Despecho olía a dos vidas separadas: la suya, ardiente y peligrosa, y la de él, triste como una vela consumida en la penumbra. No fue el rumor del pueblo lo que despertó a la realidad al camionero, sino la traición descubierta con sus propios ojos. Una noche, tropezando de borracho, regresó antes de lo habitual y la vio entre los brazos de otro. Fue entonces cuando la furia se hizo puño, y Pileta sintió en su carne la ira de un hombre roto, humillado, sin nada que perder. La tomó del cabello y la arrastró por la sala mientras su amante de turno emprendía la huida como un venado frente a un tigre. Sus manos abiertas llegaban una y otra vez a su cara y el sonido del aplauso piel con piel y sus gritos alertaron a sus vecinos. En la calle frente a

todos él la ajustició como si de un cuento bíblico se tratara, los vecinos y amigos se limitaron a observar.

—Merecido se lo tiene por zorra. Decían algunos mirones.

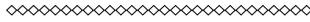
—Tan buen hombre que es Despecho y tan barragana que es Rosy. Murmuraban en voz alta.

Nadie intercedió para salvarla de la golpiza brutal, él se detuvo luego de varios minutos, dejándola tirada en el suelo, casi desmayada, con sangre en la cara y los cabellos antes hermosos como las luces de navidad en octubre. Los vecinos se retiraron y ella se levantó muchos minutos después con gran dificultad hasta el baño, donde dejó caer agua como lluvia sobre su cuerpo magullado.

El hogar que alguna vez había sido su refugio ahora se había convertido en una prisión del miedo y la angustia. Rosy, con el cuerpo marcado por la violencia marital y el alma por el desprecio de quien la amó alguna vez, supo que no podía quedarse más tiempo allí. Huyó antes del alba, sin maletas, sin esperanzas y con los pies descalzos y el corazón latiéndole en la garganta. Un conocido la llevó al río, ese gigante de agua oscura que lo devoraba todo. Se sumergió en sus aguas nocturnas cerca del puerto de la Chueca, dejando que la corriente le limpiara el miedo y el pasado. Sintió cómo el agua abrazaba su piel herida, como si intentara devolverle lo que el tiempo le había quitado. Daysy la descubrió en entre las guamas, le ofreció su ayuda desinteresada, la llevó al cuartito contiguo al restaurante y le dio su ropa para que vistiera una nueva vida.

Desde entonces, Rosy se convirtió en otra, ahora sería Pileta. Se instaló como un miembro más de la comunidad, donde aprendió a vivir con el rumor del agua como única compañía. La mujer que había sido quedó sepultada bajo la corriente del río, y en su lugar nació alguien más fuerte, alguien que ya no esperaba amor ni se entregaba a promesas vacías. Pileta comprendió que el destino no estaba escrito en las calles polvorientas de su pueblo, sino en la corriente salvaje que la llevaba a un lugar donde, por fin, nadie la conocía. Sin embargo, algunos visitantes si conocían la historia, pero no la exponían, era su vida, Rosy desapareció para siempre.

V



El amor toca la puerta

Toruno en su mundo, se dirige a donde Parrita a comprar anzuelos. Ya es casi de noche, camina distraído hacia la carretera, en el mismo momento la Catira debe ir también a donde Parrita a comprar nylon por orden de su padre, ambos caminan en sentido opuesto con dirección a la carretera, por cosas del destino llegan en el mismo tiempo, pero en lados contrarios de la carretera. Los dos se ven con curiosidad, nunca se habían visto, la atracción es innegable, ella lo saluda con la mano derecha.

Ella con algo de pena —¡Hola! ¿Quién eres? Dijo abriendo los ojos.

Emocionado él trata de esbozar —¡Hola! Me dicen Toruno. Nunca te había visto por aquí. Mientras intenta verla mucho mejor por cada lado.

— Me dicen Catira, soy hija del Mocho. Llegué hace días, pero no había salido a la calle.

Entre tanto, los carros transitan entre ellos. Pero la mi-

rada sigue fija. Las ideas en sus mentes respecto al otro son fantásticas, se imaginan cualquier cosa posible o imposible, la atracción es innegable.

— Eres muy linda. Yo vivo en la última casa, soy hijo de Chucho.

Moviendo los ojos avergonzada ella casi murmurando — Gracias, tú no estás nada mal, ¡nada mal! Te dejo porque tengo que ir donde el señor Parrita a comprar.

Él solo tiene puesto una muy usada pantaloneta azul bastante corta, hasta las rodillas no llega y una camiseta blanca muy ajustada al bien marcado abdomen.

— ¡Qué casualidad! Yo también voy para allá. Te acompaño. Dice él con alegría desproporcionada.

Toruno cruza la carretera para estar cerca de ella y acompañarla, hablan de todo un poco, mientras tratan de caminar lo más lento posible, para que el tiempo durara para siempre, la conexión es inocultable, no solo para ellos, también para las personas que los ven. Llegan a comprar y casi no piden el vuelto por la distracción de verse mutuamente, de regreso caminan mucho más lento para poder hablar más sobre ellos, él trata en lo posible de rozar su mano con la de ella, pero haciendo parecer torpeza.

Él le dice con voz suave — ¿Puedo tocar tu cabello? Es hermoso. Tus ojos me eclipsan.

Ella viste una falda roja por debajo de las rodillas y una camiseta rosada con mangas cortas, pero con zapatos deportivos negros, sus cabellos están sueltos y muy lacios.

— ¡Claro! Eres muy amable, susurra suavemente hacia un lado ¡Y guapo!

— ¿Qué dices? Poniendo su oído derecho hacia adelante.

— ¡Que me encantan tus labios! me gustaría besarlos algún día. Su cara se ruboriza de inmediato y su voz se escucha distinta.

Se despiden con una sensación extraña en el pecho y el estómago, mientras la mente se nubla, se ven casi sin pestañear mientras la Catira baja y se aleja rumbo a su casa entre el camino angosto, rodeado de plantas y arbustos muy pequeños, Toruno solo se queda parado en el mismo lugar de despedida imaginando abrazarla, recordando el roce de su cabello entre los dedos y presumiendo un encuentro de sus hermosos labios con los propios.

La noche termina sin inconvenientes aparentes, pero un conflicto nace por culpa del amor. Esta vez, la rivalidad surge entre la familia del Mocho y la familia de Chucho por el amor de dos jóvenes, el hijo de Mora y la hija del Mocho.

Los días pasan muy lento en la mente de los tórtolos, pero por las intenciones de verse pronto, Toruno va muchas veces al día a la cabecera del puente solo para ver si puede encontrársela, para su mala suerte no es posible. Ella por su lado se ofrece para ir a comprar cualquier cosa donde Caraota o donde Parrita para ver si tiene suerte de ver un momento a Toruno.

En casa de Berta...

La Catira entra entusiasmada —¡Mamá, papá! Tienen que conocer a alguien. Bueno, a lo mejor ya lo conocen.

Su madre se queda mirándola muy intrigada —Ah, ¿Sí? ¿Quién es?

— ¿Un chico? Cuéntanos más. Pregunta su padre muy curioso.

— Se llama... Lo conocí en el puente. Es genial, súper inteligente y tiene una forma de ver la vida que me encanta.

—¿Eso suena interesante! ¿Y te gusta? Pregunta su madre sonriendo.

Sonrojándose ella los mira con ternura, como conejito —Bueno, sí. Me gusta mucho hablar con él. Siempre tiene algo interesante que decir.

— ¿Y ya le dijiste que te gusta? Insiste el Mocho.

Riendo nerviosamente ella trata de esquivar —No, todavía no. Quiero conocerlo un poco más primero. No quiero apresurarme.

— Es una muy buena idea, corazón. Tómate tu tiempo. Te lo digo como mujer. Dice Berta.

Bromeando un poco Mocho y para bajar el estrés —Pero si decides invitarlo a casa, asegúrate de que no sea un mal tipo. ¡Ya sabes que los chicos son peligrosos! Yo también fui un hombre joven.

Riéndose apenada Catira le dice —¡Papá! él es diferente. Estoy segura de que les va a caer bien.

— Bueno, estaremos ansiosos por conocerlo. Dice Berta.

Ella con una sonrisa sincera —Gracias, mamá. Prometo que les contaré más de él.

Paralelamente en casa de la Mora...

Toruno con una sonrisa nerviosa — ¡Mamá, papá! Tengo algo que contarles.

— ¿Qué pasa, hijo? ¿Te sacaste un diez en Física? (Muy curiosa su madre)

— Ojalá sea algo más emocionante que eso. ¿Cuenta? Bromeando su padre.

El joven comienza a sonrojarse — Conocí a una chica hermosa en el puente. Se llama...

— ¿Sí? Cuéntanos más. ¿Qué te gusta de ella? Dice emocionada su madre.

— Es muy divertida y tiene una risa contagiosa. Siempre me hace sonreír.

— Eso suena prometedor. ¿Ya le has hablado? Pregunta con una sonrisa su padre intrigado.

— Sí, hablamos de camino a donde Parrita. La verdad es que me gustaría invitarla a salir, pero no sé cómo hacerlo.

— ¡No te preocupes! Puedes empezar con algo simple, como invitarla a un refresco o a caminar. Como hizo tu padre.

— Pero asegúrate de no quedar como un tontuelo, hijo. ¡Hazlo con confianza! Dice con tono cómico Chuchó.

— ¡Lo intentaré, papá! Solo espero no ponerme muy nervioso.

— Todos hemos estado ahí, Torunito. Lo importante es que seas tú mismo. Dice la Mora con seguridad.

Chucho dice con una mirada cómplice —Y recuerda, si necesitas ayuda con el plan, aquí estamos. Recuerda que soy tu padre.

— Gracias, papá. Voy a pensar en cómo invitarla.

Los días pasan tranquilamente, la vida en el pueblo es normal, el río es estable, sus aguas son rápidas y llegan a la mitad de sus cauces. Los pescadores siguen sacando grandes cantidades de Manamanas y muchos Bocachicos con la ayuda de la Atarraya, además con la ayuda de los anzuelos en paradas capturan Doncellas, Paletones y varios Malar-mos. Algunos por falta de tiempo los venden de forma directa a la Chueca, donde la Gocha paga inmediatamente billetes tras billetes. Sin embargo, otros prefieren vender por un mayor precio en la orilla de la carretera, cerca de la cabecera del puente, debajo de las guaduas. Precisamente, allí está la Catira, un día a media mañana, vendiendo varias sartas de Bocachicos y Guabinas que había capturado más temprano su padre. Toruno debía ir a comprar aceite para motor en la hacienda de Parrita, al llegar a la carretera mira casi por inercia, como cosa automática hacia su derecha, allí la ve, el corazón se sobresalta, las manos le sudan, no logra disimular el nerviosismo que siente, la ansiedad lo hace ruborizarse, no puede moverse ni hacia el puente, ni en sentido contrario, solo es una estatua.

—¡Hola! Dice Toruno con mucha dificultad, con voz temerosa. Se siente extraño, nunca se había sentido de esa manera, tan vulnerable, como desnudo, como expuesto a una cosa que no entiende.

—¡Hola! Le contesta ella, mirándolo fijamente, el cliente que en ese momento intenta comprar una sarta, desaparece mágicamente de su radar, el cliente le habla, pero ella solo puede mirar con toda su atención a Toruno como si se tratara de un eclipse y solo puede escuchar ese ¡Hola! Que se repite en su mente como un eco.

Él debe ir a comprar y ella está ocupada, Toruno piensa que es mejor no acercarse, se mueve al fin, pero hacia la hacienda de Parrita, su cuerpo se mueve en una dirección mientras su mirada se queda buscando los ojos verdes que lo hipnotizan, su falta de visión en su recorrido le llevan a tropezar contra la cabecera del puente, el golpe en la rodilla y el grito de ¡Auch! Hacen que la Catira suelte una risa sin sonido, pero hilarante. Él se masajea mientras se aleja lentamente, luego de muchos metros, ya no voltea a mirar, sabe que puede tener otro accidente. Pero intenta ir más rápido para volver en el menor tiempo posible, casi corre a comprar el aceite, al llegar le pide a Parrita que le despache urgente porque está de afán.

— Pero muchacho, espera un poco, cálmate. Le dice con voz pasiva.

— Disculpa amigo, es que debo irme a pescar. Le contesta con voz impaciente.

— Si, claro. Le dice incrédulo.

En las guadas el cliente le dice —¡Te tiene loquita! ¿Es tu novio?

Ella niega la situación protagonizada hace un momento.
—¿Me va a comprar?

Solo quedaban algunas sartas, el cliente le dice que se las compra todas si le deja un buen precio, ella conocía las mañas que aprendió de su padre para vender y hacer ver que perdía dinero al hacerlo. El cliente satisfecho paga y guarda todo en una cava plástica y se marcha. La Catira mira hacia la entrada de la hacienda, no puede verlo, se acerca a la cabecera del puente para esperarlo allí, su padre la ve desde la casa y le grita ¿Ya vendiste?

Ella le contesta con otro grito —¡Si!

—Entonces, baja hija. ¿Qué esperas? Ven hija.

—Allí voy papá, le dice con visible decepción.

Toruno toma el envase de aceite de motor y solo alcanza a decir un ¡Gracias! Para emprender el camino de vuelta. Al llegar a la carretera mira de inmediato a su izquierda tratando de ubicarla, pero la distancia es mucha, más de medio kilómetro de separación solo permite ver las guadas. Acelera el paso, llegando al puente comprueba que el motivo de su exaltación ya no está donde la había visto unos minutos antes, la decepción lo invade y disminuye su marcha. Se detiene en el lado sur del puente para mirar hacia el rancho del Mocho con la intención de tener la suerte de verla, sí la ve, justo está en el patio conversando con su madre. Ella como por casualidad mira en ese momento hacia la cabecera del puente y lo ve, la distancia es de casi cien metros, pero logran saludarse con la mano abierta arriba y agitándola durante un par de minutos. La Catira debe entrar a casa y Toruno había olvidado que tiene que llevar el aceite a casa.

Llegando a casa Toruno revela a su familia que ha vuelto a ver a la joven que le trae de un ala y que es una rubia, hija del Mocho. Los padres caen en cuenta que se trata de la Catira. Chucho recibe la noticia con beneplácito, pero la Mora estalla en cólera.

La Catira por su parte le comenta a sus padres que ha visto el muchacho nuevamente y lo describe con mucha precisión acompañado las características del nombre “Toruno” es cuando sus padres se dan cuenta de que se trata del hijo de la Mora, Berta no le ve importancia, sin embargo, el Mocho siente recelo de la situación.

Los días pasan y los hipnotizados no pueden verse bien, estar tranquilos, conversar algo más que un hola, quizá sentarse y reír un poco. La escuela y las labores familiares los mantienen ocupados, sin embargo, cada uno tiene la representación del otro en su mente. La Catira no puede dejar de pensar en esos labios carnosos, en esos ojos penetrantes, muy profundos, que dicen más que sus torpes palabras y por supuesto se imagina sus abdominales.

Una tarde, Toruno está sin tareas de colegio, sin planes de pesca o aventuras de caza, está acostado en su hamaca, con la pierna derecha por fuera para mecerse, el brazo izquierdo recostado en la frente y la otra mano en el pecho, pensando cosas al azar, recordando maldades del colegio con sus compañeros. De repente, una idea se incrusta en su mente, ¿Por qué estar solo? Es mejor conversar con otros que solo pensar en la soledad de su hamaca. Decide levantarse, va a la cocina por un vaso de agua, se acomoda su ca-

miseta, se pone sus zapatos deportivos y se endereza la pantaloneta. Mira en dirección al puente, la misma dirección donde está la casa de Pepas, sale al patio aún desorientado, da unos pasos en el camino y escucha palabras en casa de la Gorda, son ella y sus hijos. Camina hacia las voces y desde el camino pronto los puede ver, están sentados en la cocina, la Gorda, Álvaro y la Gordita, contando chistes entre risas y más risas.

La familia ve a su vecino aproximarse lentamente mientras siguen riendo. La Gorda desea verlo de cerca.

— ¡Torunito! Ven a acá. Cuéntanos un chiste.

— Si, ven rápido, cuéntanos un chiste bien gracioso. Dice ansioso Álvaro.

— Ven, siéntate a mi lado, dice la Gorda. Yo te voy a contar uno que te vas a caer para atrás, dice entre risas.

Él llega y se sienta justo al lado de la Gorda, esta comienza a contar un chiste sobre un pollito, los hijos ya comienzan a reír, aunque todavía no es gracioso, la mirada de Toruno se dirige más al este, en dirección a la casa del Mocho, el chiste termina y todos ríen, excepto el visitante, pues no le prestó la atención debida el chiste como para entenderlo por estar pendiente del camino que lleva a casa de quien mantiene su corazón en vilo.

— ¡Oye! Le grita la Gorda. No te reíste, no te gustó, ¿lo entendiste? Maluco ¡Ríete!

— Cuéntanos un chiste, no seas maluco, le dice con cara seria. Dice la joven.

Toruno acepta, piensa un momento en cuál contar, en el momento en que está a punto de comenzar a hablar...

¡Catira! Dice con exaltación. Mirando el camino hacia el Mocho.

Todos lo ven fijamente y comprenden que no es un chiste, se levantan a tomar agua y saludan efusivamente.

¡Hola! Dicen todos, pero Toruno no puede decir otra palabra.

— ¡Hola! Dice ella con cara muy alegre. —¿Qué hacen?

Toruno no puede dejar de verla. Gordita dice: estamos contando chistes y riendo tranquilamente.

Álvaro lo mira contrariado.

— Ni uno solo contaste, es más ni te has reído.

— ¿Y eso? Dice con cara de duda la visitante.

— Solo estaba mirando para tu casa, ¿Qué le hiciste?
¡Muchacha! Dice la gorda mientras ríe.

— ¿Yo? Yo nada.

— ¿Podemos hablar? Dice Toruno mirando a la Catira fijamente.

Ella suelta un —¡Claro! Moviendo la cabeza arriba y abajo con cara de alegría.

Se alejan rápidamente del resto mientras suben a la carretera, en la cabecera del puente se sientan, los carros pasan y los golpean con el viento, pero sus miradas están tan entrelazadas que no se dan cuenta de nada a su alrededor.

— ¿Qué quieres hablar conmigo? Pregunta con pena y

poniendo los ojos como las luces altas de un automóvil por la noche.

— Me da mucha pena decirte. Le dice con la cara sonrojada. Cuando estás cerca de mí, no logro articular bien las palabras, ni cuando hago exposiciones en el colegio me pongo tan nervioso como cuando tu estas cerca.

— Lo he notado, pero a mí me pasa lo mismo. Ahora su cara está roja y sus ojos miran en todos lados.

— ¿En serio? No imaginé que tú también te sentías así. Le dice bajando la mirada, ambos saben que es una pequeña mentira que sirve para seguir la conversación.

— ¿Puedo tomar tu mano? Al tiempo que estira su mano para tomar la de ella.

— Solo si puedo tomar las tuyas. Le responde mientras aprieta sus cálidas y sudadas manos.

Desde abajo, en la casa de la Gorda, los tres observan la situación romántica con atención, pero sin decir nada.

— No te vi tan nervioso la vez que acariciaste mi cabello. Dice la Catira mordiéndose el labio inferior.

— Tienes razón, responde él. Recuerdo que tenías una falda roja que resaltaba tus hermosos ojos. Tú tampoco estabas nerviosa, pues me dijiste algo sobre mis labios. ¿Realmente te gustan?

— Me encantan tus labios, le responde ella mirando su boca.

Él puede verse reflejado en sus ojos, parece navegar en ellos como si fuera el Arol, como si nadara libremente en

las aguas del río que se encuentra a unos cuantos metros de donde están sentados. Él levanta sus manos y las dirige a su boca, las besa con ternura, ella aún mira sus labios mientras se juntan y se separan de esa boca que desea probar.

— ¡Me gustas mucho! Le dice él sintiendo los latidos de su corazón en todos lados, su pecho es un terremoto y su boca hace un esfuerzo enorme para poder articular los que su mente quiere expresar.

— ¡A mí también me gustas y mucho! Le expresa con emoción incontrolable, su pecho parece que tendrá un infarto, sus ojos están dilatados y su rostro está ruborizado en demasía.

— ¿Tienes novio? Pregunta con mucha vergüenza.

— ¡No! Mi padre no me lo permite. He tenido un solo enamorado y solo fuimos novios por un par de días. ¿Y tú tienes novia?

— ¡No! Responde con seguridad. No ha llegado la indicada, añade con picardía.

— ¿Seguro? ¿Me estás diciendo la verdad? No te creo, eres muy guapo, seguro que en el colegio tienes varias enamoradas.

— No creo que alguien se fije en mí. Con este olor a pescado no creo que sea muy atractivo para muchas.

— No te hagas el loco, eres muy guapo, muchas muchachas tendrás derretidas.

— Puede ser, pero no me interesa ninguna. Pero ahora hay alguien que me importa y mucho.

— ¿Quién? Pregunta por retórica.

— ¿Quién crees? Para alargar la conversación.

— Seguramente una niña afortunada del colegio, le responde haciéndose la modesta, sabiendo que se trata de ella, pero desea escuchar de sus labios que se trata de ella.

— ¡Me gustas tú! Eres la dueña de mis pensamientos, tu cabello de oro y tus ojos esmeraldas no salen de mi mente.

— ¡Lo sé! Sé que te gusto mucho, pero tú me gustas muchísimo más, tus labios me enloquecen, deseo probarlos, pero no creas que no me da pena contigo.

Sus rostros se acercan lentamente, están tan cerca que pueden sentir la respiración del otro, sus ojos puestos en los ojos del otro.

— ¡Hola Mocho! Se escucha de repente en la voz de la Gorda.

El grito rompe el eclipse entre la Catira y el Toruno, se separan rápidamente y simulan conversar de otras cosas. Ese grito también tiene la intención de avisar a los tórtolos para no ser descubiertos.

— ¡Hola vecina! ¿Qué tal ha estado? Responde mirando hacia arriba, en dirección a la cabecera del puente.

— ¡Mija! ¿Qué hace? Le grita con cara de asombro.

— ¡Nada! Aquí papá, conversando con el Toruno sobre la escuela. Contesta con nerviosismo evidente.

El mocho le hace señas con el muñón de su mano para que baje y ella obedece de inmediato.

— ¡Chao! Le dice ella en voz muy baja, mirándolo con amor.

— ¡Chao, Princesa! Le dice susurrando, sin dejar de verla con ternura.

El Mocho sabe lo que pasa, pero decide no darle importancia, sobre todo porque sus vecinos están presentes, además no desea importunar a su amorosa hija por algo que no vio pero que se imagina que pasa.

El Toruno y la Catira se han enamorado, pero su amor se ve obstaculizado por la desconfianza de la Mora. Por otro lado, el Mocho, orgulloso y bravucón, considera al Toruno solo un simple campesino sin clase, un pescador bisoño, en fin, es un joven sin futuro, en su opinión. Por su parte, Chucho, aunque más tranquilo, no está dispuesto a permitir que su hijo se juntara con la hija del Mocho en esas condiciones. En ocasiones tienen la suerte de encontrarse en la tienda de Caraota, por casualidad en las guaduas o incluso en Kruza. Esos momentos mágicos son exprimidos por ambos, alargados desesperadamente.

La tensión entre las familias aumenta cuando Toruno y Catira deciden irse a pasear en secreto a Kruza luego de salir de la escuela. Allí Toruno le declara su amor juvenil arrodillado a la Catira, le ruega mirándola fijamente a los brillantes ojos verdes que acepte ser su novia, ella casi no lo deja terminar de hablar para decirle que lo acepta. Él se levanta de golpe y la toma de la cintura para elevarla como un ganador del primer premio de fórmula uno, agitando su hermoso y frágil cuerpo en el cielo, mientras giran varias vueltas. Luego la baja suavemente junto a él, dejando su cara junto a la suya, ella exhala fuertemente de emoción

con la boca abierta, sus gestos en el rostro le invitan a besarla, él desea con todas sus fuerzas hacerlo, pero no capta las señales, el respeto que siente hacia ella es más grande que el deseo de juntar sus labios. Ella rompe el silencio.

— ¡Es una locura! Expresa con emoción, me gustas mucho, siento que te amo. Parece que te conozco de siempre.

— ¡Eres mi reina! No puedo dejar de pensar en tus labios, en tu hermoso cabello, en abrazarte para no soltarte nunca.

Ella le dice que la hace sumamente feliz, se acerca con sigilo, le coloca la mano derecha en la cintura, su mano izquierda en el cuello y la hala suavemente hacia él, se detiene a pocos centímetros cara a cara, pueden sentir su respiración, ella avanza mientras él está inmóvil.

El beso llega, el mimo de sus labios es una realidad esperada, se besan apasionadamente durante varios minutos, se abrazan con intensidad. Sus bocas se separan un momento y sus frentes se tocan durante algunos segundos, pueden percibir la intensidad de sus latidos. Los rayos del sol elogian las dos almas mientras la danza de sus lenguas es ejecutada con sincronía, sus miradas, como estrellas fugaces se encuentran como una pira antes de consumirse, su aliento se confunde con las promesas no dichas. Los dedos de ella rozan el cuello de su amado sintiendo en sus yemas el latido de sus venas como un tambor que suena al compás de sus emociones. Los musculosos brazos de él la rodean como un muro de prisión mítica, el mundo fuera de esa escena no existe, ha desaparecido de sus mentes, solo importan ellos.

Caminan tomados de la mano durante horas mirando la gente y las tiendas, en cada oportunidad se besan con locura, la gente los observa con ternura.

Al enterarse, los padres de ambos jóvenes se enfurecen. El Mocho organiza una búsqueda desesperada, mientras que Chucho se prepara para una posible confrontación. La gorda cuenta el chisme a los compradores de la tienda de Caraota.

La pequeña fuga de los jóvenes amantes desencadena una serie de eventos desafortunados, se producen peleas verbales entre la Mora y el Mocho principalmente. La rivalidad entre las familias parece incrementarse. Al regresar del paseo, llegan separados, tratando de disimular, pero es en vano, ya todo se sabe. Al notarse descubiertos, deciden revelar la verdad, estaban juntos y se gustan. La noticia de la intención amorosa de Catira y Toruno cae como una bomba en las familias de ambos. Si bien los jóvenes están viviendo en las nubes, sus padres no comparten la misma alegría.

La Mora, siempre es una mujer de carácter fuerte y bélico, nunca ha visto con buenos ojos a la Catira para su hijo. La considera demasiado simple y poco seria. ¡Toruno se merece a alguien más estable, de su altura! solía decir en distintos lugares y frecuentemente. Ahora que su hijo ha decidido estar con ella, su desaprobación se hace aún más evidente. Por otro lado, el Mocho se muestra como un hombre tranquilo y conciliador, siempre ha admirado la valentía y la determinación de la Catira. Sin embargo, no puede negar que la relación de su hija traería proble-

mas. Además, para terminar de acomodar la situación, la Catira le ruega a su madre que la apoye y al mismo tiempo le suplica a su amado padre que le permita vivir con ellos nuevamente y la cambien de escuela.

Las tensiones entre Mora y Mocho comienzan a surgir en los encuentros casuales. Cada vez que los jóvenes mencionan sus planes de futuro juntos, los padres se miran con recelo. Mora critica abiertamente a Catira, mientras que Mocho defiende a capa y espada a su hija.

Un día, durante una cena familiar en casa de los Ferrer, la discusión estalla. Mora no puede contener más su frustración y le reprocha a Chucho el haber consentido siempre a Catira. Por otro lado, Mocho acusa a Mora de ser demasiado controladora y de no permitir que su hijo fuera feliz.

Catira y Toruno, al ver a sus padres discutir de esa manera, se sienten desconsolados. Nunca habían imaginado que su amor causaría tanto conflicto entre sus familias. Intentan mediar, pero es en vano. Con el tiempo, la situación se vuelve insostenible. Mora y Mocho dejan de hablarse, y la relación entre las dos familias se deteriora. Catira y Toruno se ven obligados a tomar una difícil decisión: seguir adelante con su relación a pesar de la oposición de sus padres, o poner fin a su amor para preservar la paz familiar.

VI

En busca del Caimán

Una semana después...

Pasan días sin tanta prisa. Un sábado sin ninguna razón se levanta temprano Toruno, quizá la razón es las incontables ganas de miccionar, mira el Arol un poco somnoliento, se ve más cerca de la casa y la playa del puerto casi desaparece, así que, corriendo las siete de la mañana, surge la idea, a Toruno le encanta estar de aventura en aventura, además es muy aguerrido, así que invita a su fiel compañero Guaguao a cazar un caimán que vive en el pozo del Roto Vázquez²⁸. Toruno y Guaguao van a la tienda de Caraota, entran bromeando, son seguidos de cerca por Caraota, que parece estar vigilando cada movimiento.

— ¡Epa, ustedes dos! ¿A dónde creen que van con esas caras de emocionados? Sentada en una banca.

— ¡Buenos días, Peorro! ¿Tiene galletas frescas? Dice Toruno tratando de ignorar a Caraota.

28 Lugar donde el río se rompe y forma un afluente.

— ¡Buenos días, muchachos! Claro que sí, las mejores del pueblo y sus alrededores. Y también tengo un sabroso pan de trenzas, si quieren. Dice Peorro. Este está parado detrás del mostrador.

— ¡Perfecto! Dame una docena de galletas y una bebida gaseosa sabor a piña. Dice Guaguao, que está apoyado sobre el largo mostrador de madera.

—¿A pescar van? ¿Otra vez? ¿No se cansan de comer pescado? Dice ella cruzada de brazos.

—¡Caraota, no seas aguafiestas! La pesca es relajante. Dice riendo Toruno. Además, necesitamos proteína. Mirando de reojo.

— ¡Proteína pueden comerse un buen plato de lentejas! Les dice ella.

Caraota tiene una dieta medio extraña, no come pollo, ni huevos, come poco pescado y en algunas ocasiones ingiere carne, pero su marido come de todo, sobre todo pescado, pescado que nunca compra, siempre se las arregla para que alguno de los pescadores de turno le obsequie un pescadito o dos.

Guaguao sacando una cerveza de la caja con hielo —¡Oye, Peorro, me anotas dos cervezas bien frías!

Peorro, sonriendo —Claro que sí, muchacho. Para celebrar la salida de pesca.

Caraota mira a Guaguao con desaprobación. — ¿Cerveza? ¿A esta hora? ¡Niños!

Toruno la mira con picardía—¡Tranquila, Caraota! Es para después de pescar. Además, necesitamos algo para el calor.

Toruno y Guaguao continúan mirando los productos de la tienda. Al tiempo que llega al sitio Pacho en busca de azúcar, este desea preparar un juguito de guanábana.

— Oye, hermanito, ¿Qué te parece si compramos hielo para mantener frescas las cervezas y el pescado?

— ¡Buena idea! Y también necesitamos unas buenas frituras y queso para cuando tengamos hambre.

Caraota rueda los ojos y gesticula con la boca. ¡Siempre pensando en la comida! ¿No pueden pensar en algo más productivo qué hacer?

Toruno, ignorándola nuevamente —Peorro, ¿Tiene hielo?

Toruno trata de que la vendedora no le toque un tema sensible delante de otras personas, conversaciones relacionadas con amoríos no relacionados con su novia, ella se entera de todos los pormenores del pueblo, todos los que van de compras sueltan muy fácilmente la lengua.

— Sí, claro. Y también tengo jamón y plátanos frescos.

Después de pagar, Toruno y Guaguao salen de la tienda, cargados con sus bolsas de provisiones, mientras Caraota los mira con una mezcla de diversión y preocupación, sin levantarse de su banca.

Pacho los mira atentamente — ¿Van para arriba o para abajo? El río está movido.

Caraota en forma de despedida camina a su lado —¡Espero que por lo menos pesquen algo! No quiero verlos llegar con las manos vacías.

Toruno y Guaguao se ríen y se alejan, rumbo a la orilla del Arol, en el puerto de Pacho, donde le aguarda el Sufrimiento. Pacho todavía no paga el paquete de azúcar cuando entra la Gorda en busca de café. Los hermanos cruzan el río sin encender el motor, solo usando los remos llegan rápidamente a su puerto, se bajan solo para despedirse de sus padres, estos están sentados en la mesa preparados para desayunar, la Mora los espera pensando que se sentarán a desayunar.

Toruno los mira rápidamente —¡Nos vamos! Chao, nos vemos al volver. Dice con gestos de apuro.

Chucho inquieto —Pero ¿No van a comer? Deben desayunar algo, ¿No? Mirándolos con preocupación.

Guaguao se nota apresurado —¡No podemos! Dice casi gritando. Vamos lejos y el tiempo apremia.

Mora acepta que no los acompañen en la mesa — Al menos llévense esta yuca frita con mortadela, cuando tenga tiempo o tengan hambre comen, es importante que no estén débiles en el río, podrían tener problemas graves.

Guaguao toma una taza con tapa, es un poco grande, mete varios pedazos de yuca, escoge los más tostaditos, corta varios trozos de la mortadela y las coloca encima como si fuera un adorno, al colocar la tapa, grita —¡Listo!

Justo después de salir de la cocina, sus padres aún no prueban bocado, pero Toruno lo aguarda en la popa del Sufrimiento, sostiene el remo con la mano derecha dentro del agua, viste una camiseta negra acompañada de una pantaloneta azul, no tiene calzado, es normal que durante su estancia en la canoa no se use calzado por seguridad.

Guaguao llega al puerto, empuja el Sufrimiento entrando al Arol, el agua le da hasta las rodillas, salta para entrar a la canoa y queda sentado en la proa. La Mora y Chucho los observan desde la mesa sin levantarse y los despiden levantando la mano, los pescadores agitan las manos arriba en señal de despedida, Toruno hala la cuerda y enciende el motor, su viaje ha comenzado.

En la mesa...

Mora suspira mientras prepara el café. —¿Sabes, amor? Estaba pensando en lo rápido que ha pasado el tiempo. Me llenan de orgullo nuestros hijos, pero a veces me pregunto si hicimos lo correcto, si les dimos lo que necesitaban para ser felices.

Chucho sonríe mientras la observa con el azúcar en la cuchara. —¡Claro que sí! Mora. No me cabe duda. Mira a los muchachos, son felices, independientes... aunque sí, cada uno tiene su propio estilo, —¿No? A veces me preocupa que se nos estén alejando.

—Sí, lo sé... aunque me da tranquilidad ver que son buenos entre ellos, que se cuidan, dice tranquilamente Mora. Y ahora con Toruno, tan contento con esa novia. ¿Qué piensas de ella?

Chucho frunce ligeramente el ceño. —Bueno, me parece una buena chica, pero a veces siento que Toruno está muy pendiente de complacerla. No sé si es algo malo, pero me gustaría que él también mantuviera su esencia, ¿Me entiendes? No perderse a sí mismo.

—Sí, te entiendo. A mí no me cae nada bien, aunque noto lo mismo que tú. Torunito siempre ha sido tan gene-

roso, siempre quiere que los demás estén bien. Pero quizá eso también le hace vulnerable... En todo caso, prefiero que esté con alguien que lo valore, como parece ser el caso.

— Sí, no quiero ser un papá metido, pero me preocupa que se pierda en esa relación. Tú sabes, uno siempre quiere que sus hijos vivan sus propias vidas, pero también que no cometan los errores que nosotros cometimos.

Mora sonrío estrepitosamente —¿Errores? Bueno, todos cometemos errores, pero también hemos construido algo hermoso. Nuestra vida no ha sido perfecta, pero ¿Qué vida lo es? Mira, estamos aquí, juntos, después de tantos años y tantas dificultades.

Chucho la mira con ternura. —Tienes razón. Hemos superado cosas difíciles, pero siempre lo hemos hecho como un gran equipo. Y eso es lo que quiero para ellos, que aprendan a enfrentar la vida, pero que sepan que siempre tendrán un lugar al que volver.

—Eso es lo más importante. Y mientras sigamos apoyándolos sin interferir demasiado, creo que estarán bien. Sólo espero que Toruno no se olvide de sí mismo en el proceso de querer hacer feliz a su novia.

—Lo estaremos vigilando sin que se dé cuenta, como buenos padres, mientras sonrío con complicidad. Al final, todo lo que queremos es su felicidad.

El motor ruge suavemente, como un felino perezoso, impulsando la canoa río arriba con un zumbido constante que vibra en el aire. El agua se parte en dos a su paso, dejando un rastro de espuma blanca que se desvanece como huellas en la

arena. El río, oscuro y profundo como un espejo de obsidiana, reflejaba el cielo salpicado de nubes que se estiran como jirones de algodón. Las ramas de los árboles forman un pasillo vivo, sus hojas susurrando secretos al viento, mientras las raíces desnudas se aferran a las orillas como garras. Una bandada de martines pescadores cruza delante de ellos, dejando destellos azules en el aire, y una iguana inmóvil los observa desde una rama de Lara, con la piel rugosa fundiéndose con el gris del musgo. El aroma del agua mezclado con la humedad del bosque envuelve a los pescadores, mientras el sol, como un vigía de fuego, se filtra entre el dosel creando un mosaico de sombras y luz sobre sus rostros y la madera gastada de la canoa.

El sol arde ortogonalmente, cuando Guaguao y Toruno se adentran en el Roto. Apagan el motor a la entrada, es muy angosta y adornada de muchas guamas, siguen con los remos abriendo paso entre la corriente y las lianas del nuevo cauce, pueden verse las altas palmas de corozo. Guaguao enciende un puro con un fósforo, por una razón extraña lo saborea de manera distinta, Toruno sigue remando mientras observa a su compañero disfrutar de cada fumada. Hoy es un día especial porque están en busca del escurridizo caimán.

—El río Arol es hogar de los caimanes más grandes que he visto, expresa Toruno, su voz llena de emoción. Dicen que hay uno tan grande como un tronco de Ceiba. Mientras que con la mano derecha se echa un poco de agua en la cabeza para el calor.

Guaguao asiente, su mirada fija en el camino. Conoce bien el río y sus peligros, sin embargo, en el Roto las cosas son distintas, pero la adrenalina de la caza lo impulsa hacia

adelante. En la entrada se consiguen al Pato que sale del lugar, normalmente él pesca solo porque no le gusta compartir las ganancias y no siempre consigue compañero.

— ¡Epa muchachos! ¿Van a entrar?

Toruno lo ve sorprendido — ¡Todo bien! ¿Cómo te fue?

Guaguao le dice en tono de broma — Sí, vamos a ver que dejes. Toma el envase de achicar la canoa, la llena en el río y se toma una bocanada de un solo golpe, la cantidad es mucha y una gran cantidad sale de su boca sin poder evitarlo.

— Está buena la pesca, espero que agarren muchos pescaditos. ¡Suerte!

El Pato había conseguido la canoa amarilla de Pacho, pero va a pescar solo, así se queda con dos terceras parte de las ganancias, la otra parte es para la canoa. Llevaba buena pesca, muchos Pámpanos, varias Doncellas y algunos Paletones. Mientras baja piensa en la ganancia para comparar un detalle que pueda darle a Gorila.

Al llegar al lugar Guaguao y su compañero, desplegaron sus redes y prepararon sus lanzas. El agua es más oscura, mucho más fría y notablemente menos profunda, reflejaba la exuberante vegetación de la orilla. Se bajaron del Sufriamiento, por cierto, esta canoa fue tallada en un solo tronco de Ceiba²⁹, curiosamente es muy parecido al que está en la orilla donde atracan, comenzaron a observar el río.

— ¡Mira, Guaguao! exclama Toruno, señalando una mancha oscura en la orilla. Allí debe estar.

29 Árbol fuerte pero liviano.

Con cautela, se acercan más a la orilla. El caimán, es inmenso, pero permanece inerte, probablemente mide unos cinco metros desde la cola hasta la cabeza, quizá un poco más, yace a pocos centímetros bajo el agua, su piel verdosa puede verse con dificultad. Es un depredador gigantesco, con un cuerpo masivo y musculoso. Tiene una cabeza enorme provista de mandíbulas llenas de dientes afilados y aserrados. Sus brazos son cortos y robustos, con garras aterradoras, sus extremidades están adaptadas para sostener su gran peso. La cola, larga y pesada, le proporciona equilibrio al moverse. Su piel está cubierta de escamas rugosas, similar a un cocodrilo.

Toruno levanta su improvisada lanza, listo para atacar. — ¡Ahora! grita. La adrenalina no les permite pensar en los peligros a los que están expuestos.

Ambos lanzan sus palos afilados al mismo tiempo. La lanza de Toruno roza al caimán en la cabeza, pero no logran herirlo de gravedad, es la parte más fuerte. El disparo de Guaguao le da en la espalda, pero su piel es muy gruesa. El reptil, sorprendido, se sumerge en el agua con un chapoteo que revuelve el agua.

— ¡Casi casi! exclama Guaguao, jadeando.

En el puente, hay una pequeña fiesta en casa de la Chueca, en realidad es una oportunidad para que la familia de ella pueda vender cervezas, ron, cigarrillos y comidas. Pero los vecinos aprovechan cualquier ocasión para divertirse y bailar un poco, cosas sencillas que los sacan de la rutina. Claro que siempre hay un inconveniente producto de la borrachera.

Entretanto, río arriba pasan horas buscando al caimán, pero es en vano. El sol comienza a declinar y el bosque se llena de sonidos misteriosos. Toruno saca la bolsa de pan de la popa y los observa todos, muerde uno que le parece apetitoso, mira a su hermano ofreciéndole uno sin decir una palabra, Guaguao acepta de inmediato y camina de la proa hasta la popa en busca del pan. ¡Dame una bebida! Dice antes de llegar.

Creo que tendremos que volver otro día, dice Toruno, desanimado. Mientras bebe un sorbo de la botella de esa bebida sabor a piña a temperatura ambiente.

Guaguao asiente. A pesar de no haber capturado al caimán, se siente satisfecho. Toruno con la ayuda del remo le da vuelta al Sufrimiento para volver al río.

—No importa, dice Guaguao, sonriendo. Siempre tendremos más oportunidades. Lo importante es que hemos compartido esta experiencia. Mientras veía la llegada a las furiosas aguas de Arol.

Reman de regreso a casa con lentitud, el relámpago los ilumina desde atrás, no quieren encender el motor porque es aguas abajo, están cansados pero felices. Mientras contemplan la belleza del bosque a su alrededor, Toruno se da cuenta de que la verdadera recompensa de la caza no era el trofeo, sino la camaradería y la conexión con la naturaleza. Sin embargo, algo muy raro pasa, cuando pasan cerca de un risco, de la nada una enorme sombra se posa encima de ellos, es muy rápida, pero pueden ver que se trata del caimán lanzándose desde el risco a unos tres metros de altura

hacia el río, es impresionante la hazaña del reptil, el golpe en el agua genera una gran ola, fue tan fuerte y alta que la embarcación parece hundirse, entra el agua en grandes cantidades, pero Toruno se apresura a achicarla. Una vez más el caimán se ha burlado de ellos.

Bajando lentamente, la noche los arroja, es una noche estrellada, sentados en la canoa, al medio del río.

— Guaguo, ¿Alguna vez has pensado en qué haremos cuando seamos mayores?

— Siempre he querido ser como nuestro padre, dice mirando las estrellas. Un gran cazador, conocer cada rincón de nuestra cordillera. Y tú, ¿Qué quieres ser?

— Yo... a veces pienso en ir más allá del río, ver qué hay más allá de las montañas. Dicen que hay ciudades grandes, con edificios que tocan el cielo y por supuesto estudiar, me suena mucho... ¡enseñar!

Guaguo sorprendido —¿Ciudad? ¿Dejarías el río? Mientras preparaba la Atarraya para lanzarla en busca de algún pescadito para cenar al llegar a casa.

— No lo sé. Toruno se nota pensativo. Me gusta el río, pero también siento curiosidad por lo desconocido. ¿Y tú no?

— El río es mi hogar. Conozco cada árbol, cada sonido. Pero... a veces siento miedo. Miedo de que algo malo le pase a nuestra gente, a nuestra tierra. ¡Algo cayó! Dice mientras saca la red.

— Yo también tengo miedo. Miedo de perderte, de que

algo nos separe. Somos hermanos, Guagua, pero ¿Qué pasará cuando seamos mayores? ¿Seguiremos juntos? ¡es un buen Rampuche³⁰! Dice mientras Guagua lo muestra.

— Siempre seremos hermanos, Toruno. No importa lo que pase. Pero sé que la vida nos llevará por caminos diferentes.

Toruno suspirando —Tienes razón. Pero no quiero que eso suceda. Quiero que siempre estemos juntos.

Guagua poniendo su vista en la popa, hacia Toruno — No te preocupes. Siempre estaremos unidos por el corazón. Y si algún día nos toca separarnos, llevaremos a nuestro hermano en nuestros corazones.

Toruno sonriendo —Me gusta cómo lo dices. Pero también me gustaría que nos prometiéramos algo.

— ¿Qué cosa? Pregunta Guagua.

— Prometamos que sin importar lo que pase, siempre estaremos ahí para el otro. Si necesitas ayuda, yo estaré ahí. Y si la necesito yo, tú estarás ahí.

— Lo prometo. Dice Guagua con cara muy seria, casi solemne.

En la fiesta, Palanquero tiene una discusión subida de tono con Polo, dicho altercado lo hace abandonar la reunión, se va donde Parrita a comprar cigarrillos, todo se ocasiona porque cree que Polo está mirando a su amada Gorilla, ella se hace la ofendida y se va a su casa. Muy cerca Pepas discute con Pacho por cosas sin sentido referidas a su ca-

30 Bagre de menor tamaño.

noa, él es muy orgulloso respecto al Peluche. Chucho toma alcohol sin preocuparse de nada mientras la Mora baila con Parrita un sabroso merengue.

Entretanto, Palanquero regresa a casa porque no hay forma de comprar, en la hacienda no hay nadie, sus botas van resonando en el suelo de tierra. Ha sentido algo en el aire, un peso denso que lo hace sospechar que algo no está bien. Su corazón baila con la misma fuerza con la que había trabajado todo el día en el río, pero algo dentro de él le dice que esa tarde sería distinta.

Al abrir la puerta, ve la silueta del Pato, quien se encuentra en el umbral de la sala. La sorpresa en los ojos del hombre se mezcla con una alarma evidente, pero la furia del Palanquero pronto eclipsa cualquier intento de disimular.

—¿Qué haces aquí?, la voz de El Palanquero retumbó como un trueno, su cuerpo, alto y delgado, se erguía con una presencia imponente.

El Pato, que no esperaba ser atrapado, intentó mantener la calma. —Nada, solo pasaba por aquí, dijo, pero la incertidumbre en su voz delata su mentira.

El Palanquero avanza hacia él con pasos firmes. —Te vas ahora, o te arrastro de aquí, ruge como tigre herido, los puños cerrándose con fuerza. Cada palabra, cargada de enojo, golpea el aire entre ellos como un martillo.

En ese momento, la tensión explota. El Pato, aunque más pequeño, se lanza hacia Palanquero con la furia que tenía contenida. Los golpes resuenan en la sala, el sonido de los puños contra la carne, la fuerza de los cuerpos cho-

cando. La violencia es una danza salvaje, un juego de poder donde no hay reglas, solo el deseo de ganar. El Palanquero, más alto y fuerte, empuja al Pato contra la pared, haciendo que el hombre se tambalee, pero Pato no se rinde. Con un movimiento rápido, lo empuja hacia atrás, un puño directo al rostro del Palanquero, que lo hace tambalear.

—¡No eres más que un estúpido, gritó Pato entre dientes, su cuerpo cubierto de sudor y su respiración agitada. ¡Nunca la vas a tener, ya lo verás!

El Palanquero, con los ojos inyectados de ira, no tarda en responder con un golpe certero al estómago de Pato, dejándolo sin aliento. —¡La Gorila es mía! No hay espacio para ti aquí, ruga nuevamente, la rabia hirviendo en su interior.

Ambos hombres, enredados en su lucha, caen y se levantan, su lucha no solo física, sino también emocional. Los insultos vuelan, cada palabra viaja llena de veneno. La sala, antes tranquila, se ha convertido en un campo de batalla, el suelo marcado por huellas de sudor y sangre.

Finalmente, Pato, agotado y con los músculos adoloridos, dio un paso atrás. Su mirada, aunque aún desafiante, estaba teñida de miedo. —Esto no ha terminado, dijo con voz ronca, antes de salir rápidamente de la casa.

El Palanquero lo mira irse, respirando con dificultad. Su cuerpo está cubierto de moretones y su rostro marcado por el enfrentamiento, pero algo más se ha quebrado dentro de él. No es solo la furia por la traición de su mujer lo que lo consume, sino también la certeza de que esa guerra por el amor de la Gorila estaba lejos de terminar.

Río arriba, ambos hermanos se quedan en silencio, mirando las estrellas. La luna ilumina sus rostros, revelando la profundidad de su vínculo.

Toruno reflexionando un poco —A veces pienso que la vida es como un río. Fluye constantemente y nunca vuelve atrás. Pero también sé que, al igual que el río, siempre encontraremos un camino de regreso a casa.

— Y nuestro hogar siempre será el Arol. ¡Se enredó! Le indica a Toruno mientras hala la cuerda.

— Ya la saco, tranquilo. Dice con determinación Toruno.

Al salir del agua, Toruno le dice que hace mucho frío.

Varios metros han bajado tranquilamente mientras conversan, cuando Toruno y Guaguao notan algo raro, un oleaje.

—¡Escucha ese ruido! susurra Guaguao, soltando la Atarraya. Un leve chapoteo rompe la tranquilidad del agua. Se acercan con cautela, y allí está, un caimán de proporciones gigantescas, este podría ser el mismo de antes, su piel oscura reluciendo bajo la luz de la linterna. Sus ojos, como dos luceros, se enfocan fijamente, un par de metras³¹ brillan bajo los rayos de luz, son ojos rojizos.

Es más grande de lo que imaginaba, murmura Toruno, su voz llena de asombro.

Tenemos que actuar rápido, dice Guaguao, desenfundando su lanza. Si se sumerge, lo perderemos.

31 Canicas.

Sin pensarlo dos veces, Toruno y Guaguao lanzan sus armas al mismo tiempo. La lanza de Toruno se incrusta en la escamosa piel del reptil, provocando un rugido ensordecedor. El caimán se revuelve salvajemente en el agua, agitando las aguas y creando olas que chocaban con la orilla. Se sumerge por un momento breve y sale con las mandíbulas abiertas, la abertura es realmente aterradora, los dientes blancos manchados de marrón son innumerables y casi puede verse su estómago, su cola ayuda a empujarse con fuerza hasta el estribor del Sufrimiento que recibe una mordida terrorífica, Toruno lo golpea salvajemente con su remo, mientras Guaguao se sostiene de las bandas con temor de que el animal arranque una de las bandas.

—¡Dale para atrás! grita Guaguao, mientras el caimán trata de subir a la canoa.

Toruno y Guaguao reman hacia un árbol cercano y trepan rápidamente. Desde allí, observan cómo el caimán nada de un lado a otro, buscando a sus atacantes.

No podemos quedarnos aquí para siempre, dice Toruno, jadeando. Tenemos que encontrar una manera de atraparlo.

Después de pensarlo un momento, Guaguao tiene una epifanía, una descabellada y loca idea. —Recuerdas la vieja trampa que hizo nuestro padre, dijo. Podemos usarla. Corren al bosque buscando bejucos, madera y algunas cosas convenientes, construyen una trampa de madera y cuerda. Regresan a la canoa y la colocan estratégicamente cerca de donde habían visto al caimán. Pasan minutos, tal vez horas esperando, la luna comienza a ponerse y el bosque se

llena de sonidos de aves nocturnas y roedores. De repente, escuchan un fuerte chapoteo. El caimán ha caído en la trampa. Con cuidado, se acercan a la trampa y comienzan a asegurar las cuerdas. El caimán forcejea con todas sus fuerzas, pero es inútil, un fuerte coletazo llega al pecho de Guaguao, este cae al agua, el miedo se apodera de ambos, el caimán se sumerge de un lado de la canoa y del otro está Guaguao, Toruno hala con todas sus fuerzas la cuerda que sostiene al reptil, sus manos muestran el roce y quemaduras de la superficie externa de ambas, logra frenarlo un momento y vuelve a la superficie sus ojos hacen que el miedo crezca, suelta la mano derecha y la ofrece a su compañero para ayudar a subirlo. Finalmente, logran inmovilizarlo por el cansancio del animal y las vueltas que ha dado la cuerda en su enorme y pesado cuerpo.

—¡Lo tenemos! dice Toruno, con una gran sonrisa.

No pueden montarlo a la canoa, así que, con la ayuda del motor del Sufrimiento, arrastran al caimán hasta su puerto, ya es casi de día. Nadie en casa se ha levantado todavía. Antes de llegar al puerto, notan que la playa es más amplia que cuando se fueron, el río estaba “bajando”, solo lo advierten por la señal antes de irse a la aventura.

Con el ruido de Teté gritando —¡Caimán! ¡Ruuuu! ¡Caimán! Chucho es el primero en ir al puerto, luego la Mora se asoma desde la sala. La noticia se propaga rápidamente y pronto los vecinos más cercanos se reúnen para admirar la captura. El primero en llegar es Pepas y su hijo Álvaro. Apoyados en varias manos más, lo arrastran hasta la

orilla, ya no parece muy rudo, Toruno ya no lo ve con miedo, más bien siente lástima por su suerte, se acerca al caimán mirándolo a los ojos y le suelta un machetazo certero en el cuello, la hoja entra aproximadamente diez centímetros en su carne, este se retuerce, pero es sujetado con cuerdas por los presentes, un segundo machetazo llega al hueso, ahora se mueve la cola solamente, la sangre es abundante, un tercer y último golpe hace que la cabeza abandone al cuerpo, el peligro y el sufrimiento es pasado.

Esa mañana, celebran su victoria con una gran fiesta, Guaguao muestra la cabeza con orgullo. Asan la carne del caimán y cuentan historias sobre sus aventuras. Toruno y Guaguao se sienten superhéroes. Se han enfrentado a una criatura poderosa y han salido victoriosos. Y lo más importante, se fortalece su trabajo en equipo, eso es muy importante para las siguientes aventuras. Polo pide que le vendieran unos kilos de esa sabrosa carne, Toruno le corta un buen pedazo y le regala otro pedazo más.

—¡No tengo dinero! Dice Pepas mirando a Polo.

Guaguao capta la indirecta —No te preocupes, ¡Ten! Para el desayuno, mientras le da un generoso trozo.

Toruno pone a freír un buen pedazo luego de echarle sal y achiote.

Toruno ya siente hambre —Mamá ¿Quedó yuca de ayer? Pregunta con un grito.

— Si hay, pero dame a mí también. Dice tranquilamente.

Chucho está igual —¿Y yo qué?

Todos se sientan a comer contentos mientras Toruno cuenta detalles de la captura. Babillito también relata a sus hermanos la hazaña que tuvo ayer.

VII



El robo

Transcurriendo el día anterior...

En ausencia de los hermanos mayores, hay más espacio para los niños, es un tiempo que ellos disfrutaban de lo lindo...

Los gallos de Chucho y Pepas se escuchan anunciando el alba, la niebla cubre el pasto detrás de la casa de los Ferrer, en el río las garzas cazan en la orilla algún bocado que su pico pueda morder, el sol baña el río en un cálido resplandor. Babillito y la Negra, los hijos de Chucho, corren hacia la orilla del río en su propio puerto, sus risas llenando el aire. El río, tranquilo y bajito, los espera con sus brazos abiertos.

—¡Vamos a nadar, Negra! grita Babillito, lanzándose al agua de cabeza.

—Ruuuu ¡Agua! Ruuuu ¡nadar! Ruuuu les grita el loro mientras los ve alejarse.

La Negra, un poco más cautelosa, se acerca al borde y

mete un pie. El agua está fría, pero refrescante. Con una sonrisa, se zambulle junto a su hermano.

Juegan y nadan varias horas, persiguiéndose entre las orillas, haciendo carreras y chapoteando. Babillito, con su energía inagotable, siempre encuentra nuevas formas de divertirse. La Negra, más tranquila, disfruta de la sensación del agua acariciando su piel.

—¡Mira, Babillito! ¡He hecho un Paletón! exclama la Negra, señalando una figura de arena que había construido en la orilla.

Babillito se acerca y examina la obra de su hermana. — Está muy bonito, Negra. Parece de verdad. Ahora me toca a mí, dijo Babillito, y comenzó a construir un castillito de arena. Trabajaron juntos, añadiendo torres y murallas, hasta que tuvieron un castillo impresionante.

—¡Nuestro castillo seguro es el más grande del universo! exclama Babillito, orgulloso de su creación.

La Negra asiente con la cabeza. —Y el más fuerte también, añadió, golpeando suavemente una de las torres.

Mientras juegan, los niños descubren un pequeño tronco hueco. —"Mira, Babillito, ¡es una lancha!" exclama la Negra, llena de asombro.

—¡Podemos usarla como barco! sugiere Babillito.

Coloca el tronco en el agua y la empuja suavemente. Va flotando, balanceándose suavemente sobre las olas. Los niños la siguen con la mirada, imaginando que es un barco pirata navegando hacia tierras lejanas. Cada remolino que

lo atrapaba era una danza momentánea, como si el agua misma tratara de envolverlo en un abrazo, solo para soltarlo después, riendo como un niño que juega sin intención de detenerse. Su corteza, gastada y rugosa, era un mapa de cicatrices, un testigo mudo de tormentas pasadas y soles implacables que alguna vez lo bañaron en su calor. Ahora, bajo el manto de nubes grises, parecía un guerrero que había colgado su espada, dejándose llevar por la corriente de su destino incierto. Al caer el mediodía, Chucho llega a buscar a sus hijos. Los encuentra jugando en la orilla, completamente empapados y llenos de arena.

—¡Qué bien se lo han pasado! exclama Chucho, sonriendo. Es hora de volver a casa.

Los niños se resisten un poco, pero al final aceptan. Mientras caminan hacia casa, no pueden dejar de hablar de sus aventuras en el río. Esa noche, mientras se acuestan, Babillito y la Negra sueñan con el río, con los peces, con el castillo de arena y con todas las aventuras que les esperaba.

Los días pasan, pero una tarde...

Al final de una tarde, el sol cae sobre el puente haciéndolo brillar, pintando de dorado el polvo que se levanta por las pisadas de Toruno. Su suegro, Mocho, lo espera con la mirada fija en el horizonte. El silencio es tan denso que se puede cortar con un cuchillo.

—”Pichalarga”, comienza Mocho, su voz grave y profunda, he escuchado cosas sobre ti y mi linda hija.

Toruno baja la mirada. Sabía que este momento llegaría, tarde o temprano. —Mocho, Catira y yo nos amamos.

Mocho suelta una carcajada amarga. —Amar. ¡Qué palabra tan grande para unos sentimientos tan pequeños! ¿Acaso has olvidado la enemistad que existe entre tu madre y mi hija? ¿Crees que puedo permitir que mi hija se case con un “Pata en el suelo” como tú?

—Mocho, el amor no entiende de familias ni de rencores. Catira es la mujer de mi vida. Le dice, pero tomando distancia con evidente miedo en los ojos.

Mocho se acerca a Toruno, su rostro es visiblemente serio por la furia. —¡No te atrevas a hablarme así! Tú no eres un hombre todavía y mi hija necesita un hombre de servicio. ¿Acaso quieres manchar el honor de nuestra niña?

Toruno se mantiene firme. —Su honor no se mancha por amarme, solo tengo buenas intenciones con ella. La Catira es todo lo que quiero en este mundo.

El Mocho le pone el puñón en el pecho y lo empuja con fuerza. —Entonces, elige. ¿Quieres ser un hombre o un cobarde que se esconde detrás de una mujer?

Toruno retrocede, pero no se deja intimidar. —No soy ningún cobarde. Solo amo a La Catira.

La discusión se intensifica, cada palabra es como una puñalada al corazón de ambos. Mocho le narra a Toruno todos los sacrificios que había hecho por su hija, mientras que Toruno le suplica que comprenda sus sentimientos. Al final, Mocho se da la vuelta y se aleja, dejando a Toruno solo con sus pensamientos. Sabe de sobra que la lucha por su amor será larga y difícil, pero también está decidido a luchar hasta el final. Chucho, al enterarse de la discusión, se

siente abochornado. Había criado a su hijo para que fuera fuerte y respetado, y ahora lo ve envuelto en un escándalo que mancha el nombre de su familia. La confrontación entre los dos padres es inevitable. Se acusan mutuamente de no haber criado bien a sus hijos, de haber traicionado la confianza de sus familias. La tensión en ellos es palpable.

Mocho se pasea debajo de su árbol de mangos mientras fuma un cigarrillo, sus ojos buscan alguno que esté maduro para comer. La lucha interna que ha mantenido durante semanas lo había agotado. Había visto la determinación en los ojos de Toruno y la tristeza en los de Catira. Su corazón de padre, a pesar de su orgullo, se había ablandado. Se acerca Chucho lentamente, el mocho lo ve disimuladamente, lo espera en la sombra del árbol.

—¡Chucho! comienza Mocho, su voz ronca, he pensado mucho en todo esto. Creo que es hora de dejar de lado nuestras diferencias. Toruno y Catira se aman, y no podemos negarles su felicidad.

Chucho esboza una sonrisa. —Lo sabía, compa. Siempre supe que verías la razón.

Sin embargo, la alegría de Chucho se ve empañada por la noticia que le esperaba. Al dirigirse a casa de su yerno, Mocho se encuentra con Mora, la madre del Toruno, quien está preparando la cena.

—Ruuuu ¡Catira! Ruuuu ¡Enamorado! Ruuuu. Se escucha en la sala.

—He hablado con Chucho, comienza Mocho, y hemos decidido aceptar la unión de Toruno y Catira.

La Mora en la cocina deja caer la cuchara que tenía en la mano. — ¿Qué dijiste?

Mocho repite su decisión, pero Mora se niega a aceptarla. — ¡Nunca! Una niña como ella no será parte de esta familia, ¡jamás! ¿Acaso has olvidado cómo me ha tratado siempre? No permitiré que mi hijo se case con una irrespetuosa.

Mocho trata de calmarla, pero Mora está fuera de sí. — Este es mi hijo y yo decido con quién se casa. Y él no se casará con una mimada.

La discusión se intensifica, cada uno defendiendo su punto de vista. Mocho, cansado de la pelea, abandona esa casa. Se siente atrapado entre el amor por su hija y la obstinación de Mora.

Catira, al enterarse de la decisión de Mocho, se siente aliviada por la aceptación de su padre, pero también preocupada por la renuencia de parte de Mora. Sabe que sería difícil ganarse su afecto. Toruno, por su parte, está nadando en la felicidad por la decisión de su padre, pero también siente pena por su madre.

La situación en la familia de Chucho es tensa. Mora se niega a hablar con Toruno y evita a Catira a toda costa. Toruno y Catira, a pesar de todo, siguen enamorados y decididos a luchar por su amor. Saben que el camino será largo y difícil, pero también están seguros de que al final, el amor triunfará.

Un lunes de escuela...

Un día lluvioso, de gotas finas, con el cielo gris, Toruno espera el autobús debajo de las guaduas para ir al colegio y por casualidad Parrita va en su camioneta hacia Kruza, cerca del colegio donde estudiaba Toruno. Parrita frena y le ofrece llevarlo a su destino, Toruno y Parrita están sentados, mirando hacia adelante.

— Parrita, no sé qué hacer. Estoy completamente perdido.

— ¿Qué te pasa, amigo? ¿Otro problema con tu madre? Le pregunta haciendo muecas con la cara.

— No, sí. Este... es sobre la Catira. Su padre finalmente aceptó nuestra relación, pero mi madre... ¡No hay manera de convencerla!

Parrita ríe — ¡Tu madre es algo... especial! Pero no te preocupes, Toruno, todas las madres son así.

— ¡Pero es que no es normal! Catira es una mujer maravillosa, inteligente, amable... ¡Y mi madre la odia sin razón!

Parrita se torna serio — Toruno, el amor nunca es fácil. Menos cuando se trata de familias como las nuestras. Pero si de verdad amas a Catira, tienes que encontrar una manera de convencer a tu madre.

— ¡Lo sé! Pero ¿Cómo? He intentado de todo, pero ella ni siquiera quiere escucharme.

Parrita ahora pensativo — ¿Has pensado en mostrarle lo feliz que te hace la Catira? A veces, las madres solo necesitan ver a sus hijos felices para cambiar de opinión.

— Ya lo he intentado. Hemos pasado mucho tiempo juntos, pero ella sigue igual.

— Entonces, quizá debas intentar algo más... ¿Qué tal si organizas una pequeña fiesta, solo para tu familia? Podrías invitar a la Catira y hacer que te ayuden a preparar todo.

Toruno se muestra entusiasmado — ¡Buena idea! Así mi madre podrá ver lo bien que nos llevamos y lo feliz que me hace ella.

— Exacto. Y quién sabe, quizá al ver a Catira tan cercana a ti, tu madre se ablande.

— ¡Espero que sí! Pero tengo miedo de que todo salga mal.

— Tranquilo, amigo. Confía en ti mismo y en la Catira. Si su amor es verdadero, nada podrá separarlos.

— Tienes razón. Gracias, Parrita. Eres el mejor amigo que alguien podría pedir.

— De nada, amigo. Siempre estaré aquí para ti.

Ambos amigos se quedan en silencio, contemplando la carretera, varios carros pasan en sentido contrario y otros los rebasan. Una pequeña sonrisa aparece en el rostro de Toruno. Se siente más optimista que antes.

— Creo que voy a intentarlo. Voy a organizar esa reunión y espero que todo salga bien.

— ¡Seguro que sí! Y si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Toruno y Parrita se despiden con un fuerte abrazo. Toruno baja de la camioneta para entrar al colegio.

Unos días después...

La humilde población pesquera vive en una calma engañosa. El oleaje del río acaricia la orilla, las garzas revolotean

en el cielo y los pescadores regresan al atardecer con sus redes mojadas y rotas, pero con las canoas casi llenas de pescaditos. Pero bajo esta aparente tranquilidad, un conflicto comenzaba a gestarse entre dos vecinos: Polo, el orgulloso pescador, y Pacho, un hombre discreto y vecino cercano.

Polo es conocido por su carácter impulsivo y su amor por el dinero, había notado durante días que algo andaba mal en su casa. El pescado que había guardado la Gocha para el restaurante parecía disminuir misteriosamente, y un rollito de billetes que tenía escondido en su habitación había desaparecido. Al principio, pensó que se trataba de una simple equivocación, pero pronto comienza a sospechar de su vecino, Pacho. El sospechoso, por su parte, es un hombre solitario que vive al lado de Polo. Es conocido por su habilidad para reparar redes y motores, pero también por su discreción. Nadie sabe mucho sobre él, no tiene mujer y su hijo lo visita rara vez, lo que lo convierte en el sospechoso ideal.

Después de un par de días, Polo decide confrontar a Pacho. Se dirige a su casa, su rostro endurecido por la ira.

—¡Pacho! comienza Polo, su voz baja y amenazante, he estado notando que algunos pescados han desaparecido de la cava. Y tengo una muy mala sensación de quién podría ser el culpable.

Pacho lo mira con sorpresa fingida. —¿De qué estás hablando, Polo? No entiendo a qué te refieres.

—No te hagas el inocente, responde Polo, acercándose a Pacho. También mi dinero ha desaparecido, y tengo pistas que fuiste tú. ¡Confiesa!

Pacho se mantiene firme. —No tengo ni idea de lo que estás hablando. Yo no robaría nada.

La discusión se intensifica, los vecinos comienzan a congregarse, atraídos por los gritos. Las acusaciones vuelan de un lado a otro, y la tensión en el aire es palpable. Polo lo amenaza con llamar a la guardia para que lo investiguen y eventualmente lo metan preso.

Finalmente, interviene Caraota, una mujer tranquila y respetada por todos. —¡Basta! dice con voz firme. No permitiré que esta disputa los vuelva enemigos. Propongo que dos personas revisen las cavas de Pacho frente a todos. Puede ser que La Gorila y Parrita sean los escogidos ya que no tienen nada que ver en el asunto.

A regañadientes, ambos aceptan. Cuando abren sus congeladores, la sorpresa es mayúscula. En el de Pacho, se encuentran varios pescados con una cuerditita roja que usaban los pescadores para vender a la Gocha. Además, escondido entre los pescados, está un pequeño rollito de billetes semejante al que había desaparecido. La evidencia es irrefutable. Pacho no tiene más remedio que confesar. Había estado pasando por dificultades económicas y, cegado por la necesidad, había cometido el robo. Su rostro entristecido y avergonzado no se hizo esperar, ofrece disculpas públicas de inmediato.

La comunidad queda conmocionada al enterarse del nuevo chisme. Nadie puede creer que Pacho, el hombre tan discreto y tranquilo, sea capaz de algo así. Caraota impone una pequeña reprimenda verbal a Pacho, pero también le ofrece

su ayuda para superar sus problemas económicos. Ella podía fiarle algunos productos de su tienda mientras se recupera.

Polo, por su parte, se muestra satisfecho e informa rápidamente a su mujer. Sin embargo, la experiencia lo había dejado marcado. Había aprendido una dura lección sobre la confianza y la importancia de la honestidad. A partir de ese día, reforzó la seguridad de su casa y comenzó a desconfiar un poco más de sus vecinos.

Durante unos días...

La vida comunitaria vuelve a su normalidad, pero la sombra de la desconfianza se ha cernido sobre ella. Y aunque Polo y Pacho trataron de saludarse cuando se veían, Polo lo veía con recelo evidente.

Paralelamente, el restaurante de la Chueca tiene una tarde agitada. Los clientes van y vienen, pero el ambiente es tenso, por lo que Juan Chiquito ayuda ese día a petición de ella, mientras se ausenta extrañamente, porque se fue con un proveedor de alimentos a su camión, estuvo varios minutos en la caja de carga. Luego regresa al restaurante.

Con una sonrisa de satisfacción entra la cocina.

— ¡Daysy! ¿Dónde está el pescado frito? ¡Se nos acaba el tiempo! Mientras se acomoda la ropa.

Daysy la ve de forma extraña —¡Mamá, ya va! ¡Juan Chiquito está tardando una eternidad en traer los bagres! La mira con ojos de aquí pasa algo.

Juan Chiquito se ve preocupado —¡Pero en la refrigeradora ya no hay, este debe ser el último kilo!

La Chueca cambia de ánimo rápidamente —¡Excusas! ¡Siempre hay excusas! Siempre tienes una excusa. ¿Y tú, Pileta? ¿Ya contaste el dinero?

La Pileta un poco nerviosa —Sí, sí, ya casi termino.

Daysy susurrando a La Pileta —¿Segura que casi terminas? Mamá está muy sensible últimamente.

La Pileta más nerviosa aún —¡No te preocupes! ¡Todo está en orden!

La Chueca se acerca a la caja y revisa los billetes con cuidado.

— ¡Faltan seiscientos Áuricos! ¡¿Dónde están esos billetes?!

La Pileta con cara de sorpresa —¡No es posible! ¡Yo conté todo dos veces!

Daysy mirando a Juan Chiquito —¿Te habrás gastado algo tú, Juan?

— ¿Yo? ¡Nunca! ¿Cómo se te ocurre? No he comprado nada.

La Chueca los mira como acusándolos con el dedo —¡Alguno de ustedes está metiendo la mano a la caja! ¡Y no voy a permitirlo!

La tensión aumenta en el restaurante. Unos clientes se miran entre sí, incómodos. Incluso en el frente están platicando sentados los empleados de Parrita que escuchan el alboroto dentro de la cocina.

La Pileta sollozando —¡Yo no fui! ¡Lo juro!

Juan Chiquito pensativo —¡Pues yo menos! ¡Alguien nos está queriendo meter cizaña!

Daysy un poco dubitativa —¿Y si es alguien de afuera? A veces vienen personas extrañas a la cocina por aquí.

La Chueca tratando de calmarse —¡Puede ser! Pero alguien de nosotros podía colaborar.

Un silencio incómodo se apodera del lugar. Todos se miran con desconfianza. Moralito entra a propósito a la cocina con la intención de romper el hielo y pide una cerveza fría, simulando no saber nada.

Juan Chiquito desea salir del atolladero —¿Y si llamamos a la guardia? La guardia estaba a un kilómetro de distancia y era la autoridad.

La Chueca reflexiona un poco —¡No quiero que se entere todo el mundo de nuestros problemas! ¡Sería una raya para el negocio! Le dice a todos. Prosigue dirigiéndose a Moralito —¡Yo te doy la cerveza!

Daysy susurrando a Pileta —¿Y si le pedimos prestado el dinero a alguien? Digo, para reponerlo.

— ¡A quién! ¡Todos somos pobres!

La Chueca se sienta en una silla, muy molesta. —No sé qué hacer. Me siento tan decepcionada. Pensé que podía confiar en ustedes.

Luego camina por el restaurante, su mente es un torbellino de sospechas y desconfianza. El dinero ha desaparecido, y no hay respuestas, solo vacíos como las mesas que ahora parecen más frías, más vacías, sin la calidez que solían tener. Su mente se convierte en un laberinto, buscando alguna pista, algún indicio de quién podría haber tomado el dinero. Tres

personas, tres rostros que ahora le parecen extraños, como máscaras que ocultan secretos. Su hija, que siempre había sido su apoyo, ahora parece distante, como si una niebla invisible la envolviera. Cada palabra que su hija dice suena diferente, como si las letras se distorsionaran en su mente. Las demás empleadas también la hacen dudar, cada sonrisa se siente como una sombra, cada mirada se convierte en un sospechoso reflejo de algo oculto. El miedo la consume, como un río crecido que arrastra todo a su paso. ¿Qué ha pasado? ¿Quién la ha traicionado? La desconfianza se clava en su pecho como una espina, y no puede sacársela. La incertidumbre la ahoga, mientras las paredes del restaurante parecen cerrarse sobre ella, cada rincón lleno de posibles secretos que ahora se sienten como amenazas.

— Mamá, por favor, no nos echéis a todos en el mismo saco. Dice Daysy casi llorando. Yo no te haría algo así.

Juan Chiquito quiere verse libre de sospechas —Y yo tampoco. Solo estoy aquí porque me pediste ayuda por hoy.

La Pileta escondiendo la mirada —Lo lamento. Ella camina por el restaurante, su mente un mar agitado de nervios y pensamientos que chocan entre sí como olas descontroladas. La idea de ser despedida se le clava en la mente, una piedra pesada que no la deja respirar. Cada vez que su jefa la mira, siente que está siendo examinada, como si su rostro fuera una ventana rota que revela más de lo que ella quisiera mostrar. ¿Será ella la culpable? La duda la consume, como una sombra al acecho que no la deja en paz. Piensa en el dinero perdido, en cómo debe aparecer, como si el universo

podiera devolverlo solo con desearlo. La preocupación se le enreda en las entrañas, como raíces que crecen con rapidez, apretando su pecho, haciéndole difícil pensar con claridad. Cada minuto que pasa es una eternidad, y siente que el suelo bajo sus pies se vuelve más resbaladizo, como si estuviera caminando sobre hielo. Su corazón late más rápido, cada ruido parece un juicio, cada palabra lanzada en el aire una condena. No sabe si podrá soportar la presión, pero lo único que sabe es que debe encontrar ese dinero antes de que la verdad, con su rostro cruel, la alcance.

La Chueca suspira profundamente. —Saben que los quiero, pero esto que ha ocurrido me ha hecho mucho daño. Necesito un momento para pensar.

La puerta del restaurante recibe a un nuevo cliente. Todos tratan de cambiar la cara.

—Buenas tardes. ¿Tienen pescado fresco? Les pregunta sin saber nada al respecto.

La Chueca con voz cansada —Sí, señor. Tenemos bocachico y Doncella.

El cliente pide bocachico frito y se dirige a una mesa. La Chueca lo atiende amablemente.

Daysy acercándose a su madre —Mamá, ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, hija. No lo sé.

El restaurante vuelve a la normalidad aparente, pero la desconfianza sigue latente entre los empleados. El dinero desaparecido ha dejado una herida profunda en sus relaciones.

VIII



Sensualidad en el aire

Ese mismo día...

La Gorda, con una ropita provocativa muestra las piernas y el escote, su risa contagiosa no pasa desapercibida en el puesto de pescado. Su puesto en los árboles de guaduas, siempre lleno de color y aroma, era un imán para los hombres. Pero detrás de esa fachada alegre, se escondía un secreto que amenazaba con destruir su matrimonio.

Pepas, su esposo, es un hombre sencillo y trabajador. Confía ciegamente en ella y le había dado todo lo que tenía. Nunca sospechó que su amada esposa le era infiel, aunque en la pelea con Mocho se lo había gritado en la cara.

Francis, el hijo del Mocho, visitaba frecuentemente a su padre, así aprovechaba para pescar y alejarse de la rutina de su trabajo, él se dedica a labores con vacas y potreros. Con sus ojos penetrantes y su sonrisa pícara, había flechado a la Gorda. Su relación había comenzado como un simple co-

quieto en el mercado, pero pronto se había convertido en algo más profundo, pero poco serio.

La Gorda se siente ilusionada. Por un lado, tiene a Pepas, su esposo, el hombre que la había cuidado durante tantos años, el padre de sus hijos. Por otro lado, tiene a Francis, que le proporciona la emoción y la pasión que sentía que le faltaba en su matrimonio, ella solo busca aventura, desea solo sexo proporcionado por un amante pasajero. Una tarde, mientras Pepas está trabajando río abajo, la Gorda y Francis se encuentran a escondidas debajo del puente. El lugar está a oscuras, pero para ellos es un refugio donde pueden entregarse a su amor prohibido.

—No sé cuánto tiempo más pueda seguir así, susurra la Gorda, mientras acaricia el rostro de Francis.

—No te preocupes, mientras pueda te visito y hacemos cositas, responde Francis, besándola apasionadamente, mientras acaricia de la cintura para abajo.

Pero la vida no siempre es tan sencilla. Los secretos normalmente han de salir a la luz. Un día, la Mora ve a la Gorda y a Francis juntos en su propio rancho. La noticia se propaga como la pólvora por todo el pueblo. Pepas se siente traicionado y humillado. No puede creer que la mujer que amaba le haya sido infiel. Enfurecido, fue a buscar a Francis para ajustar cuentas.

La confrontación entre los dos hombres no se hace esperar. Pepas, cegado por los celos, insulta a Francis. La Gorda, al ver lo que había causado, se siente arrinconada, pero lo niega todo, se hace la ofendida y lo convence que es todo mentira de la gente.

El río, que antes parecía tranquilo bajo la luz de la tarde, ahora es testigo de un enfrentamiento mortal. La orilla, normalmente serena, está marcada por el estrépito de los golpes y el sonido de los gritos de dos hombres que, hasta ese momento, habían sido conocidos como casi amigos. Pepas, con una mirada feroz, avanza con pasos pesados, su respiración es errática. En sus manos, apretada con furia, lleva una escopeta, el cañón apuntando al suelo, pero su cuerpo es un volcán a punto de estallar.

Francis, con un brillo desafiante en sus ojos, está a pocos metros de él. El viento sopla fuerte, agitando las hojas de los árboles que rodeaban la orilla del río, pero nada era más fuerte que la ira que se desborda entre los dos hombres. Pepas había escuchado los rumores, las palabras de traición sobre su mujer, a quien ha amado con toda su alma, se había entregado a otro hombre. A Francis, el mismo hombre que, en otro tiempo, consideraba una buena persona.

—¿Cómo pudiste, Francis? —grita Pepas, su voz quebrada por la rabia y la incredulidad—. ¡Eres un maldito traidor! ¡Es mi mujer!

Francis no retrocede ni un paso. La serenidad en su rostro es lo que más enfurece a Pepas. Sin miedo, lo mira a los ojos.

—Tu mujer... ya no lo es ahora. La sonrisa de Francis es fría, burlona — Y no lo puedes cambiar.

El sol está comenzando a ponerse, tiñendo el río de un color naranja intenso, pero la violencia que se desata entre ellos convierte el ambiente en una pesadilla. Pepas, incapaz de contener más su furia, levanta la escopeta y la apunta ha-

cia el cielo, disparando un tiro que retumba en la distancia, rompiendo el silencio y el aire pesado de la comunidad. El sonido hace que Francis retroceda un paso, pero en sus ojos no hay miedo, solo desafío.

—¡Te voy a matar, maldito hijo de puta! Ruge Pepas como felino de la sabana, sus manos temblando mientras intenta controlar la ira que lo embarga.

Francis, rápidamente, desenvaina un machete con destreza, el metal brillando bajo la luz del atardecer. La pelea ya no es solo de palabras. Es una lucha de vida o muerte. Los dos hombres, con sus respiraciones entrecortadas y las miradas fijas, se acercan el uno al otro.

El primer golpe es brutal. Pepas lanza un puñetazo hacia el rostro de Francis, pero el joven logra esquivarlo con agilidad y, con un movimiento rápido, corta el aire con su machete, rozando el brazo de Pepas y dejando una herida profunda. La sangre brota instantáneamente, pero Pepas no se detiene. Con un grito de furia, da un paso atrás, levantando la escopeta, esta vez apuntando directamente a Francis.

—¡Basta! —grita Francis, su rostro cubierto de sudor y rabia—. ¡No te atrevas a dispararme!

Pero Pepas no lo escucha. La furia lo ciega. Con un grito desgarrador, aprieta el gatillo de nuevo, pero Francis salta hacia un costado antes de llegar el disparo, cayendo en el barro de la orilla. Aprovechando el momento, se levanta rápidamente, dejando que el machete se deslice por su mano, y con un golpe certero, trata de cortarle el estómago a Pepas.

El machete roza su camisa, pero el hombre logra retroceder justo a tiempo, pero la escopeta cae al suelo, la fuerza del golpe tan cerca que siente el aire cortado por el filo. A su alrededor, el sonido del agua del río golpeando la orilla se mezcla con los gritos y los golpes. Los dos hombres están cubiertos de sudor, sangre y barro, y el olor a tierra húmeda y pólvora llenaba el aire.

Luego de unos minutos los vecinos los rodean y gritan como en un concierto de rock.

De repente, Pepas, con un gruñido salvaje, se arroja hacia la escopeta en el suelo y Francis trata de impedirlo, sus puños golpeando sin cesar el rostro de su antiguo amigo. Cada golpe es un latigazo de venganza, y el rostro de Francis se deforma bajo la furia de Pepas, pero no se contiene. Con un movimiento rápido, logra empujar a su oponente hacia el agua, donde ambos caen pesadamente, el agua del río salpicando alrededor mientras continúan la pelea en el lodo.

La gorda grita descontrolada, el miedo la consume.

Los dos hombres luchan con desesperación, sus cuerpos cansados y ensangrentados, pero ni uno de ellos cede. La pelea es un reflejo de sus corazones rotos, de una traición que solo puede resolverse a través de la violencia. El sonido de los golpes se mezcla con el rugir del agua, y el cielo, ahora cubierto por nubes oscuras, parece observar en silencio la destrucción que se desata en la orilla del río.

Francis había creído que su aventura con la Gorda siempre sería solo un secreto a voces, un juego peligroso que solo ellos dos conocen. Pero como suele suceder en los pueblos

pequeños, los rumores vuelan más rápido que el viento. Y así, llega a oídos de Yuly, la esposa de Francis. Yuly es una mujer robusta, siempre desconfiada de los andares de su marido, en el pasado lo había descubierto en otros tejemanejes, pero se convencía de que él cambiaría algún día, siempre parecía conocer los secretos más oscuros de su alma. A pesar de su dolor, decide no hacer un escándalo. Guarda el secreto dentro de sí, como una herida que lentamente se iba curando. Cuando se entera de la pelea entre Francis y Pepas, comprendió que su matrimonio estaba al borde del abismo. Sin embargo, en lugar de enfrentarse a su esposo con reproches y acusaciones, decide hablar con él, con calma.

—Sé lo tuyo con esa, Francis, dice Yuly, mirándolo fijamente a los ojos. No esperes que finja que no me duele, porque me duele mucho. Pero te amo, y no estoy dispuesta a dejarte.

Francis queda confundido. No esperaba que su mujer reaccionara de esa manera, él esperaba una gran pelea, pensó que debía convencerla de perdonarlo, pero nada de eso ocurre. Se siente culpable y avergonzado, pero también aliviado de que su esposa no lo hubiera abandonado.

—Lo siento, mi amor, dice Francis, con la voz temblorosa. He sido un idiota. No sé qué me pasó.

Yuly se acerca a él y lo toma de la mano. —No te culpes solo a ti. Yo también tengo parte de la culpa. Quizá no te doy todo lo que tú necesitas.

A partir de ese momento, la relación entre Francis y Yuly cambia. La confianza se había roto hacía mucho, pero ahora Francis ve a su mujer con una mirada distinta. Francis se

aleja de la Gorda y por un tiempo no visita al Arol. Yuly, por su parte, perdona a su esposo como de costumbre, pero nunca olvidó lo que había sucedido. La vida en el pueblo continúa su curso normal. La Gorda, avergonzada por sus acciones, trata de disimular ante las habladurías. Pepas, aunque herido, decidió creer en su mujer.

Por cierto, la infidelidad es algo común en la pequeña comunidad. Como es el caso de la casa del Palanquero.

Una noche despejada...

Una noche en casa de La Gorila, luego que su marido saliera a pescar como casi todas las noches, surge un ambiente cargado de alcohol y excitación. La Gorila, radiante y coqueta, se mueve entre los invitados, solo varones.

Gorila se muestra emocionada —¡Ay, qué noche tan maravillosa! ¡No quiero que se vayan sin probarlos!

Lu está impaciente —¡Pues no me voy! Aquí te estoy esperando.

Sam guiñándole un ojo —Y yo también tengo algo que ofrecerte.

Gorila riendo —¡Ay, ustedes son unos pícaros! Pero a lo mejor me dejan un ratito para bailar sola...

La Gorila se dirige a la sala y comienza a moverse al ritmo de una música inexistente. Uno se acerca a ella.

Met se levanta —¿Puedo acompañarte a bailar?

Gorila con rostro lascivo —Claro que sí.

Mientras bailan, Lu susurra algo al oído de Gorila. Ella sonrío y asiente con la cabeza.

Gorila saliendo de la sala —¡Chicos! Voy por algo donde Caraota.

Gorila entra a la tienda, buscando algo para refrescarse. Caraota está detrás del mostrador, hojeando una revista.

Caraota la observa —¡Ay, mira quién tenemos por aquí! La mismísima trepa palos, ¿Qué se te ofrece?

Gorila sonriendo —Hola, Caraota. ¡Qué ocurrente! Dame unas cervezas bien frías y unos cuantos snacks.

Caraota entrecerrando los ojos —¿Snacks? ¿Otra vez? ¿No te cansas de comer?

Gorila ríe —¡Nunca! Además, tengo que alimentar a mi ejército de parásitos. ¿Tienes algo dulce?

Caraota sacando una bolsa de gomitas —Aquí tienes. Pero ten cuidado, que estas son adictivas.

Gorila tomando la bolsa —¡Gracias! Y dime, ¿Has visto a Toruno por aquí?

—¿Toruno? Últimamente anda muy ocupado pescando. Dicen que quiere convertirse en el rey del Arol.

Gorila vuelve a reír —¡Ja, ja! Le tengo unas ganitas a ese muchacho. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

— Lo de siempre. Atendiendo la tienda, chismeando con las vecinas... la vida normal.

Gorila con una sonrisa pícaro —¡Seguro que sí! Bueno, me llevo esto. Nos vemos luego.

— ¡Ah, espera! ¿No quieres un consejo?

La Gorila se muestra intrigada —¿Qué consejo?

—Que te cuides de esos chismes. Dicen que algunos tienen lenguas muy afiladas.

—¡No te preocupes por mí! Yo soy más fuerte que cualquier caimán.

La Gorila se despide con la mano y sale de la tienda, mientras Caraota la observa con una sonrisa divertida.

Caraota se dice para sí misma —Esa Gorila nunca cambia. Siempre tan confiada. Pero yo la conozco bien, y sé que algún día el marido la va a sorprender.

Caraota vuelve a su revista, pero no puede evitar sonreír al pensar en las aventuras de sus amigos.

En casa de Chucho...

Pasan las once de la noche y Toruno duerme en su hamaca. En el sueño de él, está con su Catira en una cabaña de madera en medio de una montaña cubierta de nieve, con una chimenea ardiendo suavemente. Afuera, los copos caían lentamente, cubriendo el paisaje en blanco puro, mientras ellos dos estaban acurrucados bajo una manta calentita, compartiendo una taza de café caliente. La Catira apoyaba su cabeza en su hombro, y él le acariciaba su áureo cabello con ternura, sintiendo su calidez. En el sueño, no existía el tiempo; solo estaban ellos dos, conectados en una intimidad tranquila. La Catira lo miraba con esos ojos verdes brillantes que tanto amaba, y él le sonreía, sintiendo que no había lugar en el mundo donde preferiría estar. Afuera, el viento soplaba, pero en el interior, el calor de su amor lo envolvía todo.

Entretanto...

La Gorila vuelve a casa.

Lu la ve a lo lejos —¡Oye, Gorila, ¿Cuándo llegará el Palanquero? ¿No te dijo?

La Gorila sin inmutarse —¡Ay, no seas aguafiestas! El Palanquero está pescando río abajo. ¡Hoy es mi noche! El ruido del motor nos avisará, mientras camina al interior de su vivienda.

La Gorila entra a la sala —¡Tengo calor! Me quitaré esto, mientras la blusa cae al piso.

La Gorila se aleja con Lu, dejando a sus amigos intercambiando miradas cómplices. La emoción para ella es indescriptible, no siente pena, no piensa en su marido, no hay mañana en su mente.

Sam dice para que todos escuchen —¡Siempre ha sido una gata! Este se quita el jean y se lo lanza a la Gorila.

Met dice en voz baja —Y el Palanquero, tan ciego... mientras se dirige a ella y le quita la falda.

En otra parte de la casa, la Gorila y Pai se encuentran en un rincón más apartado.

Pai se pega al cuerpo de ella —¿Te gustaría salir de aquí? mientras la acaricia suavemente, pero sin disimular.

Gorila mirándolo fijamente —¿A dónde? Ya esta se encuentra solo con su ropa interior roja.

Este le sugiere —A un lugar más tranquilo...

La Gorila sonrío y toma la mano y le murmura que quiere con todos. A su vez pasa su mano izquierda por encima del orgullo de Pai.

Mientras tanto, en el río, el Palanquero se encuentra pescando. La luna ilumina su rostro, reflejando una mezcla de tranquilidad y preocupación. Saca la Atarraya con varios peces.

— Gorila, ¿Qué estará haciendo? Dice en voz alta.

De vuelta en la fiesta, los amigos de la Gorila comienzan a preocuparse.

Lu se siente impaciente y excluido —Creo que deberíamos llamar a la Gorila.

Sam le sirve un trago —¡No seas aguafiestas! Seguro que está disfrutando.

Met tiene una idea retorcida —Yo creo que deberíamos darle juntos.

La Gorila entra en la sala limpiándose la boca con la mano derecha, un fluido blanquecino puede verse en las mejillas y su pecho está descubierto, más atrás su compañero en ropa interior no puede ocultar su protuberancia debajo de la poca tela que le cubre.

La casa de La Gorila es en ese momento un refugio, un espacio donde sus “amigos” más cercanos encontraban cobijo y complicidad. La noche se extiende entre risas, confidencias y canciones suaves. Con el tiempo, los sentimientos entre ellos fueron evolucionando, transformando sus ganas en algo más profundo.

Esa noche, mientras comparten una botella de ron en la sala, un silencio incómodo se apodera del ambiente. La mirada de La Gorila se encuentra con la de Met, en ese instante, una corriente eléctrica recorre sus cuerpos. Sus manos se ro-

zan accidentalmente, y el contacto les provoca un escalofrío, ella se arrodilla frente a su cintura y su boca se abulta de forma irregular. Sam busca la parte baja aprovechando el ángulo en la que se encuentra, esto hace que la frente de ella se encuentre con el abdomen de Met. Los amigos se encuentran también en ropa interior y observan la escena, el frío no es problema por la excitación y el ron que corría por sus venas.

A partir de ese momento, las miradas furtivas y los toques casuales se vuelven más frecuentes. Cada toqueo es una oportunidad para explorar nuevos límites y descubrir facetas desconocidas de sí mismos. A pesar de la intensidad de sus sentimientos, saben que la situación es compleja. Finalmente, después de mucho bailar y quitarse prendas de ropa, deciden abrirse por completo y expresar sus intenciones. Se dan cuenta de que lo que sienten es algo especial, algo por lo que vale la pena arriesgarlo todo.

Es una noche inolvidable para los amigos reunidos en casa de La Gorila. La atmósfera es electrizante, llena de expectación y deseo. Bajo la luz tenue de las velas, se entregan el uno al otro con pasión y deseo. Los besos son suaves y prolongados, las caricias llenas de frenesí, las caderas de la Gorila no se quedan quietas, sus piernas tiemblan mientras algunos fluidos pasan por sus muslos. A medida que la noche avanza, la intensidad de sus emociones aumenta. Se pierden en un mar de sensaciones, explorando cada rincón de sus cuerpos, la ropa está regada, entrelazada, es pisada por todos. En ese momento, sienten una conexión tan profunda que les parece imposible de romper.

El ruido de un motor los alerta, el sonido ya es bien conocido por la Gorila, es su esposo, así que apresuradamente los despide a todos. Sin ropa interior se coloca un vestido negro encima, mientras sus piernas aún tiemblan de pasión.

— ¿Estás despierta? ¿Sabes la hora que es? Alumbrando su rostro con la linterna.

Gorila bajando la mirada —Lo siento, mi amor. Me dejé llevar. Se limpia la cara con la mano izquierda, tenía labial regado hasta la barbilla. Está con una batita de dormir.

¿Dejarte llevar? ¿Y qué más hiciste? ¿Con quién estuviste? Se acerca amenazante hasta ella.

La Gorila se muestra evasiva —No quiero hablar de eso. Mientras se voltea en la cama teniendo la precaución de levantarse la bata para mostrar su espalda baja, para que él la vea.

— ¡Claro que quieres hablar de eso! ¡Me has engañado! Mientras apaga la linterna.

La tensión aumenta en la habitación. El Palanquero se levanta y comienza a caminar de un lado a otro.

— ¿Cómo pudiste hacerme esto? Después de todo lo que hemos pasado juntos...

Gorila está sollozando —Lo siento, Palanquero. De verdad lo siento. Pero se ríe en su mente.

— ¿Lo sientes? ¡Tus palabras no deshacen lo que has hecho!

La discusión continúa, cada vez más acalorada. La confianza entre la Gorila y el Palanquero se ha desmoronado, y

el futuro de su relación pende de un hilo. La Gorila se sienta en la cama, suspira teatralmente y mira a El Palanquero mientras se acomoda la bata en el hombro, su marido trata de estar concentrado en su canoa, arreglando los pescados con la ayuda de la luz de la linterna.

— ¡Ay, Palanquero! A veces siento que vivo en una isla desierta.

El Palanquero sin despegar la vista de los pescados:
—¿Otra vez con eso de la isla desierta?

— ¡Sí! Una celda de prisión, falta de atención, de... ¡de mimos!

— ¿Mimos? ¿Ahora quieres te mime?

— ¡Claro que quiero mimos! ¿Acaso soy una roca? Necesito que me recuerdes lo especial que soy, que me hagas sentir deseada, amada. Se deja caer la bata de dormir, no tiene ropa interior.

— Pero si te digo que te quiero todos los días. Dice él mirando el monte de Venus.

— ¡Decirlo no es suficiente! Los hechos hablan más fuerte. ¿Cuándo fue la última vez que me hiciste un cumplido? ¿Cuándo fue la última vez que me miraste a los ojos y me dijiste que me amas? Tocándose el pecho con ambas manos.

— Ayer mismo te dije que te veías hermosa con ese vestido cortito.

— ¡Ay, vamos! Un cumplido al pasar no cuenta. Necesito que me dediques más tiempo, que me hagas sentir que soy lo más importante en tu vida.

— ¡Pero sí eres lo más importante!

— ¿Entonces por qué te pasas el día pegado al Arol? ¿Por qué no me escuchas cuando te hablo? ¿Por qué no me invitas a bailar a la Campesina?

El Palanquero suspira y deja el pescado a un lado, apaga la linterna, se levanta y voltea hacia su mujer.

— Mira, Gorila, sé que a veces me pierdo en mis cosas, pero eso no significa que no te quiera, sabes que necesito trabajar para mantenerte.

— ¡Pero necesito que me lo demuestres! Necesito que me hagas sentir como tu reina, como la mujer más afortunada del mundo.

— ¿Y qué quieres que haga? ¿Qué te lleve a bailar todos los días? ¿Qué te compre regalos costosos?

— No necesito regalos ni cosas caras. Necesito tu atención, tus caricias, tus besos. Necesito sentirme deseada, amada.

El Palanquero se acerca a La Gorila y la toma de las manos.

— Está bien, Gorila. Tendrás toda mi atención. Prometo esforzarme más.

— ¡Gracias, mi amor! Sabía que me entenderías.

La Gorila se acurruca en los brazos de El Palanquero y sonríe satisfecha. Él la abraza, la tira con fuerza a la cama y le hace el amor salvajemente, sin decirse una palabra y luego quedarse dormidos.

IX



Los novios

Días después...

Una tarde soleada en la cabecera del puente. Toruno y Catira están sentados en un extremo, tomados de la mano.

Suspira —No sé qué hacer, Toruno. Cada vez que pienso en hablar con mi papá y Mora sobre nosotros, se me revuelve el estómago. Tu madre todavía no me quiere.

Toruno le aprieta la mano —Lo sé, mi amor. Es difícil, pero tenemos que hacerlo en algún momento. No podemos seguir escondiéndonos.

— ¿Y si no lo acepta? ¿Si se enoja y me sigue rechazando?

Toruno la mira a los ojos —Catira, ellos son nuestros padres. Los queremos y los respetamos. Sé que en el fondo nos quieren a nosotros también.

— Lo sé, pero sus ideas... ¿Cómo van a reaccionar al vernos juntos?

Toruno sonríe con tristeza —Las opiniones cambian, Catira. El mundo cambia. Y nosotros también.

La Catira asiente —Tienes razón. Pero ¿Y si nos señalan? ¿Y si nos dicen que estamos equivocados?

— Escucha, mi amor. Lo que tenemos es real. Nuestro amor es fuerte y verdadero. Y si ellos no lo entienden, es su problema, no el nuestro.

Catira se apoya en su hombro —Tienes razón. Pero me da miedo perderlos. Que nos abandonen.

— No los perderás, Catira. Solo les daremos la oportunidad de conocernos mejor, de entender lo que sentimos.

Catira después de un momento de silencio —¿Y si empezamos poco a poco? ¿Si al principio solo les decimos que somos amigos muy cercanos?

El Toruno piensa por un momento —Podría funcionar. Pero tarde o temprano tendrán que saber la verdad.

— Lo sé. Pero tal vez así sea más fácil para ellos.

El Toruno la besa en la frente —Está bien, mi amor. Haremos lo que sea necesario.

Se toman de la mano, en ese instante pasa una luz sobre ellos en el cielo, creen ver una estrella fugaz, la siguen en su trayectoria y piden un deseo común en voz alta.

¡Queremos casarnos en un futuro no muy lejano y tener hijos!

Sus ilusiones son destrozadas al darse cuenta de que es un avión que pasa en una trayectoria irregular. Sin embargo, él le dice que sus aspiraciones se harán realidad con su esfuerzo, con acciones y no con magia y cuentos de hadas como en los cuentos de los libros de escuela para niños.

Unos días después, en el restaurante...

El Toruno y la Catira entran juntos, es la tarde y los clientes son pocos. El Mocho y Chucho están sentados en una mesa, jugando al dominó, con música de fondo.

El Mocho los ve entrar —¡Pichalarga! ¡Mija! ¿Qué los trae por aquí?

Toruno sonrío —Queríamos tomar algo con ustedes.

Chucho levanta una ceja —¿Los dos juntos? Mmm.

Catira se muestra nerviosa —Sí, ¿hay alguna dificultad?

El Mocho deja de revolver el dominó, cosa difícil con una sola mano —No, no hay problema. Solo nos sorprende verlos juntos.

Toruno se sienta —La verdad es que... bueno, Catira y yo... estamos saliendo como novios.

El Mocho y Chucho se quedan en silencio, mirándose el uno al otro. La gente sigue entrando y saliendo del lugar.

Chucho después de un rato —¿Salen?

Toruno dice con cara de miedo —Sí.

El Mocho suspira —Bueno, supongo que no podemos hacer nada al respecto.

La Catira está esperanzada —¿En serio?

Chucho mirando a Toruno —Sabes que yo no tengo problema, pero tu madre...

Toruno se siente aliviado —Gracias, papá.

El Mocho intenta ser razonable —Pero... ¿Están seguros de esto? ¿Saben lo que la Mora dirá?

Catira toma la mano de Toruno —Sí, estamos seguros. Y si la gente quiere hablar, que hable. Nosotros somos felices así.

Toruno se muestra seguro —Exacto. Nuestro amor es más fuerte que cualquier chisme.

Continúa la conversación, con El Mocho y Chucho expresando sus dudas y preocupaciones, mientras Toruno y Catira intentan convencerlos de su amor y de que su relación es válida.

El Mocho rasca su cabeza —No sé, Pichalarga. Siempre los he visto como niños.

Chucho asiente —Sí, como chicos solamente. Y ahora... esto es diferente.

La Catira con voz suave —¿Por qué es diferente? ¿Acaso el amor entre jóvenes no puede transformarse en algo más?

El Mocho mira a Chucho —No sé, Catira. Las cosas son como son.

Toruno se muestra respetuoso —Escuchen, los respeto como adultos. Pero también amo a Catira. Y no quiero tener que elegir entre ustedes.

Chucho suspira —No te estamos pidiendo que elijas. Solo... necesitamos tiempo para asimilar todo esto.

Catira se acerca al Mocho —Entiendo que sea difícil. Pero por favor, no nos juzguen. Darnos una oportunidad.

El Mocho se levanta y se dirige a la ventana —Necesito un poco de aire.

Chucho sigue al Mocho —Yo también.

Toruno y Catira se quedan solos en la mesa, mirándose con preocupación, mientras toman una bebida fría.

La Catira reflexiona —Creo que los hemos asustado.

Toruno sonrío —No creo que sea eso. Solo necesitan tiempo.

Desde la cocina Daysy ve con curiosidad a Toruno, pero no se acerca.

Pasados unos días, Toruno y Catira deciden visitar al Mocho en su siembra de yuca. Es la tarde del viernes, probablemente las seis y treinta, pues Toruno había vuelto del colegio hacía solo unos pocos minutos, ella parece haberlo esperado justo para echar a andar el plan. El Arol se ve más lejos, está bajito, la playa se ve amplia y el agua más clara.

Toruno tocando su hombro —¿Podemos hablar?

El Mocho los mira —Pueden.

Encuentran a El Mocho trabajando con una pala quitando la hierba de la yuca. Posee un terreno no muy grande, pero tiene algunas plantas que le proveen caña, naranjas, limón, mango, plátano, calabazas y otros rubros más.

El Mocho sin levantar la vista —¡ajá! ¿Qué quieren? Suelta la pala y empuña el machete Panga³².

Toruno se ve temeroso —Queríamos hablar contigo.

Catira se para cerca —El otro día nos fuimos sin resolver nada.

El Mocho suelta el machete —¿Qué quieren que resuelva?

32 El machete panga se distingue por su hoja larga y afilada con una punta que termina en ángulo recto . La punta está dirigida perpendicularmente al mango.

Berta observa la escena con preocupación desde el porche de la casa, simula que riega sus plantas de ornato, tiene muchas flores, es una excusa perfecta para tardar mucho, sus cayenas son acariciadas con dedicación, las margaritas reciben demasiada agua porque su mirada está puesta en el trío cerca de ella.

Toruno trata de calmarse — Solo queremos que sepas que te respetamos. Y que no queremos perder tu apoyo, le dice en un tono sencillo y a distancia sin perder de vista el machete.

El Mocho suspira — Yo también los quiero. Pero esto... Esto es complicado.

Catira trata de convencer a su padre — Sé que lo es. Pero ¿Por qué no intentamos ser una familia? Una familia diferente, sí, pero una familia, al fin y al cabo.

El Mocho la mira a los ojos — ¿Una familia?

— Sí. Una familia donde todos nos miremos a la cara y nos apoyemos. Dice Toruno acercándose.

El Mocho se queda pensativo. Después de un rato, levanta la mirada.

— Está bien. Lo intentaré. Por ustedes.

Toruno y Catira se abrazan al Mocho, llenos de alegría.

A unos metros de distancia de la casa de Palanquero, las cosas iban pasando, de alguna manera el hogar se mantiene.

Palanquero, sentado a la mesa, con los brazos cruzados, la mirada fija en el plato sin tocar la comida, un par de Tilapias fritas con plátano cocido. — Hoy estuve en el bar de la Campesina... otra vez escuché comentarios. Todos hablan de ti. ¿Qué tienes que decir?

Gorila, se ríe con desdén mientras se sirve un vaso de refresco, sin prisa. —¿De mí? Pregunta con desdén. Y prosigue —Siempre tienes algo que escuchar por ahí, mi amor. Ya deberías estar acostumbrado. La gente habla por hablar.

Palanquero levanta la mirada, molesto —No son solo “habladurías”, Gorila. Esta vez es serio. Dicen que te han visto con ese tipo, el que ronda el pueblo buscando compañero de pesca... demasiadas veces, y no solo en el bar. (Su tono se endurece). La gente no es ciega.

La Gorila se encoge de hombros, indiferente, y bebe un sorbo del vaso —¿Y qué si me ven? A mí no me importa lo que digan. Parece que tú sí te preocupas más por los chismes que por nuestra vida.

Palanquero golpea la mesa, irritado —¡Esto no son solo chismes! No puedes andar así, como si nada te importara. ¿Qué crees que dicen de mí, de nosotros?

Gorila se inclina hacia él —¿Y por qué te importa tanto lo que piensan los demás? Si no fuera porque prestas tanta atención a esos cuentos, ni te enterarías de lo que “dicen”. Además, ¿Desde cuándo necesitas la aprobación de otros?

Palanquero apretando los puños, intentando controlarse —Esto no es sobre lo que digan o no. Es sobre el respeto, Gorila. Sobre lo que tú haces y cómo nos afecta. No puedes seguir ignorando lo que pasa.

Gorila con un tono burlón —Ah, ¿Sí? ¿Y qué es lo que pasa, Palanquero? ¿Que la gente hable te quita el sueño? Porque a mí no. Que digan lo que quieran.

Se ríe suavemente, casi con cinismo. —Quizá te molestaría menos si dejaras de preocuparte tanto por lo que no puedes controlar.

Palanquero respira muy hondo, está realmente furioso, pero tratando de no explotar —¡Es que no te importa! Nunca te importa nada de lo que yo digo. No es solo la gente, es cómo actúas, cómo no te detienes a pensar en mí, en lo que esto significa para nosotros.

Gorila sonrío, con frialdad, apoyándose contra la pared —Lo que significa para “nosotros”. Qué romántico, Palanquero. La verdad, a mí me va bien así. Si tú quieres seguir preocupándote por lo que digan, adelante. Yo voy a seguir viviendo mi vida, como siempre.

Palanquero se levanta abruptamente, con los ojos llenos de frustración y enojo —No puedo seguir así, no si tú sigues actuando como si nada te importara.

Gorila lo mira, indiferente, sin moverse de su lugar —Pues parece que vas a tener que acostumbrarte, porque yo no pienso cambiar. ¡Yo soy así!

Luego de unos días...

En la casa del Mocho, el sol se filtraba por las rendijas de las tablas de la vieja casa, pintando con franjas doradas el suelo polvoriento del patio. Toruno y El Mocho se encuentran sentados en un banco de madera, bajo la sombra del frondoso mango, el Mocho se enorgullece de su mango porque en esa zona eran raros esos tipos de árboles. El ambiente es tenso, cargado de una expectativa que ambos sentían con intensidad.

—Toruno, tengo algo que decirte, empieza Mocho, ras-cándose la mochita. Sé que esto puede sonar extraño, pero...

Toruno lo mira fijamente, esperando ansioso sus palabras.

—Quiero que seas como un hijo para mí, deseo poder llamarte yerno formalmente.

Toruno parpadea, sorprendido. No es exactamente lo que esperaba.

—¿Como un hijo? repite, sin entender del todo.

—Sí, como un hijo. Quiero que vengas a casa más seguido, que compartas nuestras comidas, que nos ayudes con las tareas del campo. Quiero que seas parte de nuestra familia, tu novia puede lavarte la ropa, por supuesto si traes jabón.

Toruno siente un nudo en la garganta. El Mocho está siendo más directo de lo que había imaginado.

—Lo aprecio mucho, suegro, responde, sintiendo una mezcla de gratitud y confusión. Pero... ¿Puedo llamarte suegro?

El Mocho lo mira a los ojos, serio.

—La Catira es mi hija. Y tú la haces muy feliz. Pero también quiero que seas feliz. Y para eso, necesitas sentirte parte de algo.

Toruno asiente, comprendiendo lo que el hombre quería decir.

—Pero... ¿Qué dirá mi madre?

—La Mora siempre tendrá algo que decir, responde Mocho con rabia. Pero lo más importante es que tú y Catira

sean felices. Y si eso significa que tienes que ser el novio de visita, pues así será.

Toruno sonrío. La propuesta de El Mocho es más compleja de lo que parece a primera vista. Es una invitación a formar parte de su familia, pero también una forma de proteger a su hija de los chismes y murmuraciones del pueblo.

—Está bien, Mocho, dice finalmente. Acepto.

El Mocho le tiende la mano y Toruno la estrecha con fuerza.

—Gracias, Toruno. Te lo agradezco de verdad, ahora puedo decir que no eres un cobarde.

Ese momento le da un gran cambio a la vida de Toruno irremediabilmente. Empieza a pasar más tiempo en casa de Catira, ayudando al Mocho en las tareas del campo principalmente, compartiendo comidas con la familia y fortaleciendo su relación con la Catira.

Un día solo en el maizal...

El Mocho se queda sentado en su banqueta, el calor lo agobia y se sopla un poco con el sombrero, se queda mirando fijamente sus manos. La mano derecha, completa; la izquierda, un muñón.

Flashback...

Mocho suspira —A veces, por las noches, vuelvo a sentir el agua fría envolviendo mi mano. Lucho por soltarme, pero no puedo. Y de repente, un dolor agudo, como si me arrancaran un pedazo de mi alma.

Recuerda la escena del accidente, el joven, fuerte y ágil, lucha contra las adversidades. Un fuerte tirón lo desequili-

bra y queda atrapado en las ruedas de una máquina. El motor lo arrastra, la madera de la bancada lo golpea, y siente un dolor insoportable en su mano, la sangre es abundante, con la otra mano se agarra muy fuerte el antebrazo mientras grita. Él es rescatado y llevado a su pueblo. La madre lo cuida, le preparan remedios naturales. El dolor es constante, pero la compañía de su familia lo ayuda a sobrellevarlo.

Luego de varios días llega la adaptación, con el tiempo, aprende a vivir sin su mano. Construye herramientas adaptadas y encuentra nuevas formas de realizar sus tareas.

El Mocho continúa, su voz más suave —Perder mi mano fue un golpe duro. Pero la vida sigue adelante. Aprendí a adaptarme, a ser más fuerte. Y aunque a veces siento nostalgia por lo que era, no cambiaría nada. Pensando y recordando se queda dormido.

Al principio, para todos, fue extraño ver al “novio de visita”. Los vecinos lo miraban con curiosidad, susurrando entre ellos. Pero el Toruno y la Catira no se dejaron avasallar. Seguían adelante, construyendo su relación día a día.

Con el tiempo, la gente se acostumbró a verlos juntos. Incluso algunos vecinos como Daysy y la Gorda los veían como pareja, reconociendo el amor que se tenían.

Días luego...

Un día, mientras venden el pescado en la orilla de la carretera, bajo el árbol de guadua, mientras varios clientes revisan la mejor opción para su almuerzo, la Catira se voltea hacia Toruno.

—Nunca pensé que las cosas terminarían así.

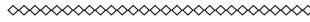
—¡Ni yo! responde Toruno, sonriendo. Pero estoy feliz.

—Yo también. Gracias por todo, mi amado Toruno. Por estar ahí para mí y para mi padre.

Toruno la toma de la mano y la besa suavemente.

—Gracias a ti, princesa. Dice él , por hacerme tan feliz.

X



Una tentación para Toruno

La vida en el pueblo sigue siendo sencilla y tranquila. Toruno y Catira siguen siendo los “novios de visita”, pero su amor es más fuerte que cualquier etiqueta. Y aunque el camino no siempre fue fácil, juntos habían logrado construir una vida llena de amor y felicidad.

Sin embargo, mucha felicidad junta es un tanto extraña, la tranquilidad del pueblo se ve perturbada con la llegada de Raquel. Una mujer blanca, de cabellos muy largos, su cabello azabache llegaba a sus carnosos muslos y una sonrisa enigmática, muy voluptuosa, de trasero que parecía haber salido de una novela erótica. Atraída por la belleza natural del lugar, decide establecerse allí, alojándose en una pequeña habitación al costado del restaurante. Ese cuartito normalmente está vacío, solo se ocupa por alguna emergencia.

Desde el primer momento, Raquel muestra un interés amoroso por Toruno. Lo busca en la habitación, en el río o en cualquier lugar donde pudiera encontrarlo. Sus ha-

lagos son constantes y sus miradas, penetrantes. Toruno, acostumbrado a la sencillez y sinceridad de Catira, se siente halagado pero incómodo ante tanta atención por parte de una mujer mucho mayor que él.

La Catira, al principio, no le da mucha importancia a esta mujer. Confía en el amor de Toruno y cree que su relación es lo suficientemente fuerte para resistir cualquier tentación. Sin embargo, a medida que pasan los días, comienza a notar un cambio en su novio. Toruno se muestra más distante, perdido en sus pensamientos.

Una noche, mientras cenan en silencio, la Catira llega a casa de Chucho y le pide hablar con él. Toruno deja el plato y sale al patio.

—Mi amor, ¿Qué te está pasando? Te noto diferente últimamente.

Toruno suspira. —Es esa mujer, la tal Raquel, mi amor. Es una mujer encantadora y me halaga mucho su atención.

Catira siente un nudo en la garganta.

—¿Encantadora? ¿Y qué hay de mí? ¿No soy encantadora para ti?

Toruno la toma de las manos.

—Catira, tú eres mi todo. Pero Raquel... es diferente. Es una mujer mayor, con mucha experiencia.

La Catira se siente herida. ¿Cómo podía Toruno compararla con otra mujer? Lo suelta y ella se va corriendo a su casa.

Los días siguientes son muy difíciles para la Catira. Ra-

quel organiza ocasiones especiales, invita a Toruno y lo hace sentir el centro de atención. Catira, por su parte, se siente cada vez más sola y abandonada.

La Mora observa a Raquel, con una sonrisa astuta entre sus labios. La joven se encontraba a su agrado. Era el momento perfecto para poner en marcha su plan. Desde que conoció a Raquel, la Mora había visto en ella a la nuera perfecta. Inteligente, amable y con un brillo en los ojos que recordaba al de ella misma cuando era más joven. Sabía que son el uno para el otro, y está decidida a unirlos.

—Toruno, ¿Estás en casa?, llamó con voz dulce, mientras entra a la sala.

Toruno aparece desde la cocina, secándose las manos con el pantalón. —Sí, mamá, ¿Qué fue?

—Ven acá, siéntate un momento, le indica, señalando el sofá. Quiero hablar contigo de algo importante.

Toruno se sienta a su lado, esperando con curiosidad. La Mora comienza a hablar, describiendo las cualidades de Raquel con tanto entusiasmo que a Toruno se le eriza el vello de los brazos. —Es una chica hermosa, hijo. Tiene un gran corazón y es muy inteligente. Creo que harían una pareja linda.

Toruno sonrío, sintiendo un ligero rubor en las mejillas. —Sí, mamá, es muy agradable. Pero mucho mayor que yo.

—Más que agradable, Toruno. Creo que podrían ser muy felices juntos. La edad es un número, mira a tu padre y yo.

La Mora sabe que ha sembrado la idea en la mente de su hijo. Ahora solo tenía que esperar a que floreciera.

En los días siguientes, la Mora se encarga de crear oportunidades para que Toruno y Raquel estuvieran juntos. Los invita a eventos familiares, organiza reuniones casuales en casa y, sutilmente, los hace hacer pareja en varias actividades. Al principio, Toruno y Raquel no ven las intenciones de la Mora, pero poco a poco, comienzan a darse cuenta de que tienen mucho en común. Sus conversaciones se vuelven cada vez más largas y profundas, y la atracción entre ellos es evidente. La Mora, desde las sombras, observa con satisfacción cómo su plan comienza a dar sus frutos. Está segura de que había hecho lo correcto.

Una mañana cualquiera, en el comedor de la casa de Chucho...

La Mora buscando conversación — Chucho, ¿Supongo que ya te has dado cuenta de lo que anda haciendo esta mujer con nuestro Toruno?

— ¿Raquel? ¿La mujer esa que siempre nos saluda cuando nos encuentra? ¿Qué, con ella?

— Pues que no sólo nos saluda, Chucho. Está queriendo conquistar a Toruno, ¡a nuestro hijo! ¡Una mujer de su edad!

Chucho sorprendido — ¿Conquistar a Toruno? ¿Raquel? ¡Pero si tiene como veinte años más que él!

— Exacto, Chucho. ¡Unos diez años más! Y se la pasa con esa sonrisita y comentarios, que si “qué guapo está”, que si “cómo ha crecido”. Ya me lo tiene mareado.

Pero mora no revela sus intenciones, solo quiere saber que piensa su marido al respecto, de pronto cuenta con sus simpatía.

Chucho riendo un poco —¡Ay, Mora! Seguro que Raquel está siendo amable. A lo mejor lo ve como un amigo.

Mora se torna seria —No te engañes, mijo. He visto cómo lo mira. ¡Eso no es como un amigo! Además, ¿Qué mujer le compra regalos? Igual me gusta para mi hijo, no como esa Catira, espero que esta mujer lo enamore y se olvide de esa rubia desabrida.

— ¿Le compró un regalo? ¡Eso no lo sabía! Él es inteligente y sabe lo que le conviene.

— Sí, Chucho, y Toruno anda tan encantado que ni se da cuenta de lo que pasa. Creo que está disfrutando de la atención, pero... no me parece normal. Una mujer de su edad podría volver loco a un muchacho.

— Bueno, Mora, Toruno ya no es un niño, él puede decidir. Aunque ahora que lo dices, es raro que le esté regalando cosas. ¿Qué hacemos? No quiero que se meta en un lío por esto.

— Tenemos que hablar con él, Chucho. Debe saber que está frente a una mujer que claramente tiene otros intereses.

Chucho asintiendo —Sí, tienes razón.

Una tarde, mientras Toruno arregla el pescado en la canoa, el río está bastante crecido, el puerto es una especie de recodo bajo las ramas de guama, allí la corriente del agua no es problema, así que está tranquilo, la Catira viene silencio-

samente por el camino a casa de su novio, fue alertada por el sonido conocido del motor de la canoa, antes de llegar al puerto, escucha la voz de Raquel y la dulce voz de Toruno hablando a lo lejos, Raquel había llegado justo cuando él se aproxima, también reconoció el sonido del motor. Extrañamente Teté no la detecta y Toruno no advierte la presencia de su amada muy cerca de ellos.

—Toruno, este lugar es hermoso, pero se siente tan vacío sin ti.

—Lo sé, Raquel. Pero tengo que ser cuidadoso.

—No tienes que ser cuidadoso conmigo. Yo te entiendo.

Catira se queda paralizada. —¿Qué estaba pasando? ¿Acaso Toruno estaba correspondiendo a los sentimientos de Raquel?

Decide confrontarlo. —Toruno, ¿Qué significa esto?

Toruno la mira, sorprendido. —Catira, no es lo que parece.

—Entonces, ¿Qué es lo que parece? ¿Qué sientes por Raquel?

Toruno no responde.

Catira, con el corazón destrozado, se aleja de él. Se siente traicionada y tonta. Cómo competir con una mujer del mundo como esa. Raquel aprovecha la huida de la Catira para lanzarse a los brazos de él, ella lo besa sin darle oportunidad de reaccionar, no solo corresponde el salvaje beso, sino que la toma por la cintura y la pega a él con mucha fuerza, ella lo acaricia en el pecho con la mano izquierda y

baja la mano diestra hasta la bragueta del pantalón, siente el bulto, lo aprieta, él solo se deja llevar, pero en su mente se dibuja la figura de su novia. Ella se hace un moño en su largo cabello, se pone en cuclillas frente a él, este cierra los ojos, algunos sonidos puede escuchar que proceden de abajo, pero no abre los ojos, él se tumba en la hierba de la orilla del río y ella se sienta con un movimiento frenético, los sonidos no se hacen esperar, toma las manos de su amante y las lleva a su pecho, baja la cabeza, el dedo índice la mano derecha de él llega a su boca para callar los gritos involuntarios luego cae sobre la hierba a su lado, él se levanta y enrolla su negro cabello en la mano izquierda y se ubica detrás de ella, el sonido regresa pero ahora con otros parecidos a aplausos hasta que él se queda inmóvil recostado en la espalda de ella. Se levantan y se meten al Arol con algunas risas.

Pasan semanas y la situación no mejora entre la Catira y su novio. Toruno sigue dividido entre su amor por Catira y la atracción que sentía por Raquel, de hecho, las visitas a casa del Mocho son diezmadas. Raquel, por su parte, no se rinde y sigue intentando conquistarlo.

El Toruno tiene cierta normalidad en el colegio, Toruno es el tipo de chico que hacía que las ecuaciones parecieran solo palabras y los experimentos eran muy atractivos. Realmente poseía una mente ágil y una curiosidad insaciable por aprender, se movía por los pasillos del colegio como un pez en el agua, el colegio era como el Arol, absorbiendo conocimiento como una esponja. Su pasión por las mate-

máticas, la física y la química es evidente, y sus compañeros lo admiran profundamente.

En la clase de física, el profesor Jimmy solía detenerse frente a su pupitre para que Toruno respondiera los conceptos de mecánica³³ de una manera tan sencilla que hasta los estudiantes poco aventajados los entendieran sin problema. Toruno tiene destreza para hacer que la ciencia sea sencilla, decía el profesor Jimmy con una sonrisa. En la clase de química, la profesora Esmirda lo consideraba su asistente personal. Toruno, ¿Podrías explicarles a tus compañeros cómo se forma esta cadena carbonada? pregunta, y él, con una paciencia infinita, dibuja diagramas de carbono en la pizarra y realiza experimentos sencillos que dejan a todos boquiabiertos. En matemáticas, el profesor Héctor lo ve como un prodigio.

—Toruno, ¿Has escogido una forma más sencilla de resolver este problema de logaritmos? le preguntaba a menudo.

Y Toruno, siempre con una nueva idea, sorprendía a todos con sus soluciones ingeniosas.

Boquitaepescao, su mejor amiga, admira su inteligencia, pero a veces se sentía un poco intimidada. Toruno, eres un genio, pero a veces hablas como un loco, le decía riendo. Ely, otra de sus amigas, era más práctica. —Toruno, ¿Me puedes ayudar con este problema de cinemática? No entiendo nada, le pedía a menudo. Y Toruno, siempre dispuesto a ayudar, le explicaba pacientemente hasta que ella lo comprendía. Sorbetico, Pantera y Franky, sus compañe-

33 Parte de la física que estudia el movimiento.

ros de equipo en el club de ciencias, son como hermanos para él. Juntos, participan en ferias de ciencias y concursos de matemática, siempre con Toruno a la cabeza.

—Toruno es el líder del equipo, decía Sorbetico. “Sin él, no sería posible”.

—¡Y el más creativo!, añadía Pantera. Siempre se le ocurren ideas locas.

—Es como un superhéroe, decía Franky. El superhéroe de la ciencia.

A pesar de su brillantez, Toruno es un chico humilde y sencillo. Nunca presume de sus conocimientos y siempre está dispuesto a ayudar a los demás. Su profesor de español, Ramón, lo admira por su inteligencia y su humildad. —Toruno es un buen ejemplo de muchacho para todos ustedes, dice frecuentemente el profesor Ramón.

Un día, el colegio organiza una olimpiada interna de ciencias naturales. Toruno, junto con sus amigos, representa al grado. La competencia es muy reñida, pero su equipo destaca por encima de todos los demás. Gracias a sus conocimientos y a su capacidad para resolver problemas bajo presión, el equipo de su curso ganó el primer lugar. Al recibir el premio, Toruno no puede evitar emocionarse.

—Este premio no es solo mío, dijo, mirando a sus amigos y a sus profesores. Es de todos los que me han apoyado y animado a seguir adelante.

Desde ese día, Toruno se convierte en un estudiante representativo en el colegio. Su nombre se menciona con

respeto y admiración en todos los rincones. Pero a pesar de toda la fama, él sigue siendo el mismo chico humilde y sencillo de siempre.

Varias noches luego...

Una noche, mientras camina por la playa que deja la orilla del río, la Catira se encontró con Raquel. El Arol deja ver sus hermosas playas, la luz de la luna ilumina el torrente.

—Catira, sé que estás sufriendo. Pero Toruno y yo nos queremos mucho, dice Raquel maliciosamente.

La Catira la mira fijamente. —El Toruno y yo nos amamos desde mucho antes de que tú llegaras. Y nuestro amor es más fuerte que cualquier cosa.

Raquel sonríe con tristeza.

—Tal vez tengas razón. Pero no me rendiré tan fácilmente. Ese macho será mío, ya lo decidí.

La Catira se da cuenta muy pronto de que tiene que hacer algo. No puede permitir que Raquel se quede con Toruno.

La Catira deja a su rival en la playa sola mientras ella se aleja rápidamente.

Al día siguiente...

Boquitaepescao, Vera y Ely, compañeros de clase de Toruno caminan por el sendero de tierra muy cerca del impetuoso río. Su destino es la casa de Toruno, un lugar que promete tranquilidad y aventura, antes de llegar se escuchan los gritos de Teté avisando la aproximación de extraños.

—Ruuuu ;Gente! ;Geente! Ruuuu.

Toruno los recibe en la puerta de su pequeña vivienda, su rostro está iluminado por una amplia sonrisa. —Bienvenidos, pasen. ¡Qué gusto tenerlos por aquí!

Los amigos cruzan la sala y se encuentran con un espacio acogedor y lleno de vida. Algunos libros apilados en un pequeño estante como *Cien años de soledad* y *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, además pueden verse algunos instrumentos musicales colgados en la pared, como un cuatro y una guitarra, finalmente, por la ventana se tiene una vista espectacular del río.

—¡Miren esta vaina!, exclama Toruno señalando hacia afuera. El Arol serpentea a través de este valle verde, creando un paisaje idílico. Es mi lugar favorito de todo el mundo.

En las ramas pueden verse las marcas de barro acusando que el nivel del agua estuvo allí, pero ya estaba bajando.

Después que se acomodan, los amigos comienzan a conversar de una cosa y otra, pero nada en particular. Boquitaepescao, siempre curiosa, pregunta a Toruno sobre cómo llegaron a vivir allí. —Mi padre construyó este rancho con sus propias manos, respondió él con nostalgia. En este río he pasado muchas tardes pescando, explorando el bosque y soñando despierto.

Vera, amante de la pesca, no puede evitar fijarse en la Atarraya colgada en la pared. —¿Puedo tocarla?, pregunta con ojos brillantes, mientras que las chicas se retiran a cambiarse de ropa. Toruno asiente con la cabeza y le pasa la herramienta. Vera comienza a tocar la cuerda, mete sus

dedos en la malla, puede introducir hasta cuatro dedos, la acomoda en sus brazos y la arroja al agua, en la orilla. Ely sale primero con una bata de baño, se muestra más introvertida, se sienta en un rincón y saca un cuaderno para dibujar el paisaje. Captura en el papel la belleza del río, los árboles y las nubes que se movían lentamente por el cielo. Ella pasa la punta de su lápiz sobre el papel, trazando líneas con precisión, pero su mente viaja por Júpiter, perdida en el rostro de Junior; su novio. Lo ama con todo su ser. Cada vez que piensa en él, su corazón se acelera, y siente que su mundo cobra sentido. El brillo en sus ojos, esa risa que la hace sentir especial, esos pequeños gestos que solo él entiende... ¿Cómo podía no ser él el que compartiera su vida? Quiere estar a su lado siempre, vivir cada día juntos, enfrentar el futuro, las dudas, las risas y los problemas, todo. Pero algo que se interponía, como un muro gigante que no sabe cómo derribar, su padrastro.

Cada vez que pensaba en eso, una oleada de frustración la invadía. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué él no podía ver lo que ella veía? Junior no era un mal chico. Al contrario, él la hacía sentir segura, amada, aceptada por lo que era. ¿No era eso lo que un padre o un padrastro debía querer para su hija? Ely mordió el extremo de su lápiz, furiosa. Pero él no lo entendía. Para él, Junior no era suficiente. No era lo que él quería para ella, y eso lo hacía todo mucho más difícil. Cada vez que intentaba hablar sobre él, cada vez que sugería que quizás podrían tener un futuro juntos, la mirada del padrastro era clara: no.

Ely no sabía cuánto más podría soportar. Por un lado, su amor por Junior la impulsa a soñar con un futuro donde solo ellos dos importaran. Pero por otro, sentía el peso de las expectativas de su padrastro, de lo que se esperaba de ella, y lo que él había decidido por ella. ¿Cómo podía elegir entre lo que amaba y lo que la obligaban a hacer? Quería huir con Junior, lejos de todo esto, construir su propio camino. Pero no podía, no sin perder algo, o peor, a alguien. La lucha interna era constante, y, mientras su lápiz traza círculos en el papel, Ely no deja de preguntarse si algún día podría ser feliz junto a él sin que nada ni nadie se lo impida.

Por su parte, Boquitaepescao sale de la habitación de la Mora con su traje de baño, es ajustado, de dos piezas y adornado con flores coloridas. Ella antes de salir piensa en cabeza de chupeta; su novio, fuera de allí también está su amigo, el sol puede verse brillando intensamente sobre el agua del río. El aire fresco le acaricia la piel mientras ajusta su traje de baño. No puede evitar sonreír al pensar en Toruno. Aunque es su amigo, hay algo en él que siempre la ha hecho sentir una mezcla de tranquilidad y emoción. La forma en que su risa llena el espacio, cómo parece entender cada mirada sin necesidad de palabras. Aquel día en la orilla del río es diferente, y ella lo siente. Percibe algo en el aire, una promesa silenciosa, como si el destino estuviera de su lado. Mientras camina hacia el grupo, su mente no deja de imaginar cómo sería compartir más momentos con él, quizás más allá de la amistad, acariciar su torso, morder sus labios o apretar sus posaderas con fuerza.

Toruno y Vera no pueden evitar admirar su cuerpo, es realmente voluptuoso, sus glúteos son enormes y firmes, la tela no puede cubrir su trasero, la tela se esconde entre sus mofletes, su abdomen es plano y su pecho es redondo y terso, ella nota las miradas y hace un movimiento de cabeza para acomodar su largo y ondulado cabello de su pecho a la espalda, mientras intenta acomodarse con ambas manos el bikini en la parte posterior. Ely termina su dibujo y pide la atención de todos para que admiren su dibujo, las miradas se posan sobre el papel y son acompañadas de elogios bien fundados.

— Muchas gracias, amigos. Me voy a refrescar. Dice con algo de celos en la voz.

Se quita la bata de baño y deja ver su espectacular cuerpo, es delgada, todo es proporcionado, su traje de baño es rosado y de dos piezas, muy ajustado y sugerente, las pecas sobre su busto son un espectáculo, su piel blanca saca un suspiro a Vera. Los varones nuevamente dirigen la mirada como orquestados sobre su amiga.

Boquitaepescao lo nota con picardía —¡Dejen de mirar así! No sean pasados, mientras se aprieta el voluminoso pecho.

Vera las mira con atención —¡Están hermosas! Pero tranquilas es con ojos de amor de amigos. Pero de verdad están buenotas chicas.

Vera observa a Boquitaepescao mientras ella ríe con los demás, su presencia iluminando el ambiente. No es la primera vez que siente algo más que amistad por ella, pero aquella

tarde, con el sol bañando su rostro y su actitud relajada, algo en su interior lo hace imaginar cómo sería estar más cerca, tal vez más allá de los límites de la amistad. En su pantalón algo cambia, su corazón baila al son de tambores y se sienta para disimular la penosa situación. Pero se detiene, reconociendo el respeto y la cercanía que hay entre todos. Aunque esos pensamientos revolotean en su cabeza, sabe que lo mejor es disfrutar del momento sin complicarlo.

Toruno les sigue el juego —¡Que bellas están! No se preocupen somos amigos. Ante todo, respeto.

Ely sabe las andanzas de su amigo con detalle —¡Si claro! Sobre todo tú, Torunito, dijo con voz irónica, siempre estás en una aventura, prosigue, pobre de la Catira.

Los varones solo se quitan la camiseta, mientras se quitan los zapatos ellas hacen comentarios cómicos sobre ellos para no sonar interesadas en verlos, el abdomen plano y sus brazos fuertes son blanco de sus miradas. Se metieron al Arol todos, jugaron mucho, hacen competencias de apnea, de nado y con una pelota que parecía ser voleibol. La playa no es muy grande pero aun así deja que los jóvenes disfruten de lo lindo. La Mora les lleva hasta la orilla de la playa, una bandeja con Manamanas fritas, yuca cocida, pan, jugo de guanábana y plátanos asados, cada uno toma lo que desea comer y se sirven en un vaso su jugo. Ely toma jugo directamente de la Jarra.

Boquitaepescao le grita a su amiga —¡Epa! Agarra un vaso.

Ely interrumpe el sorbo —¡Que rico está! Tenía tiempo sin tomar este juguito.

Vera come rápidamente —El pescadito está mundial.

Toruno los mira comer —Que gusto que les agrade. Es un placer compartir con ustedes.

Al caer la tarde, Toruno prepara una fogata en la orilla del río. Los amigos se sientan alrededor del fuego, contando historias del colegio. El calor del fuego y la compañía de sus amigos crean un ambiente mágico.

Cuando la luna comienza a brillar en el cielo y la claridad se hace ausente, deciden que es hora de regresar a sus casas. Antes de despedirse, Toruno les regala a cada uno un pescadito listo para freír. —¡Provecho!, dice con una sonrisa.

Al caminar de regreso, los amigos se sienten reconfortados y llenos de energía. La visita a la casa de Toruno ha sido una experiencia inolvidable. Después de despedirlos va a revisar los anzuelos que había dejado con carnada muy cerca de allí hacia arriba.

Va al puerto, se sienta en la popa del Sufrimiento y sube lentamente mientras ilumina con su linterna en la cabeza, una rama de guama es halada con fuerza, la tensión obliga a la rama a hundirse en el agua, él piensa en un pez, probablemente un bagre o tal vez una Babilla. Dirige la canoa hacia la rama mientras apaga el motor, sale de la popa y se dirige a la proa con cuidado, ya que aun va en movimiento el Sufrimiento. Con la ayuda del remo frena la marcha para llegar lento a la rama, al tomar la cuerda de nylon, la presa hala hacia abajo con tal fuerza que su mano izquierda muestra la marca de la cuerda, una marca roja que ve con dolor evidente unos instantes. Se envuelve la cuerda en la mano derecha

y hala con cautela, alumbra el agua y se asombra al ver la cabeza de un Paletón, pero de un enorme Paletón, las franjas negras, marrón y blanco en perfecta proporción lo hacen un ejemplar hermoso y apetecible. En la superficie el pez se queda tranquilo un momento, mira sus diminutos ojos y él aprovecha para tomarlo por la espalda justo detrás de la cabeza, es tal el apretón que el animal no puede zafarse, con mucho esfuerzo lo mete a la canoa y antes de que empiece a saltar, el astuto pescador le propina un machetazo justo a la altura de los ojos, el golpe no es tan fuerte como para cortar gravemente la cabeza, pero sí para dejarlo inmovilizado. Lo ve con perplejidad, calcula unos nueve o diez kilogramos.

Ya quieto el pescado, se va a la popa nuevamente y prende el motor, dirige la canoa de vuelta al puerto. Al llegar llama a Guaguao y a Chucho, estos no lo pueden creer, es realmente grande. Su cuerpo es robusto y alargado, de color en tres franjas horizontales negro en la parte superior, marrón en la parte media, mientras que la parte inferior es blanca. A diferencia de muchas otras especies de bagres, este tiene una cabeza relativamente grande y carece de las típicas espinas dorsales afiladas que se ven en otros bagres, la parte superior de su boca sobresale notablemente, de allí su nombre. Una característica especial es su boca ancha y sin dientes visibles, lo que refleja su dieta basada en el consumo de peces pequeños y vegetales, en lugar de la caza activa de presas peligrosas. Este pez es un símbolo de la biodiversidad del Arol. La majestuosidad y tamaño de este bagre lo han convertido en un animal icónico y en el foco de los

esfuerzos por capturarlo.

Chucho está sorprendido —Creo que nunca había visto un Paletón tan grande. ¡Es enorme!

Guaguao se torna decepcionado —Me hubieras invitado, ¿Cómo hiciste para meter ese Paletonsotote a la canoa? Es una barbaridad.

Toruno lo agarra por la boca, lo levanta a la altura de su cabeza y la cola no despegas del piso. Con las manos firmes y la mirada como de un gran comerciante, se dispuso a preparar el gran pescado para su venta. La bestia, de colores brillantes y cuerpo robusto como una torre de marfil, yace sobre el piso del Sufrimiento, su peso aún impresiona al joven que, con destreza, desliza su cuchillo afilado a través de la carne gruesa y jugosa. Cada corte parecía una promesa de frescura, un destello de precisión en medio del caos de la faena. La sangre y el agua se mezclan en un susurro húmedo, mientras él despoja al pescado de sus vísceras, dejando al descubierto la pulpa firme y prístina que, como un tesoro oculto, brillaba en la luz tenue de la luna. Los ojos del pez, ahora opacos, miran en la quietud del sacrificio, mientras el joven, con el cuidado de quien maneja una joya, lo amarra con sus mismos bigotes, listos para ser ofrecidos al mercado. Con cada movimiento, parece despojar al pescado no solo de su vida, sino de su identidad, transformándolo en mercancía pura, en una promesa de sustancia y sabor, que pronto recorrerá las manos de quienes lo comprarían. El aire olía a humedad, a sangre y a trabajo, y él, como un maestro de su oficio, termina la faena con la misma precisión con la que

había comenzado, sabiendo que, en su destreza, reposaba la esencia misma del comercio y la supervivencia.

Guaguao lo ayuda a llevarlo a la balanza de la Gocha. Pescao lo ayuda a poner en el instrumento y la aguja marca seiscientos gramos después de los quince kilogramos, la cinta métrica acusa los dos metros con dieciocho centímetros sin tomar en cuenta los bigotes. No hay cámaras, teléfonos con cámaras o un dibujante para dejar constancia del Paletón más largo y pesado atrapado en el Arol. El orgullo es notable, el dinero obtenido no es semejante a la alegría que hay en el pecho de Toruno.

Luego de algunos días...

Raquel lleva semanas dándole vueltas a la cabeza, maquinando cómo llamar la atención de Toruno, aquel chico de la sonrisa tímida y los ojos que parecían dos océanos profundos. Había intentado todo: abrazos, sonrisas pícaras, incluso una vez había tropezado “accidentalmente” con él. Pero nada parece funcionar, pensó que con su encuentro en la orilla, sobre la hierba, sería suficiente. Raquel tuvo una idea brillante. ¿Por qué no crear una pequeña aventura para Toruno? Algo que lo hiciera sentir especial y único. Comenzó a elaborar su plan. Primero, escribió una nota misteriosa, llena de enigmas y pistas, y la dejó en la hamaca de Toruno. La nota diría: “Si buscas un tesoro, sigue el mapa”. Junto a la nota, había un pequeño mapa dibujado a mano que conducía a diferentes lugares de la casa.

Con cada pista, Toruno se adentraría más en la aventura creada por Raquel. La primera pista lo llevaría a la cocina,

donde encontraría un libro con una página marcada. Esa página tenía una cita romántica que hablaba de la importancia de los sueños. La siguiente pista lo llevaría al patio, donde encontraría un globo con una nota atada. La nota lo dirigiría a la playa, donde habría una prenda de ropa interior.

Cuando Toruno llegara a la orilla, Raquel lo estaría esperando con una sonrisa. Probablemente con una bata de baño, seguramente abierta para que él pueda ver sus atributos. Después de un beso emocionante y salvaje, Raquel lograría tenerlo. En ese momento, bajo la luz de la luna, Raquel imaginaba la conquista de Toruno. Y así, gracias a su ingenio y creatividad, Raquel habría logrado conquistar el corazón de Toruno.

Al día siguiente, la Catira le cuenta al Mocho. Le narra todo lo que había sucedido una de las noches anteriores con Raquel. El Mocho, al escuchar la narración, se enfurece.

—Esa mujer es una serpiente, dice su padre. No dejaré que te haga daño a ti ni a Toruno.

Juntos, deciden enfrentarse a Raquel. La confrontación es abierta. Raquel trata de defenderse, pero El Mocho y Catira son implacables. Le dejan en claro que el Toruno es de la Catira y que, si no se marcha, tendría problemas serios.

Humillada y derrotada, Raquel decide abandonar la comunidad. Raquel camina por las calles del pueblo, sintiendo cada paso más pesado que el anterior, además se entera unos días antes que lleva en su vientre un milagro. El embarazo le recuerda constantemente lo que está por venir, una nueva vida que ella no había planeado, pero que aun así

había decidido acoger. Lo que la frustra, lo que la llena de enojo es la forma en que todo ha sucedido. Un hombre desconocido, del que ni siquiera ella había dado su nombre, la había dejado con una vida nueva que ahora tendría que enfrentar sola. Y mientras ella se prepara para lo que venía, su corazón sigue atorado en el amor no correspondido que sentía por alguien más, alguien que ya tenía su propia vida, su propia pareja.

El pensamiento de él, de lo que nunca podría ser entre ellos, la carcomía por dentro. Ella había querido más, había soñado con un futuro juntos, pero la realidad es otra. Él no la mira de la misma forma, no la ve como algo más que placer, un hermoso cuerpo o quizá una amiga, mientras su corazón late desbocado por él, atrapado en un amor que nunca tendrá un final feliz. Y ahora, el destino le juega otra carta cruel, debe abandonar el pueblo, alejarse de todo lo conocido, de los recuerdos que no la dejan en paz, y de él, a quien ha amado abiertamente. La rabia la quema, pero no tiene otra opción. La vida le había dado un giro del que no puede escapar.

Cuando Toruno se entera de lo sucedido, se siente aliviado de librarse de la situación, pero también avergonzado con los involucrados. Se disculpa con la Catira y le promete que nunca más la hará sufrir.

Catira, aunque herida, decide perdonarlo. Sabe que Toruno la ama y que había sido un error pasajero.

A partir de ese momento, su amor se hace más fuerte que nunca. Y aunque la sombra de Raquel aún flota en el

aire, Catira y Toruno están seguros de que juntos podrán superar cualquier obstáculo.

Varios meses después...

Transcurren cinco meses desde que Raquel abandonó el Arol, y la vida de la bonita pareja vuelve a su cauce. La sombra de la duda se ha disipado y su amor se había fortalecido. Sin embargo, la tranquilidad no duraría mucho.

Un día lluvioso, el Arol comienza a subir sus aguas. Raquel regresa al pueblo. Pero esta vez, no viene sola. Lleva en su vientre una nueva vida. La noticia se propaga como pólvora, causando revuelo y especulación. Todos se preguntan quién es el padre del bebé, algunos afirman que obviamente el Toruno era el responsable.

Raquel, con una sonrisa enigmática, no ofrece ninguna pista, evita dar respuestas, solo se pasea por el pueblo. Algunos dicen que el padre es un hombre rico de la ciudad, otros aseguran que había tenido una aventura con un pescador que no era Toruno. Pero la sospecha más fuerte recae sobre el novio de la Catira.

Catira, al enterarse de la noticia, siente mucha ansiedad y miedo. A pesar de que había perdonado al Toruno, la duda vuelve a carcomerla. ¿Y si el bebé es de él?

Toruno, por su parte, se siente amenazado. No puede creer que Raquel hubiera vuelto a su vida de esta manera. Niega rotundamente ser el padre del bebé. ¡Nunca tuvimos sexo! le repite a Chucho, su suegro y a su amor, pero es una mentira que nadie puede creerle.

El Mocho, al ver el sufrimiento de su hija, decide tomar cartas en el asunto. Convoca a una reunión familiar a la hora del almuerzo para discutir la situación.

—No podemos permitir que esta mujer siga destruyendo la vida de mi hija y del Toruno, afirma El Mocho con seguridad. Tenemos que hacer algo.

La familia, después de escuchar el relato de El Mocho, decide que la única solución es increpar a Raquel.

Toruno, aunque incrédulo, acepta someterse a lo que sea necesario para demostrar su inocencia.

La Catira y el Toruno se distancian cada vez más. La Catira no puede dejar de pensar en la posibilidad de que Toruno sea el padre del bebé. Toruno, por su parte, se siente frustrado y humillado.

Luego de algunas semanas...

La Catira asiste a la escuela con normalidad, en el aula se sienta en su pupitre, rodeada de libros y apuntes. Su mirada se desliza por la ventana, hacia el campo de fútbol donde los chicos suelen jugar. Suspira.

La Catira pensando —Lindo paisaje. ¿Cuándo llegará el día en que pueda ver a Toruno jugar aquí? Es tan bueno en el fútbol. Me encantaría animarlo desde las gradas.

Su profesora la llama para que resuelva un problema sobre trapecios en la pizarra. Catira se levanta con seguridad y explica la solución de forma clara y concisa. Sus compañeros la miran con admiración.

La profesora muestra su conformidad —¡Muy bien, niña! Como siempre, una respuesta excelente.

Catira sonrío tímidamente y vuelve a su asiento. Mientras resuelve los ejercicios en el cuaderno, no puede evitar pensar en Toruno. Se imagina que él está viéndola desde la ventana y que se siente orgulloso de ella.

La amiga que la observa durante varios minutos —¿En qué piensas, Catira linda? Estás muy distraída.

—En nada, solo en cosas mías, tranquila.

Su amiga la mira con curiosidad, pero no insiste. Catira sabe que es difícil explicar lo que siente por Toruno. Es un sentimiento tan intenso y a la vez tan intangible.

Al final de la clase, Catira recoge sus cosas y se dirige a la puerta. Antes de salir, se vuelve y mira una última vez hacia la ventana. El campo de fútbol está vacío. Suspira y sale del aula.

Finalmente, Raquel revela la verdad. El Toruno no es el padre de la bebé. Un gran alivio inunda a la Catira y al Toruno. Sin embargo, su relación ha quedado marcada por esta experiencia. Raquel expresa que la niña se llamaría Nathaly, acompañado el anuncio de que amaba al Toruno, se hace vulnerable unos momentos. Pero rápidamente recupera su compostura y anuncia que no se quedaría en el pueblo, para criar a su hija iría a Kaibo.

XI



Los coqueteos furtivos

Esa tarde en las guaduas...

Chucho y su mujer están en las guaduas, parecen pasar el rato, de pronto ven al Mocho y Berta que cruzan el puente desde el norte. Chucho levanta la mano en señal de saludos, Berta levanta la mano izquierda y la agita mientras el Mocho muestra su muñón arriba sin moverlo.

Chucho con gesto amable —¡Hola! ¿Qué hacen por allí compa?

Berta muy relajada —¡Hola! Venimos de donde Parrita, ¿Y ustedes?

Mocho parece pensativo —Compa, Mora, parece que nuestros muchachos están más que reconciliados, ¿No?

Chucho sabe todo —¡Toruno no deja de hablar de la Catira! Se le ilumina la cara cada vez que la menciona.

Berta insiste —Y la Catira... bueno la estaba pasando por un momento por lo que ya sabemos, pero con Toruno parece que ha vuelto a sonreír.

Mora intenta sacar información —Eso nos alegra mucho. Creo que él lo hace bien, pero ustedes, ¿Cómo lo ven? ¿No es muy pronto?

Berta nota el trasfondo —Quizá, pero ¿Quién puede medir el tiempo en cosas del corazón?

Mocho es sincero —Además, se ven felices. Y en el fondo, eso es lo que importa, ¿No?

Chucho está de acuerdo con el Mocho —Tienes razón. Si ellos están bien, nosotros también deberíamos estar tranquilos.

Catira y Toruno, decididos a proteger su amor, por su parte, siguieron juntos, más unidos que nunca. Habían superado muchas pruebas y su amor había salido fortalecido.

Por la tarde, la Catira invita a su amor al puerto de su casa para refrescarse un rato en el río y conversar sobre su amor. El Arol se ve lento, clarito y muy bajito, casi seco, la falta de lluvia hace que baje mucho y las playas son anchas y largas.

Toruno y Catira flotan como peces, mirándose el uno al otro con amor. El sol de la tarde baña sus rostros, creando un ambiente cálido y acogedor. Son interrumpidos brevemente por Pepas que baja en el Peluche a revisar sus redes.

Pepas —¡Cuidado tortolitos! Pero ya es tarde, los golpea el oleaje que deja la canoa.

La Catira está serena —No puedo creer que hayamos dejado que una tontería arruinara lo nuestro.

Toruno se siente feliz teniéndola allí —Yo tampoco. Te extrañé mucho, Catira.

Catira se voltea hacia él y le sonrío.

—Y yo a ti, Toruno. Me di cuenta de lo importante que eres para mí.

Toruno se acerca un poco más a ella y toma su mano y le da un beso en cada mano.

Toruno tiene varias ideas —¿Te acuerdas de cuando exploramos el Arol? Le pregunta con cara de curiosidad.

— Claro que me acuerdo. ¡Cuántas aventuras vivimos aquí! responde suspirando.

Ambos se ríen recordando esos momentos.

Toruno prosigue —¿Y te acuerdas cuando nos perdimos en el bosque y tuvimos que pasar la noche bajo un árbol?

—¡Nunca lo olvidaré! Teníamos tanto miedo, pero al final nos divertimos mucho.

Toruno la mira con ternura.

— Desde entonces, siempre hemos estado juntos para todo.

— Y siempre lo estaremos.

Se quedan en silencio un rato, disfrutando de la tranquilidad del lugar. De repente, Toruno abraza con fuerza a su compañera y la besa salvajemente. —¿Quieres que nos quitemos la ropa para estar más cómodos?

— ¡Claro! Dice ella con voz seductora.

Ambos comienzan a salpicarse mutuamente, riendo a carcajadas. El agua los refresca y les llena de energía. Después de un rato, se cansan y vuelven a flotar sobre sus espaldas.

— Gracias por perdonarme, mi vida. Dice él casi en un susurro.

— Y gracias a ti por darme otra oportunidad. Te quiero mucho.

Catira sonríe y se acerca a él. Se besan suavemente, mientras el sol se oculta lentamente en el horizonte, pintando el cielo de colores cálidos.

En casa de Caraota...

— ¡Peorro! ¿Por qué siempre estás sentado en la sala? ¡Nunca vas a trabajar!

Peorro con la boca llena —¡Trabajar es aburrido! Yo prefiero comer helado y ver pasar las nubes.

— ¡Pero tienes que trabajar para tener dinero y comprar nuestras cosas!

— ¡Yo tengo un secreto para tener dinero sin trabajar!

— ¿Cuál es? ¡Enséñame!

Peorro con un guiño —¡Es muy fácil! Solo tienes que ser muy simpático y pedirle a tu mujer. ¡Mira, ya tengo en el bolsillo!

— ¡Pero eso no es trabajar! Es pedir.

— ¡Pues a mí me funciona! Y, además, la vida es para disfrutar, no para trabajar todo el tiempo.

— ¡Pero si todos pensarán como tú, nadie haría nada! ¿Quién cocinaría, quién construiría casas, quién cuidaría de los animales?

Peorro pensando por un momento —¡Buena pregunta! Pero siempre habrá alguien que quiera trabajar. Yo puedo ser el que disfruta de lo que otros hacen.

Son interrumpidos por la Mora que entra a comprar harina.

— ¡Disculpen la interrupción! Solo quiero un paquete de harina de trigo.

Caraota se recompone — ¡Tranquila! Ya te la doy. Le entrega la bolsa rápidamente sin dejar de ver al Peorro.

— ¡Muchas gracias!

Peorro sonriendo — ¡Que vuelva!

La conversación incómoda sigue.

— ¡Pero tú también tienes que hacer algo! ¿Qué tal si me ayudas a atender la tienda?

Peorro ceño fruncido — ¡Eso suena...! ¡pues!

Caraota y el Peorro comienzan a construir un estante para poner los enlatados.

Caraota lo mira con tranquilidad, como triunfante — ¡Ves! Trabajar puede ser bueno.

— ¡Tienes razón! Y, además, ahora tengo una excusa para pedirte dinero ¡La vida es perfecta!

Unas semanas habían pasado...

Pepas es casi de la familia de Chucho, así que le propone sociedad de pesca a Guaguao, en el Peluche. El sol naciente pinta de dorado las aguas tranquilas del río, el río está muy bajito. Guaguao y Pepas, se preparan para su aventura de pesca. Sus ojos brillan de emoción mientras revisan sus equipos: cañas, carretes, anzuelos, Atarrayas, chinchorros y una gran variedad de cebos como lombrices y pedazos de anguilas de río. Pero primero van a la tienda.

Pepas y Guaguao entran a la tienda, saludando a Caraota con entusiasmo.

Pepas es el primero en entrar —¡Buenos días, Caraota! ¿Tienes pan fresco?

Caraota lo atiende —¡Buenos días, muchachos! Sí, claro que sí. Pan como recién salido del horno, esponjoso y suave. ¿Cuántos quieren?

Guaguao que va muy cerca —¡Dame una barra grande! Y unas cervezas bien frías para la pesca.

Caraota sonriendo —¡Pescar otra vez! ¿No se cansan?

Pepas se apoya en el mostrador —¡Nunca! La pesca es nuestra pasión. Además, necesitamos algo para comer después. ¿Tienes huevos?

— ¡Claro que sí! Huevos frescos de gallina. Perfectos para hacer una buena tortilla luego.

Mientras Caraota empaca los productos, Pepas y Guaguao siguen mirando alrededor de la tienda.

Guaguao tiene un pensamiento algo extraño —¡Oye, Caraota! ¿Has visto a la Gorila últimamente?

— ¡Ah, la Gorila! Últimamente anda muy ocupada con sus... ¡No nada! Dice que quiere crear un jardín secreto en su casa.

Pepas es picado por la curiosidad —¡Un jardín! Qué original. ¿Y tú, Caraota? ¿Qué has estado haciendo?

— Lo de siempre. Atendiendo la tienda, chismeando con las vecinas... la vida tranquila.

Caraota entrega las bolsas con los productos a Pepas y Guaguao.

Pepas las examina como cirujano —Gracias, Caraota. ¡Nos vemos luego!

Guaguao está satisfecho —¡Y que tengas un buen día!

Pepas y Guaguao salen de la tienda, cargados con sus provisiones, mientras Caraota los observa desde la puerta.

Caraota se dice para sí misma —¡Esos dos! Siempre con sus planes. Pero no los culpo, la pesca es divertida.

Caraota vuelve a su trabajo, esbozando una gran sonrisa al pensar en sus amigos y sus aventuras.

—¡En este viaje vamos a traer los bagres más grandes del Arol, Pepas! exclama Guaguao con entusiasmo, mientras mueve los brazos emulando una cinta métrica.

Pepas, siempre más tranquilo, sonrío. —Seguro que sí, amigo mío. Pero no te olvides de llevar suficiente comida y algunos tabacos. El viaje será largo.

El río tiene varios troncos y ramas en su cauce, esto lo hace difícil de transitar, así que deciden ir en el Peluche. Con su canoa liviana, bajan por el río. La corriente es suave, y los rodean árboles frondosos y garzas blancas en las orillas. El canto de los pájaros y el murmullo del agua crean una melodía relajante.

—¡Mira, Guaguao! ¡Un tucán! exclama Pepas, señalando un pequeño pájaro de plumaje brillante, mientras piensa en Flor.

—¡Es lindo!, responde Guaguao. Ojalá pudiéramos pescar un Paletón bien grande. Toruno y yo siempre hacemos buena pesca.

Mientras bajan en el Peluche a toda velocidad, saludan a Juan Chiquito y Polo que vienen subiendo con varios bagres. No pueden escucharse por el sonido de los motores, pero se extiende la mano en señal de respeto y saludo.

Los días transcurren entre pesca, historias y la emoción por la caza. Atrapan algunos bagres, dorados y hasta alguna que otra Doncella, algunos los dejan amarrados en el río y otros los salan. Las noches las pasan bajo un plástico negro donde cuelgan sus hamacas, cocinando pequeños pescaditos sobre una fogata.

—Este es el mejor momento del año, ¿no crees? pregunta Pepas, mirando las estrellas.

—Sin duda, responde Guaguao. Estar aquí, lejos de todo, me hace sentir libre.

Durante el día, mientras navegan por una zona más estrecha del río, su canoa choca con una roca. El impacto fue fuerte y el agua comienza a entrar.

—¡Tenemos que salir de aquí! grita desesperadamente Guaguao.

Con dificultad, logran sacar sus pertenencias y subir a la orilla. La canoa está terriblemente dañada y no pueden continuar el viaje.

—No te preocupes, Guaguao, dice Pepas. Encontraremos la manera de salir de esta.

Después de buscar durante varias horas, encuentran un árbol caído que pueden utilizar como puente para cruzar el río. Con cuidado, cruzan al otro lado y comienzan a ca-

minar por el bosque hasta su campamento. El camino es denso y oscuro. Los sonidos de los animales los rodean. Guaguao y Pepas caminan durante horas sin encontrar el lugar donde estaban sus cosas. Llegan y luego de tomar las cosas que necesitan regresan de inmediato. Pero el bosque tiene lugares iguales en todos lados.

—Creo que nos hemos perdido, dice Pepas, con su voz temblorosa.

—No te preocupes, responde Guaguao. Mantengamos la calma y seguiremos caminando. Seguro que encontraremos el camino de vuelta. Esto no me pasa con Toruno porque él se ubica geográficamente bien.

Justo cuando empiezan a desesperarse, escuchan el sonido de un río. Es obviamente el mismo río que habían navegado al principio de su viaje.

—¡Lo encontramos! grita Guaguao, aliviado.

Siguen el sonido del río hasta que finalmente llegan a su canoa, que había quedado amarrada a una rama. Con mucho esfuerzo, logran sacarla y repararla. Así regresan al campamento y montan a la canoa todo lo que tenían y se van a casa.

Al regresar al puente, son recibidos con alegría por La Mora y la Gorda. Los vecinos los felicitan por su gran pesca y les preguntan cómo han sido sus aventuras.

—Fue una experiencia inolvidable, dice Guaguao. Aprendimos muchas cosas sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos.

Pepas asiente. —Y lo más importante, aprendimos a trabajar en equipo y a superar cualquier obstáculo.

Esa noche, mientras miran las estrellas, Guaguao y Pepas comparten una botella de ron, mientras cuentan anécdotas a la Gorda, el Toruno, Chucho y el Palanquero. Pero algo raro sucede, la Gorda le pica el ojo al Toruno, le hace insinuaciones con el pecho y el trasero mientras Pepas no ve la situación.

Pasan algunos días desde la aventura de Guaguao y Pepas en el río. La vida en el pueblo ha vuelto a su ritmo habitual, pero una sombra de inquietud comienza a oscurecer la tranquilidad de Pepas. Su esposa, la Gorda, ha cambiado. Sus ojos, antes llenos de alegría, ahora reflejan una tristeza oculta. Pepas, preocupado, intenta hablar con ella, pero la Gorda evita el tema. Lo que él no sabe es que su mujer había desarrollado un extraño interés por Toruno.

Toruno, por su parte, siempre había visto a la Gorda como una amiga de la familia, es unos veinte años mayor que él. Nunca había considerado la posibilidad de que ella pudiera sentir algo más por él. Sin embargo, los coqueteos y las miradas de la Gorda comienzan a confundirlo.

Un día, durante una reunión de tragos, Toruno y la Gorda se encuentran solos en el jardín de la casa de Chucho. La Gorda, aprovechando el momento, le confiesa sus sentimientos. Toruno, sorprendido, no sabe qué decir.

—Toruno, sé que esto está mal, pero no puedo evitar sentir lo que siento por ti, susurra la Gorda.

Toruno, aunque halagado, se siente culpable. Pepas es su amigo y no puede traicionarlo de esa manera.

—Gorda, tú eres la esposa de mi amigo. No puedo corresponder a tus sentimientos, le dice con firmeza.

La Gorda, desconsolada, se aleja de él.

A partir de ese momento, la situación entre ellos se vuelve tensa. Los fogueos sobre la relación entre Toruno y la Gorda son un total secreto.

Guaguao, al ver el actuar extraño de su hermano, trata de conseguir información.

Sin embargo, la Gorda no está dispuesta a renunciar a Toruno. Continúa buscando la manera de conquistarlo, a pesar de las consecuencias.

Un día por la noche, mientras Toruno trabaja en su tarea, solo en casa, la Gorda aparece y lo besa apasionadamente. Toruno, sorprendido, la empuja suavemente.

—¡Basta, Gorda! Esto no puede seguir así, le grita.

La Gorda, un poco excitada se quita la blusa verde para mostrarle el pecho, al fin y al cabo, es un hombre más, pero no lograría su cometido. Pues, este primero mira sus senos con asombro y ganas unos segundos, se levanta lentamente y la mira a los ojos. Ella viendo que no daba el paso que falta le toma las manos y las dirige a su pecho.

— ¿Te gustan? Puedes hacer con ellas lo que desees.

Él baja la mano derecha hasta su glúteo izquierdo y lo aprieta a través de su pantalón.

— ¿Y esto? Halándola hacia él, haciendo que sus pechos se junten.

— Lo que quieras. ¿Te gusto? Tomándolo del cuello con la mano derecha.

Toruno no tiene tiempo de responder, escuchan a la distancia la voz de Chucho que regresa de donde Parrita. Ella se pone su blusa lo más rápido que puede, se separan y tratan de decir cualquier cosa para disimular.

— Bueno, así quedamos. Exclama ella con cara de susto

— ¡Listo! Buenas noches. Disimulando un poco.

Ella se dirige a su casa y se sienta en el sillón del frente, mirando distraídamente por la ventana hacia la casa de su vecino. Hay algo en él que la atraía desde hacía meses. Su risa, su forma de moverse, incluso la tranquilidad que irradiaba cada vez que la saludaba. Aunque está enojada, no puede evitar los pensamientos que rondan en su cabeza cada vez que lo recuerda. Se dice a sí misma que son solo pensamientos inocentes, pero, en el fondo, algo dentro de ella desea más. Quizás había olvidado cómo se sentía ser deseada, o tal vez algo en su vida actual la hacía anhelar la atención de alguien fuera de su rutina.

Pero ese deseo se convierte en dolor cuando él, una vez más, la rechaza. Un saludo breve, una sonrisa cortés, y nada más. Cada vez que se acerca, él parece mantener la distancia, como si su presencia no fuera más que una molestia. La frustración la quema por dentro. ¿Por qué no podía él ver lo que ella sentía? ¿Por qué tenía que conformarse con una vida que ya no la hacía feliz, mientras veía al joven, tan cerca, tan inalcanzable? Sus

pensamientos se mezclan con la sensación de vacío que empieza a crecer en su pecho. Sabe que lo que siente por él no es justo ni para su esposo ni para ella misma, pero el dolor del rechazo sigue siendo una realidad difícil de ignorar.

Mientras la Gorda está distraída y Pepas sale de pesca...

Esa noche, bajo la luz tenue de la luna, Guaguao y la Gordita se encuentran secretamente bajo el puente.

Guaguao está nervioso —Gordita, tengo algo que decirte... y no sé cómo empezar.

La Gordita sonriendo —Desahógate, Guaguao. Estoy aquí para escucharte.

Guaguao mirándola fijamente —Desde que te conocí, he sentido algo muy especial por ti. Me gustas mucho, Gordita. Más de lo que puedo decir.

Ella sorprendida —Guaguao... yo también siento algo por ti. Pero... ¿y si alguien se entera? Recuerda que todavía soy una niña.

Guaguao tomando su mano —Sé que es arriesgado. Pero no puedo seguir ocultando lo que siento. ¿Qué te parece si mantenemos nuestro amor en secreto? Solo nosotros dos lo sabremos.

—Me encantaría, Guaguao.

En casa de Toruno...

La Gorda, al ver que su plan había fallado, decidió dejar las cosas así por el momento. Antes de irse, deja una caricia en el pecho al Toruno, le expresa su deseo y le promete que algún día podrán estar juntos.

El Toruno, se siente confundido. Se da cuenta de que ha cometido un gran error, al coquetear con la Gorda y que había puesto en riesgo su amistad con Pepas. Pero no tenía el valor de cortar sus intenciones bruscamente y tampoco encontraba palabras amables, además piensa que podría ser una trampa.

La Gorda y Pepas habían sido la envidia del pueblo, antes de las sombras de infidelidad, su relación era un ejemplo de amor sincero y compañerismo. Pepas, un hombre trabajador y leal, encontraba en la Gorda su refugio seguro. Ella, a su vez, admiraba la fortaleza y el buen humor de su esposo. Juntos habían construido una vida simple pero plena, llena de risas y momentos compartidos. Su amor alguna vez se fundamentó en el respeto mutuo y la confianza ciega. Eran un equipo inseparable, unidos por la pasión por la pesca y el amor por su hogar.

Paralelamente...

Si de relaciones se trata, Polo, un hombre aparentemente sencillo y trabajador, llevaba años casado con una mujer honesta, a quien llamaba cariñosamente “La Lapita”. Tenían dos hijas hermosas, fruto de un amor que, según él, era inquebrantable. La Chueca había bautizado a una de las niñas. Sin embargo, bajo esa fachada de hombre de familia se escondía un anhelo de ascenso social que lo consumía por dentro.

La Chueca, su comadre, es una mujer con dinero y con muchos contactos. Había amasado una pequeña fortuna gracias a sus negocios de venta de licores y pescados y a su habilidad para manipular a los hombres. Desde hacía tiempo, la Chueca había puesto sus ojos en Polo, viendo en él a

un hombre dócil y fácil de controlar.

Una noche, mientras cenaba con su familia, Polo anunció una noticia que dejó a todos atónitos, iba a dejar a su esposa e hijas para irse a vivir con la Chueca.

—¡Mi vida, escúchame!, comenzó Polo, evitando su mirada. He tomado una decisión muy difícil. Ya no quiero pasar necesidades económicas, trabajo muy duro y nunca tengo dinero guardado. La Chueca me ofrece una vida mejor, una vida llena de comodidades que nunca podríamos tener aquí.

La esposa de Polo, con los ojos llenos de lágrimas, no podía creer lo que estaba escuchando. Sus hijas, aterradas, se aferraban a ella.

—Pero, Polo, ¿Cómo puedes hacernos esto? ¿Después de todo lo que hemos compartido?, sollozó su esposa.

Él sin inmutarse, continuó: —No es fácil, pero es lo mejor para todos. Tú y las niñas estarán mejor sin mí. La Chueca me ayudará a asegurarles un futuro más próspero.

Sin esperar respuesta, Polo hizo las maletas y se fue con la Chueca. El pueblo entero se escandalizó por su traición. Los vecinos, que siempre habían considerado a Polo un hombre honrado, se sintieron decepcionados y traicionados. La Lapita, sumida en la tristeza, tuvo que empezar de nuevo, pero lejos del pueblo. Con la ayuda de su familia y amigos, logró salir adelante y criar a sus hijas. Las niñas, aunque sufrieron mucho al principio, crecieron siendo mujeres fuertes e independientes. En cuanto a Polo, su nueva vida con la Chueca no fue como él había imaginado. La

Chueca, que al principio lo trataba como a un rey, pronto comenzó a mostrar su verdadero rostro. Lo manipulaba, lo humillaba y lo utilizaba para sus propios fines. Polo, atrapado en su gran ambición, se dio cuenta de que había cometido un gran error en su vida amorosa.

La historia de Polo se convirtió en una lección para todos en el pueblo. Les enseñó que el dinero no lo es todo y que la familia y la lealtad son valores que no tienen precio.

XII



Mora tiene rabo de paja

Por otro lado, la vida de Chucho y la Mora había sido un río tranquilo, fluyendo suavemente a través de los años. Su amor, fue forjado en la juventud de ella, aunque la diferencia de edad era muy amplia, había sido la piedra fundacional de su hogar. Juntos habían construido una vida simple pero plena, llena de risas, sueños y la compañía de sus hijos. Sin embargo, como en todo mar, las tormentas llegaron a perturbar su tranquilidad.

La primera gran prueba fue la pérdida de una de sus hijas, dada en adopción a una familia cercana. El dolor los unió aún más, pero también dejó una profunda cicatriz en su relación. Chucho, sumido en una tristeza abrumadora, se refugió en el trabajo, buscando en la rutina una forma de escapar del dolor. Mora, por su parte, se sentía impotente ante el sufrimiento de su esposo y buscaba consuelo en los brazos de un hombre extremadamente delgado y avanzado de edad que llamaban el Babillo, un amigo de la familia sanguínea de Chucho.

Babillo, un hombre aparentemente amable y comprensivo, se convirtió en un pilar fundamental para Mora en su momento más vulnerable. Su cercanía fue creciendo hasta convertirse en algo más que una amistad. Fruto de este amor prohibido nació un niño, al que llamaron Babillito. Cuando Chucho se dio cuenta de la infidelidad de Mora, el mundo se le vino abajo. El dolor de la pérdida de su hija se agravó con la traición de su esposa. La pareja se separó en medio de un ambiente de resentimiento y dolor. Chucho, incapaz de perdonar, se refugió en la soledad, mientras que Mora, consumida por la culpa, se alejó de todos aquellos a quienes amaba.

Flashbacks de la Mora.

Una tarde soleada, Mora y Babillo sentados en un banco junto a la playa del lago de Kaibo.

Babillo mirando a Mora con ternura —¿Recuerdas cuando eras más joven?

Mora sonriendo —Claro que sí. Corría descalza, construía castillos de arena... ¡Y siempre terminaba empapada!

Él ríe —Eras linda. Nunca imaginé que tantos años después, compartiríamos momentos tan especiales.

Suspirando —La vida da muchas vueltas, ¿verdad? Nunca pensé que estaría aquí contigo, así, de esta manera.

Tomando su mano —Sé que las cosas son complicadas, Mora. Pero quiero que sepas que te quiero mucho.

Mora mirando hacia el cielo —Yo también te quiero, Babillo. Más de lo que puedo expresar.

Acercándose a ella —¿Y si nos arriesgamos? ¿Y si dejamos de escondernos?

Dudando un poco —Tengo miedo, Babillo. Miedo de lastimar a Chucho, miedo de lo que dirá la gente.

Abrazándola —No tienes por qué tener miedo. Estamos juntos en esto. Y, además, ¿No crees que merecemos ser felices?

Mora apoyando su cabeza en su hombro —Tienes razón. Merecemos ser felices.

Ambos se quedan en silencio, disfrutando del momento. Un rayo de sol atraviesa las nubes e ilumina sus rostros, revelando la profundidad de sus sentimientos.

Continúan sentados junto al muelle, la puesta de sol tiñe el cielo de colores cálidos.

Babillo tomando su mano —¿Te imaginas cómo será nuestra vida cuando nazca nuestro pequeño o pequeña?

—Me encanta imaginarlo. Verlo crecer, jugar con esa criaturita... Será la alegría de nuestra vida. Sonriendo.

—Y podremos construir una familia feliz, lejos de todos los problemas. Un hogar donde el amor sea lo más importante.

Ella suspira —Sueño con eso desde hace mucho tiempo. Un lugar tranquilo, donde podamos criar a nuestros hijos rodeados de naturaleza.

—Podemos hacerlo realidad, Mora. Con trabajo y esfuerzo, todo es posible.

Acercándose a él —Y contigo a mi lado, nada me da miedo.

Besándola suavemente —Yo siempre estaré contigo, Mora. Juntos superaremos cualquier obstáculo.

Ambos se quedan en silencio, contemplando el horizonte. La luna comienza a asomar, iluminando sus rostros.

Mora susurrando —Te amo, Babillo.

Él guarda silencio absorto en sus pensamientos.

En unas semanas posteriores...

La casa donde residen está envuelta en un silencio tenso, roto solo por los llantos del bebé en la cuna. Babillo, un hombre moldeado por los años y las experiencias está parado en medio de la habitación, mirando a Mora con una expresión que pasa del desprecio a la indiferencia. La mujer, de ojos rojos y rostro demacrado, lo observa sin poder creer lo que está sucediendo. Ha dejado a su esposo por él, había abandonado su vida, su familia, por un amor que ha prometido ser eterno, pero ahora todo eso se desmorona frente a sus ojos.

—¡Esto es lo que eres para mí, Mora! —grita Babillo, su voz llena de desdén. Sus palabras son cuchillos lanzados al aire, atravesando el corazón de la mujer con una crudeza que no puede escapar. Él ha sido un hombre de promesas rotas, de amores fugaces, pero ha jugado con ella de manera tan cruel que ya no queda nada de lo que alguna vez pensó que podría ser.

Mora, abraza al bebé que no entiende el horror que se desata, intenta hablar, pero las palabras se atorán en su garganta. Las lágrimas caen por sus mejillas, pero no se atreve

a moverse. Sabe lo que él ha hecho, cómo se ha convertido en un hombre al que ya no reconoce. Babillo había llegado con su carisma, con su promesa de amor eterno, y ahora la deja sola, humillada, como si nunca hubiera existido.

—¿Pensaste que te iba a amar siempre? —se burla Babillo, acercándose lentamente hacia ella. Su mirada es fría, calculadora, como si ella no fuera más que un objeto usado, una historia de la que ya se había cansado. Mora lo mira como si aún esperara encontrar al hombre que alguna vez la había hecho sentir especial, pero ya no había vestigios de aquel amor. Solo queda la violencia de sus palabras, el desprecio en su tono.

Con un empujón brutal, Babillo la hace caer al suelo. La fuerza con la que lo hace deja a Mora sin aire, y un grito ahogado sale de su boca. No hay ya ternura en su mirada, solo el vacío de un hombre que había dejado caer la máscara. Ella, intentando levantarse, siente una punzada en el pecho, una dolorosa comprensión de que ya no había marcha atrás. Babillo la ha arrastrado a un abismo del que no puede salir.

—Levántate, no quiero verte llorar, le ordena con voz dura, como si sus lágrimas fueran algo que le molesta. Babillo se acerca al bebé, lo mira con desdén, y luego, con un gesto brusco, lo deja en la cuna sin cuidado, como si fuera una carga más que un ser querido. Mora, llorando con desesperación, lo mira, sin saber qué hacer, sin fuerzas para luchar.

Babillo se da la vuelta, y con una última mirada fría y calculadora, dijo —Esto se acabó. No quiero verte más.

Sin ninguna muestra de arrepentimiento o dolor, da un paso atrás y se dirige hacia la puerta. Mora, aún tirada en el suelo, mira al bebé, su corazón roto en mil pedazos mientras la figura de Babillo desaparece en la oscuridad de la puerta.

La casa, antes llena de promesas y sueños, ahora está vacía, como un eco de lo que pudo haber sido. Mora, mirando a su hijo, siente cómo el amor que alguna vez había creído vivir se desvanece en un golpe tan brutal como innecesario. El hombre que una vez le había dicho que todo lo dejaría por ella, ahora la abandona sin mirar atrás, dejándola sola, vacía y rota, con un bebé en sus brazos que aún no entiende la cruel realidad del abandono.

Sin embargo, el tiempo cura todas las heridas, aunque deja sus marcas. Con el paso de los años, Chucho y Mora se dieron cuenta de que aún se amaban. Se percataron de que lo que los había separado eran las circunstancias y el dolor, pero que el amor que sentían el uno por el otro seguía intacto.

Chucho, al ver a Babillito crecer, se da cuenta de que este es una parte de la familia. El niño tiene los ojos y su sonrisa de su amada, y eso lo conmueve profundamente. Mora, por su parte, añoraba la estabilidad y el amor que solo Chucho podía ofrecerle. La culpa y el remordimiento la atormentaban constantemente. Después de muchas noches de insomnio y largas conversaciones con amigos, Chucho y Mora decidieron darle una nueva oportunidad a su amor. No fue fácil, pues tuvieron que enfrentar la desaprobación

de algunos miembros de la comunidad y el señalamiento de Babillo, quien aún rondaba a Mora. Sin embargo, el amor que sentían el uno por el otro era más fuerte que cualquier obstáculo.

Chucho aceptó a Babillito como a su propio hijo, y Mora se comprometió a ser una esposa fiel y dedicada. La unión de Chucho y Mora fue un ejemplo de que el amor puede superar cualquier adversidad. Su historia se convirtió en una leyenda en el pueblo, demostrando que el perdón y la reconciliación son posibles, incluso en las situaciones más difíciles.

Años antes...

Parrita era un hombre de la tierra, sus manos curtidas por el sol y su alma anclada a la hacienda que había comprado con mucho sacrificio. La vida en el campo era su refugio, el lugar donde encontraba paz y propósito. Sin embargo, su corazón estaba dividido. Cada fin de semana, emprendía un largo viaje desde su hacienda hasta Kaibo, donde vivía su esposa, María.

María, una mujer de sonrisa fácil y ojos brillantes, había conquistado el corazón de Parrita desde muy jóvenes. Su amor había sido tan intenso que decidieron unir sus vidas, a pesar de la distancia que los separaba. Kaibo, con su brisa citadina y su ambiente estresante, era el lugar donde María se sentía más a gusto. Por su parte, Parrita no podía concebir su vida lejos de la tierra que lo había visto crecer.

Los viernes por la tarde, Parrita dejaba atrás la hacienda y se ponía en camino, en su camioneta amarilla. El viaje era

largo y solitario, pero la idea de reencontrarse con María lo llenaba de energía. Al llegar a Kaibo, era recibido con los brazos abiertos por su esposa y sus hijos. Juntos disfrutaban de los días de descanso, paseando por la playa, compartiendo comidas o simplemente estando juntos. Además, llevaba algunas cosas para la venta como el queso y varias carnes.

Los martes por la mañana, Parrita debía regresar a la hacienda. La despedida era siempre difícil, pero ambos sabían que era necesario. Parrita tenía responsabilidades en la hacienda que no podía descuidar, y María, a pesar de extrañarlo, comprendía su compromiso. Algunas veces ella lo acompañaba a la hacienda.

Los años pasaron y la rutina se convirtió en parte de su vida. Parrita seguía viajando cada fin de semana manejando varias horas, sin importar el clima o las dificultades del camino. María, por su parte, lo esperaba con ansias, convirtiendo su hogar en un refugio acogedor.

Un día, mientras trabajaba en la hacienda, Parrita sintió un dolor agudo en el pecho. Fue trasladado de urgencia al hospital más cercano, donde los médicos le diagnosticaron una enfermedad cardíaca. La noticia fue un golpe duro para él y para su familia. Los médicos le recomendaron que redujera sus actividades y que evitara el estrés.

María, al enterarse de la enfermedad de su esposo, se sintió devastada. No podía imaginar su vida sin él. Decidió dejar Kaibo y mudarse por un tiempo a la hacienda para cuidarlo. Parrita, al principio, se resistía a la idea de que ella dejara su hogar, pero al ver la preocupación en sus ojos,

aceptó su propuesta. Con el paso del tiempo, la vida en la hacienda cambió. María se convirtió en la compañera inseparable de Parrita, cuidando de él con infinita paciencia y amor. Juntos, descubrieron nuevas formas de disfrutar de la vida, sin la necesidad de largos viajes ni actividades extenuantes. La enfermedad de Parrita los había unido aún más, fortaleciendo su amor y su compromiso. A pesar de las dificultades, encontraron la felicidad en las pequeñas cosas como en una puesta de sol, en una conversación junto a la chimenea, en la compañía del otro.

La experiencia de Parrita y su amada son un ejemplo de sacrificio y de amor, que se puede superar cualquier obstáculo con paciencia. A pesar de la distancia y las adversidades, su amor perduró, convirtiéndose en una fuente de fuerza y esperanza para ambos. Parrita no era exento de habladurías, se sentía como un niño solo en la hacienda. Kaibo, el pequeño paraíso al que su esposa había escapado por unas semanas era su salvoconducto. Con la distancia como su aliada, se sumergió en un mundo de placeres prohibidos. Las noches en Kruza, lejos de la tranquila vida familiar, se convirtieron en un frenesí de encuentros furtivos y emociones intensas.

Cada mirada cómplice, cada sonrisa robada, era una victoria en su particular juego. La adrenalina de la mentira lo mantenía en vilo, alimentando un ego que crecía desmesuradamente. En los bares, en las fiestas, en cualquier rincón donde la oportunidad se presentaba, Parrita encontraba un nuevo rostro para llenar el vacío que había creado en su corazón.

Sin embargo, bajo esa fachada de felicidad efímera, se escondía un hombre atormentado por la culpa. Las noches solitarias, cuando el silencio invadía su hogar, eran un recordatorio constante de la traición que estaba cometiendo. A pesar de ello, la tentación era demasiado fuerte y volvía a caer en la misma espiral de engaños.

Con cada mentira, Parrita tejía una red más compleja de secretos. Sabía que tarde o temprano todo saldría a la luz, pero por ahora, mientras su esposa disfrutaba del sol y la tranquilidad de Kaibo, él continuaba viviendo una doble vida, creyendo que nadie se daría cuenta de su oscuro juego.

En otro orden...

La vida de la Chueca es un torbellino de sabores, risas y secretos. Sin embargo, la Pileta, la joven y apasionada cocinera, es un bastión del restaurante familiar. Su talento en la cocina es innegable, pero últimamente, una sombra de duda había oscurecido su brillo. Se siente sola, le falta un hombre en su vida, alguien con quien pasar las noches de frío. Es una morena con mucho busto, pero con cuerpo desproporcionado.

Es entonces cuando Pescao entra en su vida. Es el hermano menor de Polo, sí, del casi dueño del restaurante, Pescao es un hombre de aventuras, había sido soldado por varios años, con una sonrisa algo extraña y muy delgado pero alto como su hermano. Su llegada trajo consigo una brisa de aire fresco, una energía que revitalizó no solo a Pileta, sino a todo el restaurante, de hecho, se dedicó a ser el “Pica Pescado”, este puesto se trata de la persona que lleva todo lo necesario al restaurante.

Al principio, su relación con la Pileta fue una simple amistad. Pasaban horas juntos en la cocina, compartiendo secretos y recetas. Pescao, con su conocimiento de los productos del río, le enseña a Pileta a crear platos exquisitos que rápidamente se convierten en los favoritos de los clientes. Pileta, a su vez, le transmite su pasión por la cocina tradicional, despertando en él un amor por los sabores de su tierra.

Con el tiempo, esa amistad se transforma en algo más profundo. Los largos días de trabajo, las noches estrelladas en la terraza del restaurante y los secretos compartidos crean un vínculo indestructible entre ellos. Pileta ahora se siente segura y protegida junto a Pescao, y él, a su vez, encuentra en ella la compañera de vida que siempre había buscado.

Sin embargo, su amor no está exento de desafíos. Polo, aunque aprecia profundamente a Pescao, tiene dudas sobre su relación con Pileta. Teme que los sentimientos de su hermano pudieran distraerla de su trabajo y poner en peligro el futuro del restaurante. Además, la familia de Pescao no ve con buenos ojos su relación con una mujer que trabaja en un restaurante. A pesar de los obstáculos, Pileta y Pescao deciden jugar al amor. Con el apoyo de los trabajadores del restaurante y algunos clientes fieles, logran convencer a la Chueca de que su relación es sincera y que no afectará su desempeño en la cocina. La familia de Pescao, aunque al principio reticente, también termina aceptándolos.

Con su amor fortalecido, Pileta y Pescao le proponen a la Chueca vivir en el cuartito de al lado del restaurante con la excusa de cuidarlo de noche. Juntos, sugieren un nuevo

plato, innovador que combina los sabores tradicionales del lugar con toques modernos en base a carne de Lapa³⁴. Organizan eventos especiales para vender cervezas, esto deja más dinero al negocio, también atraen a nuevos clientes y revitalizan el ambiente del lugar.

Su éxito se extiende rápidamente por todo el caserío. Pronto, el restaurante de la Chueca vuelve a ser el lugar de moda, donde los amantes de la buena comida y el buen ambiente se reúnen para disfrutar de la comida y las cervezas con buena música. Pileta y Pescao se convierten en una pareja económicamente productiva para la Chueca.

Sin embargo, su felicidad no duraría para siempre, pues algunos clientes le hacían ojitos a Pescao y a la Pileta, eso crea ciertas inseguridades en la pareja. Es en ese momento cuando Pileta y Pescao se dan cuenta de que tienen que tomar una decisión difícil. Podían abandonar la Chueca y buscar nuevas oportunidades, o podían luchar hasta el final para salvar la relación.

Después de largas conversaciones y noches de insomnio, deciden quedarse. Y así, la Chueca sigue tranquila, gracias al trabajo de Pileta y Pescao.

Una mañana...

Ese día, el sol brilla intensamente sobre el tranquilo puerto de la Chueca. Los patos van en bandada a tomar agua y refrescarse. Las aguas, calmas y amarillentas, reflejan la imagen de las coloridas embarcaciones pesqueras ama-

34 Roedor de aproximadamente unos 80 cm de largo con una cola que no supera los 2 cm y un peso de hasta 10 kg.

rradas a las ramas de guama. Hoy, el puerto se ha convertido en el escenario de una emocionante aventura para cinco amigos, Álvaro, Gordita, Verijaemico, Babillito y la Negra.

Pescao, muy cerca prepara la leña para llevar al restaurante. Es hombre de músculos tallados por el trabajo duro y la vida al aire libre, se enfrenta al tronco con su hacha en mano. La mañana es fresca, y el sol apenas asoma entre las montañas, bañando de oro los árboles que lo rodean. Su hacha, de hoja brillante y borde afilado, desciende con fuerza en cada golpe, abriendo el tronco con un sonido seco que resuena en el silencio del bosque. El sudor le recorre la frente, pero no interrumpe su ritmo, su cuerpo moviéndose como una máquina ancestral, casi sin pensar, como si cada corte fuera parte de un ritual que lleva en la piel. La madera cede ante su fuerza, las astillas volando por los aires como pequeñas explosiones de vida. Cada hachazo es preciso, marcado por años de experiencia, dejando atrás una estela de fragmentos de madera, que se apilan a su alrededor, mientras Pescao, con sus manos rugosas y callosas, sigue trabajando sin descanso. La naturaleza parece hacerle un espacio, un homenaje silencioso a su destreza, mientras el eco de sus golpes se mezcla con el susurro del viento que acaricia las hojas.

—¡Miren ese barcote! dice Álvaro, señalando un pesquero de madera. ¡Podríamos jugar a los piratas!

—¡Sí! ¡Pero seré el capitán! grita Babillito, imaginándose al mando de una gran flota.

Mora los observa desde la orilla contraria, ella está lavando ropa sobre una tabla de madera que está soportada dentro del Arol, ayuda a salir la suciedad con un cepillo ver-

de de asas y dando golpes a cada pieza contra la tabla, los sonidos del golpes son muy fuertes, de ese modo os jóvenes que juegan cerca gritan más fuerte para poder escucharse.

—Yo seré la que cocine, una estupenda chef y prepararé el mejor banquete de piratas, añade Gordita, recogiendo algunas hojas de plátano para hacer un barco de juguete.

Verijaemico, siempre más tranquilo, observa a sus amigos con una sonrisa. —Y yo seré el guardián del tesoro, dice, señalando una pila de piedras que serviría como su escondite.

Los niños pasan la mañana explorando el puerto. Suben a las canoas abandonadas, construyen castillos de arena en la orilla y se lanzan al agua para refrescarse.

En casa de Pepas...

Pepas con la vista hacia arriba mirando el puente, se distrae mientras toma un café. —¿Sabes qué? Este fin de semana deberíamos salir, hacer algo diferente.

La Gorda cruza los brazos, sin quitar la vista de los carros que cruzan el puente —Ah, ¿Sí? ¿Y eso? ¿De repente te dieron ganas de pasar tiempo conmigo?

Bajando la mirada, con un tono de ligera irritación —¿Qué significa eso? Siempre estoy aquí, ¿No?

Ella suspira con evidente desgano —Estar no es lo mismo que estar presente, Pepas. Hace rato que no estamos bien, y lo sabes.

—No me vengas con eso, Gorda. Si tienes algo que decir, dilo de una vez. ¿Qué estás insinuando? Agitando los brazos y frunce el ceño.

Con una sonrisita amargada —¿De verdad quieres que lo diga? Porque parece que ambos estamos jugando a que aquí no pasa nada, cuando sabemos bien lo que está pasando.

Él se cruza de brazos, y pone rostro a la defensiva —¿A qué te refieres? Siempre tan misteriosa... Si hay algo que te molesta, dilo claro.

Girando la cabeza para mirarlo de frente —¿De verdad te haces el tonto? Las salidas, las “reuniones de amigos” hasta tarde, los diálogos mientras duermes. Sabemos lo que está pasando, Pepas, pero preferimos no hablar de eso, ¿Verdad?

Con una sonrisa forzada —Y tú tampoco estás libre de culpa, ¿O sí? No te hagas la santa. Porque si vamos a hablar de chismes, yo también los recibo.

Ella frunce el ceño, sorprendida, pero tratando de mantener la calma —Ah, ¿Entonces esto es una especie de juego de culpas? ¿Nos hacemos los inocentes mientras todo se desarma?

Resoplando con frustración —¡No estoy diciendo eso! Pero cada vez que intentamos hablar, tú sacas lo peor de mí. Es como si todo fuera mi culpa. ¿Y tú? Como si nada, ¿no?

Bajando la voz, más cansada que enojada —Lo que pasa es que ninguno de los dos quiere asumir que ya no somos los mismos mijo. Nos distanciamos hace tiempo y estamos jugando a que todo siga igual. Pero no lo está.

Él mira hacia el Arol, evitando los ojos de la Gorda —¿Y qué hacemos, entonces? ¿Seguimos pretendiendo o ponemos las cartas sobre la mesa de una vez?

La Gorda con tristeza en la mirada —No sé si tenemos el valor de hacerlo, Pepas. Porque, si somos sinceros, tal vez ninguno de los dos quiere enfrentarse a lo que ya sabemos.

Suspirando muy profundo, visiblemente incómodo —Quizá... simplemente no queremos soltar lo que tenemos, aunque no sea lo que era.

—Puede ser. Pero seguir fingiendo no va a cambiar las cosas. Asiente lentamente ella.

La gorda se da la vuelta para no seguir la conversación incómoda con su marido y se dirige a lavar los platos, él se marcha con la intención de tomarse unas cervezas donde la Gocha.

Entretanto...

Los juegos juveniles en la orilla del Arol comienzan. Las lindas playas se prestan, las garzas le dan un encanto como de película.

—¡Hagamos una competencia de natación! propuso Álvaro. Pero ya vengo.

Álvaro entra a la tienda, sus ojos recorren las estanterías llenas de golosinas.

— ¡Buenos días, Caraota! ¿Tienes dulces nuevos?

Caraota lo ve con ternura — ¡Buenos días, Álvaro! Siempre tengo algo nuevo y delicioso para ti. ¿Qué te gustaría hoy? Tenemos gomitas de todos los sabores, chocolates, caramelos... Ella se notaba triste, pero el niño no lo nota.

Sonriendo —¡Qué difícil decisión! Creo que me llevaré un poco de todo. Dame una bolsa de gomitas ácidas, un

chocolate con almendras y un paquete de caramelos de menta.

— ¡Excelente elección! ¿Quieres algo para beber también? Tengo refrescos bien fríos. Mientras se seca algunas lágrimas.

A unos pocos metros Peorro la observa en silencio y ella evita mirarlo.

— ¡Sí, por favor! Un refresco de cola, bien helado.

Caraota empaca los dulces y el refresco en una bolsa.

— Aquí tienes, Álvaro. ¡Que los disfrutes! Lo mira con brillo en los ojos y alegría.

— ¡Gracias, Caraota! ¡Como siempre, lo mejor!

Álvaro paga y sale de la tienda, con una gran sonrisa en el rostro.

— ¡Hasta luego, Alvarito! ¡Vuelve pronto! Le agita las manos en señal de chao.

— ¡Miren lo que traje! Mostrando la bolsa ¿Comenzamos la competencia?

— ¡Sí! ¡Y yo ganaré! exclama Babillito, confiado en sus habilidades.

En frente de ellos, Mora golpea con un Manduco³⁵ en un valde unos pantalones percutidos, parece que está abriendo huecos en la arena para la siembra. — Yo también quiero. Le grita a los aventureros.

Los cinco amigos se alinean en el borde del muelle y, a la señal de Gordita, se lanzan al agua. Nadan con todas sus

35 Palo con el que se golpea la ropa cuando se lava.

fuerzas, tratando de llegar al otro lado del pequeño muelle flotante. Al final, es Babillito quien toca primero la meta, seguido de cerca por Álvaro y Verijaemico.

Después de la competencia, se reúnen en la sombra de un viejo árbol de Lara para descansar y revisar la bolsa de dulces que ofreció Álvaro.

—¿Qué les parece si pescamos? sugiere Verijaemico, sacando una caña de pescar de su mochila.

Los demás asienten entusiasmados. Se reparten las cañas y las líneas, y comienzan a lanzarlas al agua. Esperan pacientemente, mirando fijamente los flotadores.

—¡Tengo una pica! Grita emocionada Gordita, tirando de la caña con todas sus fuerzas.

Después de un rato de lucha, saca del agua un pequeño pez plateado llamado Rampuche. Los demás la felicitan por su captura.

Mora les da ánimos en su proeza, pero mientras golpea casi con rabia la ropa, en su mente hay ideas revueltas con recuerdos de la persona que la hizo sufrir, del canalla que la abandonó con un niño recién nacido, ese que le enredó la vida y casi la aparta de Chucho. Parece que con cada golpe, se imagina que azota a ese mal hombre.

En casa de Caraota...

Caraota, con los ojos hinchados por el llanto, miraba fijamente el punto donde se cruzan las grietas de la pared. El Peorro, tendido en su hamaca, hojeando una revista vieja, alza una ceja.

—Otra vez con lo mismo, murmura, sin apartar la vista de la revista.

Caraota no puede contenerse más. —Otra vez con lo mismo, ¿eh? ¿Y cuándo piensas hacer algo productivo? ¿Cuándo vas a buscar un trabajo de verdad y dejar de vivir a costa mía?

El Peorro suelta una carcajada forzada. —Y tú, ¿Cuándo vas a dejar de quejarte? ¿Acaso no te gusta mantenerme?

—¡Mantenerte! ¡Tú no eres un niño! Eres un hombre hecho y derecho. ¡Tienes que trabajar!

El Peorro se levanta de un salto, acercándose a Caraota de manera amenazadora. —No me levantes la voz, mujer. Yo hago lo que me dé la gana.

Caraota retrocede, sintiendo el miedo recorrer su cuerpo. —No me hables así, dice con voz temblorosa. —¿Acaso no te das cuenta de todo lo que hago por ti? Yo trabajo todo el día para mantener esta casa, para que no nos falte nada. Y tú, ¿Qué haces? ¡Nada!

El Peorro se burla. —Claro, claro, tú trabajas mucho. Y yo me encargo de lo más importante, relajarme y disfrutar de la vida.

—¡Disfrutar de la vida a costa mía! grita Caraota, sintiendo una rabia contenida durante mucho tiempo. —Ya me cansé de esta situación. Si no cambias, te irás de esta casa.

El Peorro se queda quieto un momento, está sorprendido por la determinación de Caraota. Por primera vez, parecía ver el daño que había causado.

—Caraota..., comienza a decir, pero ella lo interrumpió.

—No quiero escuchar tus excusas. Tienes una oportunidad de cambiar. Si no la aprovechas, las consecuencias serán graves.

Caraota se da la media vuelta y sale de la habitación casi corriendo, sollozando, dejando al Peorro solo con sus pensamientos.

De vuelta a la orilla del Arol...

Mientras caminan por la orilla del río, Babillito se detiene y mira hacia atrás. —“Este es el mejor día de mi vida”, dice con una gran sonrisa.

Los demás lo afirman, sintiendo una profunda sensación de satisfacción. Saben que la amistad que los une es más fuerte que cualquier tesoro.

A la mañana siguiente, los amigos deciden volver al puerto. Esta vez, llevarán sus bicicletas para explorar los alrededores. Pedaleando por un camino de tierra, llegan a un pequeño bosque que bordeaba el río. Deciden hacer un picnic bajo la sombra de los árboles.

—¡Miren ese nido! exclama la Negra, señalando hacia arriba.

Un nido de loros está construido en una rama de un árbol. Con cuidado, se acercan para observarlo.

—Creo que hay pajaritos adentro, susurra Álvaro.

Los niños se quedan quietos, escuchando atentamente. Podían oír los pequeños píos de los polluelos. Deciden no molestarlos y continuaron su camino.

Después de comer, se ponen a construir una cabaña con ramas y hojas. Trabajan juntos durante horas, hasta tener una pequeña cabaña lo suficientemente grande para los cinco. Se turnan para vigilarla mientras los demás van a buscar agua fresca en el río.

Al caer la noche, encienden una fogata y se sientan alrededor. Cuentan leyendas de fantasmas y piratas, y cantan canciones infantiles. Las estrellas brillan intensamente en el cielo nocturno, y el sonido del río los arrulla. Sin percatarse de la vigilancia de Polo y Juan Chiquito que los monitorean por sugerencias de sus padres, mientras le hacen reparaciones a las canoas y Atarrayas.

XIII



Cazando la escurridiza Lapa

Mientras tanto...

Por su parte, Daysy es como la sirena de su río, una mujer de ojos como el café y cabello que ondeaba como hojas secas al viento, aunque luce rellena de abdomen. Su vida transcurre entre el restaurante y los cuidados de su casa, un refugio apartado del mundo. El Loco, en cambio, es un pescador de otro río, un hombre delgado, misterioso y educado, con una mirada que parece guardar los secretos del bosque.

Sus caminos se cruzan en una noche de luna llena. Daysy ha salido de trabajar y, al regresar al río para bañarse, se despoja de su vestido quedando en ropa interior, pero ve una canoa desconocida en su puerto, así que siente miedo por lo que se cubre con la toalla bruscamente. Es entonces cuando lo mira, sentado en la raíz de un árbol de Lara, silbando una melodía que parecía salir del corazón del río. El Loco se acerca con una facilidad que bordeaba lo sobrenatural, y entre ellos nace una conexión instantánea.

—No eres de aquí, murmura Daysy, sorprendida por la intensidad de su mirada.

—Y tú sí. responde él, señalando el río con un gesto amplio. Pero los ríos se encuentran, ¿No? mientras se retira.

La escena es interrumpida por la llegada del Pato en la canoa de Pacho, traía un Paletón realmente largo, es posible que midiera más de un metro y medio desde la cola hasta la cabeza.

— ¡Hola, muñeca! ¿Está Pescao? Necesito que me reciba este pescadito.

— Debe estar durmiendo, pero llámalo en su cuartito, dice ella nerviosa.

Cuando Pato deja el puerto para llevar el Paletón, ella entra al río como una luna que se sumerge en el horizonte, deslizándose con una gracia que parece detener el tiempo. Cada movimiento suyo es una pincelada sobre la tela líquida del agua. Su cabello flota como algas doradas atrapando la luz de luna, y su risa, cuando el río la sorprende con su frescura, es el eco de campanas olvidadas en un pueblo que ya no existe.

El Loco la mira, atrapado, como quien contempla un incendio, incapaz de apartar la vista por miedo a perderse en las llamas. Su mente, normalmente un caos de pensamientos enredados encuentra en ella un único hilo que lo guía. Cada curva de su cuerpo dibuja una melodía que no puede escuchar, pero que su corazón sigue en un silencio reverente. —¡Es un río!, piensa, y yo, un pez atrapado en la corriente de su existencia.

Ella gira hacia él un instante, y el reflejo del relámpago intermitente dibuja constelaciones de gotas en su piel. Su mirada lo alcanza, y siente que lo atraviesa como un rayo iluminando una caverna olvidada. Intenta encontrar palabras, pero todas son como piedras que se hunden en el fondo del río de su mente.

—Soy un loco, se dice. Un mendigo en la puerta de un palacio. Pero si este momento es todo lo que tengo, entonces que el río me lo grave en los huesos.

Ella parece ajena a su contemplación, pero lo sabe aunque no le importa que él vea su cuerpo ardiente y mojado, desea ser vista porque este joven es de su agrado. El agua juega con su cuerpo, susurrándole secretos que él nunca podrá entender. El Loco, inmóvil, sabe que esta imagen se quedará con él para siempre. Ella es la respuesta a una pregunta que nunca supo que llevaba dentro.

Se levanta con el corazón latiendo como un tambor que anuncia una batalla que aún no comienza. No dice nada, pero el río, cómplice silencioso, se lleva sus pensamientos río abajo, dejándolo a él con el alma desnuda.

Desde aquel día, el Loco se convierte en una presencia constante en la vida de Daysy. La visita a menudo, trayendo consigo historias de sus viajes y regalos exóticos. Le habla de babillas que cantaban en las profundidades, de islas artificiales río arriba y de fauna silvestre. Daysy, a su vez, le muestra confianza en las conversaciones.

—Nunca había conocido a alguien como tú, le confiesa Daysy una noche, mientras contemplan las estrellas.

—¡Me gustas! responde el Loco, tomando su mano, eres hermosa como una Ninfa³⁶ del bosque. Eres como el río, siempre en movimiento, pero siempre fiel a tu cauce.

Su atracción amorosa florece como una flor rara en un jardín salvaje. Se pasan horas de la noche cuando ella iba a bañarse conversando, riendo y soñando. El Loco le enseña a Daysy a navegar en su pequeña embarcación, a pescar con redes y a reconocer las constelaciones. Daysy, a su vez, le enseña a ver la vida desde otro punto de vista. Sin embargo, su amor no parece estar destinado a ser fácil. Los habitantes del pueblo de Daysy ven con recelo al Loco. Lo consideran un extraño, un hombre peligroso que podría corromper a su joven y bella vecina. Además, la familia de Daysy, desaprueba su relación con un forastero.

—No puedo dejarte, le dice Daysy al Loco una noche, con lágrimas en los ojos. Pero “Mi familia me necesita”.

—Entonces no te irás, responde él, con una determinación que sorprende a Daysy. Me quedaré contigo.

Y así lo hace. El Loco construye una pequeña vivienda de palmas junto a la de Juan Chiquito, para poder mudarse al pueblo. Juntos, cultivan una relación algo extraña, solo se ven por la noche en la orilla del río, solo cuando ella sale del trabajo y se dirige a bañarse. Él pasa los días de pesca o de caza, ella como siempre en su rutina del restaurante desde muy temprano en la mañana hasta las nueve o diez de la noche.

Sin embargo...

36 Deidad femenina menor que habita en lugares naturales.

Pescao siempre había admirado a Daysy desde lejos. Su sonrisa es para él como un rayo de sol en un día nublado, y sus ojos, son dos océanos profundos donde él se pierde y enloquece. Pero sabe claramente cómo todos, que ella tiene un amor, es de alguien, tiene a novio nocturno, un joven loco, que todos conocen como el Loco y eso lo mantenía a distancia. Sin embargo, el corazón quiere lo que quiere, y Pescao decide tomar las riendas de su destino, a pesar de la Pileta.

Un día, mientras Daysy trabaja en la cocina, Pescao entra decidido. Con un chocolate escondido en la mano, se acerca a ella con una sonrisa nerviosa. —Este es para ti, dice, entregándole el chocolate. Daysy, sorprendida, lo acepta con una sonrisa. Pescao aprovecha la oportunidad para entablar una conversación, hablando del chocolate, de su amor por el Arol y de sus sueños.

Pescao es un visitante habitual de la cocina, pero no corteja abiertamente a Daysy. La Pileta no veía nada raro hasta ahora, Daysy es su compañera de trabajo. Siempre tenía una excusa para acercarse a Daysy, cómo probar el pescado, pedirle consejo sobre una planta, o simplemente charlar un rato. La Chueca si nota todo lo que pasa, su experiencia y picardía la hacen una mujer del mundo. Con cada visita, la conexión entre ellos se hace más fuerte. Daysy se siente contrariada por la falta de sinceridad y el encanto de Pescao, pero se resiste a ceder a sus sentimientos por miedo a traicionar al Loco y a la Pileta. Pescao, consciente de la situación, es paciente. No presiona a Daysy, simplemente disfruta de su compañía y espera que con el tiempo ella se dé cuenta de que él es el indicado.

Una noche, Pescao invita a Daysy a dar un paseo por la playa antes de su baño y que el Loco se acerque. Al caminar le confiesa sus sentimientos. —Daysy, me gustas mucho. Más de lo que puedo expresar con palabras. Sé que tienes novio, pero quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, si me necesitas.

Daysy queda conmovida por las palabras de Pescao, pero no sabe qué responder. Por un lado, se siente atraída por él, pero, por otro lado, siente un profundo respeto por Loco. Un día de tantos, una gran sequía azota la región. El río casi se seca, los cultivos se marchitan y los peces escasean. En el restaurante hay preocupación por las provisiones para la venta, tienen que vender pollo. Así que la Chueca y Polo le piden a Daysy que le diga al novio que busque en otros ríos.

—¡Él puede ayudarnos! dice la Pileta. El Loco conoce otros ríos.

El Loco, sin dudarlo, emprende un largo viaje en busca de una fuente de peces. Después de tres días de búsqueda, regresa con una noticia que llena de esperanza a todos, había encontrado una poza oculta en las montañas.

Varios acuden a pescarla, mejor dicho, a saquearla como el Pato, el Mocho y Toruno, sin embargo, el Mocho nunca le vendía el pescado a la Chueca. Pero el pato le vende todo, al igual que la pareja formada por Toruno y Guaguao.

La felicidad de Daysy y el Loco es eclipsada por la sombra de la desaprobación de la Chueca. La suegra, una mujer de carácter duro no puede dar el beneplácito a una relación sin futuro. Ese flacuchento no es bueno para ti, Daysy,

le dice la Chueca, con su voz llena de reproche. “No es de aquí, solo te traerá más que problemas”. Daysy, aunque ama profundamente a su madre, no está dispuesta a renunciar a su amor. El Loco, por su parte, intenta ganarse el respeto de la Chueca, pero sus esfuerzos son en vano. La mujer lo ve con desconfianza, y cada gesto suyo es interpretado como una amenaza. La tensión entre Daysy y la Chueca aumenta con el paso del tiempo. Las discusiones son frecuentes, y la atmósfera en la casa se vuelve cada vez más tensa. El Loco, viendo el sufrimiento de Daysy, propone mudarse a otro lugar, lejos de la Chueca y de sus prejuicios.

—No te vayas, suplica Daysy. No puedo vivir sin ti, pero tampoco puedo dejar a mi madre y trabajo.

El Loco toma a Daysy en sus brazos y la besa con ternura durante varios minutos. Haré lo que sea necesario para que estés feliz, promete.

Mientras tanto, la sequía que había azotado la región se prolonga. El río se ha secado casi por completo, y la desesperación se apodera del pueblo. La Chueca, viendo el restaurante en crisis, se dirige a Daysy y al Loco.

—Necesitamos tu ayuda, le dice a Daysy, con la voz entrecortada. Tú y “ese” pueden ayudarnos.

Daysy y el Loco, sin dudarlo, aceptan el desafío. Saben que esta es su gran oportunidad de demostrar su valor y de tener aceptación. El loco invita a Pepas, juntos emprenden un largo viaje en busca de una nueva fuente de pescadito para el restaurante.

Como no hay buena pesca, de hecho no hay peces para vender, Toruno y Guaguao deciden ir a buscar la forma de

cazar un animal que puedan vender, van donde Parrita a buscar municiones para las escopetas, deben ser de dos calibres distintos. Luego del almuerzo buscan algunos mangos y muchas guamas en un saco, revisan el tanque de gasolina y suben en el Sufrimiento por varios minutos en el Arol, es difícil la travesía por la falta de agua y muchos troncos en el agua, Toruno siempre en la popa, la propela golpea repetidamente algunos troncos, Guaguao sentado en la proa se imagina que podía romperse en cualquier momento. Dos vueltas por encima del pozo de los Guajiros ven una Curuba³⁷ muy alta, sus palmas parecen inmunes al verano, llegan a la orilla, Guaguao entierra un remo en la arena, las ramas están muy lejos, luego amarra la embarcación al remo y bajan a la playa.

Guaguao se muestra muy seguro y animado —¡Aquí es! Vamos, toma el saco y el machete, yo llevo las escopetas.

— Ponte botas, por si acaso hay púas. Le sugiere Toruno.

Listos, emprenden la búsqueda, se dirigen a la curuba revisando con el cuidado de un cirujano alguna huella que delate la trayectoria de una presa, al llegar a la palma es Guaguao el primero en darse cuenta de que hay huellas de Lapa, un roedor nocturno de tamaño considerable y carne muy apreciada en el mercado negro, probablemente cuatro deben estar yendo a comer al ocultase el sol.

Guaguao con entusiasmo —Esta noche matamos.

Toruno confía en él —Falta poco para que se ponga oscuro, démonos prisa a armar una troja³⁸ alta.

37 Palmera alta.

38 Construcción de madera, palos o cañas, utilizada especialmente para poner utensilios o

Se ponen manos a la obra lo más rápido posible, el bosque es muy espeso, hay árboles muy altos y frondosos, el verde es menos intenso por la falta de lluvia, pero la naturaleza es fuerte. Con la ayuda del machete cortan bejuco y varas, mientras Toruno corta ramas convenientes, su hermano carga hasta el lugar escogido por él, luego cortan algunas para llevar a unos metros más al este para la troja de toruno. Ambos arman primero la de Guaguao a unos tres metros de altura y un metro de ancho, la estructura parece una torre de transmisión de electricidad, es una atalaya en el bosque, la tarea es ardua, unos treinta minutos son necesarios para armarla, deben tener cuidado de no dañar el bosque más de lo necesario para que el animal no note cambios drásticos en el ambiente, pero luego deben hacer la del Toruno casi igual. Al concluir su obra la admiran unos segundos, no pueden descansar porque el tiempo se acaba, por lo que esparcen algunos mangos y guamas en el lugar como las migas de Hansel y Gretel, a unos metros de cada troja un montón de mangos para atraer a la presa.

Toruno se muestra apesurado —La luz nos deja, debemos subir a la troja. Estoy cansado y hambriento.

— ¡Comamos mango! Revisa tu escopeta y sube a tu troja.

La escopeta de Toruno es calibre veinte, revisa las municiones con cuidado y la carga de inmediato, luego se acomoda la linterna en la cabeza, el arma de su compañero es calibre dieciséis, la revisa, pero la deja vacía y se acomoda también la linterna mientras la prueba, allí se despiden para irse a sus lugares.

guardar frutos.

Toruno está al este, sentado con la escopeta acostada en sus piernas mientras come un mango bien maduro, algunos zancudos³⁹ hay en el lugar, sus mejillas están pintadas del amarillo de la fruta, mientras procede a golpearse el cuerpo para matar algunos insectos. Guaguao intenta ser inmune a los zancudos y ya tiene el arma sujeta con su mano derecha y el cañón al frente, mientras su mano izquierda intenta deslizarse por la cara para espantar los molestos bichos. En la troja de este, el hambre ha sido espantada por un momento, el ruido de los animales nocturnos es realmente aturdidor, debe serenarse para poder tener equilibrio emocional y concentrarse en su objetivo. La oscuridad es tal que Guaguao pone su mano a cuarenta centímetros delante de sus ojos y no puede verla. Las horas pasan sin ser notadas, Toruno intenta aislar los ruidos del bosque, algunos de esos ruidos le asustan, a su mente llegan imágenes de serpientes subiendo a su estructura, incluso la presencia de un jaguar muy cerca, pero lo alienta saber que muy cerca está su hermano.

Toruno en la oscuridad mira al horizonte, donde vio el sol por última vez, y su mente se llenaba de recuerdos de la Catira. Recuerda su risa contagiosa, cómo iluminaba incluso los días más grises. La primera vez que la vio, con su cabello al viento y esa mirada curiosa, supo que había algo especial en ella. Su corazón latía más rápido solo con pensar en cómo se sonrojaba al recibir un cumplido, y cómo sus ojos brillaban al contarle sobre sus sueños. Toruno se deja llevar por la nostalgia, recordando aquellas tardes de caminatas sin rumbo,

39 Mosquitos.

hablando de todo y de nada, compartiendo secretos y risas. La forma en que se tomaban de la mano, como si el mundo a su alrededor se desvaneciera. Se pregunta en la mente si ella también pensaba en él, en los momentos que habían compartido, en las promesas que se habían hecho. A veces, la incertidumbre lo golpeaba, pero en esos momentos de soledad, el amor que sentía por la Catira lo llenaba de esperanza. “Todo estará bien”, se dice, sonriendo. Sabía que, pase lo que pase, su corazón siempre llevaría su nombre.

¡Pum! Se escucha en el bosque. Pero parece lejano desde su posición, es comprable a fuegos artificiales en la navidad.

Toruno se alegra de escuchar el disparo y está seguro de que su compañero ha acertado, pero percibe un ruido distinto al resto de todos, a unos metros a su izquierda, sujeta su escopeta con la mano derecha y se la apoya en el hombro, con la izquierda apoya el cañón, se mueve con lentitud, sigue escuchando el extraño ruido, suelta la mano derecha y deja la culata⁴⁰ apoyada en el hombro, sube la mano a la cabeza para prender la linterna, la luz ilumina unos grados a la izquierda y ¡Oh sorpresa! Es una Lapa, es grande, es imponente, sus ojos brillan como faros de carro, el roedor se queda inmóvil y sorprendido. Ese instante parecen horas en la mente del cazador, pero solo fue un par de segundos, la mente se despeja y acerca su dedo índice al gatillo, lo acaricia, mira el cañón tratando de alinearlos con la luz, el brillo de los ojos de la Lapa ayuda a dirigir la mira, el hombro ya siente la presión de la culata, una gota de sudor llega a sus

40 Parte posterior del arma.

labios, el amargo del líquido lo hace salir de trance, el animal gira la cabeza a la derecha para emprender su huida del lugar y el gatillo es apretado.

¡Pum! Vuelve a escucharse en el bosque. La noche, densa y susurrante, es rasgada por un estruendo feroz, como si el silencio mismo se quebrara en mil astillas. Un latigazo de trueno seco se despliega entre los árboles, sacudiendo las sombras dormidas y haciendo temblar el aliento de la brisa. El eco, como un espectro fugitivo, se desliza entre los troncos, repitiéndose en un murmullo distante, hasta perderse en la negrura insondable del bosque.

El sonido del estallido deja desorientado a Toruno, el humo no permite que pueda ver claramente el lugar.

Guaguao grita muy emocionado —¡Así se hace! ¿Mataste?

No hay respuesta todavía, pero se lanza al suelo y se acerca al lugar, busca desesperadamente el cuerpo y lo encuentra, la sangre puede verse esparcida, la cabeza está irreconocible, el disparo fue acertado, el cuerpo está intacto.

— ¡Lo tengo! Ven por mí.

Toruno levanta por una pata al roedor con orgullo, mientras se acerca su compañero con su presa, también es una Lapa de diez kilogramos, solo dos kilogramos más pequeña que la de Toruno. Se abrazan fuertemente con alegría y euforia, algunos gritos se escuchan en el bosque que no son de los animales sino de dicha. Luego se dirigen al Sufrimiento para irse a casa, al dejarlos sobre el piso de la canoa este se mancha de un carmesí, una gota llega a bajar desde la proa hasta la popa. La noche es perfecta, es un gran éxito. Pren-

den el motor y bajan a toda velocidad, el timonel se moja las manos y se las pasa por la cara para refrescarse, Guaguao extiende los brazos para tomar el aire. El cielo está despejado, las nubes son casi nulas, pero la luna no los acompaña. Pueden ver la diferencia dentro y fuera del bosque.

Es la madrugada, el ruido del motor despierta Chucho que se levanta de su hamaca y despierta a la Mora.

— Levántate mujer, pon a hervir agua, los muchachos traen algo.

— ¿Qué hora es? Ya voy, ya voy ¿El agua es para café? Pregunta somnolienta.

— Sí, pero seguramente traen un animal. Dice con emoción.

Al llegar al puerto, Toruno apunta su linterna a la orilla, ven a sus padres parados en la orilla de la playa. Toruno apaga el motor varios metros antes de llegar, el Sufrimiento baja con mucha velocidad todavía.

— ¡Epa! Están despiertos. Dice Toruno con emoción.

— Sí, tu padre los escuchó y él me despertó. Dice frotándose los ojos.

Guaguao se levanta y muestra los cuerpos, Chucho alumbra con su linterna y su alegría es notoria.

— ¡Ves mora! Te lo dije. Grita satisfecho.

Con manos firmes pero cuidadosas, Chucho se toma al roedor ya frío y le hace una incisión precisa en su vientre, como abriendo la puerta a sus entrañas. Los dedos, hundiéndose con destreza, encuentran la bolsa viscosa que guarda sus vísceras, tibia y resbaladiza. Tira con un movimiento seguro,

sintiendo cómo se desprenden los órganos enredados, liberando un aroma ferroso y húmedo. El cuerpo, ahora vacío, queda listo para ser lavado, mientras los restos palpitan aún con el calor de la vida recién dejada atrás.

Luego de sacar las vísceras de los animales y echar agua caliente en la piel para quitar el pelaje los colocaron en la balanza, efectivamente el peso es de dos kilogramos de diferencia, son unos dieciocho kilogramos de carne apetitosa. Antes del amanecer venden a la Gocha los animales por una gran cantidad de áuricos, cruzan el Arol sin la ayuda de la canoa, de hecho, el agua solo les llega al pecho mientras pasan el río, alrededor de las cinco de la mañana, Pescao ya está despierto y los espera para recibir la carne que será vendida en el restaurante.

El verano es férreo, después de unos días de búsqueda, encuentran una laguna oculta a unos kilómetros de la casa de Chucho. La Chueca, al ver la determinación y el sacrificio de Daysy y el Loco, se siente profundamente conmovida. Se da cuenta de que había subestimado a su hija y al hombre que amaba.

—Tienen mi bendición, por ahora, dice la Chueca, con la voz temblorosa. Que su amor sea duradero.

Aunque piensa que no duraría mucho, porque los jóvenes son cambiantes.

XIV



Un gran cocodrilo

Un día hermoso y alegre de carnaval, el sol aún no ha alcanzado su punto más alto cuando Babillito y la Negra se apresuran hacia el río. La emoción de otro día de aventuras los llena de energía. Al llegar a la orilla, los esperan Álvaro y Gordita, los hijos de Pepas, su vecino.

—¡Qué bueno que vinieron! exclamó Álvaro, corriendo hacia ellos. Hoy vamos a construir una presa.

Gordita, siempre más tranquila, asiente con la cabeza y agregó —Y después haremos un barco gigante con hojas de plátano.

Los cuatro niños se ponen manos a la obra. Con piedras, ramas y tierra, comienzan a construir una pequeña presa en un recodo del río. Babillito y Álvaro son los más fuertes, arrastrando las rocas más grandes, mientras que la Negra y Gordita se encargan de colocar las piedras más pequeñas y de dar forma a la presa.

Una vez terminada la construcción, el agua comienza a acumularse detrás de ella, formando un pequeño lago.

—¡Es genial para nadar! exclama Babillito, zambulléndose en el agua.

Los demás lo siguen, chapoteando y jugando en el agua fresca. De repente, Álvaro grita —¡Miren lo que encontré!

En sus manos sostiene una tortuga pequeña, con un caparazón rayado y amarillo. Con cuidado, la colocan en la orilla y la observan mientras se arrastra hacia el agua.

—Tenemos que cuidarla, dice la Negra con voz suave. No podemos lastimarla.

Los niños pasan el resto de la mañana jugando con la tortuga, construyendo un pequeño corral de piedras para que pueda descansar. Luego, se dedican a construir su barco de hojas de plátano. Con mucha paciencia, unen las hojas con bejucos y ramas, hasta crear una embarcación lo suficientemente grande para los cuatro. En las orillas los árboles están cargados con fruto de la temporada, la guama, era dulce y carnosa.

—¡Vamos a navegar hasta la isla! propone Babillito, señalando una pequeña isla de arena en medio del río.

De hecho, se forman varias islas por la bajada del agua en el río. Los demás están de acuerdo y se suben a la canoa. Con remos improvisados de ramas, comienzan a remar con todas sus fuerzas. La canoa se balanceaba sobre el oleaje, y los niños reían a carcajadas.

Al llegar a la isla, exploran cada porción, que realmente no es mucho. Encuentran esqueletos de peces, piedras de colores y huellas de animales en la arena. Construyen un

campamento con ramas y hojas, y comparten unas galletas. Al caer la tarde, vuelven a casa cansados pero felices. Mientras caminan, hablan de todas las aventuras que habían vivido ese día.

—Mañana vamos a buscar tesoros escondidos en el bosque, propone Álvaro.

—¡Y después vamos a pescar! agrega Gordita.

Babillito y la Negra asienten con entusiasmo. Saben que, mientras tuvieran el río y a sus amigos, nunca se aburrirían.

Un día del padre...

El sol empieza a asomar por el horizonte cuando Chucho despierta al dormilón Toruno. —¡Levántate, campeón! Hoy vamos a pescar como nunca antes.

El joven, con los ojos aún llenos de sueño, se levanta de un salto y corre a ponerse su indumentaria de pesca, básicamente era una pantaloneta, camiseta y gorra. La emoción es palpable en el aire.

Chucho sugiere —Vamos para donde Parrita.

Toruno gustosamente acepta —¡Vamos!

Chucho y su hijo no llegan a la hacienda con las manos vacías.

Chucho es el primero en llegar —Parrita, tenemos una sorpresa para ti.

— ¿Una sorpresa? ¿De qué se trata?

Toruno y su padre sacan una Doncella enorme.

Toruno con tono misterioso —¡Te trajimos esto! Para que comas un buen almuerzo hoy.

— ¡Vaya! ¡Muchas gracias! Y como agradecimiento, les daré un descuento en las linternas y los anzuelos que necesiten.

Después de conversar, Chucho y Toruno eligen el equipo de pesca que necesitan.

Equipados con sus cañas de pescar, la Atarraya y carnadas y un gran termo de café para Chucho, porque a Toruno no le gusta el sabor, padre e hijo emprenden el camino hacia el río. El agua corre amarillenta y rápida, llevando consigo la promesa de una gran aventura.

—Papá, ¿Pescaremos unos Paletones tan grandes como tú?, preguntó Toruno, mirando a su padre con admiración. Pero hoy es día del padre, prosigue.

Chucho sonrío. —Quién sabe, hijo. Quizá pesquemos uno tan grande que no podamos sacarlo del agua. debo decirte que el día del padre es solo un día de comercio, cualquier día es día del padre, no lo olvides.

—Pero... quiso explicar Toruno.

Su padre lo miró con una sonrisa serena, con ternura. —Mira, hijo, el Día del Padre es solo una fecha en el calendario, un pretexto bonito para darnos un abrazo más fuerte o decirnos cosas que deberíamos decirnos todos los días. No es más importante que cualquier otro día, porque lo que realmente importa no es una fecha, sino la familia, el amor que nos tenemos y cómo nos cuidamos unos a otros siempre, sin necesidad de que el calendario nos lo recuerde. Eso es lo que realmente vale, y eso lo celebramos todos los días con cada gesto, cada palabra y cada momento juntos.

Después de navegar durante un rato, encuentran un lugar perfecto para pescar. Un gran árbol de Cabimas⁴¹, cuyas raíces se extienden hacia el río, les proporciona sombra y un lugar para amarrar el Sufrimiento.

—¡Aquí es! exclama Chucho, tirando el anzuelo al agua.

Toruno hace lo mismo y ambos se concentran en sus cordeles. El tiempo pasa y la tensión aumenta. De repente, la caña de Toruno se dobla casi por completo.

—¡Tengo uno, papá! grita emocionado.

Padre e hijo trabajan juntos para sacar del agua un enorme bagre. Toruno está radiante de alegría. A partir de ese momento, la pesca es excelente. Bagre tras bagre caen en sus trampas.

—¡Esto es increíble, papá! exclama Toruno. Nunca había pescado uno tan grande con anzuelo de ese tipo.

Chucho afirma con la cabeza. —Es un buen día para pescar, hijo.

Pepas en su Peluche sube a gran velocidad por el lugar, al ver a los compañeros, baja la velocidad mientras cruza a la orilla a saludar.

—¿Qué tal? ¿Mucho pescadito? Pregunta con evidente curiosidad.

— ¡Hola! Sí Toruno acaba de agarrar uno. ¡Asómate!

Pepas ve con mucha curiosidad —¡Qué bárbaro! Muy bueno.

41 De cuyo tronco se extrae un aceite que tiene usos medicinales, y es conocido como bálsamo de copaiba.

Toruno orgulloso —Muchas gracias mi amigo.

Pepas prende el motor y sigue su camino hacia Caño Norte.

Al caer la tarde, deciden acampar en la orilla del río. Encienden una fogata y cocinan los peces que habían capturado. La noche es cálida y tranquila, y las estrellas brillan intensamente en el cielo.

—Papá, ¿Échame un cuento?, pide Toruno.

Chucho sonríe. —Claro que sí, hijo. Cuando yo era pequeño, mi tío me contaba una historia sobre un cocodrilo gigante que vivía en este río.

Toruno escucha atentamente la historia, imaginando al enorme reptil deslizándose por las aguas oscuras.

Al día siguiente, se levantan temprano y continúan pescando río arriba. El sol brilla intensamente y el calor es sofocante. De repente, escuchan un ruido extraño que venía del agua.

—¡Mira! exclama Toruno, señalando hacia el otro lado del río.

Un enorme cocodrilo emerge del agua y se desliza hacia la orilla. Chucho y Toruno se quedan paralizados por el miedo. El cocodrilo es mucho más grande de lo que habían imaginado. Este animal es una gran bestia legendaria, es poseedor de un cuerpo largo y fuerte, cubierto de escamas gruesas y endurecidas, luce un tono verdoso oscurecido, puede camuflarse con las ramas de guama. Su piel es extremadamente áspera, pueden notarse espinas en la cola, y a

lo largo de su lomo corre una fila de escudos óseos que lo hacen ver aún más imponente.

Su cabeza es muy grande y con forma triangular, con ojos sobresalientes y penetrantes de un color amarillo intenso, que parecen brillar como el sol. Los ojos le permiten observar tanto dentro como fuera del agua. La mandíbula del reptil luce larga y poderosa, con abundancia de dientes super afilados, algunos sobresalen incluso cuando su temible boca está cerrada. Su enorme bocota, plana y pesada, parece diseñada para desgarrar la carne y moler huesos con una fuerza destructora. Sus diminutas patas son cortitas pero poderosas, para ayudar a sus dientes se apoya en sus garras oscuras y curvas que le otorgan firmeza al moverse tanto en la tierra como en el agua. Su cuerpo termina en una cola muy larga, tanto como su cuerpo y bastante gruesa, la usa como un látigo, al nadar le otorga una sorprendente movilidad que le funciona para defenderse o huir. Todo en su estructura física parece diseñado para la caza, la supervivencia y el dominio en su hábitat.

—Tenemos que irnos de aquí, dice Chucho.

Prenden el motor y se desplazan lo más rápido que pueden, pero el cocodrilo los persigue. De repente, el cielo se cubre y comienza a llover fuerte. El río se desborda y la corriente se volvió más fuerte. No pueden seguir con el motor encendido, lo apagan y se acercan a los árboles. Pueden ver el cielo lluvioso, este tiene un tono grisáceo y pesado, notan que está cubierto por nubes densas y bajas que parecen casi tocar la tierra. La luz del sol sí está presente, se filtra en rayos

suaves y difusos, creando un ambiente tenue y melancólico. Las gotas de lluvia caen a un ritmo uniforme, produciendo un sonido relajante y constante que a veces se convierte en un repiqueteo más intenso, el ambiente parece sumido en una penumbra difusa, haciendo que su realidad la sientan más tranquila e introspectiva.

En casa de Polo...

La Chueca llega cansada de comprar algunas cosas para el restaurante, dejando la cartera sobre la mesa y soltando un suspiro agotado. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Pregunta con decepción evidente. Y prosigue, que llevo toda la mañana corriendo de un lado a otro y ni siquiera tuve tiempo de desayunar bien.

Polo sentado en el sofá, mirando el televisor sin quitar la vista —Bueno, eso es lo que pasa cuando estás tan metida en el trabajo. Quizá deberías relajarte un poco más, ¿no crees?

La Chueca frunce el ceño mientras se quita los zapatos —Relajarme... Claro, Polo. Porque si no trabajo yo, ¿Quién va a pagar las cuentas? ¿Tú?

Se encoge de hombros, despreocupado —¿Y por qué no? Yo también tengo mis cosas, ¿Sabes? Pero últimamente parece que te interesa más tu trabajo que nuestra relación.

Alza los brazos, visiblemente molesta —¿De verdad me estás diciendo eso? Trabajo como una burra para que no falte nada en esta casa, mientras tú te la pasas “haciendo tus cosas”, que, por cierto, nunca veo que aporten algo.

Con un tono más defensivo —A ver, tampoco es para que me tires eso en la cara. Yo hago lo que puedo, ¿Ok? No todo tiene que ser dinero. Además, ¿Qué sentido tiene trabajar tanto si nunca estamos juntos?

La Chueca se ríe con sarcasmo —¡Ah, claro! Para ti todo tiene que ver con estar juntos... mientras yo pago todo. Polo, lo único que te interesa es que siga trayendo dinero a esta casa para que tú sigas cómodo. No me vengas con que te importa la relación.

Él se levanta del sofá muy molesto —¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Qué, solo me quedo contigo por tu dinero? ¡Yo también pongo de mi parte!

Ella lo mira fijamente, sin ceder —¿Qué parte, Polo? Porque no veo que ayudes ni en la casa, ni con las cuentas, ni con nada. Me he cansado de esta dinámica. Estoy agotada de ser la única que lleva todo el peso.

Bajando la mirada en un momento incómodo —No es tan fácil, mi amor... las cosas no han salido como esperaba, pero eso no significa que no me importe lo nuestro.

Suspirando profunda y evidentemente frustrada —Tal vez sí te importe, pero el problema es que, para ti, “lo nuestro” significa que yo lo hago todo mientras tú solo estás. Eso no es una relación.

Con la voz más baja, casi en un murmullo —No lo hago a propósito... Pero tampoco quiero vivir peleando.

Sacudiendo la cabeza con tristeza —Yo tampoco, Polo. Pero estoy cansada de esta lucha. Si no cambian las cosas, no sé cuánto más podemos seguir así.

Entretanto...

Chucho y Toruno se aferran a un árbol para no ser arrastrados por la corriente. El cocodrilo, asustado por la tormenta, se sumerge en el agua y desaparece. Cuando la lluvia cesa, padre e hijo están empapados y agotados, pero se encuentran a salvo. Se abrazan con fuerza, agradecidos de estar juntos.

—Nunca olvidaré esta aventura, papá, dice Toruno.

—Yo tampoco, hijo, responde Chucho. Hemos aprendido una lección muy importante, es que la naturaleza es poderosa y debemos respetarla.

Después de su encuentro con el cocodrilo, Chucho y Toruno deciden que era hora de poner fin a la amenaza que representa para los pescadores. Con la ayuda de alguna madera y cuerdas, construyen una trampa ingeniosa para capturar al reptil.

—¡No se nos escapará!, asegura Chucho con determinación.

Mientras clavan estacas en el río para formar una especie de corral. En el centro, colocan varios trozos de carne de doncella como carnada.

Durante varias horas, esperan pacientemente. Finalmente, con una jugada torpe y tormentosa, el cocodrilo cae en la trampa. Los hombres, armados con palos, machetes y cuerdas, se acercan con cautela.

—Ahora es nuestra oportunidad, susurra Chucho a Toruno.

Con un grito de euforia, los hombres atacan al cocodrilo. La lucha es feroz y peligrosa. El cocodrilo se retuerce de dolor, tratando de liberarse de las estacas. Después de unos minutos, Toruno logra clavarle una lanza en el ojo izquierdo.

El cocodrilo emite un rugido ensordecedor y se hunde en el agua. Los hombres celebran su victoria, pero saben que el peligro aún no había pasado.

—Tenemos que asegurarnos de que esté muerto, dice Chucho.

Suben al Sufrimiento y se acercan al lugar donde el cocodrilo se había hundido. Con un arpón; bueno, realmente es un palo afilado, Chucho intenta enganchar el cuerpo del reptil. Sin embargo, la cuerda se rompe y el arpón se pierde en el agua.

—No importa, dice Toruno. Podemos usar la canoa para encontrarlo.

Los dos se suben a la canoa y comienzan a buscar el cuerpo del cocodrilo hacia el centro del río. La canoa se balancea peligrosamente, pero logran su objetivo. Justo donde el cuerpo del cocodrilo está completamente sumergido, la canoa comienza a hundirse. Chucho y Toruno tratan de salir, pero es demasiado tarde. La canoa se vuelca y los dos caen al agua, directamente sobre el cuerpo del cocodrilo.

—¡Papá! grita Toruno, luchando por mantenerse a flote.

Chucho lo anima y juntos nadan hacia la orilla. Al llegar a la orilla, están exhaustos y cubiertos de barro. Se abrazan con fuerza, aliviados de estar a salvo.

—Nunca olvidaré esto, dice Toruno, temblando de frío.

—Yo tampoco, hijo, responde Chucho. Ha sido una aventura inolvidable.

Con cautela recuperan la canoa, la achican lo más rápido posible, algunos pescados estaban atados y no se pierden, el esfuerzo es titánico para subir al cocodrilo a la canoa, es muy pesado y largo, pero lo logran. Las olas golpean al Sufrimiento mientras ellos forcejeaban con el enorme cuerpo resbaladizo del animal, que parece negarse a ser subido. Con cada tirón, la bestia se ladeaba, salpicando agua y exhalando resoplidos pesados. Uno empujaba desde abajo, los músculos tensos como cuerdas, mientras el otro tiraba con todas sus fuerzas desde la embarcación, los pies tambaleándose sobre la madera mojada. —¡Un poco más! grita Chucho, apretando los dientes, y con un último esfuerzo, el animal cae pesadamente sobre la cubierta, haciendo crujir la embarcación bajo su peso. Se miraron, jadeando, con las manos temblorosas y el triunfo en los ojos.

Al llegar a su puerto, el primero en recibirlos con asombro es Guagua, mira al animal con curiosidad, mientras espera ansioso la historia detrás de lo que veía. Luego llega la Mora —¡Por Dios! ¡Qué animalote han traído!

—Ruuuu ¡Coco! Ruuuu ¡Drilo! Gritaba Teté.

La noticia corre como pólvora y varios pescadores asisten a ver el cocodrilo y por supuesto pedir un pedazo para el almuerzo. Los pescadores, que habían vivido con miedo durante años, por ser acosados, se sienten aliviados y agradecidos con Chucho y Toruno. Se reúnen en la orilla del río

para ayudar a sacar el cuerpo del cocodrilo. Con cuerdas y palancas, logran arrastrarlo hasta la orilla. El animal es enorme, mucho más grande de lo que habían imaginado.

—Nunca había visto un animal así, dice uno de los vecinos, mirando con asombro al cocodrilo.

—¡Es una verdadera bestia! afirma Mocho.

Chucho y Toruno, aunque agotados, se sienten orgullosos de su hazaña.

Mientras...

La relación entre Guaguao y la Gordita florece en secreto. Se encuentran a escondidas, intercambian miradas furtivas, y comparten momentos íntimos. Sin embargo, el peso del secreto comienza a pesar sobre ellos.

Guaguao se nota un tanto preocupado —No sé cuánto tiempo más podremos seguir así. Temo que alguien descubra nuestro secreto.

Ella abrazándolo —Yo también tengo miedo. Pero no quiero perderte, Guaguao.

Mientras se besan en un rincón apartado, son sorprendidos por el Pato.

— ¡Ah, así que aquí estaban! ¡Pensé que eran solo amigos!

Guaguao y la Gordita se separan, avergonzados.

Guaguao murmurando —Te lo dije.

Con lágrimas en los ojos —Lo siento, Guaguao.

El Pato se aleja riendo.

Guaguao tomando su mano —No te preocupes. Saldremos de esta. Siempre estaremos juntos, ¿verdad?

Asintiendo —Siempre.

Mientras en casa de Chucho...

—Vamos a hacer una rumbita, propone Pacho. Para celebrar su victoria.

Todos están de acuerdo. Se ponen manos a la obra para quitarle la piel al cocodrilo. Es un trabajo duro y sucio, pero todos colaboran con entusiasmo. La piel de cocodrilo es muy gruesa y altamente resistente, pero con paciencia y habilidad, logran separarla del cuerpo. Pepas ya regresa a su puerto.

Del otro lado del río...

Pescao mirando a Daysy con intensidad —¿Alguna vez has sentido que el mundo se detiene cuando estás con alguien?

Ella sonriendo —Sí, creo que sí. Es como si el resto dejara de existir.

—Exacto. Así me siento contigo. Cada vez que estoy cerca de ti, el mundo se reduce a nosotros dos.

Bajando la mirada —Pescao, no sé qué decir.

Pescao tomando su mano —No tienes que decir nada. Tus ojos lo dicen todo.

Ambos se quedan mirando el río, sintiendo la brisa en sus rostros.

Suspirando serena —Me gusta estar contigo, Pescao. Me haces sentir nerviosa, feliz...

—Y yo contigo. Eres una mujer maravillosa como pocas que he conocido.

Pescao se acerca a Daysy y la besa suavemente en la mejilla. Es un beso lento y lleno de pasión, pero también de ternura.

Después del beso ella —No sé qué sería de mí si nos ve la Pileta.

— Yo tampoco. Pero relájate, Daysy.

Se quedan abrazados, mirando el horizonte. El cauce baja lentamente, como diciéndole adiós a la pareja.

Susurrando al oído de Daysy —¿Quieres que se repita?

—¿Por qué no? Mientras ríe.

En casa de Toruno...

—Esta piel nos servirá para hacer ropa y zapatos, dice Pepas, aunque sabe que está prohibida la comercialización. Mientras quitan la piel, otros vecinos se encargan de cortar la carne del cocodrilo en trozos grandes. La carne es blanca y fibrosa, pero se sabía que era muy sabrosa.

—Me gusta la carne de cocodrilo, pero frita, dice Toruno, mirando con antojo otro gran trozo.

—¡Es muy rica!, asegura Chucho. Mi tío solía decirme que la carne de cocodrilo era más sabrosa que la de cualquier otro animal.

Cuando la carne está lista, la reparten entre todos los vecinos. Cada familia recibe una porción generosa. Las mujeres imaginan cocinar la carne de diferentes maneras: a la parrilla, en guisos y en fritos.

—Esta noche vamos a tener un festín, dice Berta, sonriendo.

Al caer la noche, La familia de Pepas y la del Mocho se reúnen para celebrar con la Familia Ferrer. En una gran fogata, fríen la carne de cocodrilo con yuca. Comen, beben y bailan hasta altas horas de la madrugada. Parrita llega por su pedazo de carne frita.

Parrita entra a la cocina, donde Chucho está cocinando.

— ¡Chucho! ¿Qué rico aroma viene de aquí?

— ¡Ah, Parrita! Estoy preparando con especias: carne frita con yuca. ¿Quieres probar un poquito?

— ¡Claro que sí! Grita parrita. Se me hizo agua la boca nada más olerlo. ¿Puedo tomar un plato?

— ¡Por supuesto! Con mucho gusto, le dice Chucho. ¿Quieres que te la sirva de esta caliente?

— ¡Así me gusta! Con un poco de ají para darle más sabor, dice Parrita.

Chucho sirve un plato generoso de carne frita con yuca y se lo entrega a Parrita.

— ¡Muchas gracias, Chucho! ¡Esto se ve delicioso!

— ¡De nada, amigo! Disfrútalo.

Entre tanto Toruno aprovecha para hacerle ojitos a la Catira.

Parrita se sienta en el grupo y comienza a comer, disfrutando cada bocado. Mientras escucha las anécdotas.

— ¡Esto está increíble, Toruno! Que buen animal atraparon.

Chucho está contento —¡Gracias, Parrita! Me alegra que te guste.

Toruno haciéndose el humilde —Se hace lo que se puede.

Chucho y Toruno son los que cuentan la historia de la aventura en la fiesta. Todos los vecinos los felicitan y les agradecen por haberlos invitado.

—Gracias a ustedes podemos disfrutar este festín, dijo la Gorda. Siempre los recordaremos como los hombres más valientes de nuestra comunidad.

Chucho y Toruno, aunque cansados, se sienten felices y realizados. Habían vivido una aventura inolvidable y habían demostrado su valor. Saben que siempre serán recordados como los hombres que mataron un gran cocodrilo, pero también que compartían con sus amigos.

XV



Guaguao tiene un accidente

Luego de unos días de calma aparente.

En el restaurante, mientras sirven a los clientes, la chueca llama a un lado a la Pileta, Daysy y Juan Chiquito. Ese día Juan Chiquito está colaborando en las mesas, realmente está libre y tomándose unas cervezas, pero al ver a La Chueca ocupada sin decirlo comienza a ayudar. Muchachos, la leña se está acabando. Necesitamos traer una buena carga. —¡Pídele a Polo! le dijo la Chueca a Juan Chiquito, aunque este no es empleado fijo.

Los hermanos se ponen de acuerdo. Adoran las excursiones al bosque. Es su escape de la rutina, su oportunidad de explorar y conectar con la naturaleza. Pescao solo trabaja llevando cosas para la venta, casi no tiene días libres, mientras Polo algunas veces va de pesca. Pescao revisa la canoa y que el motor tenga gasolina, mientras su hermano se sirve café y prepara su bolsito, en este bolsito siempre lleva tabacos, fósforos, dinero, linterna, cuchillo, entre otras

cosas, desde la cocina puede ver la canoa, le lleva una taza de café bien caliente a Pescao que agradece casi con reverencia. Equipados con hachas, cuerdas y motosierra, emprenden el camino, por el río. El bosque en las orillas es un laberinto de árboles gigantescos, cuyas ramas se entrelazan formando un techo natural. El aire está lleno de los sonidos de los pájaros y el crujido de las hojas secas bajo sus pies.

—¡Mira, Polo! ¡Un nido de águila! exclama Pescao, señalando hacia arriba.

—¡Ten cuidado de no romperlo! responde Polo, mientras siguen avanzando.

Caminan durante algunos minutos, adentrándose cada vez más en el bosque. Polo saca de su bolsito un puro y una caja de fósforos, se detiene un momento y lo enciende mientras mira a todos lados. Su hermano no fuma, así que no le ofrece. El sol comienza a declinar cuando finalmente encuentran un claro lleno de árboles secos. Mientras caminan en el bosque se hace un silencio entre los hermanos y Polo comienza a pensar en la Lapita.

Polo pensando un poco. Recuerdo cuando la conocí. Era tan espontánea, llena de vida. La Lapita, con su risa contagiosa y esos ojos que brillaban como el mar. Bailábamos bajo la lluvia, sin importarnos nada más que el momento.

Flashback: Polo y La Lapita bailando bajo la lluvia, jóvenes y enamorados.

Polo recuerda, los primeros años fueron maravillosos. Viajamos, compartimos sueños. Creíamos que nuestro amor era eterno.

¡Aquí hay suficiente leña para todo el mes! exclama Polo, dando un gran golpe con el hacha en el tronco de un árbol.

Pescao comienza a cortar listones y pequeñas ramas con el hacha, mientras que Polo se encarga de los troncos más grandes con la motosierra. Trabajan sin descanso, llenando la canoa. Cuando la canoa está cargada, inician el camino de regreso. La canoa es lenta y los brazos de Polo y Pescao arden, pero no se rinden.

—¿Crees que la Chueca estará contenta? pregunta Pescao, jadeando.

—¡Seguro que sí!, responde Polo. Le hemos traído suficiente leña para cocinar durante semanas.

Al llegar al puerto, la Gocha los recibe con una gran sonrisa. —¡Buen trabajo, muchachos! Han hecho un excelente trabajo.

Allí le piden ayuda Pacho y Guagua para descargar la canoa, pues la madera es muy pesada.

Ya es un poco tarde y Toruno regresa del colegio, se baja del bus y se queda conversando en la guadua con la Gordita. De pronto escucha el grito estruendoso que proviene del puerto de la Chueca. La Gordita corre al medio del puente con la intención de ver lo que sucede, Toruno puede notar la cara de temor en la chica.

Toruno nota algo raro —¿Qué pasa?

Gordita grita nerviosa —¡Es Guagua! No puede ser.

Toruno camina hacia ella, a paso rápido, pero sin correr, tratando de guardar compostura, al llegar no lo ve. Se mues-

tra confundido y mira a la joven con cara de interrogante, ella se nota afligida y con lágrimas que bañan sus pestañas, pero no emite palabra. Toruno mira a su derecha hacia la cabecera del puente y puede ver a su hermano ensangrentado hasta los pies, pero calmado. Toruno corre a la máxima velocidad posible a su encuentro y lo abraza.

— ¿Qué te pasó? Pregunta muy preocupado y con los ojos llorosos.

— ¡Nada! No te preocupes, solo me corté la cabeza. Contesta sereno. Pero muerto de miedo por dentro, siempre aparentaba ser brioso e invencible.

— ¡Ay! Guaguo no puede ser, debes ir al médico, dice Gordita casi ordenando. ¡Llévalo! Le dice a Toruno en tono imperativo.

Guaguo se rehúsa a ir al médico, mientras continúa su marcha sin preocupaciones, aunque la sangre sigue saliendo de su cabeza, su hermano lo increpa con autoridad y le ordena ir al centro médico con él de acompañante, este lo mira y asiente sin decir palabra, en ese instante pasa una camioneta de transporte informal que frena sin solicitarlo, el chofer ve la sangre en el cuerpo del hombre y tiene el impulso de ayudar.

El chofer se baja —¿Todo bien? ¿Los llevo a algún lugar? ¡Móntense!

Toruno está agradecido —Sí, muchas gracias, llévanos al centro médico de Kruza.

Guaguo sigue tranquilo aparentemente —¡Exagerados! Dice sin preocupación.

Gordita casi llora —Pon de tu parte, ¡Por favor! Necesito que estés bien, tenemos cosas pendientes.

El Toruno la mira con cara de duda, ayuda a subir a su hermano y la camioneta arranca, el viaje es de unos veinticinco minutos aproximadamente, tiempo suficiente para que conversaran de lo ocurrido. Guaguao le dice que Polo y Pescao le habían pedido ayuda para descargar la leña, pero en un descuido había estado muy cerca de la propela en reposo de la canoa de Polo, el golpe con el objeto cortante abrió su cuero cabelludo varios centímetros. Al llegar a la emergencia, un enfermero lo sienta en una silla de ruedas y ahora se siente cansado, tal vez por la pérdida de sangre, a su lado siempre Toruno, lo ingresan a la sala de Shock y Toruno queda afuera en la sala de espera. La noche se acerca lentamente. Toruno se apoya contra la fría pared del hospital, sus manos sudorosas apretando las palmas. La angustia le nubla la mente, como una tormenta oscura que no dejaba de crecer. La imagen de su hermano, tendido allí, con sangre tiñendo su cabello y su rostro, le da vueltas en la cabeza. Cada segundo que pasa parece una eternidad. Las luces del pasillo brillan con fuerza, pero todo a su alrededor parece apagado, como si el mundo entero hubiera quedado en pausa, esperando alguna señal. Cada vez que la puerta de la sala de emergencias se abre, su corazón da un salto, pero las noticias nunca son las que espera. La incertidumbre lo ahoga, un mar profundo y turbio en el que no puede encontrar tierra firme. ¿Y si algo más pasaba? ¿Y si ya era demasiado tarde?

Percibe que el tiempo se desliza entre sus dedos, como agua escurridiza. El miedo lo envuelve, y sus pensamientos se atropellan, como ráfagas de viento que no saben a dónde ir. Su hermano, tan fuerte, tan lleno de vida, ahora está allí, atrapado en una batalla que ni él mismo ha elegido. Cada respiración de Toruno es un suspiro roto, lleno de una desesperación que le arranca el aliento. Quiere correr hacia la sala, abrazarlo, decirle que todo estará bien, pero algo en su pecho le dice que las palabras no pueden curar lo que ya había sucedido. En ese pasillo interminable, solo queda esperar, con el alma hecha pedazos, temeroso de lo que vendría.

El doctor sale y le informa a Toruno que el paciente debe ser suturado, pero no se deja, lo invita a entrar a la sala para que lo convenza del procedimiento quirúrgico. Al entrar, el paciente se calma visiblemente y toma la mano de su hermano.

En casa de Parrita, hay una preocupación. Como todos los días, como reloj suizo, los obreros tienen los cántaros con la leche fresca, pero esa tarde el camión recolector no asiste a la cita diaria. José le dice a Jairo que deben informar a Parrita sobre la novedad, Jairo se rasca la cabeza y asiente, no hay otra cosa que ellos puedan hacer. Parrita estaba en el restaurante distrayéndose un poco, es José al final el encargado de ir a avisarle, este al enterarse se pone las manos en la cabeza sin decir palabra alguna. Piensa un poco mientras camina a la hacienda, al comenzar a bajar a la casa mira a su lado derecho y camina al lado del obrero.

Parrita desea resolver pronto —¿Qué podemos hacer, jefe? Le dice en tono calmado.

José desea ayudar —¿Qué otra cosa? Pregunta retóricamente. ¡Hagamos queso! No hay más opción.

Parra sabe que es la mejor opción —¡Listo! Yo les ayudo. Dice sonriendo.

Entretanto en el centro de salud...

— Debes dejar al doctor hacer su trabajo, solo quiere ayudarte. Con tono preocupado.

— Solo si tú estás presente, solo confío en ti, expresa el paciente.

El médico asiente con la cabeza y se pone a trabajar, Toruno le dice que esté tranquilo, que lo mire siempre a los ojos, que todo está bien. El procedimiento dura algunos minutos y lo conducen a la sala de recuperación en camilla. En la mente del paciente se dibuja la figura de la Gordita.

Guaguao se recuesta en su camilla, las voces de los médicos y pacientes resuenan a su alrededor. Con una mano en la cabeza, su mente se aventura a los recuerdos de la Gordita, esos instantes que siempre lo hacían sonreír. Recuerda la primera vez que la conoció, su risa alegre como un eco en el aire. La manera en que se movía, con esa confianza que atraía todas las miradas, y cómo, entre la multitud, él solo podía fijarse en ella. Las conversaciones largas en las que se perdían, los chistes internos que creaban, y esos silencios cómodos que hablaban más que mil palabras. Guaguao sonríe al recordar sus noches furtivas, los abrazos en el puente que lo hacían sentir que el mundo exterior no importaba. La Gordita tenía un don para hacer que lo simple se sintiera extraordinario; incluso el frío más intenso

parecía cálido a su lado. Un suspiro escapa de sus labios mientras piensa en cómo su vida se había iluminado desde que ella entró en su vida. Había momentos de dudas, por supuesto, pero el amor que sentía era una certeza que no se borraba. ¡Esto es lo que quiero! se dijo, deseando que la Gordita estuviera allí, a su lado para reír y compartir un par de historias más. En su corazón, sabe que ella siempre sería su razón para sonreír.

En el Arol...

Los leñadores se sienten orgullosos de su trabajo. Esa noche, mientras las llamas crepitan en el fogón del restaurante, cocinando los deliciosos pescados que se sirven, Polo y Pescao se sientan a disfrutar de su cena.

—¿Recuerdas de cuando nos perdimos en el bosque cuando éramos pequeños? pregunta Polo.

Pescao asiente con la cabeza. —Sí, y de cómo encontramos el camino de regreso gracias a la estrella grandota al este.

—¡Y de cómo mamá nos preparó un chocolate caliente cuando llegamos a casa! añade Polo, sonriendo.

Los hermanos pasan parte de la noche recordando sus aventuras en el bosque mientras se toman un par de cervezas. Saben que esos momentos son especiales.

Entre tanto, Toruno y Guaguao están de vuelta, el susto ha pasado. Chucho los espera en la carretera y la Gordita ve con mucha atención desde su casa al paciente.

— ¿Cómo te sientes? Pregunta su padre nervioso. Veo que tienes una gasa en la herida.

Guaguao tiene todavía los efectos de la anestesia —No te preocupes papá, no fue nada. Me voy a descansar.

Toruno ya está calmado —¡No le pares! Yo lo acompaño.

— Está bien, vayan ustedes, yo voy en un rato. Necesito despejarme, dice contrariado, mientras fuma un cigarrillo.

Al pasar cerca del rancho de Pepas, la chica mira a Guaguao con ojos de alivio y le guiña un ojo junto con un beso en su mano.

Esa noche, en casa de la Gocha algunos amigos toman cervezas. Chucho le pide una cerveza y se sienta solo y alejado del bullicio. La Gocha lo observa mientras sirve, no lo pierde de vista, cuando puede lo rosa con sus glúteos a cada oportunidad. Los pensamientos de preocupación respecto a su hijo escapan de su cabeza brevemente.

En casa Guaguao descansa en su hamaca y Toruno lo vigila un rato más por si acaso. Lo ve de pie con ternura y alivio mientras sostiene una taza de café. Guaguao se mueve ligeramente en la hamaca, el suave vaivén no logra calmar el torbellino de pensamientos que lo acosan. A pesar de haber sido dado de alta, el recuerdo del accidente aún lo persigue, la sensación de vacío y confusión de ese momento en el que la vida casi se le escurre entre los dedos. Ahora, acostado en su casa, con los ojos fijos en el techo, su mente no deja de dar vueltas a lo sucedido. El miedo sigue ahí, oculto, como una sombra al acecho, recordándole lo frágil que era la vida. Aunque su hermano Toruno está a su lado, cuidando de él con esa paciencia silenciosa, Guaguao no puede evitar sen-

tir que algo ha cambiado dentro de él, algo que no puede explicar, como si ese accidente hubiera abierto una puerta a una verdad incómoda sobre su propia vulnerabilidad.

En medio de sus pensamientos oscuros, su mente se desvía hacia Gordita. El amor que siente por ella es profundo, y al mismo tiempo, le causa una preocupación constante. No quiere preocuparla, no desea que vea en él algo frágil, aunque lo siente así. Sabe que su relación con ella es importante, pero también teme que la incertidumbre de su salud y la cercanía de la muerte lo hagan replantear todo. Quería ser el hombre fuerte que ella veía en él, el que la hace sonreír, pero tras el accidente, ese hombre parece más distante, más inseguro. ¿La perdería si mostraba sus miedos? En sus momentos de quietud, Guaguao se pregunta si, al final, el amor que siente por Gordita es suficiente para enfrentarse a los miedos que lo carcomen por dentro.

Esa noche, bajo la luz tenue de la luna, Chucho y la Gocha se encuentran en el rincón de la casa de los cerdos. El viento susurra entre las ruinas, creando una atmósfera misteriosa y romántica.

Acercándose a ella con cautela —Gocha... no puedo dejar de pensar en ti. Debe ser la borrachera.

Sonriendo tímidamente —Yo tampoco, Chucho. Sabes que hace tiempo no tengo macho. Es una mentira, pero ambos saben que no importa. Todos en el pueblo saben que ella tenía parejas a escondidas, furtivas, frecuentemente algunos varones de diferentes edades cruzaban el umbral de su lecho cuando todos dormían, sin embargo, nadie lo

dice abiertamente. Por supuesto que la mayoría (por no decir todos) iban a su cama porque ella los ablandaba con algunos áuricos y una botella de ron.

Tomando su mano —Este lugar es perfecto para nosotros. Un secreto que solo nosotros conocemos.

Asintiendo —Pero sin compromisos.

Se acercan lentamente, sus miradas se cruzan y se pierden en un mar de emociones. Sus labios se encuentran en un beso suave y prolongado, lleno de pasión y complicidad.

La Gocha susurrando entre besos —No puedo creer que estemos haciendo esto. Cuidado nos ven, porque la Mora te deja.

Sonriendo —Yo tampoco. Pero es tan excitante.

Se esconden por unos minutos, de pie hacen travesuras de forma frenética, sin quitarse la ropa, no hay tiempo, además si alguien está cerca solo deben acomodarse la ropa y listo.

Se separan por un momento, sus respiraciones son muy agitadas.

Chucho acercándose nuevamente —Prometamos que esto quedará entre nosotros, ¿Verdad?

Asintiendo con firmeza —Siempre. Dice ella.

Se besan una vez más, antes de separarse y desaparecer cada uno por su lado, dejando atrás el eco de sus carcajadas y el aroma de la pasión.

XVI



Picardías en el colegio

Algunos días después...

La Catira se sienta en su cama, mirando por la ventana. Sus ojos verdes brillan con una mezcla de ilusión y melancolía. Sus dedos juguetean con un mechón de su cabello rubio.

—Ay, Toruno, Toruno... ¿Cómo puedo hacer para pasar más tiempo junto a ti? Siempre estás tan ocupado en el colegio y pescando. Me siento como una estrella fugaz que cruza el cielo sin dejar rastro.

Seguramente cuando éramos pequeños, jugábamos a la casita. Yo era la princesa y probablemente tú serías príncipe. De haber estado cerca me protegerías de los dragones y me regalarías flores imaginarias. Pero ahora eres todo un hombrecito, alto y fuerte. Y yo... sigo siendo la misma niña que espera que la conviertas en tu esposa.

A veces me pregunto si alguna vez me verás como la madre de tus hijos. Me gustaría contarte todos mis sueños, mis miedos, mis secretos. Pero me da vergüenza. ¿Y si te burlas de mí?

Me encanta cuando estás cerca. Tu risa es como una canción que me llena de alegría. Y tu mirada... ¡Ay, tus hermosos ojos! Me pierdo en ellos cada vez que me atrevo a verlos fijamente. Siento que me conoces hasta el fondo de mi alma.

Creo que te escribiré una carta. Así podré decirte todo lo que siento sin sentirme tan avergonzada. Pero ¿Qué tal si alguien la lee? ¡Sería horrible! Mejor se lo diré directamente, de todos modos, es mi novio.

¡Ay, amor, amor! ¿Por qué el amor tiene que ser tan complicado? Solo quiero que sepas que te quiero con todo mi corazón.

Catira suspira y se acurruca bajo las sábanas. Cierra los ojos y se imagina a sí misma y a Toruno caminando de la mano por la playa. Sonríe y se queda dormida, soñando con un futuro juntos.

Por su parte, Toruno pone la mirada en otras niñas, en una oportunidad, la biblioteca del colegio está casi vacía. Roca, una compañera de clases un tanto engreída y estudiosa, se había escabullido allí durante el receso, buscando un lugar tranquilo para hablar con Toruno. Roca mira nerviosamente a Toruno, quien sostiene un libro de física en sus manos, pero parecía más interesado en ella.

— Toruno, ¿Por qué estás aquí? ¿No deberías estar estudiando para el examen de química?

Sonriendo él le dice : —Sí, debería. Pero necesitaba un descanso y tú estabas aquí.

Roca se sonroja.

— Yo... yo también necesitaba un respiro.

Se hace un silencio incómodo. Toruno se acerca un poco más a ella.

— Roca, eres... eres muy bonita.

Roca baja la mirada, tímida.

— Gracias, Toruno. Tú también eres muy guapo. Además, eres brillante.

Toruno suspirando —Lo sé, pero... pero a veces me siento solo. Todos piensan que soy el chico perfecto, pero nadie me conoce realmente, tengo mucho trabajo en el río.

— Yo quiero conocerte más. Le dice ella. Es su oportunidad.

Toruno la mira fijamente a los ojos.

— ¿De verdad? Le dice buscando algo interesante que decirle a un achica inteligente.

— Sí, de verdad. Pero sé que tienes novia.

Toruno se sienta a su lado y toma su mano.

— Es cierto. Y es complicado. Pero... contigo siento algo diferente.

Roca sonríe.

— Yo también. Ella sabe que lo ha atrapado.

Se inclinan y se besan. Es un beso corto pero intenso, lleno de emociones contenidas.

Después del beso, ambos se quedan en silencio, mirando a los ojos del otro.

— ¿Qué haremos ahora? Pregunta eufórica acariciándose el negro y lacio cabello.

— No lo sé. Solo sé que no quiero que esto se termine. Le contesta impaciente y notablemente excitado.

— Yo tampoco. Pero tenemos que ser cuidadosos.

Toruno asiente — Lo seremos. Dice mirando hacia la puerta.

Se quedan así, tomados de la mano, durante unos minutos más, en ese momento una melodía pegadiza y en alto volumen se escucha, por algunos segundos retumba ese ritmo.

— ¿Qué es eso? Pregunta él con cara de misterio y moviendo la cabeza en distintas direcciones tratando de ubicar la fuente del sonido. Ella lo saca del bolsillo de su falda.

— Es mi teléfono, espera debo contestar.

¡Aló! Hola mamá. Estoy bien. Si, estoy en el colegio. Conversando con el Toruno un ratito. Yo le digo. Gracias. Besos.

— Mamá te envía saludos y pregunta que cuando vas a casa. Mientras lo vuelve a poner en su lugar.

— ¡Muchas gracias! Dice él correspondido. Pronto iré otra vez.

Luego, se separan lentamente, con una mezcla de tristeza y esperanza en sus corazones.

Luego de terminar las clases...

Roca suspira, acariciando una flor.

Desde el primer momento en que lo vi, supe que era diferente. Su sonrisa tan brillante, sus ojos llenos de aventuras... Me enamoré perdidamente. Recuerdo cómo mi corazón latía con fuerza cuando me saludó por primera vez.

Flashback a una escena anterior donde Toruno saluda a Roca con una sonrisa amistosa.

— ¡Buenos días, Roca! ¿Cómo estás?

Sonrojada —Muy bien, gracias. Y tú, ¿Cómo te ha ido en la pesca?

Roca vuelve al presente, suspirando.

Desde entonces, he soñado con conquistarlo. Con hacer que se sienta especial, como yo me siento cuando estoy cerca de él.

Roca sentada en su habitación, rodeada de cartas y libros.

Ella escribe en un diario, una sonrisa traviesa en su rostro.

¡Ya sé cómo conquistarlo! Le prepararé su comida favorita, el pescado a la parrilla que tanto le gusta. Y luego, bajo la luz de la luna, le contaré todas las historias que he inventado sobre él y yo.

Flashback a una escena anterior donde Roca cocina con entusiasmo.

Roca sazona el pescado que Toruno le había llevado a su casa días antes con cuidado.

¡Tiene que funcionar! Con un poco de paciencia y mucho amor, conseguiré que se enamore de mí.

Roca vuelve al presente, cerrando su diario con determinación.

—¡Lo lograré! Conquistaré el corazón de Toruno.

En la siguiente clase...

El equipo de ciencias se había reunido para estudiar. El ambiente es tenso, y la mirada de todos estaba puesta en Toruno. Boquitaepescao, Ely y Sorbetico se acercan a él mientras se prepara para hacer un informe de laboratorio.

Boquitaepescao lo mira molesta —Toruno, tenemos que hablar.

Toruno se detiene, sintiendo un nudo en la garganta.

— ¿De qué quieren hablar?

Ely es directa —¿En serio vas a preguntar? Todo el colegio sabe lo tuyo con Roca.

Sorbetico no puede contenerse más —La Catira puede enterarse. No te imaginas cómo se sentiría.

Toruno bajó la cabeza. —Lo sé. Y lo siento mucho.

Boquitaepescao lo increpa —¿Lo sientes? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Después de todo lo que Catira ha hecho por ti, ¿Así le pagas?

— No fue mi intención. Simplemente... sentí algo por Roca y no pude evitarlo.

Ely interviene —¿Y qué hay de Catira? ¿No pensaste en ella?

— Por supuesto que pensé en ella. Pero también pensé en mí.

Los otros tres amigos intercambian miradas.

Sorbetico desea que su amigo reflexione —Toruno, estás siendo egoísta. La Catira es una chica increíble y tú la puedes perder.

— Lo sé, lo sé. Pero no puedo controlar mis sentimientos.

Boquitaepescao le reclama —¡Claro que puedes controlarlos! Si realmente quisieras a Catira, no la estarías engañando.

La discusión se prolongó durante varios minutos. Toruno intenta justificar su comportamiento, pero sus amigos no están dispuestos a escuchar paparruchadas e inventos infundados de alguien que conocen y respetan. Finalmente, Sorbetico habló fuerte y molesto.

Sorbetico en tono de reclamo —Toruno, tienes que elegir. ¿Quieres a la Catira o a Roca? No puedes tener a las dos.

Toruno se queda en silencio, pensando en sus opciones. Sabe que ha hecho algo malo y que tiene que enfrentar las consecuencias.

Sorbetico camina por el pasillo, sus pasos van resonando en el silencio que lo rodea, pero en su cabeza, todo es un caos. ¿Cómo es posible? ¿Por qué Toruno? ¿Qué tenía él que él no? Siempre había sido tan amable, tan simpático, siempre en el lugar correcto, diciendo las palabras adecuadas. Pero ¿ella? ¿Cómo podría no verlo? No, no podía ser. Estaba seguro de que ella lo miraba de la misma forma, pero... ¿por qué no le decía nada? ¿Por qué no se atrevía a dar el paso?

Toruno no es mejor que él. No, no puede serlo. Tal vez piensa que todo es un juego, que es el tipo perfecto para ella, con su risa fácil y esa forma de mirar que parece siempre tan segura. ¡Seguro le gusta eso! Claro, todo el mundo se enamora de Toruno, y él... él solo se queda allí, mirando desde las sombras, callado, con su pecho apretado, lleno de celos y frustración.

La verdad le quema. Sabe que si confronta a Toruno o a ella, podría perderlos a ambos. Pero... ¿Cómo no decir nada? ¿Cómo dejar que todo siguiera así? La rabia y el miedo lo hacen retorcerse por dentro. Está atrapado entre el deseo de ser sincero y la inseguridad de que eso pudiera destruir lo que ya tenía con ellos. Toruno, su mejor amigo, y ella, la chica que había soñado, todo se desmorona en su mente.

No puede enfrentarlos. No sabe cómo. Tal vez algún día encontraría la fuerza, o tal vez solo seguiría guardando todo para sí mismo. Pero la incertidumbre lo mata por dentro, y solo queda un pensamiento girando en su cabeza —¿Por qué no es él el que la hace sonreír así?

— Sé que no tengo ninguna excusa. Dice Toruno con los ojos mojados. Le soy desleal a la Catira y a todos ustedes.

Ely le recomienda con tino —Lo que tienes que hacer ahora es hablar con Roca y terminar esa locura.

— Lo haré. Pero no sé si me perdonará.

Los amigos se miraron entre sí y asintieron. Sabían que Toruno tenía un largo camino por delante para recuperar la confianza de sus amigos.

Continuación...

Toruno busca a Roca en la biblioteca, el lugar donde todo comenzó. La encuentra sentada en un rincón, leyendo un libro. Se acerca a ella con cautela.

— Roca, me encantas.

— No tienes que decirlo, pero algo me dirás, ¿no?

Toruno se sienta a su lado.

— Lo siento mucho. Pero necesito que sepas que lo siento de verdad.

— ¿Y qué esperas que te diga, Toruno? Igual te amo, quiero que seas feliz, aunque no sea conmigo. Yo sabía que tenías el corazón en otro lado, pero tontamente imaginé que yo podría convertirme en la dueña de tus sentimientos.

Toruno se queda en silencio, sin saber qué decir.

— Necesito tiempo para olvidarte, Toruno. Necesito tiempo para superarlo. Tú no tienes la culpa de nada, yo me hice una película, yo solita.

Toruno asiente, se levanta y se aleja lentamente.

Ese día, al regresar de clases, como siempre debía pasar por el patio de Pepas para llegar a su casa. Pepas lo ve pasar y le grita —Epa Toruno, hay un desafío para ti.

El sol caía sobre el río, tiñendo sus aguas de un dorado intenso. Toruno, es como siempre un joven intrépido — ¡Listo, pa las que sea!

Así que, Pepas le dice que se trata de recuperar una Atarraya en la poza de Amílcar.

De tal modo, se preparan para una tarea nada sencilla, es recuperar una Atarraya que se había enredado a veinte metros de profundidad. La herramienta de pesca es esencial para la subsistencia de su dueño, y su pérdida representa un duro golpe. El dueño ofrecía una buena paga a varios pescadores, pero nadie se atrevía a aceptar el reto.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto, Toruno? preguntó Pepas, su voz parecía temblorosa a pesar de su valentía.

Toruno, con una determinación inquebrantable, asiente. —La Atarraya es demasiado importante para perderla. Además, tú estarás conmigo. Nos cuidaremos el uno al otro.

Pepas quiere hacer tiempo —Vamos por una botella de ron donde caraota.

— No tengo dinero, tú pagas. Dice con confianza.

Pepas y Toruno entran a la tienda, buscando de reojo.

Pepas saluda en voz alta —¡Caraota! ¿Tienes ese ron que tanto te gusta? El añejo, ¿recuerdas?

— ¡Pepas, Toruno! ¿Qué sorpresa! Sí, claro que tengo ese ron. Justo lo que necesitaba para un día como hoy. ¿Quieren probar un poco?

Toruno saliva —¡Con gusto! Siempre es un placer probar tu ron.

Caraota saca la botella y sirve un poco en tres vasos pequeños. —¡A la salud!

Los tres chocan los vasos y beben un trago.

En ese momento José, uno de los obreros de Parrita entra en busca de pan y alguna bebida fría.

Pepas sigue disfrutando el líquido —¡Mmm, delicioso como siempre! ¿Cuánto te debemos?

Toruno les hace saber que tiene hambre —Y de paso, ¿Tendrás algún pancito dulce?

José que lo escucha —A mí también me das pancito, por favor.

— ¡Claro que sí! Tengo unos nuevos que llegaron ayer, con azúcar encima. Son muy esponjosos.

Caraota les muestra los panes y ellos los examinan.

Pepas los examina brevemente —¡Perfecto! Nos llevamos una bolsa.

Mientras Caraota empaca el ron y los panes, luego los despide.

El viaje es rápido, el río está aproximadamente a la mitad de su capacidad, por lo que es fácil de transitar, en treinta minutos ya estaban en la curva de Amílcar.

Sin equipo de buceo, solo un cuchillo, Toruno se sumerge en las frías aguas del río, mientras Pepas controla desde la canoa. La visibilidad es nula al descender y la presión aumenta a medida que desciende. La oscuridad envuelve al aventurero buzo, y solo la luz de su imaginación al tacto ilumina la situación. En la superficie Pepas divaga en sus pensamientos, su familia y amante son las ideas más recurrentes, pero también le apetece un buen trago. Al cabo de cuatro minutos o más, sale Toruno a recuperar aire junto a la canoa.

—¡Toruno, creo que veo la causa! exclama Pepas, señalando un gran árbol entre las rocas hundido en dirección a donde se encuentran.

—Cuidado, Pepas. Algo no me gusta de esto, advierte Toruno.

Mientras intentan desenredar la Atarraya, sienten una vibración en el agua. Un escalofrío recorrió la espalda de Pepas.

—¿Qué fue eso? pregunta, su voz apenas un susurro.

Toruno mira a su alrededor con más intensidad y dirige la mirada hacia abajo. Sus ojos se abren de par en par. —¡Un caimán! exclama, su voz suena llena de terror.

Un enorme caimán, con ojos brillantes como brasas, los observaba desde las profundidades. Su cuerpo escamoso se deslizaba lentamente por el agua, acercándose cada vez más.

—¡Tenemos que salir de aquí! grita Pepas, tratando de cortar la Atarraya lo más rápido posible.

Pero el caimán no tiene intención de dejarlos escapar. Abre sus poderosas mandíbulas y se lanza hacia ellos. Toruno sale de un empujón a la canoa quedando junto a Pepas, mientras el reptil se acerca. En la superficie, los habitantes del lugar observan con angustia la escena. Ven cómo las figuras de Pepas y Toruno se mueven frenéticamente dentro del Peluche, perseguidos por el caimán.

—¡Tenemos que hacer algo! grita Amílcar desde la orilla.

Algunos hombres se lanzaron al agua con redes y arpones, tratando de distraer al caimán. Otros prepararon una pira funeraria, temiendo lo peor.

Pepas, lleno de terror, no podía hacer nada para ahuyentar al caimán. De repente, siente un fuerte tirón en la

cuerda de la Atarraya, son bagres dentro de la misma. Los hombres que han entrado al agua y logran distraer al caimán, hasta asustarlo.

Juan Grande sube con su pesca del día y ve la gente en la orilla, pero en medio del río está Pepas sosteniendo una cuerda de Atarraya, pero lo ve solo. Se acerca y apaga el motor.

— ¡Compa! ¿Todo bien? En ese momento sale Toruno de las profundidades.

Pepas agradecido — Sí, gracias.

Toruno que los mira mientras unas gotas de agua ruedan por su cara — ¡Epa! ¿Qué tal? Dame un traguito de ron, si tienes.

— ¡Claro! Toma. Y también le da a Pepas.

Los compañeros agradecen el gesto. Juan Grande enciende su motor y sigue su camino hacia el puente.

El sol ya casi los abandona, bajo la superficie, la oscuridad y el peligro los acechan. Toruno y Pepas, unidos por la necesidad de recuperar la preciada Atarraya, se preparan para una nueva inmersión. Las primeras habían sido un fracaso, el caimán había puesto en peligro sus vidas. Pero la Atarraya sigue allí, atrapada en las profundidades, y ellos no pueden rendirse.

Armado solo con su valor, se sumerge el Toruno nuevamente. La presión del agua es intensa, y la oscuridad envuelve al insensato, provocándole una sensación de espanto. Toruno, con una determinación férrea, se guía por la cuerda hacia el lugar donde la Atarraya está más enredada.

Trata de dejar sus pensamientos en blanco, así que irremediablemente enfoca sus pensamientos en el amor. Pensaba en varios rostros, principalmente Catira, pero hay algo que todavía no cierra; Roca. Es que estaba muy reciente y esa aventura lo enfrentó a sus amigos.

La Atarraya parece aún más enredada de lo que recordaba, y aparenta como si estuviera arraigada a troncos en el fondo. Toruno comienza a cortar los nudos, pero la tarea era ardua. El frío penetra en sus huesos, y la falta de oxígeno le hace sentir un agotamiento físico.

—Pepas, necesito que me ayudes, ¡Hala! grita Toruno, su voz amortiguada por el agua.

—¡La tenemos! exclama Toruno, su voz ahora está llena de emoción.

Sin embargo, su alegría es efímera. Al intentar ascender, se da cuenta de que la corriente es ahora más fuerte de lo que ha previsto. La Atarraya, ahora es más pesada por el agua y tiene pegada una gran raíz de árbol, esta los arrastra hacia las profundidades.

—¡No podemos estar así! grita Pepas, luchando contra la corriente.

Toruno, con un rápido análisis de la situación, toma una decisión. —¡Hala fuerte! ordena. Yo también subiré a la canoa.

Con una rapidez que solo otorga el miedo, Pepas aprieta la Atarraya. Juntos, halan hacia arriba, luchando contra la corriente.

—¿Estás bien? Pregunta Pepas, preocupado por su amigo.

Toruno asiente, aunque su rostro luce pálido y gélido. — Tenemos que entregar la Atarraya. No podemos dejar que se pierda la recompensa.

Los moradores, que los observan desde la orilla, se muestran asombrados. —¡Es demasiado peligroso ese trabajito! Les gritan.

Pero Toruno está satisfecho. —“Lo hicimos juntos”, dice, mirando a Pepas.

Fue un esfuerzo agotador, pero finalmente logran sacar la Atarraya del agua. Las personas de la orilla los reciben con aplausos y gritos de alegría. La Atarraya está un poco dañada, pero podrían repararla.

La noche avanza, suben hasta el puerto de Pepa, hacen una fogata, Pepas y Toruno cuentan su aventura frente a sus familias. Hablan del miedo a la muerte, de la valentía del joven y de la importancia de la cooperación mientras se toman una botella de ron. Y aunque habían enfrentado peligros inimaginables, están seguros de que trabajando juntos podían superar obstáculos grandes.

XVII



Pelea de hermanos

A la mañana siguiente...

El alba se hace presente, pintando el cielo de tonos anaranjados y rojos. Los amigos se han reunido para compartir una comida y conversar.

Polo buscando conversar un poco —¡No puedo creer lo que hizo Toruno ayer! Sumergirse veinte metros y volver con la Atrarraya, ¡eso sí que es ser un loco de verdad!

Juan Chiquito se muestra sorprendido —¡Y con ese caimán rondando por ahí! Yo me hubiera orinado en los pantalones.

Parrita va llegando, riendo —¡Y yo también, Juan Chiquito! ¡Yo también!

Mocho que lo ve con cariño —Yo no. Yo hubiera enfrentado al caimán.

Daysy con una sonrisa —¡Claro que sí, Mocho! ¡Tú que eres el más valiente!

Polo con seriedad —Toruno tiene un don para el agua. Es como un pez.

Juan Chiquito agrega —¡Y no le tiene miedo a nada! Ni siquiera a esos bichos verdes y escamosos.

Parrita reflexiona un poco —¿Se imaginan cómo debe ser estar allá abajo, en la oscuridad, rodeado de peces y... caimanes?

Mocho tiene mucha experiencia en el río, pero no hace esas actividades —Debe ser emocionante.

Daysy lo ve con lujuria —Y peligroso.

En ese momento Daysy se nubla.

¡Tiene que ser mío esta noche! Toruno tiene que caer rendido a mis pies. ¿Qué tal si llevo ese vestido rojo que tanto me gusta? Seguro que lo dejo sin aliento. Y si le llevo su postre favorito, ¡será un éxito asegurado!

Sonríe, imaginando la escena. Lo invitaré a dar un paseo por la playa al atardecer. La brisa fría de la tarde, la puesta de sol... ¡El ambiente perfecto para una confesión! Le diré lo mucho que me gusta, lo especial que es para mí...

Se muerde el labio inferior, nerviosa. Pero ¿Y si me rechaza? ¿Y si se ríe de mí? ¡No, no puedo pensar en eso! Tengo que ser positiva. ¡Todo saldrá bien!

Respira profundamente y lo aplaude.

Daysy se queda pensando ¡Hoy es! ¡Hoy conquistaré a Toruno!

Polo sentado escuchando a los demás —Pero Toruno lo hace ver fácil.

Juan Chiquito evalúa las palabras de Polo —¡Es que es un experto! Seguro que ha estado buceando desde que era un niño.

—¿Y si lo desafiamos a un concurso de apnea? A ver quién aguanta más tiempo sin respirar bajo el agua. Comenta Parrita.

El Mocho imagina la situación —¡Buena idea! Le daríamos una sorpresa.

Daysy grita eufórica —¡Pero que no se raje!

Polo seguro de la capacidad aventurera del joven —No creo que se eche para atrás. A Toruno le encantan los desafíos.

—¡Y, además, así podríamos aprender algunos de sus trucos! Juan Chiquito lo ve como una oportunidad.

Parrita no es un pescador, pero ama el río —Yo quiero aprender a bucear tan profundo como él.

Mocho con tantos años en el río, no es osado —Y yo quiero aprender a nadar tan rápido, claro, con una mano es más difícil.

Daysy no quita sus pensamientos de Toruno —Y yo quiero aprender a no tener miedo de los caimanes.

Polo pesca muy poco, su vida ha cambiado —¡Seríamos un buen equipo! Si Toruno dirige, podremos aprender mucho.

Todos ríen y comparten más historias sobre las aventuras de Toruno en el río. La conversación se vuelve cada vez más animada, y los amigos anhelan seguir sus pasos.

Días después...

Toruno se encuentra con sus amigos en la orilla del río justo al llegar del colegio. Ellos lo miran con admiración y respeto.

Polo sentado en la arena —Toruno, tenemos una propuesta para ti.

— ¿Sí? ¿Cuál? Pregunta intrigado mientras se quita la camisa del uniforme, así solo se queda con una camiseta blanca.

Juan Chiquito es quien propone —Queremos que nos muestres lo que haces para bucear.

Parrita ese día se libera de la hacienda —Queremos saber qué se siente ser tan bueno como tú en el río.

Mocho tuvo buena pesca ese día, pero vendió todo muy rápido —¡Y queremos vencerte en un concurso de apnea!

Daysy es la más interesada —¡Pero cerca de mí!

Riendo un poco —¡Claro! Me parece una excelente idea. Pero tienen que saber que bucear no es solo divertido, también es peligroso.

Polo necesita vivir —Lo sabemos, pero queremos ver.

— Bien, entonces empecemos por lo básico. Primero tienen que aprender a controlar su respiración y a relajarse bajo el agua.

Daysy no le quita los ojos de encima —¡Quítate la camiseta! Pensando en verle el pecho desnudo.

Muy cerca está observando todo Gorda, que también desea ver a Toruno sin ropa, solo mira en silencio mientras prepara plátanos para freír.

Toruno comienza a mostrar a sus amigos las técnicas básicas de buceo. Les muestra cómo usar las manos, cómo respirar correctamente y cómo moverse con gracia en el

agua. Los amigos están entusiasmados y comprenden rápidamente.

Semanas más tarde...

El concurso de apnea se lleva a cabo por la noche. Toruno, Polo, Juan Chiquito, Parrita, Mocho y Daysy se sumergen uno tras otro. Cada uno de ellos lucha por alcanzar su límite. Después de un rato, Toruno sale a la superficie, pero todos habían salido antes que él. Sus amigos lo felicitan, pero no se dan por vencidos.

Uno por uno, los amigos entran y salen del agua, cada vez más cansados, pero también más entusiasmados. Al final, es Polo quien logra estar más tiempo sin respirar, aunque no llega a igualar el tiempo de Toruno. Todos celebran juntos, felices por su aventura con una cerveza, aunque hace frío. Toruno los mira con alegría y sabe que ha hecho bien en compartir sus conocimientos con ellos.

Al pasar los días...

Daysy y El Loco llevaban juntos varios meses. Su relación era intensa, llena de pasión y complicidad. Sin embargo, bajo la superficie de esa felicidad aparente, Daysy alberga un secreto que la atormenta: se sentía atraída por Manu, el hermano menor de El Loco.

Manu es todo lo contrario a su hermano. Mientras El Loco es impulsivo y extrovertido, Manu es tranquilo y reflexivo. Su inteligencia y su sensibilidad la cautivan. Daysy admira su forma de ver el mundo, tan diferente a la de su propio novio.

Al principio, Daysy trata de reprimir esos sentimientos. Se siente culpable y confundida. ¿Cómo podía sentir atracción por el hermano de la persona a la que amaba? Pero a medida que el tiempo pasa, esos sentimientos se vuelven cada vez más intensos. Cada vez que ve a Manu, su corazón late con fuerza. Busca cualquier excusa para estar cerca de él, para entablar una conversación. Sin embargo, sabe bien que no puede permitirse cruzar esa línea. La idea de traicionar al Loco la llena de horror.

La situación se torna cada vez más complicada. Daysy se siente atrapada en un triángulo amoroso del que no sabía cómo escapar. Por un lado, ama a su novio, su madre ya lo había aceptado y no quiere lastimarlo. Por otro lado, no logra negar los sentimientos que siente por Manu.

Una noche, durante una reunión familiar, Daysy y Manu se alejan de la muchedumbre. Es entonces cuando la tensión entre ellos se hace insoportable. Los ojos de ambos se encuentran y en ese instante, todo lo demás deja de importar. Se acercan lentamente, sus respiraciones se entrelazan y sus labios se unen en un beso apasionado, al parecer nadie los ve. El abrazo es duradero y las caricias son muchas.

En ese momento, Daysy se siente completamente culpable. Ha cruzado la línea y no había vuelta atrás. Sin embargo, también sabe que las consecuencias de sus actos serían devastadoras. Al pasar algunos días, una tarde en el restaurante. Manu y el Loco están sentados en una mesa, rodeados de amigos. La tensión en el aire casi puede olerse.

El Loco con voz burlona —¿Y tú, hermanito? ¿Qué tal te va con tus libros y tus teorías? ¿Ya descubriste la fórmula de la felicidad?

Con mucha calma y cinismo —La felicidad es algo muy subjetivo, Loco. No creo que exista una fórmula universal.

Riendo por sarcasmo —Claro que no, para ti la felicidad es sentarte en una esquina con un libro y no hablar con nadie. ¡Qué vida sencilla!

Los amigos intercambian miradas incómodas. Manu mantiene la calma, pero sus ojos brillan de ira contenida.

—Al menos mi vida no se basa en causar problemas y lastimar a los demás.

El Loco acercándose a Manu, amenazante —Ah, ¿no? ¿Y qué me dices de esa mirada que le echas a Daisy? ¿Crees que no me doy cuenta?

Retrocediendo ligeramente —No entiendo a qué te refieres.

Con voz baja y amenazadora —No te hagas el inocente porque el loco soy yo. Sé muy bien lo que sientes por ella.

La Pileta intenta calmar la situación, pero es inútil. La tensión aumenta cada vez más.

Enfrentando al Loco, su hermano —Daisy es tu novia, yo no cruzaría esa delicada línea.

Riendo a carcajadas —Es tu cuñada... ¡Ja! ¡Qué gracioso! ¿Y lo que yo he visto?

Con esta pregunta la Chueca se acercó incrédula a ver la situación cara a cara.

Manu se levanta de la silla, dispuesto a responder. Los amigos se ponen entre ellos, tratando de separarlos.

Pileta intercede de forma muy rápida porque está cerca —¡Chicos, basta! No se pongan así.

Juan Grande se toma una cerveza y escucha todo —¡Relájense! Esto no va a ningún lado.

La Chueca sabe lo que pasa, pero decide disimular —Epa hija, no entiendo lo que sucede aquí.

El Loco empujando a Juan Chiquito —¡Quítense de en medio! Quiero hablar con él a solas.

Manu mirando a el Loco fijamente —Hablaemos, pero no aquí.

Ambos hombres se dirigen hacia la salida, seguidos de cerca por sus amigos. La discusión continúa en la carretera, entre la hacienda y el restaurante.

El Loco va gritando —¡Eres un traidor! ¡Te crees mejor que todos nosotros!

Manu camina conteniendo la ira —Yo no estoy traicionando a nadie.

—¡Tú me estás traicionando a mí! ¡A tu familia!

—¡No me hagas reír! Tú eres el único que está causando problemas con este escándalo.

El Loco se abalanza sobre Manu, pero sus amigos logran sujetarlo a tiempo. Se produce un forcejeo, empujones y gritos.

Pileta nuevamente entra en la pelea —¡Basta ya! ¡Se van a matar!

Juan Grande no quiere estar en medio —¡Llaman a la guardia! Este esfuerzo hace que se sienta debilitado, las piernas le tiemblan, la respiración es rápida, disimula un poco y busca sentarse.

La tensión en el aire es impresionante, una electricidad que carga cada rincón de la oscura carretera donde Manu y Loco se enfrentan. Los dos luchadores, aunque hermanos de sangre, parecen ahora enemigos irreconciliables, cada uno con el corazón lleno de ira y deseo. El viento sopla con fuerza, agitando las hojas secas que cubrían el suelo, pero el sonido de sus respiraciones pesadas y su furia es lo único que se escucha.

Manu, con la mirada dura y rostro marcado por años de trabajo y lucha, da un paso al frente, los puños cerrados con fuerza. Su voz sale ronca, cargada de resentimiento. —No es tuya, Loco. ¡Nunca lo fue! grita, la rabia va impregnando cada palabra.

Loco, con expresión tensa y ojos incendiados por la furia, no retrocede. —¡Si ella me eligió a mí, es porque soy lo que tú nunca serás! responde, su tono va lleno de veneno, cada palabra como una daga lanzada al corazón de su hermano.

El primer golpe llega sin previo aviso. Manu, con toda su fuerza, lanza un puño directo al rostro de Loco, el impacto resuena en el aire, y el sonido de los nudillos chocando contra la piel retumba en la gente que los rodea. Loco, tambaleándose hacia atrás, escupe sangre, pero no se detiene. Su rabia solo crece, y con un rugido, se lanza hacia Manu, levantando el brazo en un intento de devolver el golpe.

Ambos hermanos, a pesar de su enemistad, se conocen bien. Cada movimiento es una mezcla de destreza y violencia, sus cuerpos chocan con el estrépito de la furia que los consume. Loco consigue conectar un puñetazo en el abdomen de Manu, dejándolo sin aliento, pero Manu, aprovechando la cercanía, le da un codazo en la mandíbula que lo hace perder el equilibrio.

El sudor corre por sus frentes como el Arol en invierno, la arena y el polvo de la calle se pegan a sus rostros ensangrentados mientras continúan peleando, el grito de su madre parece resonar en sus mentes, recordándoles que son familia, pero en ese momento, esa palabra no significa nada. Solo existe el deseo de ganar, de ser el elegido, el que recibiría su amor.

Manu, con el rostro retorcido por el dolor y la furia, levanta el brazo para golpear de nuevo, pero Loco, con una rapidez inesperada, lo esquivo y, con toda su fuerza, lo empuja contra la pared. El impacto es brutal, y Manu se desploma momentáneamente, pero su mirada aún arde con el fuego de la pelea.

Los dos hermanos respiran entrecortadamente, sus cuerpos lucen cubiertos de golpes y heridas, pero ninguno está dispuesto a ceder. La pelea continua, un caos de puños y empujones, como si el amor de la mujer que ambos desean fuera la única razón por la que aún están vivos. Cada golpe, cada insulto lanzado al aire, solo profundiza la herida entre ellos, haciendo que la línea entre el amor y el odio se desdibuje por completo.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, ambos se detienen, exhaustos y cubiertos de sangre. La victoria, si es que hay alguna, parece vacía, porque en ese momento, los dos saben que no solo se están golpeando físicamente, sino también rompiendo algo mucho más profundo, su lazo de hermanos.

Finalmente, consiguen separar a los dos hermanos. Manu se aleja, visiblemente afectado. El Loco se queda allí, gritando insultos.

El Loco le grita con rabia —¡Eres un cobarde! ¡Nunca serás como yo!

Sin volverse, Manu gira —¡Que bueno!

Manu se marcha, dejando a El Loco y a sus amigos en la calle. La noche se cierne sobre ellos, y el futuro de su relación parece más incierto que nunca.

Esa misma noche durante la pelea...

La noche en la Hacienda de Parrita es fresca y serena. Hay un cielo estrellado y se ve la luz de las luciérnagas, mientras la luna baña la laguna principal con su suave luz. En una de las mesas de madera del patio, cuatro amigos se han reunido para una partida de dominó, Chucho, el más viejo y siempre dispuesto a la diversión; Polo, el más experimentado, con una estrategia infalible; Parrita, el dueño de la hacienda, un hombre tranquilo y observador; y Toruno, el muchacho, cuya mente siempre estaba en otro mundo.

Parrita limpia la mesa —Bueno, muchachos, ¿Quién se atreve a enfrentarme esta noche? Mi racha ganadora sigue intacta.

Polo con una sonrisa —No te confíes, Parrita. Hoy vengo preparado para darte una sorpresa.

Chucho le hace señales a Polo —¡Yo quiero jugar contigo, Polo! A ver si le gano una partida.

Toruno mirando sus fichas —Yo solo quiero que me dejen en paz y me dejen pensar.

La partida comienza con una tensión palpable. Cada ficha colocada es analizada con detenimiento. Chucho, impulsivo como siempre, comete varios errores al principio, pero no se desanima. Polo, por su parte, juega con una calma que desconcierta a sus oponentes. Parrita, con su experiencia, mantiene una distancia prudencial, esperando el momento oportuno para atacar. Toruno, aunque parece distraído, de vez en cuando sorprende a todos con una jugada maestra.

A medida que avanza la partida, la tensión aumenta. Las apuestas se hicieron en la paga de cervezas por parte del perdedor, también está en juego el orgullo. Chucho y Polo se enfrentan en una batalla encarnizada, mientras Parrita y Toruno observan parados a su lado, esperando su momento. Cuando parece que Polo va a ganar la partida, Toruno hace una jugada inesperada. Con el blanco y dos, cierra el juego, todos se quedan esperando que mostraran las fichas. Polo se levanta celebrando la victoria mientras tiraba su ficha, Toruno todavía guarda silencio, cuando ve la ficha de su rival, silenciosamente muestra su blanco y uno que atesoraba tranquilo.

Chucho se lleva las manos a la cabeza —Pero ¿Cómo? ¡No puede ser!

Polo sorprendido se pone las manos en la boca —No lo puedo creer.

Parrita sonriendo —Vaya, Toruno. Nos has sorprendido a todos.

Después de la partida, los amigos continúan charlando hasta altas horas de la noche. Comparten las cervezas y consejos del dominó. La noche en la Hacienda de Parrita ha sido mágica, por ahora. Después de la emocionante partida de dominó, Chucho y Toruno deciden que la noche aún no ha terminado. Con una energía renovada, proponen ir a pescar en el Arol. Parrita y Polo, exhaustos por la partida, declinan la invitación, dejando el camino libre para que los dos disfruten de una noche mojada.

Antes de partir, Chucho y Toruno se dirigen a la cocina de su casa para preparar un pequeño bocado. Mientras preparan los alimentos, charlan sobre sus planes para la noche.

Con orgullo por su hijo —¡Esta noche va a ser buena, Toruno! Pescaremos los bocachicos más grandes del río.

—Eso espero, papá. Pero recuerda, la paciencia es la clave en la pesca.

Con sus provisiones listas, los pescadores cargan sus redes y cañas de pescar y se dirigen hacia el Arol. El camino es oscuro y lleno de obstáculos, pero la emoción de la aventura los mantiene en movimiento.

Al llegar al río, encienden una fogata para iluminar el lugar. El sonido del agua corriendo y la luz de las llamas crean una atmósfera relajante. Extienden una sábana sobre la arena y comienzan a pescar.

Toruno contemplando el río —¿Te acuerdas cuando era un niño y solía venir aquí a nadar?

—¡Claro que sí! ¡Cuántas aventuras hemos vivido en este río!

Mientras pescan, comparten historias y anécdotas de su infancia. Recuerdan las travesuras que había hecho Toruno, los secretos que habían compartido y los sueños que habían tenido.

De repente, la caña de pescar de Toruno comienza a moverse con fuerza. Con un grito de emoción, inicia la lucha contra el pez. Después de varios minutos de tensión, logra sacarlo del agua. Es un pez enorme, mucho más grande de lo que habían imaginado.

— ¡Increíble, Toruno! ¡Ese pez es monstruoso!

Sin aliento —Creo que tendremos que regresar a casa para pesarlo.

Mientras admiran su captura, escuchan unos ruidos extraños provenientes del bosque. Deciden investigar y, con una linterna en mano, se adentran en la espesura. Después de caminar unos metros, se encuentran con una pequeña cueva. Al entrar, descubren unas imágenes que representaban a un animal conocido.

— ¡Mira esto, Toruno! ¿Qué crees que es?

— No tengo ni idea. Parece una especie de Lapa.

— Debes aprender mucho todavía. Es un Picure,⁴² mi pequeño.

42 Roedor pequeño parecido a la Lapa.

Ya cansados, se van a dormir. Chucho se mete a su hama-ca, pero Toruno abre un gran hueco en la orilla y se entierra en este dejando solo la cabeza por fuera.

Antes de dormir, los pensamientos vienen a Toruno.

Toruno está solo en la orilla, mirando las estrellas. Se encuentra pensando, la amo más que a nada en el mundo. Pero ¿será capaz de soportar la vida que llevo? El Arol es mi hogar, pero también es un lugar peligroso. ¿Podrá entender mi necesidad de libertad?

Flashback

Toruno y la Catira discutiendo sobre los peligros de su trabajo en el río.

Tengo miedo de perderla. Se dice como un filósofo, pero el sueño lo vence.

La siguiente noche...

—¡Oye, hijo!, dice Chucho, guiñando un ojo, ¿Qué tal si vamos a tomar un par de cervezas a la Gocha?

Toruno sonríe, encantado por la propuesta. —Claro, papá, ¿Por qué no? Hace tiempo que no vamos juntos.

En pocos minutos, ambos se encuentran cruzando el puente, desde allí miran las maravillas del Arol, la vista desde el puente es grandiosa, pueden ver el alba y el ocaso desde el mismo sitio, luego llegan a un pequeño lugar conocido por sus cervezas frías y su ambiente acogedor en el patio de la Gocha. Encuentran un lugar vacío y piden dos cervezas bien frías. Mientras las saborean, comienzan a conversar sobre todo tipo de temas: el trabajo, la familia, el fútbol, la vida en

general. Las risas y las anécdotas llenan el ambiente, creando una atmósfera de camaradería y complicidad entre padre e hijo. Toruno se siente feliz de compartir este momento con su padre, de poder disfrutar de su compañía y de su sabiduría. Chucho le cuenta anécdotas de cuando era policía.

Toruno y Chucho se encuentran en un rincón del patio de La Gocha, charlando animadamente. La Gocha, con su sonrisa silenciosa, se acerca a ellos para tomar la orden de otra ronda.

—Y para ustedes, señores, ¿lo de siempre?, pregunta con su voz suave y melodiosa.

—Así es, Gocha. Dos cervezas, por favor, responde Chucho, guiñándole un ojo.

La Gocha suelta una risita. —Enseguida se las traigo. Y dime, Toruno, ¿Cómo te va en el colegio?

Toruno se sorprende un poco por la pregunta tan rara para el momento, pero le devuelve la sonrisa. —Todo bien, Gocha, gracias por preguntar. Bastante ocupado, como siempre.

—”Ya veo”, responde ella, acercándose un poco más a Toruno mientras le entrega la cerveza. —”Si necesitas un descanso, ya sabes dónde encontrarme.

Toruno siente un ligero rubor en las mejillas ante la insinuación de la Gocha. Chucho, que había estado observando la escena con una sonrisa pícara, tose disimuladamente.

—Bueno, bueno, no se pongan así de cariñosos delante de mí, bromeó Chucho, aunque en el fondo estaba disfrutando de la situación.

La Gocha se echó a reír. —Ay, Chucho, ¡No te pongas celoso!

A lo largo de la noche, la Gocha continuó coquetean-do sutilmente con Toruno, lanzándole miradas cómplices y haciendo comentarios que lo ponían nervioso. Toruno, aunque halagado, no sabe muy bien cómo reaccionar. A medida que avanza la noche, la conversación se vuelve más profunda. Chucho le da consejos a Toruno sobre la vida, sobre cómo tomar decisiones difíciles y sobre cómo en-frentar los desafíos que se le presentarán con las mujeres. Toruno escucha con atención, valorando las palabras de su padre.

Cuando llega la hora de irse, Toruno y Chucho se des-piden de la Gocha con una sonrisa en el rostro. Se habían divertido mucho y han compartido un momento especial juntos. Al regresar a casa, Toruno se siente agradecido por tener un padre como Chucho. Sabe que podía contar con él para cualquier cosa, y que siempre estaría ahí para apo-yarlo y guiarlo.

XVIII



El regreso del hijo prodigo

A la mañana siguiente...

La noticia del regreso de Colla se propaga en el aire por la población como un rayo. El hijo mayor de Chucho, aquel joven aventurero que había decidido abandonar el hogar familiar para buscar fortuna en las aguas del río, había vuelto. Su ausencia había dejado un vacío en el corazón de su padre.

Cuando Colla aparece en el puerto, bronceado por el sol y con una mirada más madura, es recibido con una mezcla de alegría y asombro. Chucho lo abraza con fuerza, sintiendo un nudo en la garganta. Los años habían pasado, pero el amor de padre e hijo seguía siendo el mismo.

Teté es siempre el primero en avisar la presencia de visitas —¡Olla! Ruuuu ¡Colla! ¡Colla!

Chucho lo ve sin moverse, la emoción no le permite reaccionar, está en shock probablemente —¡Colla, hijo mío! ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Cómo has estado?

Sonriendo y con cara de contento —Muy bien, papá. He vivido muchas aventuras. He atrapado peces más grandes de lo que puedas imaginar y he conocido gente maravillosa.

Colla les cuenta a todos las historias de sus viajes. Habla de los caños caudalosos que había navegado, de las tribus indígenas que había conocido y de los animales exóticos que había visto. Sus relatos cautivan a todos los que lo escuchan. Aprovechan para actualizarlo en las novedades, incluyendo la reciente, la cortada en la cabeza de su hermano menor y la novia del Toruno.

Para celebrar el regreso de Colla, Chucho organiza junto a la Mora una gran fiesta en la casa. Invita a todos los vecinos y amigos, y preparan una comida especial, Lapa en coco. Durante la fiesta, Colla se convierte en el centro de atención. Todos quieren escuchar sus historias y conocer sus aventuras. Durante la fiesta, Colla saca de su mochila un objeto envuelto en un paño. Con gran emoción, lo desenrolla y revela una hermosa escultura de madera. Es una representación de un pez gigante que había capturado en el río.

— Este pez fue el más grande que he pescado. Quise traerlo como un regalo para ustedes.

Chucho está conmovido —Hijo, es una obra de arte.

La escultura es admirada por todos los presentes. Es evidente que Colla había desarrollado un talento artístico durante sus viajes. Después de la fiesta, Colla decide quedarse a vivir con su padre unos días. Se siente feliz y a gusto de estar rodeado de su familia y de sus amigos.

Por las noches, Colla suele sentarse en la orilla del río y contemplar las estrellas. Recuerda sus aventuras y sueña con nuevas. Sabe que su vida había cambiado para siempre, pero está profundamente agradecido por todas las experiencias que había vivido.

Los días posteriores a la inesperada victoria de Toruno en la Hacienda de Parrita son de una tensión palpable. Parrita, el experimentado jugador, no puede sacarse de la cabeza la derrota. Su orgullo había sido herido, y estaba decidido a recuperar su título imaginario de campeón.

Mirando a Toruno —Te advierto, Torunito, que esta vez no tendrás tanta suerte.

Toruno sonriendo por la picardía —Siempre hay una primera vez para todo, Parrita.

Polo pone más picardía —Yo creo que deberíamos hacer una apuesta un poco más interesante esta vez. ¿Qué les parece?

Chucho no lo piensa dos veces —¡Cuenta conmigo!

La propuesta de Polo entusiasma a todos. Se deciden por una apuesta que involucra una botella de un ron muy especial que Parrita guarda celosamente.

Los días previos a la revancha fueron de intensa preparación. Cada uno de los jugadores estudió nuevas estrategias, Parrita practicó durante horas y hasta consultó con otras personas. La tensión es palpable en el ambiente. La noche de la revancha llega por fin. El patio de la hacienda está iluminado por faroles, creando una atmósfera de mis-

terio y emoción. Los cuatro amigos se sientan alrededor de la mesa, listos para la batalla.

Desde el principio, la partida es muy reñida. Ninguno de los jugadores quiere cometer un error. Parrita juega con cautela, tratando de evitar las sorpresas de Toruno. Polo y Chucho se alían temporalmente para intentar eliminar a Toruno de la partida.

Cuando parece que Parrita va a recuperar su ventaja, Toruno hace una jugada audaz y arriesgada. Coloca la doble seis que parecía bloquear a todos sus oponentes. Sin embargo, Parrita, con una calma sorprendente coloca la seis y uno, era el seis que le faltaba a Toruno. La partida llega a su clímax con solo unas pocas fichas en la mesa. Parrita y Toruno son los únicos jugadores que quedan. Cada movimiento es crucial. Finalmente, después de un largo rato de concentración, Parrita coloca su última ficha, el doble blanco. Había ganado.

—Creo que te apaleé. Grita sonriendo.

Con una sonrisa —Felicitaciones, Parrita. Eres el mejor.

Después de la partida, los amigos celebran con un par de tragos. A pesar de la rivalidad, el ambiente es de camaradería. Se dan cuenta de que lo más importante era disfrutar de la compañía de los demás.

Algunas noches después...

El río Arol, siempre generoso en sus regalos, se ha convertido en el escenario perfecto para el encuentro entre Toruno y la Catira. La noche es cálida y húmeda, y la luna

llena baña el agua con su suave resplandor.

La noche se cierne sobre el río, un manto oscuro que apenas es quebrado por los destellos de luz de los relámpagos lejanos, iluminando el cielo con una intensidad efímera. La vegetación a su alrededor parece respirar con el viento suave que acaricia las hojas de los árboles, susurros que se mezclan con el murmullo del agua. La luna, como un faro en el cielo, arroja su luz plateada sobre la superficie del río, haciendo que las aguas brillen con destellos plateados, como si el mismo río estuviera cubierto de diamantes.

Catira y Toruno están allí, al borde del agua, el aire pesado con la fragancia de la tierra mojada y la frescura que solo la noche puede traer. Él la observa en silencio, su rostro iluminado por la luz lunar, pero sus ojos son un mar de emociones que solo ella parece entender. Ella, de pie junto al río, siente el susurro del viento entre sus cabellos, la sensación del agua fría que se filtra entre sus pies descalzos, y el ardor de una conexión que la envuelve sin que pudiera escapar.

Toruno, con sus manos callosas por el trabajo y su mirada profunda, se acerca lentamente, el sonido de sus pasos apenas perceptible sobre la arena suave que cruje bajo sus pies. Catira giró hacia él, su mirada cargada de deseo contenido, y un leve suspiro escapa de sus labios cuando sus cuerpos estuvieron tan cerca que el calor de uno se funde con el del otro.

La vegetación a su alrededor parece disolverse en la oscuridad, solo ellos dos existen ahora en este rincón del mundo. El río, eterno y sereno, parece observarlos en silen-

cio, como si el tiempo mismo se hubiera detenido para permitirles ese instante. Una corriente suave acaricia la orilla, arrastrando pequeñas olas que chocan suavemente contra la arena.

Toruno, sintiendo la cercanía, toma su mano con delicadeza, como si temiera que el más leve movimiento pueda romper la magia del momento. Catira, con una sonrisa apenas visible en la penumbra, levanta la vista hacia él, sus ojos reflejando el brillo de las estrellas que parecen más cerca esa noche. —¿Alguna vez has visto el mundo como lo vemos ahora?, murmuró ella, su voz es suave como un susurro del viento.

Él niega con la cabeza, sin palabras, pero sus labios se acercan a los de ella, la distancia entre ellos se desvanece. La piel de Catira arde al contacto, el calor de su cuerpo se mezcla con la frescura del río, y cada caricia, aunque sutil, era una promesa no dicha. La luna, como testigo de su encuentro, baña sus cuerpos con una luz suave y etérea, y el sonido del agua, las hojas moviéndose con la brisa, se funde con el latir de sus corazones, que resuenan al unísono.

El viento, que antes era fresco, parece ahora más cálido, como si el universo entero estuviera celebrando este momento fugaz. La arena bajo sus pies se siente húmeda, como si la tierra misma les diera la bienvenida a su encuentro. Toruno pasa su mano por la mejilla de Catira, su toque suave pero firme, como si estuviera buscando algo más que el simple roce de la piel. Ella cierra los ojos, sintiendo la vibración de su cercanía, la electricidad que salta entre ellos como un rayo perdido en la oscuridad.

Las estrellas, tan lejanas y tan cercanas al mismo tiempo, parecen ser las únicas testigos de la pasión contenida entre ellos. Y el río, en su eterno fluir, los abraza en su secreto, llevando consigo las palabras no dichas, pero comprendidas en el silencio de la noche.

Toruno extendiendo su mano —¿Vienes?

Sonriendo —No me harás caer, ¿verdad?

—No si te aferras a mí.

La Catira duda un instante, pero luego toma la mano del Toruno y se zambulle en el agua. El río los envuelve en un abrazo fresco y refrescante. Nadan juntos, sintiendo la libertad que solo el agua puede brindar.

Catira rompe el silencio —¿Recuerdas cuando hace meses que nos escondíamos aquí para escapar de nuestros padres?

— Claro que sí. Este río ha sido nuestro confidente desde siempre.

—Siento que nunca hemos dejado de amarnos. Mirándolo a los ojos.

Toruno sonrío y acerca su rostro al de ella. Sus labios se rozan suavemente, en un beso que promete mucho más. Se besan con pasión bajo la luz de la luna, con una intensidad que los sorprende a ambos.

— Catira, eres todo lo que siempre he querido.

—Y tú, Toruno, eres mi refugio. Dice suspirando.

Se alejan lentamente, sin dejar de mirarse. El agua los abraza como una manta, aislándolos del mundo. De repente la ropa de la Catira vuela hasta la orilla, Toruno se acerca

y comprueba que el cuerpo solo es cubierto por el Arol, ella lo abraza con las piernas y se forman olas circulares concéntricas donde ellos son el centro. Una luz intermitente los alumbra, es el rayo fijo del oeste.

Toruno le susurra al oído —¿Te gustaría quedarte aquí conmigo esta noche?

—Me encantaría. Le dice en el oído también.

Se tumban sobre la arena del río, mirando hacia el cielo estrellado. La conversación fluyó con facilidad, hablando de sus sueños, sus miedos y sus esperanzas.

La Catira lo interroga —¿Qué harías si pudieras tener cualquier cosa en el mundo?

—Viajar por el mundo contigo. Explorar cada rincón del planeta y crear recuerdos inolvidables.

—Me encantaría. Y tú, ¿Qué harías por mí?

—Cualquier cosa. Te daría el mundo si pudiera.

Un silencio cómodo y hermoso se instala entre ellos. La única interrupción es el sonido del agua y el canto de los grillos. Catira se acurruca más cerca de Toruno, buscando su calor. Él se posa encima en un tango romántico y horizontal de varios minutos donde solo importan los besos, la arena los envuelve en esta ocasión. Al igual que la tierra seca recibe la lluvia en su primer suspiro, así la suavidad del instante quebró lo que hasta entonces había permanecido intacto. Para ella es su primera vez, el dolor es placentero, en su mente es perfecto, lo ha deseado por mucho tiempo. Era como la primera vez que se cruzaba el umbral de una

puerta cerrada, un paso más allá de lo conocido, hacia un terreno inexplorado donde las sombras y la luz se entrelazan con la promesa de algo nuevo.

Catira continúa con el interrogatorio —¿Crees que algún día nos casaremos?

Toruno mirándola con ternura —Si tú quieres, me casaría contigo mañana mismo.

Catira sonríe y cierra los ojos. Se siente segura y protegida en los brazos de Toruno. Ahora ella sube sobre él donde hurga su cintura hasta el cansancio. Luego jadeando se quedan uno al lado del otro sin dejar de mirarse, de besarse, de amarse, Toruno nunca se había sentido así, pleno, amado, en la gloria. Por su lado, para ella esta locura es el nirvana, se siente en éxtasis, en el cielo. Para él es mucho más que especial, es un compromiso.

Cuando los primeros rayos de sol comienzan a iluminar el cielo, Toruno y Catira se levantan de la playa. Están cansados pero felices. Se habían entregado el uno al otro por completo.

Toruno la ve fijamente a los ojos —Nunca olvidaré esta noche.

—Yo tampoco. Dice sin gestos en la cara para mostrar la seriedad del asunto.

Caminan de regreso a sus casas, mirándose a lo lejos. La luz de la luna baña sus rostros, iluminando sus sonrisas. Se convencen de que su amor es y será algo especial, algo que vale la pena luchar.

A la mañana siguiente...

La idea de emprender un viaje en canoa por el río había rondado en las mentes de Juan Chiquito y el Pato desde hacía unos días. Ambos compartían una pasión por la naturaleza y la aventura, y el río, con sus aguas torrentosas y su abundante vida silvestre, es el escenario perfecto para una escapada. Durante horas, Juan Chiquito y el Pato se dedican a preparar todo lo necesario para su viaje. Reparán la vieja canoa de madera donde Juan Chiquito y Juan Grande pescaban muy seguido en ella, compran a Caraota unas provisiones para tres días, y empaican sus equipos de pesca.

— ¡Creo que ya tenemos todo listo, Pato! ¿Qué te parece si mejor partimos mañana al amanecer?

— ¡Excelente idea, Juan Chiquito! Estoy ansioso por ver qué nos depara el río.

Al amanecer, Juan Chiquito y el Pato cargan la canoa y se adentran en el río. El agua está fría y calma, reflejando los primeros rayos del sol. Con la ayuda del motor, bajan lentamente, disfrutando del paisaje y de la tranquilidad del lugar.

A medida que avanzan, el río se hace más estrecho y las paredes de los acantilados más altas. La vegetación era exuberante, con árboles centenarios que se inclinan sobre el agua. De vez en cuando, ven alguna que otra ave acuática o un pequeño mamífero que se asoma entre las ramas.

— ¡Mira, Juan Chiquito! ¡Un canario!

— ¡Es hermoso! Nunca me canso de ver estas aves.

Al llegar a una curva del río, se encuentran con una pequeña cascada. Deciden amarrar la canoa y explorar la zona. Mientras exploran, escuchan unos ruidos extraños provenientes de la espesura. Con cautela, se acercan a la fuente del sonido y descubren una pequeña cueva.

Dentro de la cueva, encuentran un comedero de Lapa, se imaginan una escena de caza. Están tan maravillados por el descubrimiento que deciden pasar la noche allí para tratar de cazar una Lapa.

Juan Chiquito visiblemente maravillado —¡Esto es increíble! ¿Qué crees que significan estos sonidos de las aves?

— No lo sé, pero son muy bonitos. Tal vez algún día podamos descifrar su significado.

Polo le pasa por el lado en su canoa, pero con una velocidad mínima con la intención de saludar. Juan chiquito le pide un Tabaco y de inmediato se lo lanza hasta la orilla, pues tiene uno en un pote seco en la popa. Solo da tiempo para que se escuche ¡Gracias!

Esa noche, Juan Chiquito y el Pato se acurrucan dentro de la cueva, mirando las estrellas a través de la pequeña abertura. La noche es cálida y tranquila. En la mente del Pato entra la idea de su amante.

Pato intenta hacer conversación —¿Te acuerdas de cuando fuimos a pescar al Roto Vázquez y contábamos historias de miedo alrededor de la fogata?

— ¡Claro que sí! ¿Quieres que te cuente una? Mientras enciende su puro, el mismo que antes le había dado Polo.

Mientras en casa de Palanquero...

Palanquero, abrasado por el sol, siempre había sido un tipo tranquilo. Su relación con la Gorila, su mujer desde hacía algunos años, él es un hazme reír de todos, pero nadie se atreve a decirlo. Juntos habían construido una vida sencilla, rodeados del bosque y de sus dos hijos. Sin embargo, últimamente, algo para él había cambiado en el atmósfera familiar. Una sombra de desconfianza había comenzado a aparecer en su conciencia.

Todo se origina con un simple detalle, una sencilla cadenita de oro de pocos quilates que la Gorila llevaba en la muñeca, una joya que nunca antes había lucido. Palanquero se la había regalado por su último aniversario, un detalle por su amor. Pero ahora, esa cadena le parecía un objeto extraño, casi ajeno a su mujer. Al principio, Palanquero trata de ignorar sus sospechas. Atribuye su inquietud al cansancio o al estrés de la pesca. Pero la duda, una vez sembrada, crece lentamente. Comenzó a prestar atención a los detalles que antes pasaba por alto, como las salidas nocturnas que justificaba con excusas cada vez más poco creíbles.

Esa noche, mientras la Gorila dormía, Palanquero revisa a escondidas algunas cosas de la casa. No encuentra nada concluyente, pero la sospecha se había convertido en certeza. Decide seguirla como detective privado de televisión. Recordando, una noche la vio salir de casa, ella confiada creyó que él pescaba. La sigue a escondidas hasta la Campesina. Allí, la ve hablando animadamente con un hombre joven, no es desconocido para Palanquero. Los ve reír, to-

carse la mano... El corazón de Palanquero se llena de un dolor agudo. Pero no actúa como un salvaje y aguanta callado.

Al día siguiente, Palanquero confronta a Gorila. La discusión es violenta, llena de reproches y acusaciones. Gorila niega todo al principio, pero ante la insistencia de su marido, finalmente confiesa. Había estado viendo a otro hombre desde hacía varios meses, era el Pato. Palanquero se siente traicionado y humillado. Su mundo se había derrumbado. Durante días, se encierra en sí mismo, incapaz de superar el suplicio. Sus hijos, al ver a su padre tan cambiado, se asustan. Después dos días de amargura, Palanquero tiene que tomar una decisión. ¿Perdonaría a Gorila o pondría fin a su relación? Por un lado, el amor que siente por ella aún es intensa. Por otro lado, la traición ha dejado una herida profunda en su corazón.

Después de hablar con algunos amigos, Palanquero decide darle una segunda oportunidad a su mujer. Pero no sería fácil. Tendrían que reconstruir su relación desde cero, y eso requeriría tiempo y esfuerzo por parte de ambos.

Los primeros días son realmente muy difíciles. La desconfianza seguía presente, y las heridas tardaban en cicatrizar. Pero poco a poco, gracias a los detalles románticos y al compromiso de ambos, la relación comenzó a mejorar. Palanquero aprende a perdonar, y Gorila a ser más discreta.

Sin embargo, las secuelas de la infidelidad se hacen sentir durante mucho tiempo. Los amigos nunca olvidaron lo sucedido, y la pareja siempre tiene que lidiar con las miradas indiscretas y los comentarios malintencionados.

Pero una noche particular, él no fue a pescar como siempre, recordando todo lo sucedido la rabia lo ciega. La despierta con gritos.

— ¡Gorila! Estoy harto.

— Ok Palanquero, ¡Ya está bueno! necesito decirte algo que llevo tiempo guardando dentro. Sé que va a ser difícil, pero me siento liberada al fin de poder hablar contigo con sinceridad.

Con la mirada fija en el horizonte —Dime, Gorila.

— Recuerdas cuando te confrontaste por Pato... Bueno, la verdad es que nunca dejé de verlo. Sé que fue una terrible traición y te pido perdón de nuevo.

Palanquero voltea a mirarla, sorprendido —¿Sigues viéndolo?

— Sí, lo sé, es horrible. Pero quiero que sepas que nunca dejé de amarte a ti. Pato fue como una distracción, una manera de escapar de mis problemas. Pero ahora me doy cuenta de que lo que realmente quiero es no estar contigo.

Palanquero con la voz temblorosa —¿Por qué? Después de todo lo que me has hecho pasar...

— Porque eres mi vida, Palanquero. Contigo he construido una familia, una vida. Y me arrepiento profundamente de haberte lastimado. Pero quiero que me den otra oportunidad ser feliz.

Palanquero hace un silencio —Esto es mucho más de lo que esperaba escuchar.

— Sé que es difícil de creer, pero es la verdad. Quiero dejarte para dedicarme por completo a una nueva relación con él.

La conversación sigue en el porche, pero el ambiente se ha vuelto más tenso y pesado.

Palanquero con la voz entrecortada —Gorila, me has mentido tantas veces.

— Lo sé, y te pido perdón. Pero esta vez es diferente. Con Pato he encontrado algo que nunca tuve contigo.

Con los ojos llenos de dolor —¿Y qué es eso? ¿Una aventura pasajera?

— No, Palanquero. Con Pato me siento comprendida, valorada. Es algo que nunca sentí contigo.

Palanquero se levanta de la silla, furioso —¡Así que eso es todo lo que significó para ti! ¿Un simple objeto que puedes cambiar cuando te aburre?

— No es así, Palanquero. Te quiero, pero también quiero ser feliz. Y con Pato soy feliz.

Con voz baja resuelve —Entonces vete. Vete con tu felicidad.

Gorila con los ojos llenos de lágrimas —Sé que esto te duele, y me duele a mí también. Pero no puedo seguir viviendo así.

Él se acerca a ella y la toma de los hombros —Gorila, ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Asintiendo con la cabeza —Sí, estoy segura.

Mientras tanto el Pato viaja por el río con Juan Chiquito. A medida que avanzan, el río se vuelve más turbulento. Las corrientes son más fuertes y las rocas afloran en la superficie del agua. Juan Chiquito y el Pato tienen que remar

con todas sus fuerzas para mantener la canoa en el curso correcto.

De repente, una fuerte ráfaga de viento hace que la canoa se tambaleara. El agua comienza a entrar por una pequeña grieta. Juan Chiquito y el Pato trabajan juntos desesperadamente para taponar la grieta con sus ropas.

Pato grita con miedo —¡Creo que tenemos que buscar un lugar para hacer una pausa!

— ¡Estoy de acuerdo! Necesitamos reparar la canoa antes de que sea demasiado tarde.

Después de remar durante varias horas, encuentran un pequeño claro en la orilla del río. Allí, amarran la canoa y comienzan a reparar la grieta. Mientras trabajan, disfrutan de un almuerzo ligero y contemplan el hermoso paisaje. Al final del quinto día, Juan Chiquito y el Pato llegan de vuelta a su punto de partida. Están cansados pero felices. Habían vivido una aventura inolvidable y habían creado recuerdos que atesorarían por siempre.

Juan Chiquito se siente satisfecho —¡Ha sido una aventura increíble, Pato!

— ¡Estoy completamente de acuerdo! Nunca lo olvidaré.

Al despedirse, se fueron a casa, pero de camino se enteraron...

Palanquero había llegado a un punto de no retorno. El dolor de la traición era una herida abierta que no cicatriza. La idea de compartir su vida con Gorila, después de todo lo ocurrido, se le hace cada vez más insoportable. Esa noche,

bajo la luz tenue de la luna, toma una amarga y difícil decisión: se irá él, así le deja la vivienda su amada.

Prepara una pequeña maleta con lo esencial y deja una nota sobre la mesa de la cocina. En ella, simplemente escribió: “Me voy y no me busques”. Sabe que Gorila se sentiría herida, pero en ese momento, su propio bienestar es lo más importante.

Al alba, el pueblo despierta con la noticia de que la ausencia permanente de Palanquero será pronto. Los rumores se esparcen como rayos, y todos tienen una opinión al respecto. Algunos lo juzgan por querer abandonar a sus hijos, otros lo comprenden y lo apoyan.

Mientras tanto, Pato que regresa de la aventura con Juan Chiquito aun no entera de las noticias. La emoción de la aventura ha comenzado a desvanecerse y la idea de su relación de trío con Palanquero vuelve a la superficie. Antes de llegar a casa ve que la canoa del marido de su amante no está en el puerto, decide desembarcar allí, encontró a la Gorila llorando, no dice nada, pero le entrega una nota que ella había encontrado sobre la mesa. Su corazón se acelera al leer las palabras de Palanquero.

Sin pensarlo dos veces, Pato sale en busca de Palanquero. Lo encuentra en la carretera, a punto de abordar un autobús con destino desconocido.

— ¡Palanquero, espera!

Palanquero se volvió, sorprendido. Sus ojos se encontraron con los de Pato, llenos de sorpresa y confusión.

— ¿Qué haces aquí?

— Me enteré de que te ibas. ¿Adónde vas?

— A empezar una nueva vida. Lejos de todo esto.

— ¿Y Gorila? ¿Qué será de ella?

— Eso... eso ya no es asunto mío. Yo solo quiero alejarme de todo este dolor.

— Palanquero, sé que te hice mucho daño. Pero yo la quiero.

Palanquero con una sonrisa amarga —El amor no es suficiente, Pato. A ti también te lo hará.

La partida de Palanquero ha dejado un vacío en la vida de Gorila. Al principio, se ve perdida y culpable. Pero poco a poco, comienza a darse cuenta de que su relación amorosa con él había sido más una obligación que una elección. Con Palanquero, su vida había sido monótona y predecible. Ahora, se sentía libre para explorar nuevas posibilidades.

El pueblo, al principio, la juzga por su infidelidad y por la partida de Palanquero. Sin embargo, con el tiempo, la gente comienza a comprenderla. Vieron en ella a una mujer que buscaba su propia felicidad, y aunque no están de acuerdo con sus métodos, respetan su decisión. La Gorila empieza a frecuentar los bailes de Kruza, así como la campesina más frecuente, donde conoce a hombres que la hacían reír y sentir viva. Al principio, son solo aventuras de una noche, pero pronto se da cuenta de que disfruta de la compañía masculina variada. Se siente deseada y apreciada de una manera que nunca antes había experimentado.

Uno de esos hombres es por supuesto el Pato, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, Gorila se dio cuenta de que las aventuras de una noche no la llenan por completo. Extrañaba la estabilidad y la seguridad que creía haber tenido con Palanquero. A pesar de su atracción por el Pato, sentía un vacío en su corazón.

Una noche, mientras baila con el Pato, ve a lo lejos a Palanquero. Se halla sentado en un bar, observándola con tristeza. Gorila se queda paralizada. Se siente culpable y confundida. ¿Había cometido un error al dejarlo? ¿Había encontrado realmente la felicidad?

Al día siguiente...

El sol aún no ha alcanzado su cenit cuando Colla y Toruno, inician su travesía río arriba. Colla, el mayor, es ya un hombre con mucha experiencia, con las manos ásperas por años de trabajo en el campo y el río. Toruno, por su parte, es aún un adolescente lleno de energía y una imaginación desbordante.

—¡Vamos, Toruno! ¡El río nos espera! exclama Colla, golpeando con entusiasmo el costado de la canoa.

Toruno, con ganas de aprovechar cada momento con su hermano, porque sabe que pronto se iría, se sube a la embarcación con emoción. Su mochila contiene una linterna, una brújula que nunca usaba, algunos tabacos, fósforos y algunos panes dulces.

—¡Hoy vamos a pescar el Paletón más grande del río! anuncia Toruno con aire triunfal.

Colla suelta una carcajada. —¡Claro que sí, Torunito! Pero primero, tenemos que remar. Y no te olvides de llevar el cuchillo y el machete.

—Ruuuu ¡Agua! ¡Olla! ¡Torunito! Grita en el puerto el loro.

El viaje se origina tranquilo. El río serpentea entre la exuberante vegetación, y el canto de las aves acompaña el suave chapoteo de los remos. Colla, con su experiencia en la Atarraya siempre la lanza, mientras el timonel como siempre es Toruno.

—¡Creo que siento un tirón de algo grande! exclamó el atarrayero, tirando de la cuerda con todas sus fuerzas.

Colla observa con una sonrisa la lucha de su hermano para mantener el Sufrimiento tranquilo mientras él intenta sacar la red del agua. A medida que avanzan, el río se hace más estrecho y la corriente más fuerte. Toruno, emocionado, comienza a contar historias fantásticas sobre las aventuras de pesca con Guaguao.

—Dicen que por aquí vive una serpiente de agua, es gigante, cuentan que puede tragarse una canoa entera, afirma Toruno con ojos muy abiertos.

Colla, sin dejar de limpiar la atarraya, responde con una sonrisa burlona. —¡Claro que sí! Y también dicen que yo soy el presidente.

Toruno se queda pensativo. —¿Y tú no crees que es cierto?

—Quién sabe, Toruno. Quién sabe...

De repente, una sombra se desliza bajo el agua. Toruno suelta un grito y se agarra con fuerza al borde de la canoa.

—¡Un monstruo! ¡Un monstruo! gritó, señalando hacia el agua.

Colla mira hacia donde señala su hermano y soltó un grito. —¡Tranquilo, Toruno! No veo nada.

Pasan unos segundos y logra ver el cuerpo verde, es cierto, un gran reptil es habitante allí. A medida que pasaba el tiempo, el sol comienza a caer y el cielo se tiñe de colores cálidos. Colla y Toruno buscan un lugar tranquilo para acampar y preparar la cena. Mientras cocinan unas mojarras sobre una fogata, Toruno saca sus panes.

—Esta noche es hermosa... interrumpe Colla, soltando una frase. —¡Toruno, estas noches son hermosas con un buen compañero!

—¡No tienes idea! dijo Toruno, convencido. ¡Algún día volverás!

Después de la cena, se recuestan sobre una manta y miran las estrellas. Toruno, con los ojos llenos de asombro, señala las constelaciones y cuenta historias sobre la pesca de caimanes con su padre. Colla, aunque no cree en esas historias, disfrutaba de la compañía de su hermano y de la tranquilidad de la noche.

Al día siguiente, emprenden el camino de regreso. El viaje es más tranquilo que la ida, y Toruno, se siente agotado por las aventuras del día anterior, le sugiere a su compañero dormir en la canoa. Colla, con una sonrisa en los labios, lo observa y piensa en lo afortunado que es de tener un hermano como él.

Al llegar a casa, Colla y Toruno son recibidos por la Mora con una gran olla de sopa caliente. Mientras comen, cuentan sus aventuras, exagerando un poco los hechos para hacer reír a su madre.

Ese día, mientras Toruno pesca con Colla...

La casa de la Gocha siempre había sido un lugar tranquilo y acogedor para los que deseaban tomarse una cerveza o un roncito entre compañeros. Pero la armonía se rompe ese día que se descubre que faltan 5 000 áuricos debajo del colchón donde duerme la madre de la Chueca. La Gocha, es una mujer fuerte y autoritaria, recurre a su hija para tratar de buscar el culpable.

—¡Cinco mil áuricos! ¡No es poca cosa! exclama la Gocha, golpeando la mesa con fuerza. Alguien los ha tomado.

Las miradas se cruzan, llenas de sospecha. Colla, es el principal sospechoso para la Gocha.

—¡Claro que fue Colla! Siempre ha tenido las manos largas. ¿Quién más tendría motivos para robar? Repetía fervorosamente la Gocha.

Sin embargo, cuando la Chueca investiga, se da cuenta que Colla no ha estado en el pueblo, este se había ido de pesca, es imposible que fuese culpable. Así que Polo, tratando de calmar los ánimos, sugiere que tal vez se había equivocado al contar el dinero. Pero la Gocha no está dispuesta a escuchar. —¡No me vengas con cuentos, tonto! ¡Alguien ha entrado en esta casa y se ha llevado el dinero de mis ganancias!

Los días siguientes pasan tensos. La sospecha sobre Colla se disipa. La Gocha parece un detective privado, se vuelve ruda y poco amable, tanto que comienza a investigar a Colla. La detective registra la habitación de Colla en un descuido, interroga a sus amigos y vecinos, pero no encuentra ninguna prueba concluyente. Colla se siente acosado. Sabía que es inocente, pero solo ella parece no creerle. Toruno, aunque está totalmente seguro de la inocencia de su hermano, no sabía cómo ayudarlo.

Luego de algunos días, Daysy que está ajena al conflicto, le entrega una factura de compra de víveres para el restaurante a la Chueca y le dice que había tomado un dinero de su abuela. De inmediato la Chueca comprende el error de su madre y de ella misma, había sido una tonta obstinada. La familia, avergonzada por la actitud de la Gocha, se disculpa públicamente con Colla.

Días después...

Una noche fresca, el tipo de noche que invita a conversar hasta altas horas de la madrugada. Pepas y Chucho, dos viejos amigos unidos por la pasión por el río y la aventura, se han reunido en el patio de Pepas. Con una botella de ron añejo sobre la mesa, se disponen a revivir viejos tiempos.

—¿Recuerdas aquella vez que perseguimos a ese Paletón grandísimo hasta la desembocadura del río?, comienza Pepas, sirviendo dos vasos generosos.

Chucho, con una sonrisa pícara, asiente. —Claro que lo recuerdo. ¡Parecía un monstruo marino! Nos llevó horas cansarnos. Y cuando por fin lo tuvimos en la orilla, ¡Era más grande que yo!

—Y ese día que fuimos a cazar Lapas a Caño Norte, continúa Pepas. Casi nos arrastra la corriente del Chorro de Luna⁴³. ¿Te acuerdas de cuando te caíste y te llenaste de barro?

Chucho estalla en carcajadas. —¡Nunca lo olvidaré! Me ardía todo el cuerpo. Pensé que me iba a quedar sin piel.

La conversación fluye con facilidad, y los dos amigos se sumergen en un mar de recuerdos. Hablan de las tormentas más feroces que habían enfrentado, de las criaturas más extrañas que habían visto en el Arol, y de las mujeres más hermosas que habían conocido.

—Recuerdo a aquella muchacha de ojos azulitos, dice Chucho, la que vivía en La Isla⁴⁴. Era como una sirena, con su cabello largo y negro ondeando al viento.

Pepas sonríe. —Y yo a aquella otra morena, la de la sonrisa más radiante que había visto jamás por allí. Vivía en una casita de madera cerca de la Poza de los Guajiros⁴⁵.

A medida que la noche avanza, la conversación se vuelve más profunda. Hablan de sus sueños, de sus miedos, y de sus esperanzas para el futuro. —A veces pienso que ya no soy tan joven como antes, dice Pepas, mirando fijamente al fuego. Ya no tengo la misma fuerza que tenía cuando era joven.

—Todos envejecemos, amigo, responde Chucho. Pero mientras tengamos salud y podamos disfrutar de un buen día de pesca, la vida seguirá siendo hermosa.

43 Lugar caudaloso y estrecho del río Arol.

44 Lugar artificial del río Arol que era península.

45 Lugar del río Arol donde viven indígenas.

Pepas asiente. —Tienes razón. La vida es demasiado corta para preocuparse por las cosas pequeñas. Lo importante es disfrutar de cada momento.

La conversación continúa durante horas, salpicada de anécdotas divertidas, reflexiones profundas y largos silencios. El ron ayuda a aflojar las lenguas y a abrir los corazones.

Al final de la noche, cuando las estrellas brillan intensamente en el cielo, Pepas y Chucho se despiden con un fuerte abrazo. Se sienten agradecidos por tener un amigo como el otro, alguien con quien compartir sus experiencias y sus sueños.

XIX

Toruno va a Kaibo

Manu es un hombre coqueto y con una sonrisa pícaro. Daysy, su novia, es una mujer dulce y sencilla, enamorada perdidamente de él. Juntos estaban construyendo una vida tranquila en el pequeño pueblo. Sin embargo, la Catira, es una joven exuberante y llena de vida, este hermoso motivo alteraría por completo su equilibrio. La Catira es una mujer única en el pueblo y su belleza exótica atraía todas las miradas. Manu, sin poder evitarlo, se siente atraído por ella. Sus ojos se encuentran a escondidas, y sus conversaciones son cada vez más largas y cargadas de insinuaciones. Una noche, en la fiesta del pueblo, Manu y Catira se encuentran bailando. Toruno viaja a Kaibo para visitar a su tío en el hospital, había tenido un infarto unos días antes. Su cuerpo se mueve al ritmo de la música, y Manu no puede apartar sus ojos de ella. Daysy, desde lejos, observa la escena con una mezcla de tristeza y enojo.

—Manu, ¿Te estás divirtiendo? pregunta Daysy, acercándose a ellos por detrás de él.

—Sí, claro, responde Manu, forzando una sonrisa. La música está muy buena.

Catira sonríe y le guiña un ojo. —A mí también me encanta bailar.

Daysy siente un nudo en el estómago. Sabe que algo no está bien.

Al día siguiente, Manu y Catira se encuentran en la playa. El sol brilla intensamente, y el Arol tiene una corriente calmada.

—Catira, ¡Eres hermosa!, dice Manu, sin poder evitarlo.

Catira se sonroja. —Tú también eres muy guapo, Manu. Pero tengo novio y lo amo.

—Me gustaría conocerte mejor, continúa Manu. Quizá podríamos salir alguna vez.

Catira no pudo ocultar su interés. —¡Me encantaría!

Toruno llega al hospital, pide información sobre el paciente, una enfermera le informa que su tío se encuentra allí, pero el médico le informa que lamentablemente no es posible que lo vea porque está en estado crítico, le sugiere ir al día siguiente. Él se va a la casa de su tío para tratar de pasar la noche, su tío no tiene esposa ni hijos, pero seguro alguien debe estar allí. Toma el autobús enfrente del hospital, debe viajar parado porque es hora pico y no hay puestos libres, el viaje dura unos treinta minutos, al bajar en la esquina, a pocos metros de la casa, algunos amigos lo reconocen y lo saludan efusivamente, se chocan la mano y hasta lo abrazan con cariño. Se dirige a la casa, reconoce la cerca

de rejas blancas a lo lejos y el árbol de mangos que tiene varias ramas que sobresalen a la calle. Se detiene en el frente, junto a la carretera recordando sus días allí, perdido en sus pensamientos empuja el portón que está medio abierto, entra y da unos pasos hacia la puerta de la casa, la ve más grande de lo que recuerda, es una puerta negra de hierro, levanta la mano derecha para tocar, pero la puerta se abre.

Entre tanto...

Daysy, que había estado siguiendo a Manu desde lejos, escucha toda la conversación. Se siente traicionada y humillada. Decide confrontar a Manu.

—Manu, ¿Qué es todo esto? preguntó Daysy, con la voz temblorosa.

Manu se siente acorralado. —Daysy, no es lo que parece.

—¡No me mientas!, dice Daysy. Te he visto con ella. ¿Qué sientes por Catira?

Manu guarda silencio. No sabe qué decir.

Daysy se da cuenta de que no tiene nada que hacer. Se da la vuelta y se aleja, dejando a Manu y a Catira solos en la playa. Manu, con el corazón acelerado, espera la respuesta de Catira. La playa, que antes le parecía un paraíso, ahora se sentía como un desierto. Catira, sin embargo, luce serena.

—¡Manu!, comienza ella, te agradezco mucho tu interés, pero mi corazón pertenece a alguien más.

Manu siente como si le hubieran arrancado el aire de los pulmones. —¿A quién? pregunta, su voz es apenas un susurro.

Catira sonríe feliz. —¡A Toruno!

El nombre de Toruno cae como una bomba en el corazón de Manu, realmente todos saben que son novios, incluso él mismo lo sabe, pero cree que puede conquistarla y tener una relación al estilo Palanquero. Toruno es su novio de mucho tiempo, un tipo tranquilo y sencillo que siempre había mostrado amor incondicional en la Catira.

—¿Toruno?, repite Manu, incrédulo. —Pero... ¿Cómo es posible que me desprecies por él? Siempre pensé que era muy joven para ti.

—Las cosas cambian, le aclara la Catira. Toruno y yo hemos estado juntos durante mucho tiempo. Es un hombre maravilloso, amable y comprensivo. Y lo amo con todo mi corazón.

Manu se muestra avergonzado. Se da cuenta de que había sido un tonto al creer que tenía alguna oportunidad con ella.

—Entiendo, dice Manu con voz ronca. Lo siento.

Catira se acerca a él y le toma la mano. —No te sientas mal, Manu. Tú eres un buen hombre. Y le perteneces a Daysy.

Manu baja la cabeza, aunque por dentro se sentía destrozado. Se aleja de Catira y camina por la playa, sintiendo la arena húmeda bajo sus pies.

Esa noche, Manu acude a buscar a Daysy. La localiza en el restaurante, trabajando como siempre.

—¡Daysy!, dice Manu, necesito hablar contigo.

Daysy lo mira con rabia. —Claro, Manu. ¿Qué pasa?

Manu se sienta a su lado y le cuenta todo lo que había sucedido. Daysy escucha en silencio, sin interrumpir.

—Lo siento, Manu, dice ella al final. Estoy ocupada.

Manu se levanta y se marcha sin decir una palabra. Se siente solo y perdido.

En Kaibo, Toruno se queda petrificado cuando ve a la persona que abre la puerta, las palabras no le salen ni para saludar.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! Dice nerviosa la mujer que le atiende.

En el momento que una palabra revolotea en su lengua y está a punto de romper su silencio, Mechicolorao aparece un poco más atrás.

Mechicolorao es un hermano mayor de Toruno, lo abraza fuertemente, rebosa de alegría y de sorpresa de verlo en la ciudad.

— ¡Qué bueno verte! ¿Ya conociste a mi mujer? Pregunta ingenuamente.

La mujer es Raquel, ella simula que no conoce a Toruno. Una niña, una bebé llora en una cuna rosada.

— ¡Mucho gusto! Es un placer conocerte, eres muy guapo.

— ¡Igualmente! Las palabras vuelven a huir con el cinismo de ella.

Su hermano lo invita a entrar, le ofrece agua y comida, se sienta con cara de perdido, no puede dejar de verla, es increíble saber que después de haber sido casi su pareja, esa mujer ahora es su cuñada. El Mechicolorao le aconseja quedarse a dormir, pero Toruno le revela que vino a visitar a su tío, que en el hospital no lo dejaron verlo y tuvo que ir a su casa para

pasar la noche allí. Realmente Toruno no tenía la más mínima idea que su hermano vive allí y mucho menos que está casado o rejuntado⁴⁶ con alguien. Los hermanos no se veían al menos por cuatro años, desde que su hermano mayor dejó la casa de sus padres buscando nuevos horizontes en la ciudad.

Raquel con tranquilidad y actuación magistral —Puedes dormir aquí, ¡Toma! Come algo, mientras le da un plato con arroz y pollo frito acompañado con papas. Sin quitarle los ojos de encima.

— Conózcanse mientras me voy a bañar. Le da un beso a Raquel y se retira al baño.

Ella aprovecha para sentarse en las piernas de su cuñado e intenta besarlo desesperadamente al tiempo que lo abraza justo en el cuello, él la rechaza de inmediato, se levanta molesto, sin perderla de vista, puede ver fuego en la mirada de ella, pero en los de él solo hay miedo y asombro.

Susurrando —Estás loca, cómo te atreves a comportarte así, por favor déjame en paz.

— ¡Tú te lo pierdes, cuñadito! Esa niña pudo haber sido nuestra hija.

Al salir del baño el hermano de Toruno, los ve un poco incómodos, con rostros nerviosos, nota algo que no marcha bien.

— ¿Ya conocías a mi hermano? Te noto rara.

Raquel con tono exaltado —¡No! Nunca lo había visto. ¿Por qué preguntas?

46 Concubino.

— No lo sé, él parece sorprendido.

Ella lo besa tiernamente y le dice que son imaginaciones infundadas, que todo está bien. Salen de la habitación tomados de la mano, ella con una sonrisa pícaro, mira a los ojos a Toruno y se muerde los labios. Se sienta la pareja juntos frente al visitante y conversan sobre cuando eran niños, sobre algunos proyectos, las clases de Toruno y por supuesto sobre el tío hospitalizado.

— ¡Ay! Se me olvidó comprar el pan del desayuno. ¿Puedes ir a buscar en la panadería? Le pregunta a su mujer.

— No, ¡Ni loca! Es tarde, me da miedo y está lejos, ve tú, por favor.

— Bueno, iré solo.

Toruno de inmediato se levanta —Yo te acompaño, así conversamos más.

— No, tranquilo, debes estar cansado. Aprovecha para bañarte.

Toruno asiente y la mente de Raquel se echa a andar mientras en su pecho algo se descontrola. Ella lo acompaña al portón y el visitante se dirige al baño. En el portón se separa la pareja y en el baño el agua cubre el cuerpo bronceado y tonificado del Toruno, se pasa el jabón por el pecho mientras tararea una melodía que solo él puede entender.

¡tarará! ¡tarará! ¡tararera! Es por el sonido de su voz que no puede percibir el sonido de la puerta del baño abriéndose a poca distancia de él, tampoco puede ver porque el jabón en sus ojos lo obliga a cerrarlos. En un momen-

to una mano se posa en su espalda, él se sorprende en sobremanera y salta bruscamente, alza la cara para que le caiga agua y ayuda con ambas manos con el fin de que los ojos se aclaren, voltea y la ve. Es ella, de pie mirándolo, despojada de su ropa, sus montañas delanteras apuntan con vigor, él se desorienta por un momento recorriendo su cuerpo con los ojos sin moverse, ella se mete a la ducha, lo sujeta del manubrio sin dejar de mirarlo a los ojos, es indetenible lo que debe pasar, y efectivamente pasa, de pie a la velocidad de un Ferrari porque saben que están contrarreloj, efectivamente las piernas tiemblan cuando se escucha en el portón algún sonido metálico. Ella salta a ponerse la bata de baño, el cabello está un poco mojado, pero no le importa. Corre como el viento a la habitación, se abre la puerta principal en el momento en que la de la habitación se cierra como eventos simultáneos.

— ¡Llegué mi amor! ¿Dónde están? Dice mientras cierra la puerta.

— Aquí estoy esperando mi vida, como te gusta. Tu hermano todavía no sale del baño, se habrá desmayado, dice mientras se ríe.

— ¡No puede ser! Mientras entra a la habitación.

Toruno sale del baño secándose el cabello con la toalla que encontró en el perchero, le rehúye a ver a su hermano, siente culpabilidad. Trata de decir cualquier cosa mientras va al mueble a tratar de dormir. Esa noche Toruno no puede conciliar el sueño, muchas horas antes del amanecer ya estaba listo para partir de vuelta al Arol. En la despedida,

los hermanos se abrazan con emoción y nostalgia, pero Raquel aprovecha para tocar el trasero de su cuñado.

En el río...

Los días siguientes son difíciles para Manu. Trata de evitar a Catira y a Toruno, pero es casi imposible. Los ve por todas partes, felices y enamorados.

Una noche, mientras camina por la playa, Manu se encuentra con Daysy que está lista para bañarse. Ella lo mira con tristeza y le tiende la mano. —Sé lo que estás pasando, dijo Daysy. Pero no te rindas.

Manu sonríe amargamente. —Lo sé, pero estoy confundido.

Daysy lo abraza con fuerza. —Ciertamente, pero el tiempo cura todas las heridas. Y recuerda, siempre estaré aquí para ti.

Manu se queda un rato en los brazos de Daysy, sintiendo su calor. Se da cuenta de que había sido un tonto al dejar que Catira lo confundiera y lastimara, pero él solito se había hecho ilusiones. Tenía a Daysy, una mujer que lo amaba de verdad.

Al día siguiente, Manu decide dejar de pensar en tonterías. Necesita tiempo para sanar y para empezar de nuevo. Le pide a Daysy que lo perdone y que vuelvan a estar juntos. Sin embargo, ella le pide tiempo para pensarlo un poco. Toruno había llegado cerca del mediodía al río.

Mientras esto ocurre, Manu mira hacia el lado opuesto del río. Ve por encima del hombro de Daysy a Catira y a

Toruno caminando juntos por la playa, felices y enamorados. Sonríe disimuladamente y abraza a Daysy fuertemente.

XX



Peligro entre garras

Dos días después...

Pepe y Mordioeloro, dos camioneros entrenados por los caminos decidieron tomarse un merecido descanso y revivir viejos tiempos. Con sus camiones cargados de bebidas gaseosas, se dirigieron al Arol, donde sus amigos Chucho y Toruno los esperaban con una fogata alegre y una pila de Manamanas listas para freír. Pepe es un hombre bastante robusto, su vientre es muy amplio, no es muy alto y además es rubio de ojos azules, por su parte, Mordioeloro es extremadamente delgado, parece una calavera de laboratorio y bastante blanco y alto como árbol de cocotero.

—¡Chucho! Grita Pepe, mientras levanta la mano derecha agitándola y con la izquierda se acaricia la barriga.

—¡Qué gusto verlos, muchachos! exclama Chucho, estrechando la mano de cada uno. Este humilde rancho es suyo. Cuidado que Teté muerte a Mordioeloro, sería el colmo, comenta entre risas.

—¡Chucho! Ruuuu ¡Gente! Ruuuu. Los recibe Teté.

—Tenemos ganas de pescar, afirma Mordioeloro, sacudiendo su caña. Espero que los peces estén de buen humor. Pepe es un antiguo compañero de Chucho, habían sido policías en la misma delegación.

Pasan la tarde lanzando sus redes al agua, compartiendo historias y lanzando anzuelos con lombrices al agua. Pepe, el más viejo, pide a Toruno algunos trucos para atraer a los peces más grandes. Mordioeloro, por su parte, se encarga de mantener la fogata encendida y de preparar deliciosa yuca con ajo.

Al caer la noche, se acomodan alrededor de la fogata para contar historias de la carretera y de la pesca. Chucho, con su voz grave y profunda, narra una leyenda sobre un caimán que habitaba en las profundidades del río. Toruno, a pesar del cansancio, no puede evitar sentir una extraña emoción al escuchar la historia.

—Seguro que es solo una leyenda, dice Toruno, tratando de sonar valiente.

—¡Quién sabe! responde Chucho con una sonrisa enigmática. A veces, las leyendas esconden una pizca de verdad. Recuerda que hace poco atrapamos el bravucón que azota a los pescadores hacía mucho tiempo, tu hermano no te creía, pero ya ves.

De repente, un fuerte golpe sacude la caña de Pepe. El carrete zumba mientras el pez luchaba por liberarse. Pepe, con la adrenalina a tope, comienza a luchar contra el poderoso animal. Después de varios minutos de tensión, logra

sacar a la superficie un enorme Malarmo, con bigotes muy largos y exuberantes colores.

—¡Vaya pesca! exclama Mordioeloro, admirando la captura. Este será un trofeo para recordar.

Los cuatro amigos celebran la hazaña de Pepe con una ronda de cerveza y una buena dosis de risas. A medida que la noche avanza, las estrellas brillan en el cielo y el sonido del río los arrulla.

Al día siguiente, después de un desayuno abundante, los amigos deciden explorar un poco más río arriba. En el Sufrimiento, navegan por las tranquilas aguas, disfrutando del paisaje y de la compañía del otro.

Al final del día, cansados pero felices, regresan al puerto. Habían compartido momentos casi inolvidables y creado recuerdos que durarían mucho. Chucho, con una sonrisa pícara, propuso un desafío —Muchachos, ¿Qué les parece si organizamos un torneo de pesca y caza? El equipo que consiga la mayor cantidad de puntos será el ganador.

Pepe y Mordioeloro, siempre dispuestos a una buena competencia, aceptaron entusiasmados. Establecen las reglas, cada pez capturado sumaría un punto, cada ave cazada (siempre respetando las leyes de caza) sumaría dos, y cada animal pequeño (como una ardilla o un conejo) sumaría un punto.

Divididos en dos equipos, Pepe y Chucho contra Mordioeloro y Toruno, se adentran en el bosque y a lo largo del río. La adrenalina corre por sus venas mientras buscan la presa perfecta. Pepe, con su falta de experiencia, pide a

Chucho identificar las huellas de los animales y a construir trampas sencillas. Mordioeloro y Toruno, por su parte, se concentran en la pesca, utilizando diferentes técnicas para atraer a los peces.

Las horas pasan volando entre risas, tensión y momentos de tranquilidad. Cada captura es celebrada con gritos de júbilo, y cada animal que los burla es motivo de una pequeña decepción. El sol comienza a ponerse cuando deciden regresar lentamente.

Al final, ambos equipos habían capturado una buena cantidad de peces y animales pequeños. Cuentan los puntos y, para sorpresa de todos, ¡Hay un empate! Pepe y Chucho habían capturado más peces, pero Mordioeloro y Toruno habían tenido más suerte con la caza.

—¡Increíble! exclama Mordioeloro. Nunca pensé que estaríamos tan igualados.

—Ha sido una jornada inolvidable, dice Pepe. Pero creo que necesitamos una revancha.

Chucho propone una solución, en lugar de un ganador, —¿Por qué no celebramos nuestra amistad y compartimos nuestra comida?

Todos están de acuerdo. Se reúnen alrededor de la fogata, compartiendo anécdotas y risas, mientras degustan el fruto de su trabajo. En la madrugada los viajeros deciden que es hora de irse, se cambian de ropa, guardan algunos pescados en una cava⁴⁷ con hielo y se montan a su camión.

47 Caja de poliuretano.

Pepe mira su reloj —Bueno muchachos, creo que es hora de volver a la carretera.

Mordioeloro confirma la decisión —Sí, aunque me cueste, la realidad nos llama.

Chucho los detiene —No se vayan todavía. Cuenten otra historia más.

Toruno los acompaña también —Sí, por favor. Aquella del fantasma de la carretera.

Pepe piensa que es posible un rato más —Con gusto, pero antes quiero agradecerles por estos momentos increíbles. Han sido los mejores en mucho tiempo.

Mordioeloro está pensativo —Y a mí también. Pescar con ustedes ha sido una experiencia única.

Chucho se muestra agradecido —Para nosotros también ha sido un placer. Siempre serán bienvenidos aquí.

Toruno muestra su amabilidad —Y si necesitan algo, ya saben dónde encontrarnos.

Pepe revisa las ruedas —Lo tendremos en cuenta. Y recuerden, si alguna vez necesitan un aventón, solo tienen que llamar.

Mordioeloro añade —¡Y si necesitan que les arreglen el motor del Sufrimiento, yo soy su hombre!

Todos se ríen a carcajadas.

Chucho los despide —Bueno, entonces, ¡Que tengan un buen viaje! Y cuídense mucho.

Toruno se aparta un poco —¡Hasta pronto amigos!

Pepe y Mordioeloro se levantan, estiran los brazos y se despiden con un fuerte abrazo de cada uno.

Pepe se monta al camión —¡Hasta la próxima aventura!

Mordioeloro cierra la puerta —¡Y que sean muchas más!

—Ruuuu ¡Pepe! Ruuuu ¡Chao!

Con el corazón lleno de gratitud, los camioneros se despiden de sus amigos pescadores y se dirigen hacia sus camiones nuevamente. Mientras se alejan, miran hacia atrás y ven cómo la fogata se va apagando lentamente, dejando una estela de humo que se pierde en la noche.

Al día siguiente...

Los cantos de gallos avisan del alba y de lo esperado, Colla está a punto de partir.

Colla empaca sus pocas pertenencias —Bueno, creo que ya estoy listo.

Guaguao se acerca —¿Seguro que tienes todo, Colla? La linterna, la cuerda, el hacha...

Colla sonrío —Tranquilo, Guaguao. Llevo todo lo necesario.

Toruno le pone la mano en el hombro —¡Mucha suerte, Colla! Recuerda lo que te dije, el río es un amigo, pero también puede ser un enemigo si no lo respetas.

Él asiente con respeto —Gracias, Toruno. Siempre llevo tus consejos conmigo.

Mora, la madre de Colla, se acerca y lo abraza con fuerza. Con lágrimas en los ojos —Cuídate mucho, hijo. No te tardes mucho en volver.

Colla le acaricia el cabello —No te preocupes, Mamá. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Chucho le entrega una pequeña bolsa de cuero —Aquí tienes un poco de dinero para cualquier emergencia.

Él se muestra agradecido —Gracias, Papá.

La Negra está muy cerca —¿Cuándo nos traerás un pez grande, Colla?

Colla se agacha y le despeina el cabello —Te traeré el pez más grande que haya visto el río, Negra.

Babillito corre, intentando seguir a Colla —¡Chao!

— Ruuuu ¡Colla! ¡Agua! Ruuuu.

Colla se despide de todos con un abrazo y una sonrisa. Se dirige hacia el río, donde lo espera su canoa. Antes de subir, se vuelve una última vez.

— ¡Nos vemos pronto, familia!

Todos lo observan mientras se aleja remando río arriba, su figura cada vez más pequeña hasta desaparecer en la distancia.

Al mediodía...

El tupido y enorme bosque detrás de la remota población, es el lugar cotidiano donde recolectan leña, esta vez le toca el turno de ir a buscar la leña a Chucho y Toruno, buscan algún arbusto no muy grande, algo que no sea pesado y fácil de cargar. Ambos, curtidos en expediciones peligrosas, tienen una relación estrecha debido al buen desenlace que casi les cuesta la vida en su última cacería con cocodrilos. Mientras caminan notan unas huellas que Toruno desco-

noce por joven, pero que son obvias para su padre, se trata de un Jaguar, un tigre americano, es un felino muy rápido, peligroso y despiadado cazador.

El Jaguar es conocido por su tamaño descomunal y astucia. Los vecinos cuentan que es más que un simple animal, que tiene una inteligencia casi humana, capaz de desaparecer como una sombra en la maleza y emboscar sin dejar rastro. Los leñadores, desafiando advertencias de las huellas dejadas, se internan en el corazón del bosque con una sola escopeta, confiando en su experiencia. Dejan de buscar la leña para enfocarse en verlo, podría estar cerca, podría estar viéndolos en ese momento. Chucho le dice a Toruno que mejor tome el machete y el hacha, por ser mayor él se quedaría con la escopeta, a la vez que carga la misma. Una simple excursión en búsqueda de madera se ha convertido en una cacería.

Durante la cacería, los sonidos de los animales parecen amplificarse. Cada movimiento en los arbustos es una posible amenaza. Esa tarde, mientras se montan en un árbol de Lara, en un claro, los rugidos del animal retumban a lo lejos, haciéndolos dudar de su plan. A medida que se adentran más en el territorio del animal, empiezan a notar que algo extraño ocurre, el sonido parece provenir de todos lados.

El Jaguar parece comenzar a cazarlos a ellos.

A medida que los minutos transcurren, la tensión entre ellos aumenta. El ambiente opresivo del bosque los lleva al borde de la desesperación. En un giro final, el felino revela

su presencia en una emboscada. Atrapados entre la naturaleza y su propia rivalidad, ambos cazadores deben unir fuerzas para sobrevivir, pero descubren que la verdadera lucha no es solo contra el Jaguar, sino contra sus propios demonios internos.

Los dos cazadores se encuentran en una pequeña rama rodeada de árboles enormes, con la vista parcialmente bloqueada por la densa vegetación. La luz del día está muriendo, y la noche amenaza con cubrir todo. Ambos están un poco cansados y hambrientos, sudando por el calor sofocante, con las armas listas y con la mente afilada. El rugido lejano del felino sacude el aire.

Chucho con voz tensa, mirando a su alrededor —Nos está cazando... nos está esperando, jugando con nosotros. Como si supiera lo que vamos a hacer.

Toruno mirando entre los árboles, su voz casi un susurro— Eso es lo que hacen casi todos los depredadores. Nos hemos metido en su terreno, y ahora somos la presa.

Un ruido aterrador, el crujido de una rama detrás de ellos. Ambos giran sincronizados, apuntando su escopeta hacia la densa maleza. Nada ven. Solo el eco de su propia respiración agitada.

Chucho está agitado —No podemos seguir así, ¡Caramba! Nos enloquecerá. Si seguimos esperando, nos matará de un solo golpe.

Toruno con voz firme, pero cansada —¡Cálmate papá! Si disparas antes de tiempo, no tendremos otra oportunidad. Este animal nos lleva la delantera, pero...

El crujido de otra rama se escucha, esta vez mucho más cerca. Ven un destello dorado entre los arbustos. El felino está allí, acechando. Su silueta aparece y desaparece como un espectro entre las sombras.

Toruno lo nota —¡Está ahí! Con los ojos fijos en el lugar donde ve el movimiento.

Un rugido ensordecedor retumba en el bosque, y el depredador emerge con un salto prodigioso. Sus ojos amarillos brillan con ferocidad, su mandíbula abierta deja ver los numerosos colmillos bien afilados. Se lanza hacia Chucho con una velocidad increíble.

Toruno realmente experimenta el miedo —¡Ahora! ¡Dispara! Gritando.

Chucho aprieta el gatillo, pero el Jaguar es rápido, demasiado rápido. La bala pasa rozando al animal, que esquiva con un movimiento ágil. Chucho cae al suelo mientras el felino pasa por encima de él, rasguñando su hombro izquierdo con una de sus poderosas garras.

Chucho analiza la situación —¡Malvado animal! ¡Está jugando conmigo! Con dolor, apretando los dientes mientras se tapa la herida.

— ¡Levántate! No te quedes ahí, ¡Viene de nuevo! Corriendo hacia su padre, mientras agita su machete.

El felino gira alrededor de ellos, moviéndose entre las sombras, sus ojos fijos en ambos. La tensión es palpable. Los cazadores se quedan espalda con espalda, sabiendo que solo tendrán una oportunidad más.

Toruno le quita la escopeta a su padre. —Esta es la última oportunidad, papá. Le dice jadeando. Vamos a enfrentarlo juntos. Cuando venga, yo disparo y tomas el machete ¿Entiendes? Tenemos que darle en la cabeza, o no saldremos de esta. Añade con voz baja, intentando calmar su respiración.

Chucho le pide —¡No falles! Le dice jadeando, con la cara empapada en sudor.

El Jaguar se prepara para su ataque final. Los cazadores sienten cómo la bestia se mueve entre las hojas. Los segundos parecen horas. De repente, el animal surge de la espesura, lanzándose directamente hacia Toruno.

Toruno es invadido por el miedo —¡Ya! Grita y dispara.

El proyectil impacta al cuerpo justo en el pecho, y la bestia emite un gruñido gutural antes de caer al suelo, retorciéndose. Los cazadores lo observan, sus están cuerpos tensos, sus corazones acelerados, hasta que finalmente el Jaguar queda inmóvil.

Chucho mira hacia la maleza —¡Casi no lo logramos! Grita todavía jadeando, sentado en el suelo, observando al felino muerto.

— No es solo el jaguar lo que casi nos mata... es el miedo en nuestras propias cabezas. Lo bueno es que podemos confiar en nuestras habilidades, sino no saldríamos vivos de aquí. Sin quitar los ojos del animal.

Chucho mirando a Toruno —asintiendo con una media sonrisa. ¡No hay bestia que pueda con nosotros!

Se levantan y lo cargan juntos, cada uno sujeta un par de patas, lo alzan y la sangre escurre. Durante varios minutos caminan y varios más descansan hasta llegar a casa con la sorpresa.

La Mora muy sorprendida —¿Qué es eso? Con los ojos brotados.

Guaguao se acerca —¡Que aventura me perdí! Debí ir yo.

— ¡Peligro! Ruuuu ¡Peligro! Ruuuu.

No saben qué hacer con el animal, ¿Comerlo? ¿Tirarlo al Arol?

Guaguao llama con un grito a Pepas, este llega pronto al patio de Chucho, al llegar la sorpresa es mayúscula, no puede evitar llamar de un grito a Polo, su hermano cruza el río en la canoa, en un par de minutos llega y los ojos se le sobresaltan del susto.

La constitución de su cuerpo es musculosa y compacta. Tiene un pecho ancho y ensangrentado, su espectacular cuerpo corto en relación con sus patas les proporciona una gran potencia al atacar. Las patas del jaguar son pequeñas pero muy musculosas, diseñadas para emboscadas y ataques rápidos. Sus garras son retráctiles, afiladas y fuertes, capaces de desgarrar carne con facilidad. El pelaje del jaguar es un rasgo muy distintivo, es corto y denso, de color base amarillo dorado o anaranjado, aunque varía en tono con la luz de la linterna. Está cubierto por manchas negras en forma de anillos, con puntos más pequeños en su interior, es camuflaje perfecto en la densa vegetación.

Polo ofrece una buena cantidad de dinero para quedarse con el animal, realmente los cazadores no desean quedarse con el cuerpo, por lo que de inmediato aceptan la oferta y le ayudan a llevar a su canoa.

Al día siguiente...

En la Madre vieja⁴⁸ de Parrita, un lugar tranquilo, poco profundo pero muy largo. Toruno, un pescador temerario, Guaguao muy ansioso, Juan Grande un hombre fuerte pero mayor y Parrita el dueño de la tierra, están preparando sus chinchorros. Chucho descansa su herida.

Toruno se muestra con aire de sabiduría —¡Muchachos, recuerden! Los pequeños los devolvemos al agua. Además, los pescaditos no van a saltar al chinchorro solo porque ustedes quieran.

Guaguao está impaciente —¡Ya sé, Toruno! Pero tengo hambre, ¡Y estos peces parecen estar de huelga!

Juan Grande es musculoso, pero con evidente falta de habilidad —Yo creo que deberíamos usar cloro. Así sí pescaríamos algo.

Parrita siempre risueño —¡Juan Grande, si usas cloro, vas a pescar peces ciegos! Y, además, vas a dañar a todos los peces de la poza.

Todos asienten.

Toruno sacude la cabeza para secarla —¡Ni se les ocurra! La pesca es un arte, no una guerra. Por cierto, ten cuidado con la cabeza Guaguao.

48 Cuerpos de agua con gran importancia para el territorio y las comunidades negras que allí habitan.

Después de un rato, Guaguao empieza a tirar del chinchorro de una orilla a la otra.

Guaguao avisa —¡Creo que tengo algo grande!

El chinchorro sale del agua con gran esfuerzo, pero solo trae consigo un montón de plantas acuáticas.

Juan Grande está burlándose —¡Pescaste una ensalada, Guaguao!

Todos ríen.

Guaguao más relajado —¡Cállate, Juan Grande! Tú no pescas nada.

Juan Grande intenta demostrar su fuerza y tira del chinchorro con tanta fuerza que lo rompe.

Juan Grande se muestra sorprendido —Pero ¡qué...!

Parrita no para de reír a carcajadas —¡Juan Grande, eres un desastre!

Toruno, con paciencia infinita, comienza a reparar el chinchorro.

Toruno suspirando —Muchachos, esto es pesca, no circo. Hay que tener calma.

Finalmente, después de varios intentos fallidos, Toruno logra sacar un buen pez, una Manamana de unos tres kilogramos. Es impresionante porque lo normal es que tengan unos seiscientos a ochocientos gramos aproximadamente.

Toruno está extasiado —¡Ahí está! Eso es pescar.

Todos aplauden.

Guaguao se anima —¡Yo quiero sacar algo, Toruno!

Juan Grande se detiene pensativo —Tal vez el cloro no sea tan buena idea después de todo.

Todos ríen, disfrutando del día y de la compañía. A la mente de Juan Grande viene el recuerdo de los turistas que se perdieron hace años. ¿Qué habrá sido de ellos? Se pregunta mentalmente.

XXI



Las tres mosqueteras

Algunas semanas luego...

En el corazón de un pequeño pueblo río arriba, cerca de caño San Pablo, donde las costumbres autóctonas se entrelazan con la fuerza de la naturaleza, iba Pepas de pesca frecuentemente. Pero detrás de su apariencia ruda y su trabajo en el campo, se esconde un secreto que guardaba con celo: su amor por Flor.

Flor es una mujer de espíritu libre, es también robusta como su mujer, la Gorda, con una belleza que florecía como las orquídeas en la selva. Su inteligencia y su risa contagiosa la hacen destacar entre las demás mujeres del pueblo. Sin embargo, su amor por Pepas es un secreto, pues en aquella región, las relaciones entre personas de distintos pueblos son vistas con desaprobación y rechazo.

Sus encuentros son furtivos y llenos de pasión. Se esconden en los rincones más recónditos de la naturaleza, bajo la sombra de algún árbol frondoso, en una cueva oculta entre

las rocas, o en las orillas del hermoso caño. Cada momento juntos es un tesoro que guardan en lo más profundo de sus corazones.

En una noche de luna llena, Pepas y Flor se encuentran en la orilla del caño.

Pepas le habla con voz suave —¿Crees que algún día podremos vivir nuestro amor a plena luz del día?

Flor sonríe —Desearía que así fuera, Pepas. Pero sé que aún no estamos listos para enfrentar el juicio de los demás. No debes dejar a tu mujer.

Él tomando su mano — No importa lo que digan los demás. Nuestro amor es más fuerte que cualquier prejuicio.

Se besan apasionadamente, mientras las estrellas parecen ser testigos de su amor.

A pesar de la felicidad que encuentran juntos, la sombra de la sospecha comienza a cernirse sobre ellos. Los murmullos y las acusaciones se convertían en un rumor constante en el pueblo. Algunos vecinos, movidos por la envidia o la ignorancia, buscan cualquier prueba para desenmascararlos.

En la plaza del pueblo, mientras Pepas y Flor conversan a distancia, tres mujeres dan rienda al chismorreo. Ellas son casadas, supuestamente felices, con hijo, en fin, una vida perfecta, personas de alta moralidad.

— ¿Has visto cómo se miran Pepas y Flor? ¡Es evidente que hay algo raro entre ellos! Dice una fémina.

Otra mujer —¡Claro que sí! Dicen que se encuentran a escondidas en el bosque. Seguro la Gorda no lo sabe.

Una más agrega —¡Qué vergüenza! ¡Cómo se atreven a hacer eso en nuestro pueblo! Él es casado.

Pepas y Flor son conscientes de los peligros que acechan su amor. Pero su valentía y su determinación los mantienen unidos. Deciden que no permitirían que el miedo los separara.

Pepas mirando a los ojos de Flor —No dejaremos que nadie nos destruya. Nuestro amor es más fuerte que cualquier odio.

Flor asintiendo —Siempre encontraremos la manera de vernos, pase lo que pase. Pero creo que no es beneficioso para ti, tu mujer puede enterarse y estarías en un lío grueso.

Un día, Pepas rondaba la casa de Flor...

Liz los ataca —¡Ustedes son unos descarados! ¡Deberían avergonzarse de su pecado! Tú eres casado, dirigiéndose a Pepas.

Pepas con voz firme —Nuestra relación de amistad es linda. Somos dos personas que se respetan.

Flor tomando la mano de Pepas —No nos arrepentimos de nada.

Job es un vecino coherente —¡Basta! ¡Déjenlos en paz!

Jen, la esposa de Job habla desde sus entrañas —¡Todos tenemos derecho a vivir tranquilos! Ella es mayor de edad y soltera.

Gracias a la intervención de los jóvenes, Pepas y Flor logran disimular. Se refugian en una pequeña cabaña en las montañas, lejos del pueblo y de sus prejuicios. Allí, rodeados por la belleza de la naturaleza, pueden vivir su amor en paz, al menos mientras él esté por allí.

Con el paso del tiempo...

Flor dice mirando a Pepas —Hemos estado juntos en secreto afortunadamente, ¿verdad?

—Sí, hemos mantenido la esperanza.

— Y esa semilla crecerá y dará muchos frutos.

La ausencia de Pepas es siempre propicia para que La Gorda, su mujer, una mujer aparentemente sumisa y devota, destapa una faceta de su personalidad que algunos ya conocen, como un anhelo de pasión y aventura que contrasta con la monotonía de su matrimonio.

Francis, el hijo del Mocho, que iba al pueblo a ver a sus padres, tenía tiempo para acompañar a la solitaria esposa de Pepas, quien se convirtió en el objeto de sus deseos. Entre ellos continuaba una complicidad que se había transformado en una relación clandestina. Sus encuentros furtivos, llenos de intensidad y prohibido placer, se convirtieron en el centro de sus vidas.

En la penumbra debajo del puente, mientras los hijos se encuentran durmiendo, La Gorda y Francis se entregan a un apasionado beso.

Francis le dice con voz ronca —Te deseo, Gorda. Cada momento contigo es agradable.

—Yo también te deseo, Francis. Pero tenemos que ser cuidadosos. Si Pepas se entera, nos matará.

La Gorda se aparta de Francis y mira a su alrededor con nerviosismo.

Francis la vuelve a tomar en sus brazos — No te preocupes. Nadie nos verá.

Las palabras entre ellos desaparecen, sus cuerpos se comunican muy bien, la pared es su cómplice, les sirve de andamiaje, las manos de ella se deslizan a la entrepierna de su compañero y suelta el cinturón, él revisa y aprieta sus montañas mientras su lengua trata de taladrar sus labios. Ella se arrodilla y él lanza un gemido, la toma del cabello con una mano, la otra en un pecho de ella, sus cintura se mueve como a cien kilómetros por hora hacia adelante y atrás. Sus ojos están obnubilados, sus dientes se aprietan y siente que el alma le sale por la boca. Ella con su mano libre, la lleva a su otro par de labios que parecen el Arol de húmedos, se acaricia de forma frenética dejando que un par de dedos se deslice en sus cueva. Luego de varios minutos Francis siente que sus piernas abandonan su fuerza y la tensión ahora es fállica el calor de la zona lo enloquece y estalla sintiendo morir y volver a la tierra de los morales, al tiempo que ella siente su boca llena de sus fluidos, saborea cada gota y no se detiene, algunas gotas ruedan por sus mejillas y él la toma con las dos manos, algunos minutos pasan hasta desaparecer cualquier jugo recibido de su amante.

Ella se levanta y lo besa apasionadamente, mientras él trata de acomodarse el pantalón.

A pesar de sus precauciones, los rumores circulan por el pueblo. Los vecinos, siempre atentos a los chismes, no tardaron en notar la ausencia de Pepas y la cercanía entre La Gorda y Francis.

En el restaurante, un grupo de mujeres chismorrear.

Daysy que siempre se entera de todo —¿Has visto cómo se mira La Gorda con Francis? ¡Hay algo raro entre ellos!

Su madre apoya —¡Claro que sí! Dicen que se encuentran a escondidas. Que vainas con la mujer de mi cuñado.

Pileta no sabe mucho pero también opina —¡Qué vergüenza! ¡Cómo se atreve a engañar a Pepas!

La Gorda y Francis, cada vez más inquietos, sabían que su secreto podría ser revelado. La presión de la culpa y el miedo a las consecuencias los consumían.

Francis caminando por el bosque junto a La Gorda — Debemos tener más cuidado, Gorda. No puedo seguir así.

Ella con lágrimas en los ojos —Yo tampoco quiero, Francis. Pero no sé cómo salir de esta situación.

La Catira, que había estado siguiendo sus pasos en silencio, sale de entre los árboles.

Con voz fría se dirige a ellos — Así que es verdad.

La Gorda y Francis quedaron paralizados del miedo.

Esa noche...

El Mocho, después de una larga jornada de trabajo, siente el peso de la semana sobre sus hombros. Decide que es hora de relajarse y disfrutar de un merecido descanso. Con paso decidido se dirige hacia su lugar favorito, “La Campesina”.

La Campesina es una tasca⁴⁹ pequeña, con las paredes adornadas por fotografías en blanco y negro de antiguos campesinos. El olor a comida casera y a cerveza recién tirada inundaba el ambiente, creando una atmósfera cálida y acogedora. Al entrar, el Mocho es recibido con un —¡Buenas noches, Mocho! por parte de Sol, la dueña del lugar es

49 Bar pequeño. Lugar de venta y consumo de bebidas alcohólicas.

una mujer delicada y de sonrisa fácil. Encuentra una mesa vacía cerca de la ventana y se deja caer en la silla, exhalando un profundo suspiro de satisfacción.

— Sol, lo de siempre, por favor, pide, mientras se acomoda.

En pocos minutos, Sol le trae una jarra de cerveza bien fría y un plato humeante de papas bravas. El Mocho levanta su vaso y brinda por un buen día de trabajo. Mientras degusta su cerveza fría y las papas fritas, el Mocho comienza a conversar con sus amigos habituales de la tasca. Hablan de fútbol, de política, de sus familias y de las últimas novedades del pueblo. Las risas y las anécdotas llenan el ambiente, creando una atmósfera de camaradería. Luego baila con algunas mujeres que frecuentan el lugar en busca de un hombre que les brinde comida y bebida.

La noche avanza y el Mocho se siente cada vez más relajado. La música de un acordeón que suena de fondo lo invita a mover los pies y a cantar a todo pulmón. A pesar de su edad, el Mocho tenía un espíritu joven y disfruta de la vida al máximo. Cuando llega la hora de irse, el Mocho se despide de sus amigos y de Sol con un fuerte abrazo. Sale a la calle, el fresco aire nocturno le golpea la cara, y se siente renovado. Con paso lento y seguro se dirige hacia su casa, pensando en el maravilloso día que había tenido.

Al día siguiente...

El sol comienza a asomar por el horizonte, tiñendo el cielo. Mocho, se estira perezosamente en su cama. Es hora de revisar las redes de pesca, una tarea que casi siempre realiza solo, pero ese día desea que la Catira lo acompañe.

— ¡Catira! ¡Levántate, hija linda! Tenemos que ir a revisar las redes.

— ¡Ay, papá! ¿Y eso?

— ¡Cinco minutos más y el sol se nos irá! ¡Vamos, que hoy hay que trabajar duro!

La Catira se levanta de un salto y comienza a vestirse. Ambos salen de la casa y se dirigen hacia el río, hacia un lugar que él conocía como la palma de su mano.

El camino hacia el río es un sendero estrecho que serpentea entre la vegetación. A ambos lados, los árboles se inclinan sobre el agua, formando un túnel verde. El canto de los pájaros y el murmullo del río crean una melodía relajante.

— ¡Qué lindo está todo hoy, papá!

— Sí, hija, sí. Pero no nos distraigamos. Tenemos que revisar las redes antes de que el sol esté muy alto.

Antes de llegar al río, pasan por la casucha a buscar el machete y bajan al puerto donde los espera la canoa. Bajan con el remo, ella maneja. El primer chinchorro está en el recodo del Motilón, el Mocho y la Catira comienzan a desenredar las redes. Mientras trabajan, recuerdan anécdotas de otras épocas, cuando el río es más abundante en peces.

En casa de Mora, Toruno se levanta entre sueños, el cuerpo pesado como si aún estuviera enredado por el sueño. Con ojos entrecerrados, agarra el machete y el hacha que descansan junto a la puerta, las herramientas frías en sus manos aún somnolientas. El aire fresco de la mañana lo golpea en el rostro mientras da los primeros pasos ha-

cia el bosque, sus pies descalzos sintiendo la tierra húmeda. Con el machete corta las ramas más pequeñas, mientras el hacha golpea el tronco más grueso, el sonido del metal encontrando la madera resonando en el silencio. El desayuno lo espera, y cada corte, aunque lento y torpe, es un paso más para que el fuego se encienda y la comida se haga, aunque el sueño aún lo envuelva en cada movimiento.

— ¿Te acuerdas cuando atrapamos aquel bagre grandote, Catira? Casi se nos lleva la canoa.

— ¡Claro que me acuerdo! Fue una aventura inolvidable.

Mocho mirando la superficie del agua —¡Mija! Dicen los viejos de este río, que hace muchos años, en esta poza dos turistas se perdieron, nadie sabe qué les pasó. ¡Allí estaban las botas! Dice señalando a la playa.

— ¿Los viste? Pregunta ella con un poco de miedo.

— ¡No! Yo no había llegado al Arol todavía. Pero Juan Grande los vio.

A medida que avanzan, se dan cuenta de que algo extraño ocurre. Las redes están casi vacías.

— Pero papá, ¡Qué raro! ¡No hay casi ningún pescadito!

— ¡Es verdad! Algo está pasando en el río. ¿Habría sido aquella tormenta la semana pasada?

— No lo sé, papá. Pero tenemos que averiguar qué está sucediendo.

Decidieron seguir revisando las redes, con la esperanza de encontrar alguna pista. De repente, la Catira exclamó:

— ¡Mira! ¡Hay algo raro aquí!

En una de las redes, encontraron una pequeña Babilla.

— ¿Qué es esto, Catira? Pregunta él de forma retórica, como un profesor de escuela.

— No sé, parece un caimán, pero pequeño. Dice ella tratando de examinar al animal.

El reptil es de un verde tan intenso que parece fundirse con las hojas de los árboles. Sus ojos, pequeños y brillantes, reflejan la luz del sol. A pesar de su pequeño tamaño, emana una sensación de peligro.

— ¡Una babilla! ¡Mátala, papá!

— ¡Espera, Catira! No es tan grande. Quizá si la dejamos en paz...

— ¡No me arriesgaré! ¿Y si nos muerde?

El Mocho duda por un instante. Sabe que matar a un animal no es algo que le gustaba hacer, pero también es consciente del peligro que representa. Quizá este animal había espantado el paso de los peces por ese lugar y esa la principal razón de que no habían atrapado lo esperado.

Mocho suspirando —Tienes razón, hija linda. No podemos arriesgarnos.

Con un machete en la mano, el Mocho se acerca a la Babilla y, con un golpe certero, la asesina. La Catira cierra los ojos y se tapa los oídos. Justo en ese momento Chucho baja hasta una curva más abajo, se acerca a ellos.

— ¡Compa! Que buen machetazo. ¿Todo bien? Cuidado con mi nuera.

— Gracias, suegro.

— Todo bien. Tranquilo. Añade el Mocho.

La Babilla queda inmóvil en la orilla del río. Su pequeño cuerpo yace inerte, contrastando con la vida que bulle a su alrededor.

La Catira con la voz temblorosa —Lo siento.

— Yo también, Catira. Pero no teníamos otra opción.

Después de este incidente, el Mocho y la Catira continúan su revisión, pero el ambiente ya no es el mismo. La emoción de la aventura había sido reemplazada por una sensación de tristeza y culpa. —Este animal es la causa de que los peces no se acercaran al chinchorro. Pieza ella.

Ese mismo día...

El sol se había levantado con una intensidad inusual, castigándose contra las ventanas del restaurante como un reflector gigante. Adentro, el calor es sofocante y el olor a pescado se mezcla con el sudor de los cocineros. La Chueca, es siempre la más experimentada, dirige la orquesta con una maestría que solo los años le habían otorgado. A su lado, Daysy, corre de un lado a otro, intentando emular la agilidad de su madre. Y en la esquina, la Pileta, es más lenta, pero más fuerte, lava los platos a una velocidad vertiginosa.

La Chueca se acerca —¡Daysy, ¿Dónde está la salsa de tomate? ¡Se nos acaba el tiempo!

— ¡Ya voy, mami! ¡Pero la carne de cerdito se está quemando!

Pileta desde el lavadero —¡Tranquilas, chicas! ¡Yo ya casi termino con los platos!

La Chueca suspira, ajustándose el gorro. — ¡Hoy es uno de esos días! murmura para sí misma.

La mañana transcurre en un frenesí constante. Los pedidos llegan uno tras otro, cada uno más complicado que el anterior. La Chueca, con la voz ronca por gritar órdenes, intenta mantener a todos coordinados. Daysy, a pesar del cansancio, sonreía con cada plato que salía de la cocina. Y la Pileta, con los brazos adoloridos, sigue lavando platos sin descanso.

Mientras la cola de carros en la carretera era muy larga.

— ¡Mamá, mira este plato! ¡Te quedó espectacular!

— Gracias, hija. Pero no te confíes. Todavía queda mucho trabajo por hacer.

Entre risas — ¡Y yo aquí, haciendo el trabajo sucio! Dice la Pileta.

Daysy le contesta — ¡Pero sin ti, todo sería un caos, Pileta!

La hora del almuerzo es un caos total. Los clientes llegan en oleadas, ocupando todas las mesas. La cocina se convierte en un hervidero de actividad. La Chueca, con la frente sudorosa, dirige las operaciones con una eficiencia admirable. Daysy y la Pileta trabajan sin parar, sirviendo platos y limpiando mesas.

Un cliente impaciente — ¡Pero ¿Cuánto se tarda en traer una simple ensalada?

Daysy trata de calmarlo — ¡Lo siento, señor! Tenemos mucho trabajo hoy.

Realmente Daysy está pensando en el loco. Daysy está preparando platos, escuchando una vieja canción. Una sonrisa se dibuja en su rostro, pero rápidamente se desvanece.

En los pensamientos de Daysy —Recuerdo cuando bailamos esta canción en la feria. Éramos tan felices. ¿Por qué las cosas buenas nunca duran?

—¡No te preocupes, hija! ¡Así es la vida en un restaurante! Le dice su madre creyendo que ella está pensando en el trabajo.

A pesar del estrés, hay siempre un ambiente de camaradería en la cocina. La Chueca, Daysy y la Pileta se apoyaban mutuamente, compartiendo risas y anécdotas para aliviar la tensión.

Pileta trata de amenizar —¿Se acuerdan cuando se quemó la paila la semana pasada? ¡Casi se incendia todo el restaurante!

Daysy lo recuerda —¡Y cómo olvidarlo! Tuvimos que cocinar todo en la parrilla.

Chueca se une —¡Esas fueron épocas! Pero al menos aprendimos a ser más cuidadosas.

Al final de la jornada de almuerzo, exhaustas pero satisfechas, las tres se reunieron en la cocina para tomar un descanso.

La Chueca les da ánimos —¡Buen trabajo, chicas! Hoy hemos superado todas las expectativas.

Daysy ya calmada —¡Sí, fue un mediodía agotador pero divertido!

Pileta se acerca a las dos —¡Brindemos por nosotras!

Levantán sus vasos imaginarios y brindan por el éxito del restaurante en el almuerzo. A pesar del estrés y el cansancio, saben que este es el lugar al que pertenecen. Pero falta la noche, la hora de la cena.

Paralelamente...

Polo, con su típica gorra negra y sin camisa, se acerca a la balanza donde Chucho pesa algunos bagres. El olor a pescado fresco llena el aire.

— ¡Chucho! ¿Cómo estás? Necesito más pescado para la Chueca.

— ¡Polo! ¡Qué gusto verte! ¿Qué tal te va? ¿Qué tipo de pescado buscas?

— Lo de siempre, Chucho. Un buen Paletón para hacer frito. Pero dime, ¿Cuántos trajiste hoy?

— Bueno, Polo, el pescado está un poco más esquivo esta semana. La pesca no ha estado muy buena y la captura ha sido menor.

— Lo entiendo, Chucho. Pero sabes que la Gocha necesita mucho para que la Chueca tenga en el restaurante. ¿Podrías hacerme un combo?

— Ya sabes que siempre le traigo los más grandes, Polo. Pero esta vez...

— Mira, Chucho, sé que eres un buen amigo y que siempre me ayudas. Pero la verdad es que la gente está trayendo menos últimamente.

— Lo sé, Polo. Y es por eso por lo que quiero ayudarte. ¿Qué te parece si te traigo Manamanas?

— ¡Buena idea, Chucho! Así nos arreglamos los dos. Dile a la Gocha que te pague con esta notita.

— ¡Hecho! Y dime, ¿Cómo está la familia?

— Todos bien, gracias. Los niños están creciendo como hongos.

La Gocha los ha estado viendo —Ven y te pago ¡de una!

Y así, con una sonrisa y un apretón de manos, Polo y Chucho cerraron el trato. Habían logrado resolver el problema de pescado ese día.

Al caer el sol...

La noche ha caído sobre el restaurante, transformándolo en un acogedor refugio para los camioneros hambrientos. Las luces cálidas crean una atmósfera íntima, pero en la cocina, la temperatura sigue siendo elevada. Los pedidos se amontonaban como una montaña, y el estrés aumenta con cada minuto que pasa.

La Chueca ya empieza a estresarse —¡Daysy, ¿Dónde está el pedido de la mesa de atrás? ¡Llevan esperando varios minutos!

— ¡Ya va, mamá! ¡Se me quemó un poco el plátano!

Pileta trabajando a toda velocidad —¡Tranquila, Daysy! Yo te ayudo con los platos.

La Pileta, sudando a chorros, se mueve de un lado a otro, tratando de mantener el ritmo. Los platos se apilan en el fregadero, formando una pequeña torre.

La cocina es un caos, ollas hirviendo, sartenes chisporroteando, y el incesante tic-tac del reloj colgado en la pared

crean una sinfonía caótica. El olor a comida impregna cada rincón del lugar, mezclándose con el aroma del café recién hecho.

Un cliente molesto —¡Exijo hablar con la dueña! ¡Esta comida está fría!

— ¡Lo siento mucho, señor! Se lo reponemos inmediatamente.

La Chueca, con una sonrisa forzada, se disculpa con el cliente y le promete un nuevo plato en pocos minutos.

Daysy susurrando a la Chueca —Creo que me estoy desmayando.

— ¡Respira profundo, hija! ¡Solo un poco más y terminamos!

La noche avanza y la presión no disminuye. Los pedidos siguen llegando, uno tras otro, y la cocina parece estar a punto de explotar.

Pileta grita —¡Más platos! ¡Más vasos!

Chueca le contesta —¡No te detengas, Pileta! ¡Eres una dura!

Daysy bien atareada y estresada —¡Yo también quiero ser una heroína!

De repente, se escucha un grito desde el comedor. Se había derramado una bandeja de comida sobre un cliente. El caos se apodera del restaurante.

La escena es un poco anárquica. Los clientes gritan, las tres corrían de un lado a otro, y la comida está esparcida por todo el suelo. La Chueca, con la voz atronadora, trata de calmar a los clientes y restablecer el orden.

— ¡Tranquilos, todos! ¡Vamos a solucionar todo! Grita pensando que hubiera sido beneficioso que hoy nos hubiera ayudado Juan Chiquito. Se dice para sí misma.

Después de varios minutos de desorden, la situación se estabiliza. El cliente afectado se calma cuando ve un nuevo plato de huevas fritas con patacones en su mesa. Jairo, uno de los obreros de Parrita entra en busca de un par de cervezas.

Daisy comenta —¡Creí que se nos iban a ir los clientes!

Jairo va llegando desde la hacienda —¿Pasa algo malo?

Daisy lo atiende —Todo bien, ¿Necesitas algo?

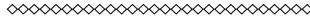
Pileta voltea —¡Menos mal que tenemos a la Chueca!

— Si, por favor. Dame un par de cervezas bien frías. Me las anotas para pagar en la quincena.

Chueca sonriendo satisfecha —Sin ustedes, mis chicas superpoderosas no hubiera sido posible. Mientras le sirve en una bolsa las botellas a Jairo, luego este se retira de forma inmediata.

Al final de la noche, exhaustas pero satisfechas, se sirven un vaso de cerveza fría, Chueca cierra el restaurante, mientras sus ayudantes acomodan la cocina y apagan las luces. Saben que habían superado juntas una prueba difícil, y eso las había unido aún más, las tres se van a bañar en el puerto de la Chueca.

XXII



Un nuevo amor en la vida de Toruno

Unos días después...

El aire está cargado de emoción. En la casa de la Catira, los preparativos finales para la fiesta de sus quince años están en marcha. Vestidos colgados, sandalias de tacón alto relucientes y una montaña de globos esperaban el momento de ser utilizados. Toruno, su amor, la ayuda con todo, desde inflar globos hasta instalar la música.

— ¡No puedo creer que mañana sea mi fiesta! Estoy tan nerviosa.

Toruno la abraza —¡Tranquila, princesa! Todo va a salir perfecto. Te ves hermosa.

La Catira sonríe, pero sus ojos reflejan un poco de ansiedad. Mañana sería el día más importante de su vida y quería que todo fuera perfecto.

La Noche Antes...

Después de una cena familiar llena de risas y anécdotas, la Catira y Toruno se escabullen al jardín. Se sientan en una banca bajo las estrellas y comienzan a hablar sobre sus sueños y esperanzas para el futuro.

Toruno está nostálgico —¿Te acuerdas cuando imaginábamos casarnos en la iglesia?

— ¡Claro que me acuerdo!

Toruno sonriendo —Tú siempre la novia más hermosa.

Se quedan en silencio, mirando las estrellas. La noche es perfecta, y los abrazos los unen ahora más que nunca.

El día de la fiesta, la Catira se despierta con una sonrisa. Es el día de su fiesta. Los rayos del sol entran por la ventana, iluminando el vestido blanco que yace sobre la cama. Se viste con cuidado, cada detalle es importante.

La fiesta comienza con unas oraciones por parte de sus padres, seguida de una recepción en el Caney⁵⁰ decorado con globos, flores y luces. La Catira baila el vals con su padre, con los ojos llenos de lágrimas de emoción. Luego, baila con Toruno, recordando todos los momentos que habían compartido juntos.

Después del vals, inicia la fiesta en serio. Hay juegos, música en vivo y una barra de dulces que son las delicias para los invitados. La Catira y Toruno se divierten mucho, bailando y cantando con sus amigos.

Toruno le grita a todo pulmón —¡Catira, eres la reina de la fiesta!

50 Cobertizo con techo de palma o paja, sin paredes y sostenido por horcones.

— ¡Gracias, mi amor! Tú eres el mejor novio que alguien podría pedir.

Al final de la noche, cuando todos los invitados se habían ido, Toruno llevó a la Catira a un rincón tranquilo del jardín. Tenía una pequeña caja en la mano.

— Catira, tengo algo para ti.

La Catira abre la caja y descubre un hermoso collar con un dije⁵¹ en forma de corazón.

— Este collar es para ti. Te lo doy como símbolo de nuestro amor.

La Catira se emociona hasta las lágrimas. Abraza a Toruno con fuerza.

— Gracias, mi cielo. Eres el mejor del mundo.

Catira suspirando —No puedo creer que ya sea mi fiesta. Se ha pasado volando.

— ¡Y qué fiesta!, ¿eh? Estás radiante.

— Gracias, mi amor. Pero a veces siento que todo esto es un sueño.

Toruno tomando su mano —No es un sueño, Catira. Es real. Y estoy tan feliz de compartir este momento contigo.

— Nunca imaginé que nuestros sueños se harían realidad de esta manera.

Él suspirando —Yo tampoco. Pero siempre supe que tú eras la indicada para mí.

Mirándolo a los ojos ella dice —Y tú para mí. Eres mi vida, mi confidente, mi todo.

51 Joya o alhaja pequeña que se usa como adorno.

— Acercándose a ella ¿Te acuerdas de aquella vez que te caíste de la bicicleta y te raspaste la rodilla? Fui corriendo a buscar a tu mamá para que te curara.

Catira sonriendo —Y yo lloré como una magdalena. Pero tú me hiciste sentir mejor.

— Siempre estaré ahí para ti, Catira, pase lo que pase.

— Gracias, mi corazón. Eres lo mejor que me ha pasado.

Un momento de silencio se posa entre ellos, mientras ambos contemplan la pista de baile donde sus amigos se divierten.

Catira le dice —A veces tengo miedo de que todo esto termine.

— ¿De qué tienes miedo, Catira?

— De que nos alejemos el uno del otro, de que la vida nos lleve por caminos diferentes.

— No te preocupes por eso. Nuestro amor es más fuerte que cualquier obstáculo. Siempre encontraremos la manera de estar juntos.

— Me encanta cuando me dices cosas así. Me haces sentir segura y amada.

— Y tú a mí. Eres mi inspiración, mi razón de ser.

Catira acercándose a él —¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

— ¿Qué?

— Tu sonrisa, tu sentido del humor, tus labios, tu forma de hacerme sentir especial. Pero, sobre todo, me gusta cómo me haces sentir. Me haces sentir viva, feliz y completa.

— Y tú a mí. Eres mi mejor amiga, mi confidente, mi todo.

Se besan bajo la luz tenue de las estrellas, y en ese momento, el mundo entero desaparece. Solo existen ellos dos y el amor que los une.

— Esta noche es perfecta. Dice ella suspirando.

— Lo es gracias a ti. Tú eres perfecta.

— ¿Qué haríamos el uno sin el otro? Se pregunta él abrazándola.

— No lo sé. Pero no quiero ni imaginarlo. Te amo, Toruno.

— Y yo a ti, Catira. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Se quedan abrazados por un largo rato, sintiendo el calor del otro y la fuerza de su amor. La música sigue sonando en el salón, pero para ellos solo existe este momento, este lugar y este amor.

La fiesta de los quince años de la Catira es un éxito total. Había sido un día lleno de alegría, amor y amistad. Y aunque la fiesta haya terminado, la magia de ese día perdurará por siempre en sus corazones.

Varios días después...

Una tarde fresca, la brisa acaricia el cabello de la Catira mientras contempla el Arol, testigo mudo de sus días junto a Toruno. El sol comienza a ocultarse, pintando el cielo con tonalidades de naranja y púrpura, un espectáculo que, a pesar de su belleza, no logra disipar la melancolía que la embarga. La Catira debe viajar a otra ciudad a visitar a su abuela enferma, va acompañando a su madre.

—Toruno, ¿Me extrañarás? su voz apenas es un susurro, se perdía en la inmensidad del río.

Toruno, sentado a su lado, toma su mano. Sus ojos, normalmente llenos de alegría, reflejan una tristeza similar a la suya. —Mi amor, debes irte. No puedo detenerte.

—Pero ¿Y si algo me sucede? ¿Cómo me encontrarás?

—Confío en ti, Catira. Y sé que te encontrarás a salvo. Además, siempre tendrás un pedazo de mí contigo.

Catira sonríe a pesar del nudo en su garganta. Toruno le había regalado un pequeño amuleto, un colmillo de cocodrilo que había tomado de una aventura. Es un símbolo de su amor y un recordatorio de que, a pesar de la distancia, siempre estarían conectados.

Al día siguiente, Catira emprende su viaje. La ciudad lejana a la que se dirige es un lugar de gran misterio y belleza, pero también de peligros desconocidos. Sabía que sería difícil mantener la comunicación con Toruno, ya que las distancias son vastas y los medios de transporte de la época son lentos y poco fiables. En la ciudad hay teléfonos, pero su amor no tiene ni radio, saben que será difícil para ambos.

Durante las primeras semanas de viaje, Catira escribe numerosas cartas a Toruno, describiéndole sus aventuras y expresándole su anhelo de volver a verlo. Sin embargo, las cartas nunca llegan a su destino. La falta de personas de confianza dificulta el transporte de correspondencia, y muchas veces las misivas se pierden en el camino.

Toruno, por su parte, espera con impaciencia cada nueva luna llena, creyendo que bajo su luz mágica podría sentir la presencia de Catira y recibir alguna señal de ella. Pero noche tras noche pasa sin que ningún mensaje llegara. La desesperanza comienza a apoderarse de él, y a pesar de los esfuerzos de sus amigos y familiares por consolarlo, nada parece aliviar su dolor.

Mientras tanto, Catira se enfrenta a numerosos desafíos en su viaje. Tiene que ir a diario al hospital y ayudar a los quehaceres del hogar que no es el suyo. A pesar de todo, no se rinde. La idea de volver a ver a Toruno la impulsa a seguir adelante.

Un día, mientras visita un antiguo mercado, la Catira se topa con un viejo sabio que le ofrece sus servicios como guía. El sabio, un hombre de gran conocimiento y experiencia, le habla de un ritual ancestral que podría ayudarla a comunicarse con Toruno a través de la distancia. La Catira, desesperada por cualquier señal de su amado, acepta la propuesta del sabio. El ritual se lleva a cabo en un lugar sagrado, bajo la luz de la luna llena. Catira y el sabio se concentran profundamente, visualizando a Toruno y enviando sus pensamientos hacia él. Al finalizar el ritual, Catira siente una profunda paz interior. Tiene la certeza de que Toruno había recibido su mensaje. Sin embargo, pasan días y semanas sin que recibiera ninguna respuesta.

El tiempo había tapado las heridas de Toruno, pero la cicatriz de la partida de Catira sigue siendo visible en sus ojos. El río Arol, antes testigo de sus promesas de amor eterno ahora es un espejo que refleja la melancolía que aún lo acompaña.

Es en ese momento que Jeny llega al pueblo. Una morena de ojos color miel y una sonrisa que ilumina cualquier lugar. Su llegada es como un soplo de aire fresco, una brisa que agita las hojas de los árboles y despierta en Toruno una sensación que había creído olvidada. Jeny es una mujer muy diferente a Catira, ella es desinhibida, cabello rizado y más alta, pero comparte una pasión por la naturaleza y un anhelo de aventuras. Juntos exploran algunas partes del bosque, comparten leyendas y se pierden en conversaciones interminables bajo la luz de la luna.

Toruno se encontró a sí mismo sonriendo nuevamente, disfrutando de las pequeñas cosas de la vida. Jeny le enseña a ver el mundo con nuevos ojos, a encontrar belleza en los detalles y a valorar el presente. Sin embargo, el fantasma de Catira sigue presente. A veces, en medio de la felicidad, Toruno siente un vacío, un anhelo de algo que ya no está. Jeny lo nota y, con una paciencia infinita, lo acompaña en su duelo.

Una noche, mientras observan las estrellas, Toruno le confiesa a Jeny sus intenciones. Le habla abiertamente de la Catira, de su amor y de su pérdida. Ella lo escucha con atención, sin juzgarlo. Catira siempre será una parte importante de ti, le dice con suavidad. Pero eso no significa que no puedas amar a alguien más. Toruno la mira a los ojos y supo que tenía razón. Catira es un capítulo que podría cerrar en su vida, un amor que lo había marcado para siempre. Pero Jeny representa un nuevo comienzo, una oportunidad de ser feliz nuevamente.

Toruno se levanta, se quita la camiseta y la pantaloneta, está de espaldas a ella, se queda solo con la ropa interior negra, su cuerpo no pasa desapercibido para Jeny, la luz de luna puede iluminar el cuerpo casi desnudo de Toruno, lo mira por debajo de la cintura disimuladamente, mientras se muerde el labio inferior. Al voltearse, ella baja la mirada, pero él la invita a darse un chapuzón en el Arol, ella le dice que le ha dado un golpe de repentino calor, aunque es de noche, él le dice que nadie los verá en la oscuridad.

Luego de unos segundos, le deja claro que acepta despojándose de su ropa, el vestido se lo lanzó a la cara mientras le dice ¡No me mires!

Sale corriendo al agua y Toruno no puede evitar ver su hermoso cuerpo iluminado por la luz de luna.

Toruno y Jeny flotan sobre sus espaldas, mirando las estrellas del cielo.

Toruno le dice —¿Te das cuenta de lo pequeño que somos comparados con todo esto?

Ella —Sonríe Sí, es increíble. A veces me siento tan insignificante, pero al mismo tiempo, tan conectada con la naturaleza.

— Yo también. Es como si el río nos llevara por un viaje hacia lo desconocido.

— ¿A dónde crees que nos llevará este río?

Toruno hace una pausa —A un lugar donde todos nuestros problemas se desvanecen. Un lugar donde solo somos tú y yo.

Jeny se acerca un poco más a Toruno, sus miradas se cruzan.

— Me gusta mucho estar contigo, Toruno.

— Ruuuu ¡fuii! Ruuuu ¡fuii!

— Y a mí contigo, Jeny. ¿Sabes? Cuando te veo, siento como si el mundo se detuviera.

Toruno se gira sobre su espalda y mira a Jeny fijamente.

— Tus ojos son como luceros, profundos y misteriosos. Y tú sonrisa... ilumina todo a mi alrededor.

Jeny sonríe tímidamente y se acerca aún más a Toruno.

— Tú también eres muy especial, Toruno. Eres fuerte, valiente y muy divertido.

Toruno se acerca a Jeny y sus frentes se rozan.

Toruno la mira —¿Te gustaría que nos quedáramos aquí para siempre?

Jeny suspira —Me encantaría.

Toruno y Jeny se miran a los ojos, y lentamente se acercan para besarse. El sonido del agua corriendo y el canto de los pájaros nocturnos crean una atmósfera mágica y romántica.

La Mora observa desde la ventana de su cocina mientras Toruno y Jeny se besan. Una sonrisa cálida se extiende por su rostro, iluminando las arrugas que el tiempo había trazado en sus mejillas. Jamás había visto a su hijo tan feliz. Desde el primer momento en que Jeny había cruzado el umbral de su casa, la Mora había sentido una conexión especial con ella. La joven irradiaba una luz propia, una alegría contagiosa que había logrado sacar lo mejor de Toruno. Y eso, para la Mora, era todo lo que importaba. Recordaba cuan-

do Toruno era solo un niño, lleno de sueños y esperanzas. Con el paso de los años, había visto cómo los desafíos de la vida habían dejado su huella en él. Pero ahora, con Jeny a su lado, Toruno parecía haber encontrado un nuevo propósito, una razón para sonreír.

¡Ay, mi niño!, susurra la Mora para sí misma, mientras se seca una lágrima que ha escapado de su ojo izquierdo. Estoy tan feliz por ti. Mientras camina a su habitación para recostarse en su cama.

Sonrojada —¡Ay Toruno! eres muy romántico. Y yo pensaba que solo eras el chico más guapo que había visto nunca.

Toruno la abraza más fuerte, sus respiraciones se entremezclan. Con una mano, acaricia suavemente el cabello de Jeny. Sus ojos se cierran y se inclina hacia ella. Jeny responde a sus besos, sus brazos rodean el cuello de Toruno. El beso es suave y lento, lleno de ternura y emoción. Se sumergen un poco más en el agua, envolviéndose en un abrazo cálido y protector.

Cuando se separan, ambos están sin aliento y con una gran sonrisa en el rostro. Flotan juntos, mirándose a los ojos. Luego de unos segundos él se acerca a ella y le toca el área del bikini, descubre que no tiene ropa interior sube sus manos al pecho y no hay sujetador tampoco, capta el mensaje sin problemas y se abrazan de inmediato, ella hace algunos saltos frenéticos atada a su cuello por varios minutos. Luego cambian de lugares, ella está de espaldas a él, los cuerpos no se pueden ver, pero se forman olas a su alrededor, él la sujeta del cabello, así pasan algunos minutos más.

Jeny le dice —Esto es perfecto.

— Sí, es perfecto.

Se quedan así por un rato, disfrutando de la compañía del otro. El agua los envuelve, creando una sensación de ingravidez y libertad. Tiemblan, pero no saben si de frío o de emoción, y el sonido del río les acompaña en este momento inolvidable.

Después de muchos minutos salen del Arol, totalmente desnudos, sin vergüenza, sin ver sus cuerpos, solo se dirigen a las ramas donde hay unas toallas que los envuelven.

Esa noche, durante la cena, la Mora no pudo evitar dirigirle una mirada llena de orgullo a su hijo.

—Toruno, hijo mío, comenzó, su voz temblorosa de emoción, quiero que sepas lo feliz que me hace verte así. Jeny es una bendición para nuestra familia.

El joven sonrió y tomó la mano de Jeny. —Mamá, gracias. Ella es mi compañera y vivirá conmigo aquí.

Jeny, ruborizada, agradeció las palabras de la Mora. — Gracias, señora. Me siento muy afortunada de formar parte de esta familia. ¿Puedo decirle suegra?

En ese momento, la Mora imaginó que esto era solo el comienzo de una hermosa historia. Una historia de amor, de familia y de felicidad.

Luego se retiran a su lecho, tomados de la mano, se meten a la cama, sin hacer ruido para no molestar, pero bailan horizontalmente varios minutos más, podía escucharse el sonido de un chapoteo sobre un charco, susurros y risitas

ahogadas, hasta quedarse profundamente dormidos. Jeny se queda dormida con una suave sonrisa en el rostro, su mente transportándola a un mundo donde solo existían ella y su marido. En su sueño, estaban en un campo florido, rodeados de colores brillantes y aromas dulces. Toruno la miraba con esos ojos que la hacen sentir única, como si no hubiera nadie más en el mundo. Sus manos se entrelazaron, y en ese momento, todo lo demás desapareció. El viento acariciaba su rostro y el sol se ponía lentamente, tiñendo el cielo de tonos cálidos. Jeny sentía su corazón latir con fuerza, llena de un amor suave pero profundo, deseando que ese instante nunca terminara. Mientras él la abrazaba, todo parecía perfecto, como si el destino les hubiera reunido en ese sueño eterno.

Entre tanto, la Catira agotada y desilusionada, decide regresar a su hogar y convence a su madre que es tiempo de volver. El viaje de vuelta fue largo y penoso, pero cada kilómetro que recorre la acerca más a Toruno, mira por mucho tiempo por la ventana del autobús el bello paisaje de montañas verdes hasta quedarse dormida. En su sueño, ella y Toruno caminaban juntos por un campo florido y colorido, donde el sol de la tarde teñía el cielo de manera espectacular. Ella lo tomaba de la mano, sintiendo la suavidad de su morena piel, y ambos reían mientras pequeños pétalos de rosas caían del cielo, como si el viento estuviera de su lado, decorando el momento. Se detuvieron junto a un lago cristalino, donde Toruno la abrazaba con fuerza, susurrándole palabras dulces al oído que la hacían sonreír.

Los ojos de él estaban llenos de amor, y en ese instante, el mundo parecía simplemente perfecto, sin preocupaciones ni dudas de ningún tipo. Ella lo miraba a los ojos, sintiendo una paz y seguridad que deseaba jamás perder.

Al despertar y de inmediato vuelve la imagen del amor a su mente, sus ojos están abiertos, pero no logra ver nada porque sus pensamientos no la liberan de esa prisión de fantasía. Llega en la mañana a su comunidad, es recibida con alegría por su padre. Sin embargo, al preguntar por Toruno, su corazón se llena de tristeza al saber que él ahora es el marido de alguien más. Ella debía ser su mujer, su esposa, las cosas no pueden ser así.

Catira se siente perdida y desorientada. Busca a Toruno por todas partes, pero no hay rastro de él. En su casa no hay nadie, la mora y Chucho estaban de compras en Kruza, la mujer de su novio les acompaña. Desesperada, se refugia en la pequeña casucha que compartían a orillas del río Arol. Allí, rodeada de los recuerdos de su amor, llora amargamente. Pasan las horas y Toruno no aparece. A pesar del dolor y la soledad mientras estaba lejos, nunca pierde la esperanza de volver a verlo. Y aunque el destino los había separado, su amor estaba intacto.

Mientras La Catira lo busca...

El sol comienza a descender, Toruno y Guaguao, su fiel compañero, se habían instalado cómodamente a la orilla de la Madre vieja detrás de la casa de Chucho. Las redes son arrastradas con la intención de capturar cualquier cosa dentro del agua. La tranquilidad del lugar es absoluta, inte-

rrumpida solo por el suave chapoteo del agua y el ocasional grito de Guaguao al conseguir un buen pez.

Toruno piensa en la Catira. Su partida había dejado un vacío en su corazón que ni siquiera la compañía de Jeny podía llenar por completo. Añoraba sus risas, sus abrazos, y la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de sus sueños.

En ese momento, escucha el crujido de ramas y el sonido de pasos acercándose. Gira levemente la cabeza y su corazón da un vuelco al ver a Catira caminando hacia él. Lleva puesto un vestido muy corto y escotado con diseño floreado que resalta la belleza de su cabello rubio.

—¡Toruno! Le grita ella, su voz es suave como una brisa.

Toruno se levanta de un salto y corre torpemente hacia ella. Desea tomarla en sus brazos y girarla en el aire. Catira suelta un llanto y no le corresponde el abrazo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo llegaste? ¿Estás bien? pregunta Toruno como loco, tomándola por el brazo derecho.

—¡Vine a buscarte! responde ella, tratando de soltarse. Pensé que quizá estarías aquí.

Toruno la lleva hasta un lugar retirado de la Madre vieja y se paran frente a frente, mirando el reflejo de sus cuerpos en el agua. Guaguao se dispone a sacar las redes, sintiendo la felicidad de su hermano.

—Te he extrañado mucho, confiesa Toruno, tomándole la mano.

Catira sonrió. —Yo también te he extrañado. Pero no tenía idea que ya tenías otra pareja.

—¡Lo sé! dijo Toruno, suspirando hondo. Pero pensé que no volverías.

—Siempre supe que volvería, responde Catira, mirándolo a los ojos. Este es mi hogar y tú eres mi vida.

Toruno la besa suavemente. En ese momento, se siente completo. El mundo entero se reduce a ese pequeño espacio junto al agua.

— Toruno, necesito hablar contigo. Poniendo cara molesta

— Claro, Catira. ¿Qué sucede? Con notable preocupación.

— Sé que esto es difícil, pero... he estado pensando mucho en nosotros. En lo que fuimos y en lo que podríamos haber sido.

— Catira, tú sabes que yo...

Ella interrumpiéndolo —Sé que tienes una vida con Jeny ahora. Y la respeto. Pero hay algo en mi corazón que nunca se ha apagado.

Él suspira —Catira, yo también te quiero. Pero las cosas son diferentes ahora.

— Lo sé. Pero ¿y si... y si hubiera una manera de que estuviéramos juntos?

— Catira, no podemos cambiar el pasado. Y no podemos construir nuestra felicidad sobre el dolor de otra persona.

— Lo sé, lo sé. Pero no puedo evitar sentir que nos merecemos otra oportunidad.

— Catira, por favor, entiende. Dice haciendo pausas largas. Estoy con Jeny. Y ella me ama.

Catira con lágrimas en los ojos —Lo sé. Solo... no puedo evitar sentir que estamos destinados a estar juntos.

Toruno acercándose a ella —Catira, lo que sentimos es real. Pero también es importante ser realistas. No podemos negar la existencia de Jeny.

— Entonces, ¿Qué hacemos? Dice ella con evidente quebranto en su pecho.

— Creo que lo mejor es que cada uno siga su camino. Pero siempre te llevaré en mi corazón.

Catira asintiendo con tristeza —Yo también, Toruno. Siempre.

Ese día por la noche...

Toruno llega a su casa, con el corazón pesado, se acerca a Jeny, quien está sentada en la cocina preparando plátanos fritos con huevos.

— Jeny, necesito hablar contigo.

Jeny levantando la mirada —Claro, amor. ¿Qué sucede?

— Esto es difícil de decir...

Intuyendo algo —¿Todo está bien?

Toruno se sentó a su lado, tomando sus manos.

— Jeny, te quiero. Pero... hay algo que necesito que entiendas.

Jeny sintiendo un nudo en la garganta —¿Qué pasa, mi amor?

— La Catira ha vuelto.

Su rostro se palideció —¿La Catira? Dice tartamudeando. Es algo que sabe que tenía que pasar, pero quizá después, no ahora.

— Sí. Y... y nuestros sentimientos han renacido.

En Jeny las lágrimas comenzaron a brotar —¿Estás diciendo que... que quieres dejarme por ella?

Toruno asintió con la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos.

Jeny con voz temblorosa —¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

— Jeny, te pido que me perdones. Sé que esto te duele, y me duele a mí también.

Jeny se torna enojada —¿Cómo puedes pedirme que te perdone? ¿Cómo puedes simplemente dejarme así?

Sé que no hay excusa. Pero Catira y yo... siempre hemos tenido una conexión especial.

Jeny muestra amargura y yo qué soy, ¿un simple capítulo en tu historia?

Toruno intentó tomarla en sus brazos, pero Jeny lo rechazó.

— Vete, Toruno. Necesito estar sola.

Toruno se levanta lentamente y se aleja, con el corazón destrozado.

Él sale con la excusa de tomar aire, pero realmente quiere ver a la Catira, al menos de lejos.

Toruno regresa a la casa con Jeny. La encuentra sentada en la cama, mirando por la ventana.

Jeny, vine a.... a despedirme me voy a pescar.

Ella sin volverse —No tienes nada que decirme.

— Sé que no hay nada que pueda decir para justificar lo que he hecho. Pero quiero que sepas que lo siento de verdad, de verdad.

Jeny con la voz ronca —¿Y qué pasa con Catira? ¿La amas más que a mí?

—¡No es cuestión de quién amo más! Es que... es complicado.

Jeny cortándolo —No me digas más. Solo vete.

Toruno toma su linterna y sale de la habitación. Cierra la puerta detrás de sí y se queda parado en el pasillo, escuchando el sonido de los sollozos de Jeny.

Al salir de la casa, Toruno se dirige hacia el río. Se sienta a la orilla y mira el agua, pensando en todo lo que había perdido. Se siente culpable, sí, confundido y muy culpable.

A la mañana siguiente...

El Mocho, con la voz temblorosa de la ira, confronta a Toruno. —Sabía que eras un mujeriego, pero que le hicieras esto a mi Catira... ¡Nunca te lo perdonaré!

Toruno, con la mirada baja, intenta disculparse, pero sus palabras se pierden en el viento. Catira, observando la escena, siente un nudo en el estómago. Sabe que su padre tiene razón, pero también ama a Toruno. ¿Cómo podría elegir entre su corazón y su familia?

Toruno intenta disculparse. —Suegro...

—No me vengas con eso, ya no soy tu suegro. Le grita furioso.

—Mocho, déjeme hablarle claro. Sé que le he fallado, y lo lamento de verdad. Pero quiero que sepa que amo a su hija más que a nada en este mundo.

El Mocho con desdén —¿Amor? ¡Qué fácil te resulta decir esa palabra! Después de lo que has hecho, ¿Cómo puedes esperar que te crea?

— Sé que mis acciones no hablan muy bien de mí, pero mis sentimientos son sinceros. Catira es la mujer más importante de mi vida y quiero pasar el resto de mis días a su lado.

— ¿Y qué garantías me das de que no volverás a lastimarla?

— Ninguna garantía es suficiente, lo sé. Pero le prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para demostrarle que he cambiado. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar su confianza y la suya.

Mocho suspira —Toruno, no sé qué creer. Has hecho pedazos mi confianza y la de mi hija. Necesito tiempo para pensar.

— Lo entiendo. Solo le pido una oportunidad. Quiero que sepa que estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario. Sé que soy un hombre imperfecto, pero todos cometemos errores. Por favor, tenga compasión por nosotros.

Paralelamente...

En la cocina de la casa de la Mora. La mujer de Chucho está preparando la comida mientras Jeny la ayuda.

La Mora sonriendo —Ay, Jeny, no sé qué haría sin ti. Siempre estás dispuesta a echarme una mano.

Jeny riendo —¡De nada, suegra! Además, me encanta pasar tiempo con usted. Y... ¿Cómo ve Toruno?

Mora suspira con cariño —Ay, mi niño... está muy nervioso porque tú me caes muy bien.

— ¡Es normal! Pero esa rubia lo trae del ala.

— Lo sé, lo sé. Pero no puedo evitar que otras mujeres me caigan mal. Él es tan inteligente, tan talentoso... quiero que todo le salga bien.

Jeny poniendo una mano en el hombro de la Mora — Tranquila, suegra. Toruno es un chico muy capaz. Seguro que todo lo hará genial.

Mora sonriendo —Gracias, Jeny. Tú lo conoces mejor que nadie. ¿Cómo lo ves tú? ¿Crees que está preparado para lo que viene?

Jeny pensando por un momento —Toruno es más fuerte de lo que cree. Tiene un corazón enorme y es muy trabajador. Además, lo apoya un grupo increíble de amigos.

Los ojos de Mora se llenan de lágrimas —Es verdad. Tiene mucha suerte de tener una mujer como tú. Esa Catira es historia.

Jeny abrazando a la Mora —Y él tiene mucha suerte de tener una madre como usted. Siempre está ahí para él.

Mora secándose las lágrimas —Gracias, Jeny. Eres muy amable.

—De nada. ¿Y qué planes tiene Toruno después de la graduación? ¿Ya sabe a dónde quiere ir a la universidad?

— Sí, ya tiene todo decidido. Quiere estudiar, quiere enseñar. Estoy muy orgullosa de él.

— ¡Qué bien! Seguro que lo hará muy bien.

Mora con una sonrisa —Estoy segura.

Ambas se quedan en silencio por un momento, disfrutando de la compañía de la otra, mientras cortan verduras.

— Oye, Jeny, ¿Quieres ayudarme a servir?

— ¡Me encantaría!

Mientras Toruno no está, Guaguao debe vender la pesca

Guaguao, con el cuerpo curtido por el sol y el barro, arriba a la orilla con el Sufrimiento, con varios Bagres de proporciones considerables. Es una pesca excepcional, de variedad de pescadito, perfecta para los platos fritos de la Chueca.

La Chueca es una mujer de negocios, muy astuta, con una mirada penetrante que parecía calcular el valor de todo lo que toca. Al ver el grupo de pescados, sus ojos brillan con anticipación. Sabe que con ese pescado podría elevar el prestigio de su restaurante y aumentar sus ganancias.

—¡Guaguao!, exclama la Chueca, acercándose al pescador. Qué Doncella tan magnífica. ¡Justo lo que necesito para mi nuevo menú!

Guaguao sonrío, satisfecho con el interés de la restaurantera. —Es un pescado de primera, Chueca. Lo pesqué esta misma mañana.

—Lo sé, lo sé, respondió ella, examinando el pescado con detenimiento. Pero dime, ¿Qué precio me das por él?

Guaguao, con la experiencia de años de pesca, sabía el valor real de su captura, se envalentona —Por un bagre de esta calidad, señora, el precio justo sería de...

Antes de que Guaguao pudiera terminar la frase, la Chueca lo interrumpió. —¡No me vengas con cuentos, Guaguao! Sé cuánto vale este pescado en el mercado. Te daré la mitad de lo que pides. Te daré una nota para que mamá te pague. Guaguao frunce el ceño. La oferta de la Chueca es demasiado baja, casi ridícula. Sabe que ella puede pagar más, y que está tratando de aprovecharse de su necesidad.

—Chueca, responde Guaguao con firmeza, este pescadito me ha costado mucho esfuerzo. No puedo venderlo por menos de lo que vale.

La Chueca se cruza de brazos. —Mira, Guaguao, no te hagas el difícil. Si no aceptas mi oferta, habrá muchos otros pescadores dispuestos a venderme el pescado.

—Lo sé, responde Guaguao, pero no todos los pescadores capturan Doncellas de este tamaño. Y si usted quiere el mejor pescado para su restaurante, tendrá que pagar el precio justo.

La negociación se prolonga durante minutos. Ambos defienden sus posiciones con tenacidad. La Chueca insiste en su oferta inicial, mientras que Guaguao se niega a ceder.

Finalmente, agotados por la discusión, deciden tomar un descanso. Se sientan bajo la sombra de un cocotero y continuaron hablando, pero esta vez en un tono más relajado.

—Guaguao, comienza la Chueca, entiendo tu posición. Pero también debes entender la mía. Si pago demasiado por este pescado, mis márgenes de ganancia se reducirán.

—Lo sé, responde Guaguao, pero si tú pagas un precio justo, yo podré invertir en mejores equipos y capturar más pescado. Y eso beneficiará a ambos.

La Chueca reflexiona por un momento. Sabe que Guaguao tenía razón. Si quiere mantener la calidad de su restaurante, necesita establecer una relación sólida con los pescadores locales.

—Está bien, Guaguao, dice finalmente la Chueca. Acepto tu precio. Pero quiero que me prometas que siempre me traerás el mejor pescado.

— ¡Mamá, págale a Guaguao!

Guaguao sonrío. —Chueca, puede contar conmigo. Siempre le traeré el mejor pescado que capture.

Y así, la negociación llega a un acuerdo satisfactorio para ambos. Guaguao se siente aliviado de haber obtenido un precio justo por su pesca, mientras que la Chueca se asegura de tener los mejores ingredientes para su restaurante.

Esa tarde...

Jeny, busca un lugar apartado, donde pueda hablar con la Catira sin ser interrumpidas.

— Catira, necesito que me escuches. Sé que estás enamorada de Toruno, pero él me ama a mí.

— ¡Jeny! No digas tonterías. Toruno y yo nos queremos, y seguro él no te ha hecho promesas.

— ¿En serio crees eso? Toruno me ha dicho cosas que no puedo ignorar. Me ha hecho sentir especial.

La Catira con ironía — ¡Claro! Todos los hombres dicen esas cosas. No te dejes engañar, Jeny.

— ¡No te atrevas a subestimar los sentimientos! Yo lo amo y él me ama.

Catira enfurecida — ¡Basta! ¡No te lleves el crédito por algo que no tienes! Toruno y yo tenemos una historia juntos, algo que tú nunca tendrás.

— ¡Quizá no tenga tu historia, pero tengo su corazón! Y eso es lo único que importa.

Catira con lágrimas en los ojos — ¡No seas egoísta, Jeny! Toruno no es un objeto que se pueda poseer.

Jeny con determinación — ¡Pero yo haré todo lo posible para que sea mío!

Catira con voz temblorosa — Si sigues así, solo lograrás alejarlo de ti.

Jeny sonriendo con superioridad — No creo que pueda alejarme de lo que es mío por derecho.

La furia se apodera de ellas y se dan unas cachetadas, se halan por el cabello y cayeron al suelo, por suerte Pepas está muy cerca y corre a tratar de separarlas

— Por favor chicas, ya suéltense.

Como es previsible no hacen el menor caso a las súplicas de Pepas, la euforia es indescriptible, así que Pepas trata sin lastimarlas de separarlas.

En casa del Mocho...

Berta mira su café con la mirada preocupada mientras parte el pan lentamente. —No sé, viejo... no puedo dejar de pensar en la Catira. Desde que se enteró de lo de su novio, la veo tan apagada. Nunca la había visto así.

Mocho suspira, moviendo los cubiertos sobre la mesa a la vez que toma un sorbo de su café. —Es que eso no es cualquier cosa, hija. Que te engañen así, después de tanto tiempo juntos... debe ser un golpe fuerte para ella. La pobre, siempre tan entregada, tan confiada.

Berta asiente, con los ojos humedecidos. —Sí... la confianza que le tenía es lo que más le duele. Yo siempre pensé que ese muchacho era diferente, que la cuidaba. ¡Y mira con lo que sale! No sé ni cómo ayudarla. Siento que nada de lo que diga puede aliviarle el dolor.

El Mocho se rasca la cabeza con frustración. —Yo tampoco sé qué hacer. A veces me dan ganas de ir a buscar a ese desgraciado y decirle un par de cosas, pero... ¿De qué sirve? No puedo solucionar esto con los puños, aunque ganas no me faltan.

Berta lo mira, un poco más calmada pero igual preocupada. —Lo sé, Mocho. Pero la Catira tiene que pasar por esto a su manera. No podemos protegerla de todo. Lo que más me asusta es que ella lo sigue queriendo. A pesar de todo... aún lo defiende.

Mocho con el ceño fruncido. —Eso es lo que más me duele. Que siga aferrada a alguien que no la respetó. Pero es su corazón, Berta. Nosotros solo podemos estar ahí para cuando se dé cuenta de que merece algo mejor.

Berta suelta un suspiro profundo, golpeando un tenedor contra la mesa. —Tienes razón. Me duele en el alma verla así, pero también sé que debe ser ella la que tome la decisión de seguir adelante. Por más que queramos, no podemos vivir su vida por ella.

Mocho toma la mano de Berta con firmeza. —No, no podemos. Pero estaremos aquí, juntos, como siempre. Catira es fuerte. Saldrá de esta, y cuando lo haga, va a ser más fuerte aún. Lo único que podemos hacer es darle nuestro apoyo.

Berta le devuelve la sonrisa, aunque con tristeza en los ojos. —Sí... ojalá lo vea pronto. Solo quiero que sepa que no está sola, que nosotros siempre estaremos para ella, pase lo que pase.

El Mocho con un tono más suave. —Lo sabe, hija. Lo sabe. Y aunque le duela ahora, un día va a encontrar a alguien que la valore como se merece.

Berta suspira profundamente. —Ojalá... Sonríe un poco más tranquila. Mientras tanto, aquí estamos. Como siempre.

Entretanto...

La pelea entre las rivales se intensifica. La Gorila está cerca y ayuda a Pepas para que las luchadoras se separen y lo logran a duras penas.

— Como que está muy bueno el Toruno, ¡Cómo se pelean!

Pepas dice —Por mí, nunca lo han hecho dos hermosas mujeres como estas.

Catira asume con fuerza —¡Ese es mi macho! Le grita mientras la golpea.

Algunos cabellos han quedado en las manos de Jeny y en la cara de esta habían quedado algunos rasguños, pero la pelea concluye al fin. Sin embargo, la Catira aún le grita improperios a Jeny mientras esta se sacude el polvo sobre la ropa. Se retiran porque Pepas no les permite que se vuelvan a juntar para reanudar la pelea.

Más tarde...

Toruno camina por la orilla de la playa hacia la casa de la Catira, la arena húmeda se adhiere a sus pies descalzos. El Arol, inmenso y poderoso, parece reflejar la tormenta que azota su interior. Lleva horas intentando encontrar las palabras adecuadas para pedir perdón a Catira, pero cada vez que intenta acercarse, se siente más pequeño, más insignificante.

Había sido un cobarde, lo sabía. Ha traicionado la confianza de la mujer que más amaba. Y ahora, las consecuencias de sus actos lo perseguían sin tregua.

Con el corazón chiquitito, se dirige a la pequeña casa de Catira. Respira profundamente antes de llamar desde el puerto. El silencio que le respondió fue ensordecedor.

Catira está sentada en la hamaca, mirando al cielo. Su rostro, normalmente lleno de vida, luce pálido y sus ojos, antes brillantes, están apagados. Al escuchar el ruido desde el puerto, se vuelve lentamente hacia Toruno.

¡Toruno!, dice su voz, apenas un susurro.

—Catira..., comienza él, pero las palabras se le atascan en la garganta.

—No tienes nada que decirme, lo interrumpe ella, con un tono de voz que heló su sangre.

—Sé que lo que hice estuvo mal, dice Toruno, con su voz temblorosa. Te pido perdón de todo corazón. No hay un día que no me arrepienta de haberte lastimado.

Catira se levanta de la hamaca y se acerca a la ventana. — Arrepentimiento... ¿Y qué hago yo con tu arrepentimiento? No puede borrar el dolor que me has causado.

—Lo sé, responde Toruno, acercándose a ella con cautela. Sé que no puedo borrar el pasado, pero quiero que sepas que te amo. Te amo más que a nada en este mundo.

Catira se vuelve hacia él, sus ojos llenos de lágrimas. — Amor... ¿Qué sabes tú del amor? El amor no se basa en promesas vacías, Toruno. El amor se demuestra con hechos.

—Ya, ya, repite él, desesperado. Por favor, dame una oportunidad. Déjame demostrarte que he cambiado.

Catira se aparta de él. —No sé si puedo confiar en ti otra vez, Toruno. Me has hecho mucho daño.

—Ok, susurra él, sintiendo como si el mundo se le viniera encima.

Los minutos se convierten en horas, mientras la conversación fluye, pero la herida en el corazón de Catira seguía abierta. Toruno no se rinde. La busca con todos los trucos, la llena de detalles, de poemas, de canciones. Pero la Catira sigue siendo una isla, inaccesible y rodeada de dolor.

Esa noche...

Toruno vuelve a casa con una idea en mente. Jeny se había sentado en un banco, el mismo donde habían compartido tantas noches. Sin embargo, hoy, la atmósfera es opresiva y cargada de tensión.

Toruno, con la mirada fija en el horizonte, rompe el silencio. —Jeny, tenemos que hablar.

Jeny, no muy sorprendida, levanta la vista. —Claro, ¿a ver?

Toruno respira hondo. —Lo que siento por ti... ha cambiado, ya lo sabes

Las palabras de Toruno resuenan en el aire, golpeando a Jeny como un puñetazo. Cómo... —¿Cómo qué ha cambiado?

—No siento lo mismo que sentía antes, continúa Toruno, evitando su mirada. Sé que esto te dolerá, y me duele a mí también, pero creo que lo mejor es que te vayas de mi casa.

—Írme, repite Jeny, su voz temblorosa. ¿A qué te refieres con írme de tu casa?

—Quiero decir que... que necesito terminar nuestra relación.

Las palabras de Toruno caen sobre Jeny como una bomba. Su mundo se desmoronaba ante sus ojos. —¿Por qué? ¿Qué hice mal?

Toruno se levanta y comienza a caminar de un lado a otro. —No es que hayas hecho nada mal, Jeny. Es solo que... las cosas entre nosotros ya no son las mismas.

—Pero podemos arreglarlo, ¿No? Podemos hablar de esto, ¿verdad? insistió Jeny, aferrándose a un hilo de esperanza.

—Lo he intentado, Jeny, pero creo que ya no hay nada que podamos hacer.

—No lo entiendo, dice Jeny, las lágrimas han comenzado a brotar de sus ojos. Hace solo unas semanas me decías que me querías.

—Y te quiero, Jeny, afirma Toruno, con su voz llena de dolor. Pero el amor verdadero es otra cosa.

Jeny se siente traicionada. ¿Cómo podía él decir que la quería y al mismo tiempo querer terminar con ella?

—Entonces, ¿Solo fue un juego para ti? pregunta Jeny, con su voz cargada de amargura. ¿Solo fue para no estar solo? ¿para desahogarte?

—No, Jeny, nunca fue un juego. Pero las cosas cambian, las personas cambian.

—Y tú cambiaste, dijo Jeny, con voz fría. Cambiaste y me dejaste atrás.

Toruno se sienta a su lado y toma su mano. —Lo siento mucho, Jeny. Te juro que no quería hacerte daño.

Jeny retira su mano bruscamente. —No me digas que lo sientes. Las palabras no pueden borrar el dolor que me has causado.

La conversación continúa durante horas, con ambos tratando de entender lo que había sucedido. Jeny está destrozada, mientras que Toruno se siente culpable y perdido. La

noche es eterna para ambos, en la mente ella está la idea de recomenzar en la de él solo piensa en su tormento, en su amada, en su Catira. Finalmente, cuando el sol sale y la noche ha desaparecido, Jeny se levanta y se aleja sin decir una palabra. Toruno la observa alejarse, sintiendo un vacío inmenso en su corazón.

XXIII



Llegan las serenatas

Ese día por la noche...

Bajo la luz de la luna llena, Toruno encuentra a Catira sentada en la orilla del río. Se sienta a su lado, sin decir una palabra.

—Te escucho, dice Catira, su voz apenas un susurro.

Toruno toma su mano. —No sé qué más puedo decirte, Catira. Solo quiero que sepas que te amo. Que cada día que pasa te amo más.

Catira se queda en silencio por un largo rato. Luego, se voltea hacia él y lo mira a los ojos. —Toruno, me duele amarte tanto y a la vez odiarte en la misma proporción.

Toruno aprieta su mano. —Lo sé, mi amor. Lo sé.

—No sé si alguna vez podré perdonarte del todo, continúa Catira, pero necesito tiempo. Necesito un proceso para sanar.

Toruno asiente. —Te daré todo el tiempo que necesites. Pero ahora estoy solo para ti.

Y así, la noche se consume en un silencio cargado de emociones. Toruno había dado el primer paso, pero el camino hacia la reconciliación es largo y tortuoso.

Al volver a casa Toruno...

Toruno se sienta en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. La decisión de terminar con Jeny lo había dejado exhausto. Necesitaba un consejo, una palabra de aliento ¿Y a quién más acudir sino a su padre, Chucho?

Chucho, un hombre de pocas palabras, pero gran sabiduría, entra en la habitación. Se sienta en la cama junto a su hijo y lo mira con ojos comprensivos.

—Sé que estás pasando por un momento difícil, hijo, comienza Chucho, su voz suave como una brisa marina.

Toruno asiente, sin levantar la vista. —Sí, papá. No sé qué hacer.

—Terminar una relación nunca es fácil, continúa Chucho. Pero a veces, es necesario tomar decisiones difíciles para encontrar la felicidad.

Toruno mira fijamente a su padre, buscando una señal, una guía. —Pero yo la quiero, papá.

Chucho sonrío con tristeza. —El amor es una fuerza poderosa, hijo, pero no siempre es suficiente. A veces, el amor no es suficiente para mantener una relación.

Toruno nota un nudo en la garganta. —Pero... ¿Y si me arrepiento?

Chucho puso una mano en el hombro de su hijo. —El arrepentimiento es parte de la vida, hijo. Todos comete-

mos errores. Lo importante es aprender de ellos y seguir adelante.

—Pero ella está sufriendo, dice Toruno, su voz llena de dolor.

—Sé que está sufriendo, hijo. Pero tú también estás sufriendo. Y a veces, el dolor de dejar ir a alguien que amas es necesario para poder avanzar.

Toruno se queda en silencio, reflexionando sobre las palabras de su padre.

—Recuerda, hijo, continúa Chucho, la vida es un viaje. Habrá momentos de alegría y momentos de tristeza. Lo importante es aprender a navegar por todas las emociones que la vida nos presenta.

Toruno asiente lentamente. Sabe que su padre tiene razón. Había tomado una decisión difícil, pero es la mejor para ambos.

—Gracias, papá, dice Toruno, abrazando a su padre. Te necesito.

Chucho devuelve el abrazo. —Siempre estaré aquí para ti, hijo. Siempre.

Pepe, el camionero, invitó a su hermano Julio al Arol, decidieron tomarse un merecido descanso, pero esta vez visitarán a Pepas. Con sus camiones cargados, se dirigieron al Arol, donde su amigo Pepas, este no los esperaba, pero fue una grata sorpresa.

—¡Qué gusto verlos, muchachos! exclamó Pepas, estrechando la mano de cada uno. ¿Van donde Chucho?

—Nos gustaría quedarnos aquí, dice Julio.

La Gorda se encarga de preparar la comida. Mientras cocina, lanza miradas furtivas a Pepe y hace comentarios sobre lo bien que le queda la camiseta. Pepe, un poco sorprendido, pero no del todo molesto, corresponde con una sonrisa tímida. Después de cenar, se sientan alrededor de la fogata. La Gorda, acercándose a Pepe, le pregunta sobre sus viajes. Pepe, encantado de tener a su audiencia, le cuenta historias emocionantes de los lugares que había visitado. La Gorda escucha atentamente, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios.

Al día siguiente, mientras pescan, La Gorda se acerca a Pepe y le ofrece un sándwich. Al entregárselo, su mano roza la de él y siente una pequeña descarga eléctrica. Pepe, nervioso, agradece el gesto y trata de disimular su agitación. A medida que pasa el tiempo, la tensión entre Pepe y La Gorda aumenta. Los coqueteos se vuelven más evidentes y los roces cada vez más intencionales. Pepas, aunque parece no darse cuenta de lo que está sucediendo en sus narices, siente una punzada de celos. Por la noche, mientras todos duermen, Pepe se despierta con la sensación de que alguien lo observa. Al abrir los ojos, ve a Gorda parada al lado de su cama, mirándolo fijamente. Con un movimiento rápido, ella se acerca y lo besa en la mejilla. Pepe, sorprendido, no sabe qué decir. La Gorda, sin decir una palabra, se retira de la habitación.

Pepe, Pepas y Toruno deciden aprovechar el día para relajarse y disfrutar de la naturaleza. Equipados con sus cañas de pescar, se dirigen a unas curvas más abajo del puerto del

Mocho. Al llegar, comienzan a armar el equipo. Pepas, les enseña a sus amigos algunos trucos para atraer a los peces. Mientras tanto, Toruno, el más inquieto y joven, explora los alrededores buscando ramas secas para hacer una fogata.

—Este lugar es perfecto para desconectarnos de la rutina, comenta Pepe mientras lanzaba su línea al agua.

—Sí, y quién sabe, ¡tal vez hasta nos llevemos un buen pescado para la comida!, añade Pepas con una sonrisa.

En casa de Pepas, Julio se acerca a la Gorda.

Julio sonriendo —¿Sabías que el café tiene poderes mágicos? Puede hacer que cualquier momento sea especial.

La Gorda riendo —¿Ah sí? ¿Y cuál es el poder mágico de este café en particular?

Julio, acercándose un poco —El poder de hacer que dos personas se sientan más cerca.

La Gorda jugueteando con su cabello —¿En serio? Yo creía que ese era el poder de una buena conversación.

Julio con una mirada intensa —Sin duda, pero este café le añade un toque especial, ¿No crees?

—Quizá tengas razón.

Hay una pequeña pausa, mientras ambos se miran a los ojos.

Julio susurrando —¿Te has dado cuenta de que tus ojos son del mismo color que el Arol en un día soleado?

Ella sonrojada —Ay, no digas cosas así. Me pondrás nerviosa.

— ¿Y por qué te pondría nerviosa?

Ambos se quedan en silencio por un momento, disfrutando de la conexión.

La Gorda jugueteando con su anillo —¿Qué te parece si después de esto vamos a dar un paseo por el puerto?

Julio se muestra entusiasmado —¡Me encantaría! El aire fresco nos sentará muy bien.

Se levantan de la mesa y salen de la cocina, continuando su conversación mientras caminan. De lejos la Gorila los ve con morbo.

Unos metros más abajo, las horas pasan volando entre risas, anécdotas y la espera paciente de una buena captura. Pepe es el primero en tener suerte y saca un pez pequeño pero luchador. Toruno, no se queda atrás y poco después logra sacar un pez un poco más grande. Pepas, con su paciencia característica, finalmente consigue el pez más grande de todos.

Con sus capturas, se dirigen a la orilla donde Toruno había preparado la fogata. Limpian los peces y los colocan en una brocheta, que luego asan sobre las brasas. El aroma del pescado a la parrilla se esparce por el aire, invitando a cualquier hambriento a unirse a la fiesta. Mientras disfrutan de su cena, los amigos cuentan historias y bromean sobre sus aventuras. La luna llena ilumina el estanque cercano, creando un ambiente mágico y relajante.

—No hay nada mejor que pasar una tarde así, dice Pepe, mirando las estrellas.

—Estoy completamente de acuerdo, responde Pepas. La vida a veces se complica demasiado, pero momentos como estos nos recuerdan lo simple y hermoso que puede ser.

Toruno, con la boca llena de pescado, asiente con entusiasmo.

Al día siguiente, Pepe y Julio se despiden de Pepas y la Gorda con una sensación de incomodidad. Pepe no sabe cómo actuar después de lo sucedido. Por su parte, La Gorda parece haberse olvidado de todo y vuelve a ser la amable anfitriona de siempre.

La siguiente semana...

El lunes, la Catira, mientras el sol se asoma por la ventana, pintando de dorado su cuarto, sigue envuelta en la oscuridad de su tristeza, la infidelidad de Toruno la había golpeado como un rayo, dejando un vacío insondable en su corazón. Cada rincón de su hogar le recuerda a él, a ellos. Las risas compartidas, los sueños tejidos juntos, ahora se habían convertido en pesadillas recurrentes.

Al día siguiente intenta distraerse con las tareas domésticas, pero cada movimiento era un recordatorio de su pérdida. Lavar la ropa, cocinar, limpiar... todo se siente inútil. Las lágrimas brotan sin control, empapando la tela de su blusa. Se pregunta ¿cómo había podido ser tan ingenua? ¿cómo no había visto las señales? El día miércoles sus amigas, preocupadas, la visitan. Intentan animarla con historias y risas, pero Catira no puede encontrar consuelo en nada. Se siente como si una parte de ella hubiera muerto. La idea de volver a confiar en alguien la aterra. Por la no-

che de ese día hay algo distinto. Toruno lleva días dándole vueltas a la cabeza. Ha intentado de todo para que Catira lo perdona, pero ella sigue distante. Hoy, ha decidido que es el momento de hacer algo especial, algo que demuestre lo arrepentido que estaba.

Con el corazón arrugado, se dirige a Kruza. Allí, escoge las rosas más hermosas que encuentra, es un ramo de un rojo intenso que contrastaba con el verde brillante de sus hojas. Después, se dirige a la casa de su amigo músico Sorbetico, quien, con gusto, acepta acompañarlo en esta misión.

Al caer la noche, Toruno se planta frente a la ventana de Catira, guitarra en mano. El pueblo duerme, sumido en un profundo silencio, solo interrumpido por el suave sonido de los grillos. Respira hondo y comienza a tocar. Su voz, normalmente tímida, se llena de sentimiento al interpretar una canción de amor que había compuesto especialmente para ella.

La Catira, al escuchar la música, se acerca a la ventana. Su corazón se acelera al reconocer la melodía. Al asomarse, sus ojos se entrelazan con los de Toruno, llenos de arrepentimiento y esperanza. En sus manos, sostiene el hermoso ramo de rosas. Toruno termina la canción y, con la voz entrecortada por la emoción, le dice a la Catira, sé que no merezco tu perdón, pero te amo más que a nada en el mundo. Por favor, dame una oportunidad de demostrártelo. Catira lo observa en silencio, sus ojos visiblemente llenos de lágrimas. La serenata la ha conmovido profundamente, pero aún le costaba olvidar el dolor que él le había causado. —

Toruno, comienza ella, su voz apenas es un susurro, lo que hiciste me lastimó mucho. Necesito tiempo para sanar.

Toruno asiente con la cabeza. —Lo sé, mi amor. Te daré todo el tiempo que necesites. Solo quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer lo que sea para recuperarte. Catira se queda mirando las rosas, su aroma llenando el aire.

Finalmente, con un suspiro, cierra la ventana. —¡vete!, dice con voz suave.

Toruno llora y se marcha de la casa, llevando consigo las rosas y la esperanza de un nuevo comienzo. Él camina con los ojos llenos de lágrimas que parecen reflejar la tormenta interna que lo consume. En su mano, las rosas marchitas que había regalado, ahora parecen ser símbolos de promesas rotas, como un sueño que se disuelve al amanecer. La esperanza que lleva consigo es un faro débil, titilante en medio de la oscuridad, como una luz a punto de apagarse. Cada paso que da sobre la tierra es un eco de su dolor, como si el suelo mismo llorara su partida. El viento le acaricia el rostro, pero en lugar de consuelo, le llega como un susurro cruel que le recuerda el rechazo, el amargo sabor de la traición. La casa queda atrás, una sombra distante que guarda los ecos de palabras no dichas, de abrazos que ya no volverán. Toruno, con el alma rota y el pecho pesado, avanza hacia lo incierto, llevando consigo las rosas, ya sin vida, y la esperanza, ahora quebrada, como una canoa a la deriva en un lago sin orillas. En su interior, el deseo de un nuevo comienzo se mezcla con el miedo a lo desconocido, pero lo único claro es que ya no puede mirar atrás; su futuro se abre ante él, vasto y vacío, como una tierra sin caminos trazados.

Al siguiente día recibe un mensaje de Toruno, pidiendo perdón. Las palabras en el papel no tienen ningún efecto aparente sobre ella. Su corazón está cerrado, protegido por un muro de dolor, arruga el papel sin leerlo. El quinto día decide salir a caminar por la playa. El sonido de las aves la calmaba un poco, pero no logra borrar el dolor. Se sienta en la arena, mirando al horizonte, pensando en todo lo que había perdido.

El sábado sus padres la llevan de paseo. Intentan distraerla con conversaciones triviales, pero ella no puede concentrarse en nada. Se siente como un autómatas, respondiendo a las preguntas de manera mecánica. Llegan por la noche y ¡oh sorpresa! un joven intentaba cortejarla.

Hans es un rubio buen mozo que vive en Kruza. Sus ojos azules, poco comunes en la región, y su sonrisa tímida lo distinguían de los demás jóvenes. Desde el primer momento en que vio a Catira, sintió una conexión especial. Su belleza, su gracia y su risa contagiosa lo habían cautivado por completo, había tenido oportunidad de saludarla en la fiesta de quince años en el Caney⁵².

Durante semanas, ha observado a Catira desde la distancia, admirando su belleza y soñando con el día en que pudiera hablar con ella. Finalmente, se arma de valor y decide confesarle sus sentimientos de la manera más romántica que conocía, una serenata bajo su ventana.

Esa noche estrellada, la ve llegar, no le dice nada, pero la deja entrar a casa, Hans se planta frente a la casa de Catira,

52 Lugar de alquiler para celebraciones.

guitarra en mano. Respira profundamente y comienza a tocar una melodía suave y romántica. Su voz, aunque un poco nerviosa, transmite la intensidad de sus sentimientos.

—Catira, mi amor, mi corazón late solo por ti. Tu belleza ilumina mis días y sueños. Te amo más que a nada en el mundo.

Hans canta con todo su corazón, esperando que sus palabras llegaran a Catira y la conmovieran. Sin embargo, la ventana de su habitación permanece oscura. Minutos después, la luz se enciende y Catira aparece en la ventana, pero su rostro no refleja la emoción que Hans espera.

—Hans, esto es muy bonito, pero...comienza ella, con su voz suave pero firme. Agradezco tu gesto, de verdad, pero no siento lo mismo por ti.

El corazón de Hans se hunde. —Pero... ¿Por qué? Creí que...

—Eres un chico muy agradable, Hans, interrumpe Catira, pero mi corazón ya pertenece a alguien más.

Hans siente un nudo en la garganta. —Lo entiendo, responde con voz apagada. La Catira se disculpa nuevamente y cierra la ventana. Hans se queda allí, inmóvil, durante unos minutos más, antes de recoger sus cosas y marcharse.

El domingo se despierta con una sensación de vacío. La semana ha pasado como un borrón, y ella sigue sin encontrar la fuerza para salir adelante. Se promete a sí misma que superaría este dolor, ahora ya no quiere llorar, era el momento del cambio.

En la cocina de su casa. La Catira está preparando el desayuno mientras el Mocho entra.

— Catira, ¿Cómo dormiste hija? ¿No te acuerdas de que hoy teníamos que ir al mercado?

— ¡Ay, papá! Se me olvidó por completo. Estaba pensando en lo de Hans.

Mocho entrecerrando los ojos —¿Con Hans otra vez? ¿Qué te parece ese muchacho?

— ¡Papá! ¿Por qué siempre tienes que ser así? Hans es muy buena persona.

— Buena persona, ¿eh? ¡Buena persona que tiene mucho dinero y vive con su mamá! ¿Qué futuro te puede brindar! Bueno es dinero de su madre.

— ¡Papá! ¡Eso no es justo! Hans trabaja y es muy responsable. Además, todavía es un muchacho y al parecer me quiere.

— ¡Claro que te quiere! ¡Quiere a alguien que le cocine y le lave la ropa! ¿No te das cuenta de que te está usando? Los que tienen plata son así.

— ¡No! ¡Tú siempre estás pensando lo peor de todo el mundo!

Mocho suspirando —Catira, hija mía, yo solo quiero lo mejor para ti. No quiero verte sufrir.

— ¡Yo soy feliz sola! Pero sería más feliz si Toruno estuviera a mi lado.

Mocho acercándose a ella —Mira, hija, yo sé que estás enamorada, pero el amor no lo es todo. Tienes que pensar en

tu futuro. ¿Quieres pasar el resto de tu vida preocupándote por cómo pagar las cuentas? O ¿Pensando que sea infiel?

La Catira bajando la mirada —No sé qué hacer, papá.

— Piénsalo bien, hija. Hay muchos otros chicos que te merecen. Chicos con futuro, con trabajo estable. Esos chicos no son lo que necesitas.

—¡Pero yo quiero a Toruno! Dice con voz firme.

Mocho tomando sus manos —Sé que es difícil, pero tienes que ser fuerte. No dejes que las emociones te controlen.

Catira con lágrimas en los ojos —¡No quiero perderlo!

— Nadie te está pidiendo que lo pierdas. Solo quiero que abras los ojos y veas la realidad.

Catira liberándose de su agarre —¡Déjame en paz!

La Catira se da la vuelta y se dirige a su habitación, dejando a su padre solo en la cocina, con una expresión de preocupación en su rostro.

El lunes siguiente...

El patio del colegio, normalmente bullicioso y lleno de vida se siente como un escenario vacío para Toruno. Sus pasos resuenan en el suelo de cemento, cada eco amplificando su culpa. Se había refugiado en un lugar solitario, buscando un momento de paz que parecía imposible de encontrar.

De repente, oye sus nombres. Boquitaepescao, Ely y Sorbetico, sus amigos de toda la vida se acercan hacia él con el ceño fruncido.

—Toruno, tenemos que hablar contigo, comienza Boquitaepescao, su voz cargada de reproche.

Toruno se gira lentamente, encontrándose con las miradas acusadoras de sus amigos. — Sé que lo que hice estuvo mal, murmuró, sin atreverse a levantar la vista.

— ¿Mal? exclama Ely, indignada. ¡Mal es poco! Traicionaste a la Catira, a nuestra amiga. ¿Cómo pudiste hacerle eso?

Sorbetico se acerca un paso, su tono de voz más calmado, pero no menos penetrante. — Toruno, la Catira siempre ha sido una buena amiga para todos nosotros. No entiendo cómo pudiste romperle el corazón de esa manera.

Toruno siente un nudo en la garganta. Sabe que no había justificación para sus actos, pero no puede evitar defenderse. — Sé que no hay excusa, pero los sentimientos cambian. Ya creí que no volvería.

— Los sentimientos no te dan derecho a lastimar a alguien, replicó Boquitaepescao, su voz llena de rabia. Catira está destrozada, Toruno. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

— Ya, lo sé, susurra Toruno, sintiendo un dolor agudo en el pecho. Me arrepiento de todo corazón. No quería hacerle daño.

— ¡Pero lo hiciste!, grita Ely, acercándose más a él. Y ahora tienes que enfrentar las consecuencias.

Sorbetico, tratando de calmar la situación, interviene. — Chicos, creo que ya hemos dejado claro nuestro punto. Toruno sabe que lo que hizo estuvo mal. Lo importante ahora es que aprenda de su error y trate de reparar el daño.

Toruno asiente con la cabeza. — Haré lo que sea para que Catira me perdone.

Boquitaepescao lo mira con escepticismo. —Eso espero, Toruno. Pero te advierto, si vuelves a lastimar a alguien así, no te perdonaremos.

Los amigos de Toruno se alejan, dejando al joven solo con sus pensamientos. La conversación había sido dolorosa, pero necesaria. Se da cuenta de que había perdido la confianza de sus amigos y que tendría que trabajar muy duro para recuperarla.

Mientras...

La Gorila y el Pato habían construido una vida juntos que parecía sacada de una novela un tanto rara. Viven en una casita pequeña, la misma que usaba con Palanquero, pero llena de amor y risas. El Pato, siempre atento y protector, había logrado conquistar el corazón de la impetuosa Gorila. Sin embargo, bajo la apariencia de una pareja feliz, late un secreto que la Gorila guarda celosamente.

A pesar de su amor por el Pato, la Gorila no puede negar la atracción que siente por otros. La libertad y la aventura que encuentra en cada nueva andanza la excitaban. Es como si necesitara probar constantemente que todavía era capaz de conquistar corazones, como si el amor estable con el Pato la sofocara de alguna manera.

Sus aventuras amorosas son siempre fugaces, como mariposas que revolotean a su alrededor para luego desaparecer. El Pato, aunque lo nota, prefiere hacerse la vista gorda. Ama a Gorila con una intensidad que lo ciega a sus infidelidades. Se aferra a la esperanza de que algún día ella se cansaría de sus aventuras y se quedaría con él para siempre. La

Gorila, por su parte, se sentía culpable en ocasiones. Ama al Pato, pero también disfruta de la emoción de lo prohibido. Se sentía atrapada en una dualidad constante, entre el amor estable y la pasión efímera.

Esa tarde...

Toruno se recuesta sobre su hamaca, la habitación a oscuras salvo por el tenue resplandor de la luna que se filtra por la ventana. Cierra los ojos y deja que su mente vague por los recuerdos. Imágenes vívidas de Catira inundan su mente. La ve riendo a carcajadas en la playa, sus ojos brillando bajo el sol; la siente acurrucada junto a él en la cama, mientras ven su película favorita; recordaba el sabor de su helado favorito, el que siempre compartían los domingos por la tarde. Mira a Teté que se mueve de un lado a otro diciendo cosas sin sentido.

Un suspiro escapa de sus labios. —¿Cómo había podido ser tan tonto? Había arruinado todo lo que tenían. Se pregunta si alguna vez volvería a sentir la calidez de su abrazo, la dulzura de sus besos. La culpa lo consume por dentro.

Recuerda la primera vez que se habían besado, bajo la luz de las estrellas. El corazón se le acelera solo de pensarlo. Habían sido tan jóvenes, tan inocentes, tan enamorados. Y ahora, todo eso se había desvanecido como el rocío al amanecer. Una lágrima solitaria rueda por su mejilla. Se siente tan solo, tan perdido. Se pregunta si alguna vez podría volver a ser feliz. Toruno puede casi oler el aroma de su piel, sentir la arena cálida entre sus dedos cuando paseaban juntos. Recuerda cómo la Catira había construido un

castillo de arena y lo invitó a coronarlo como rey. Habían pasado horas riendo y jugando, sin una sola preocupación en el mundo. Y luego, habían compartido un helado, su favorito, chocolate con almendras. El sabor dulce se mezclaba con sus feromonas y la felicidad de estar juntos. Ahora, cada vez que comía un helado, recordaba esos momentos y sentía un vacío inmenso.

XXIV



Adiós Juan Grande

Los días se convierten en semanas y las semanas en meses, Toruno no puede tener el perdón de la Catira. Llegan las vacaciones del colegio, es el mes de agosto con un verano intenso. En esos días los pescadores viajan lejos para buscar buena pesca.

Guaguao y Toruno, unidos por la pasión de la pesca y caza, emprenden un viaje río arriba. Cargan sus canoas con provisiones para una semana: plátanos maduros, yuca, carne seca, aceite y, por supuesto, sus preciadas cañas de pescar y Atarrayas. Al despedirse de Chucho y Mora, prometen a sus familias una abundante pesca. Toruno no pudo despedirse de la Catira. Sin embargo, su compañero tiene la suerte, la dicha, de intercambiar palabras y besos con gordita, en poco tiempo, por temor a ser descubiertos, pero algo es algo.

El primer día de pesca en el río es una mezcla de emoción y desafío. Reman contra la corriente, sorteando rápidos y rocas. La vegetación ribereña es exuberante, y la vida sil-

vestre abunda. Al atardecer, encuentran un lugar apartado para acampar. Bajo un cielo estrellado, comparten historias y sueños mientras cocinan su primera cena.

Al siguiente día la suerte los acompaña desde temprano. Los peces, atraídos por sus señuelos, muerden con fuerza. Entre risas y gritos de emoción, van llenando sus canastas. Al mediodía, hacen una pausa para disfrutar de un almuerzo a base de pescado fresco, preparado sobre las brasas. A la mañana siguiente deciden adentrarse aún más río arriba. La corriente se vuelve más fuerte, y el agua, más profunda. La pesca se vuelve más desafiante, pero también más emocionante. Capturan especies que nunca antes habían visto. Pasando por una playa muy extensa ven algo extraño y deciden bajar allí. Amarran el Sufrimiento a una rama y miran detenidamente la arena, está caliente y ellos están descalzos. Lo raro son las pisadas, se acercan más y concluyen que son pisadas de cocodrilo o quizá de caimán. Guaguao que tiene más experiencia tiene una gran idea.

Toruno lo increpa —¿Qué piensas? Esa mirada es rara.

— Creo que una caimana puso sus huevos aquí. podíamos buscar.

— Es peligroso buscar, pero si los hallamos podríamos tener buen dinero con su venta.

Ambos saben que la venta de huevos de caimana es prohibida, pero en el mercado negro son bien pagados, probablemente unas mil veces más porcada huevo de gallina.

Guaguao asume férreamente —Los buscaremos, dice con cara de miedo viendo hacia el agua.

Mientras en casa del Mocho...

La Catira se sienta en el borde de su cama, la suave luz del sol de la mañana baña su rostro. Sus dedos acarician el colgante que Toruno le había regalado en su aniversario, se trata de un pequeño corazón de plata. Cierra los ojos y una sonrisa involuntaria se dibuja en sus labios al recordar todos los momentos felices que habían compartido. Recuerda las tardes de verano en el puerto, construyendo castillos de arena y riendo a carcajadas. La sensación de la arena cálida entre sus dedos y la brisa fría en su cabello la transportan a aquel entonces. La imagen de Toruno, con el cabello alborotado por el viento y una sonrisa radiante, se hace cada vez más nítida en su mente. También recuerda las noches estrelladas en las que se quedan despiertos conversando sobre sus sueños y esperanzas. La confianza que habían construido a lo largo de los años era inquebrantable. Se sentía segura y amada a su lado. Pero esos recuerdos felices se ven empañados por la traición que había sufrido. Sus ojos se llenan de lágrimas. ¿Cómo había podido ser tan ciega? ¿Cómo no se había dado cuenta de las señales?

Se pregunta si alguna vez podría volver a confiar en él. Si sería capaz de superar el dolor que sentía. La idea de volver a amar la hace sentir vulnerable. A pesar del dolor, la Catira tiene claro que tiene que seguir adelante. Se levanta de la cama y se dirige a la ventana. Mira hacia el cielo, buscando alguna señal de esperanza. Con una profunda respiración, se dice a sí misma que sería fuerte y que superaría esta prueba.

Entre tanto...

Toruno y Guaguao con la ayuda de su machete van puyando la arena, pues los huevos están bajo esta, la parecer, la caimana abre un gran hueco con sus patas, los deposita y luego los tapa. La búsqueda es lenta porque la playa es grande y se quemán los pies. Luego de varios minutos, Toruno escucha una cáscara romperse.

Toruno confirma —¡Aquí es!

Guaguao corre al lugar y cava con las manos. Efectivamente hay un gran nido. La euforia se apodera de ellos, gritan y saltan de alegría. Sacan los huevos mientras los cuentan, son noventa huevos blancos con una franja clara en medio, son muy grandes. Sin duda el tamaño de la caimana debe ser de al menos cinco metros de largo. El miedo se apodera de ellos al imaginar el tamaño de semejante bestia.

Luego de guardar el botín, se van río arriba el día entero y lo dedican a explorar la selva circundante. Se adentran en la espesura, guiados por los sonidos de la naturaleza. Descubren una cascada oculta, donde se refrescan y llenan sus cantimploras⁵³. Una tormenta eléctrica sorprende a los aventureros en medio de la noche. El viento azota el bosque, y los rayos iluminan el cielo. Se refugian en su canoa, acurrucados, esperando que pase la tormenta.

Con el Sufrimiento cargado de pescado, animales y huevos, los pescadores inician el viaje de regreso. Se sienten renovados por la experiencia, más unidos que nunca. Al llegar al pueblo, son recibidos con júbilo por Teté.

53 Vasija o recipiente que se utiliza para llevar bebida, habitual en viajes, excursionismo, vida militar y trabajadores del campo.

—Ruuuu ¡Agua! Ruuuu ¡Torunito! Ruuuu.

Venden la pesca a la Chueca y cuentan sus aventuras. La aventura tiene como principal conversación la recolección de los exóticos embriones de reptil. Su tamaño llama la atención de todos, los mitos sobre su función en la sexualidad afloran inevitablemente. Sin embargo, más allá de todo lo hablado entre los mirones, a Chucho le interesa principalmente el precio, las ganancias que dejará su venta y por supuesto ubicar un buen comprador que no represente un peligro de denuncia ante los guardias.

Las noticias vuelan...

Catira se encuentra en la cocina, mirando por la ventana mientras lava los platos. Su madre, Berta, se acerca con una taza de té caliente.

—Hija, sé que estás pasando por un momento difícil, comenzó Berta, sentándose a su lado le dice ¡El Toruno regresó de la pesca!

Catira suspira. —Mamá, no sé qué hacer. Siento que una parte de mí quiere perdonarlo, pero otra parte me dice que no lo merece.

Berta toma la mano de su hija. —Perdonar no es fácil, hija. Es una decisión que solo tú puedes tomar. Pero quiero que sepas que yo estoy aquí para apoyarte en lo que decidas. Sé que lo amas, hija, continúa Berta, pero también tienes que amarte a ti misma. Mereces ser feliz y respetada.

Catira acepta con la cabeza. —Lo sé, mamá, pero me preocupa lo que piensen los demás. Si lo perdono, ¿Qué pensarán mis amigos?

Berta sonríe con ternura. —Hija, lo que piensen los demás no debería importarte. Lo realmente primordial es lo que t  sientes en tu corazón. Perdonar no significa olvidar, ni justificar lo que hizo. Significa liberarte de la amargura y seguir adelante con tu vida.

—Pero  Y si me equivoco?, pregunta la Catira con voz temblorosa.

—Nadie puede garantizar que no te equivocar s, respondió Berta. Pero la vida est  llena de incertidumbres. Lo importante es tomar una decisión consciente y asumir las consecuencias. Berta se queda en silencio por un momento, observando a su hija.

—Recuerda, hija, el perdón es un regalo que te haces a ti misma. Es una forma de liberarte del dolor y de abrir tu corazón a nuevas posibilidades. La Catira mira a su madre a los ojos, buscando una respuesta. Berta le devuelve la mirada con una expresión llena de comprensión y amor.

—Gracias, mamá, dice Catira, sintiendo un peso levantarse desde sus hombros.

En ese momento, la Catira comprende que la decisión de perdonar o no a Toruno es suya y solamente suya. Y aunque el camino por delante sería difícil, sabe que tiene el apoyo de su madre y de sus amigos.

El sol del mediodía cae con aplomo sobre el Arol. Daysy busca a la Catira refugiada bajo la sombra de un frondoso árbol para escapar del calor.

—¡No vas a creer lo que vi ayer!, exclama Daysy con un brillo malicioso en los ojos. Catira, que está sumergida en un libro, levantó la vista, intrigada.

—¡Cuenta, cuéntalo!, la anima Catira.

—Pues resulta que Toruno estaba muy acaramelado con una chica nueva en el salón durante la clase de inglés. ¡Y no te imaginas los ojitos que se hacían!

Catira se queda sorprendida. Toruno era su novio desde hace mucho y, aunque últimamente había cierto distanciamiento en su relación, no se imaginaba que él estuviera viendo a otra chica.

—¡Pero si solo ayer me dijo que me amaba!, exclama la Catira, sin poder creerlo. Además rogaba mi perdón.

Daysy se encoge de hombros. —Los hombres son así, Catira. Dicen una cosa y hacen otra. Además, la chica nueva es preciosa, con el cabello largo y unos ojos verdes increíbles.

Catira siente una piedra en la cara. La descripción de Daysy la hacía sentir insegura y celosa. —No sé qué hacer, Daysy, confiesa. ¿Debería confrontarlo?

—Por supuesto que sí, responde Daysy con firmeza. No dejes que te engañe. Si te quiere, no tiene por qué estar coqueteando con otras chicas. Catira conviene con la cabeza, aunque en el fondo sabe que la conversación con Toruno sería difícil. Se aprecia herida y traicionada, pero también tiene miedo de perderlo definitivamente.

El sol del mediodía baña las calles del pueblo, pintando de dorado las hojas de los árboles. Parrita debía ir a Kruza a

realizar algunas diligencias, mientras se dirigía en su camioneta pasa frente a la parada del autobús y vio a la Catira.

—¿Lista para ir al colegio? Pregunta Parrita con una sonrisa.

Catira manifiesta con un gesto de la cara que sí, aunque su corazón late con fuerza. Hoy es el día en que volvería a ver a Toruno después de todo lo ocurrido. Ruedan en silencio por un rato, cada una sumergida en sus propios pensamientos. Parrita, notando la tensión de su pasajera, decide romper el hielo. —Sé que esto debe ser difícil para ti, Catira, comienza Parrita con suavidad. Pero quiero que sepas que estoy aquí para ti, pase lo que pase.

Catira agradece su apoyo con una mirada. —No sé qué hacer, Parrita. Una parte de mí quiere perdonarlo, pero otra parte siente que no lo merece.

—Perdonar no es fácil, afirma Parrita, pero tampoco es imposible, yo lo sé. Tienes que pensar en lo que es mejor para ti. ¿Qué te hace sentir más feliz? ¿El rencor o la paz?

La Catira reflexiona sobre las palabras de su amigo. Tenía razón. El rencor solo la estaba lastimando a ella. —Y recuerda, continúa Parrita, perdonar no significa olvidar. Significa aceptar lo que sucedió y seguir adelante con tu vida. No tienes que volver a ser la misma, pero sí puedes elegir dejar de sentir ese dolor.

Al llegar al colegio, la Catira se muestra más tranquila. La conversación con Parrita le ha dado una nueva perspectiva. Al entrar al patio, sus ojos buscan a Toruno. Lo ve hablando con un grupo de amigos y la mente vuela a toda

velocidad. Se acerca a él con paso firme. Toruno la mira sorprendido. La Catira toma una bocanada profunda de aire y dice —¡Tenemos que hablar!

Mientras en el río...

El sol comienza a pintar de naranja el cielo cuando Juan Chiquito se asoma a la ventana de la habitación de su compañero. Los rayos de la tarde iluminan el rostro de Juan Grande, pálido y con ojeras profundas. La enfermedad lo había consumido poco a poco, robándole la fuerza y la vitalidad que siempre lo habían caracterizado.

—Buenas tardes, hermano, saluda Juan Chiquito con una sonrisa forzada.

Juan Grande le devuelve la sonrisa, pero sus ojos reflejan tristeza. — Buenas, Juanito. ¿Qué hora es?

—Temprano. He venido a hacerte compañía antes de que te vayas.

Juan Grande asiente con los ojos. Sabe que este es el comienzo de su último viaje. Los médicos habían sido claros, debía abandonar el pueblo y buscar un tratamiento especializado en la ciudad. Él siente cómo la enfermedad lo consume, como un fuego lento que se va extendiendo por su cuerpo, sin que pueda hacer nada para detenerlo. Cada día se siente más débil, cómo si las fuerzas que alguna vez le dieron vida estuvieran deslizándose entre sus dedos, desvaneciéndose como arena en el viento. Hay momentos en los que se pregunta si podrá levantarse de la cama, si el sol seguirá brillando con la misma fuerza cuando ya no esté. El miedo lo ahoga, una corriente fría que recorre su cuer-

po, y sus pensamientos son como sombras que lo acechan, siempre presentes, siempre recordándole que no tiene el control. Le aterrorizan las noches, esos momentos en los que su respiración se vuelve más pesada, y la oscuridad lo envuelve, dejando al descubierto sus inseguridades más profundas. La enfermedad es una sombra que lo sigue, una amenaza silenciosa que no lo deja en paz, y no sabe cuánto tiempo más podrá resistir. Lo que más le duele no es el dolor físico, sino la incertidumbre, la pregunta que se repite en su mente —¿Cuánto le queda antes de que la corriente lo arrastre para siempre como el Arol a las canoas?

—No te preocupes por mí, Juanito le dice Juan Grande, tomando la mano de su compañero. Yo estaré bien.

—Lo sé, amigo, responde Juan Chiquito, aunque su voz tiembla. Pero te voy a extrañar mucho.

Juan Grande cierra los ojos y suspira. —Yo también te voy a extrañar, hermanito. Pero recuerda, siempre estaré contigo, aunque sea en el corazón.

A lo largo de la tarde, los preparativos para el viaje se suceden. Vecinos y amigos se acercan a despedirse de Juan Grande, deseándole una pronta recuperación. Juan Chiquito se encarga de empacar sus cosas y de organizar todo lo necesario para el viaje. Pepas se acerca y le desea buen viaje junto con un rollito de billetes. Manu le trae una bandeja con pescado frito y Chucho lo abraza fuerte, le expresa sus buenos deseos acompañados de una bolsita con pan y queso. Al caer la tarde, Juan Grande y Juan Chiquito se suben al autobús que los llevaría a la terminal de pasajeros. El

pueblo se percibe más pequeño a medida que se alejaban. Juan Grande mira por la ventanilla, despidiéndose con la mirada de cada árbol, cada casa y cada rincón que había sido testigo de su vida.

Durante el viaje, los hermanos hablan de todo y de nada. Recuerdan sus aventuras de pesca y caza, las travesuras que habían hecho, las risas que habían compartido. Juan Grande le cuenta a Juan Chiquito sobre sus sueños y sus esperanzas para el futuro. Al llegar a la ciudad, Juan Grande es ingresado en el hospital. Juan Chiquito se queda a su lado, sin separarse ni un instante. Los días pasan lentamente. Juan Grande recibe los mejores cuidados, pero su salud no mejora.

Una noche, mientras Juan Chiquito duerme en una silla junto a la cama de su hermano, siente una mano suave acariciándole el cabello. Abre los ojos y ve a Juan Grande mirándolo con una sonrisa serena.

—No te preocupes por mí, Juanito, dice Juan Grande con voz débil. Yo estaré bien. En su mente hay algo que le ha perturbado durante años y en ese momento piensa que es culpable de la muerte de los turistas de hace años, porque él les recomendó ir al Motilón a bañarse, no puede evitar recriminarse esto, pero no lo expresa.

—Te quiero, amigo, responde Juan Chiquito, las lágrimas van rodando por sus mejillas.

Juan Grande cierra los ojos y se queda dormido. Juan Chiquito lo toma de la mano y la aprieta con fuerza. Sabe que este es el adiós definitivo. A la mañana siguiente, el mé-

dico informa a Juan Chiquito que su hermano ha fallecido en paz durante la noche. Juan Chiquito siente un dolor inmenso en el corazón.

De vuelta en el pueblo, Juan Chiquito organiza el funeral de su hermano del alma. Todo el pueblo acude a despedirse de Juan Grande, era un hombre querido y respetado por todos. Pasaron los días, los meses. Juan Chiquito nunca olvida a su buen compañero. Cada vez que mira al cielo, piensa en Juan Grande y percibe su presencia a su lado.

Juan Chiquito camina lentamente por la casa, los ecos de los recuerdos resonando en cada rincón como el susurro de una brisa que nunca se va. La quietud de la habitación donde Juan Grande solía dormir lo golpea como una ola fría, arrastrando consigo todo lo que queda de él. Cada objeto, cada foto, es como una huella en la arena, efímera pero profunda, impregnada de su presencia, de su risa, de esos momentos en los que el tiempo parecía detenerse junto al río. Piensa en los días interminables, esos que pasan pescando, con el sol acariciando sus rostros y las risas elevándose como pájaros en el viento. Pero ahora todo eso se desvanece, como una niebla que se disuelve al amanecer. La enfermedad de Juan Grande ha sido una sombra sigilosa, una marea lenta que arrastra su fuerza sin que puedan hacer nada. La idea de que ya no estará allí, en la casa que compartieron, es como una piedra en el estómago, pesada, aplastante, dejándolo sin aliento. Juan Chiquito cierra los ojos, pero el dolor sigue allí, como un incendio que no se apaga, quemando cada rincón de su pecho.

Los recuerdos lo invaden como olas implacables. El sonido de su risa es un eco lejano, como campanas que repican en la distancia, la manera en que discutían sobre la mejor técnica de pesca, como si fueran dos ríos que, aunque diferentes, siempre se encuentran en el mismo cauce. Juan Grande ha sido más que un amigo, ha sido un hermano, la roca que lo sostiene cuando el mar de la vida se vuelve turbulento. La pérdida lo desgarran por dentro, como un árbol arrancado de raíz, dejando solo un vacío que nada podrá llenar. No hay despedida, solo el desvanecerse de una llama que ya no puede sostenerse. —¿Por qué no me di cuenta antes?, piensa, con el pecho cerrado, como un libro que nunca podrá leer. ¿Cómo seguir adelante sin su compañero, sin la compañía que hace que el sol se sienta más cálido? La casa, que alguna vez fue un refugio de risas y conversaciones, ahora es un vasto desierto, vacío y sin sentido. Y aunque Juan Chiquito intenta ser fuerte, la verdad lo golpea con cada rincón, con cada paso: su hermano, su amigo, su faro en la tormenta, ya no está allí.

Días después...

Chucho y Pepas se acercan a la casa de Juan Chiquito, ahora este vive solo, pesca solo y sale muy poco. El anfitrión está sentado en una banca, lo saludan efusivamente y él los invita a sentarse.

Chucho con voz tenue —Aquí hay una botellita.

Pepas añade —Así conversamos un rato.

Juan Chiquito casi sin ganas —¡Bueno!

Se mantienen en silencio un buen rato tomando de la misma copa, nadie quiere tocar el tema sobre la muerte de Juan

Grande, es un asunto sensible, pero Juan Chiquito sabe el motivo de la visita. Berta pasa por el lugar y saluda sin detenerse.

Pepas pensando, Desde que la vi por primera vez, supe que era diferente. Flor, con su risa contagiosa y su mirada tan profunda... Me enamoré perdidamente. Recuerdo la primera vez que le hablé, mis manos sudaban y mi corazón latía a mil por hora.

Flashback a una escena anterior donde Pepas intenta hablar con Flor.

— ¡Flor! ¿Has visto mi gorra? Creo que la perdí por aquí cerca.

— ¡Ay, Pepas! Siempre perdiendo cosas. Déjame ayudarte a buscarla.

Pepas se torna nervioso —¡Gracias, Flor! Eres muy amable.

Pepas vuelve al presente, suspirando. Pero siguen en silencio.

Pepas sigue pensando, a veces pienso que nunca me atreveré a vivir con ella. ¿Y si se burlan de mí? ¿Y si mis hijos me odian? Pero cada vez que la veo, mi corazón late con más fuerza.

Flashback a una escena donde Pepas observa a Flor desde lejos.

Pepas sigue perdido —Es tan perfecta. Su cabello al viento, su piel bronceada por el sol... Es como un sueño.

Pepas vuelve al presente, una lágrima resbala por su mejilla. Algún día tendré que encontrar el valor para quedarme con una. Aunque me cueste mucho, vale la pena intentarlo.

Juan Chiquito observa a sus visitantes —Muchas gracias, amigos. Mientras ve el rostro de Pepas. Imagina que la lágrima es por el fallecido.

¡Salud! Dicen al unísono.

Juan Chiquito lleva tiempo buscando un trabajo distinto, deseaba dejar el río por un tiempo. Había oído hablar de una vacante en el restaurante y desea aprender los secretos de la cocina. Un día, humildemente, se presenta en el restaurante.

Al entrar, Juan Chiquito se ve envuelto por el aroma del aceite y los condimentos. La Chueca lo recibe con una sonrisa cálida.

—¿Qué te trae por aquí, Juan Chiquito? pregunta con voz suave.

Juan Chiquito, un poco nervioso, le explica que es un gran amante del pescado y que le encantaría trabajar con ella. La Chueca lo observa por un momento, como si estuviera evaluando su pasión.

Me gusta tu entusiasmo, Juan Chiquito le dice finalmente. ¿Puedes servir las mesas?

Juan Chiquito confirma con entusiasmo. Había pasado muchos años pescando y conocía los secretos del pescado. Además, en varias oportunidades les había ayudado a servir o a organizar en la cocina.

—Bien, entonces te daré una oportunidad. Mañana te espero temprano.

Y así, Juan Chiquito inicia formalmente a trabajar en el

restaurante. Pronto se convierte en un aprendiz aplicado, aprendiendo todos los secretos de la Chueca. Despierta cada mañana con el sonido de las aves y el olor del pescado que llega desde el puerto, imaginando los platillos que prepararía ese día.

XXV



Qué vivan los graduados

Una conversación sincera en un lugar especial...

En la cabecera del puente, un lugar donde ambos compartieron momentos especiales, como un beso, una puesta de sol y la espera del autobús.

Toruno con la mirada fija en el verdes de sus ojos —Catira, necesito decirte algo importante. Desde que nos separamos, no he podido dejar de pensar en ti. Te extraño mucho y me arrepiento de muchas cosas.

La Catira escuchando atentamente —Toruno...

—Sé que cometí errores y te lastimé. Pero he cambiado, he reflexionado mucho sobre lo que hicimos y quiero que me des otra oportunidad. Quiero volver a ser tu novio y construir algo bonito juntos.

Más tarde Toruno se va a la Campesina, solo en sus pensamientos.

¡Ay, Catira!, ¡Catira! ¿Cómo pude ser tan bruto? Se toma un sorbo de cerveza de la botella directamente.

Te juro que no quería hacerte llorar. ¿Quién me manda a ser tan torpe y hacer esas tonterías? ¡Soy un verdadero burro! Se golpea la frente con la palma de la mano. Ahora me la paso pensando en tu carita triste y en cómo me vas a odiar por siempre. ¡Ay, Catira!, ¡vuelve conmigo! Te prometo que cambiaré. Suspira profundamente. ¿Qué le digo? ¿Le llevo un ramo de esas flores que tanto le gustan? No, eso suena muy cursi.

¿Le escribo una carta? ¡Pero si no sé escribir más que mi nombre! Se ríe entre dientes. A ver, Toruno, ¡piensa! ¡Tienes que ser original! Se queda en silencio por unos segundos, concentrándose. Se toma el resto de la cerveza, observa la botella vacía y pide a Sol otra.

Ya sé, ¡le voy a componer una canción! ¡Sí, así es! Una canción de amor, pero no una cualquiera, ¡una canción de verdad! Canta a todo pulmón, desafinando completamente. Catira, mi vida, mi amor, sin ti me muero de dolor... ¡Ay, no, esto suena horrible! Se tapa la cara con las manos. Sol llega con su cerveza y lo mira con lástima.

¡Qué desastre soy! De repente, se levanta de un salto. ¡Ya sé lo que voy a hacer! ¡Mañana mismo iré a su casa y le pediré perdón de rodillas! Y si no me perdona, ¡me iré a vivir al bosque con los monos! ¡Sí, así es! Se ríe a carcajadas, pero su risa se desvanece rápidamente y vuelve a caer en un profundo silencio. Ay, Catira, ¡vuelve conmigo!

Dos días más tarde...

La Catira se encuentra frente al espejo, arreglándose para la ceremonia. Su mirada se pierde en el reflejo, evocando recuerdos de su pasado.

La Catira pensando, ¡No puedo creer que ya sea mañana! Parece que fue ayer cuando estaba nerviosa en mi primer día de clases, sin conocer a nadie. Recuerdo cómo me perdí en los pasillos y terminé en el salón de música por error. ¡Qué vergüenza!

Una sonrisa se dibuja en su rostro al recordar una anécdota divertida.

Prosigue, Y luego, estaban aquellos proyectos en grupo donde siempre terminamos discutiendo sobre qué hacer. ¡Cuántas horas pasamos encerrados en la biblioteca, buscando información! Pero al final, siempre sacábamos adelante nuestros trabajos.

Sus ojos se humedecen al recordar un momento difícil. Hubo momentos en los que quise tirar la toalla. Las matemáticas nunca fueron mi fuerte, y recuerdo sentirme abrumada por tanta tarea. Pero gracias al apoyo de mis profesores y mis amigos, siempre encontraba la fuerza para seguir adelante.

Un sentimiento de gratitud invade su corazón. Estoy tan agradecida por todo lo que he aprendido en esa escuela. No solo conocimientos, sino también valores como la amistad, la perseverancia y el trabajo en equipo.

Se acerca a la ventana y mira hacia el Arol. Cada rincón de esa escuela guarda un pedacito de mi corazón. Allí he vivido tantas experiencias, he hecho tantos amigos... ¡Mañana será un día muy especial!

Catira se da una última mirada en el espejo y sonríe con determinación. Está lista para enfrentar el futuro.

Al día siguiente...

La brisa acaricia el rostro de Catira mientras camina hacia la pequeña capilla que serviría de escenario para su graduación de la escuela. Sus sandalias de cuero golpean suavemente el suelo polvoriento del patio de la escuela. El sol, radiante y cálido, baña el lugar con su luz dorada, iluminando los rostros emocionados de sus compañeros y maestros. Habían pasado muchos años desde que la pequeña Catira, con sus ojos llenos de curiosidad, había cruzado por primera vez un patio de la escuela, pero esta la había acogido cuando decidió cambiarse. En aquel entonces, era una niña tímida e introvertida, que se sentía ajena al mundo que la rodeaba. Sin embargo, gracias a la educación que había recibido y al apoyo de sus maestros, había florecido y se había convertido en una joven inteligente y decidida. Le había tocado egresar con más años que sus compañeros porque comenzó un poco tarde la educación formal.

La ceremonia es muy sencilla pero emocionante, la directora bendijo a los graduados y les dirige unas palabras de aliento. Les recuerda que la educación es la herramienta más poderosa para transformar sus vidas y la de su comunidad. A continuación, cada uno de los estudiantes sube a la pequeña tarima para recibir su esperado diploma, los padres toman fotos y gritan de alegría ¡Ese es mi hijo! ¡Esa es mi muchacha!

Cuando llega el turno de la Catira, el corazón le late con fuerza. Al tomar el diploma de manos de la directora, siente una profunda sensación de orgullo y satisfacción. Ha logrado su ansiada meta, y sabe que esto es solo el comienzo

de una nueva etapa en su vida. Mira desde la tarima hacia abajo y ve a Berta emocionada mientras el Mocho grita que la ama. Al fondo se ubica Toruno, él no avisa que estaría allí pero no podía perderse ese momento.

Berta con los ojos húmedos —Mi niña, estás hermosa. No puedo creer lo rápido que has crecido.

El Mocho poniendo una mano en el hombro de su hija —Estamos muy orgullosos de ti, hija. Has trabajado muy duro para llegar hasta aquí.

La Catira abrazando a sus padres —Gracias, mamá, papá. Ustedes son los mejores.

La maestra se dirige a los padres de Catira —Gracias por todo lo que han hecho por ella.

La directora añade sonriendo —El agradecimiento es mutuo, Mocho. Siempre serás bienvenido en esta casa.

Berta se ve sentimental —¿Recuerdan cuando Catira se cayó de la bicicleta y se raspó toda la rodilla?

— ¡Ay, no me lo recuerdes! Me puse a llorar como un aguacero en invierno. Dice ella con alegría.

— Y tú, Mocho, fuiste el primero en correr a ayudarla.

Mocho sonrojado —Bueno, alguien tenía que hacerlo.

Catira mirando al Mocho —Gracias por siempre estar ahí para mí.

El Mocho tomando la mano de Catira —Siempre lo estaré.

Después de la ceremonia, se organiza una pequeña fiesta en el patio de la escuela. Los estudiantes bailan al ritmo

de la música tradicional, compartieron historias y risas, y prometen mantenerse en contacto. La Catira, rodeada de sus amigos, no puede creer lo lejos que había llegado. De pronto, la Catira ve a lo lejos que Toruno la observa.

— ¡Viniste! Dice emocionada.

— No podía faltar, eres muy importante para mí, aunque no estes conmigo, igual te amo.

— Gracias por estar aquí, pero todo sigue igual entre nosotros. Aprecio que me acompañes.

Al caer la tarde, Catira se sienta sola en un banco a contemplar el cielo estrellado. Piensa en todos aquellos que la habían apoyado a lo largo de su camino: sus padres, sus maestros, sus amigos. Les debía mucho, y sabía que la mejor manera de agradecérselo es seguir estudiando y trabajando duro para alcanzar sus sueños. La noche de la graduación de Catira es un torbellino de luces, música y risas. El salón de fiestas está decorado con globos, serpentinas y carteles que celebraban el logro de la joven. Una gran pancarta con su nombre y la palabra “Felicidades” ocupa el lugar central.

La mesa de comidas está repleta de deliciosos platillos, desde bocadillos sabrosos hasta una impresionante torta con los colores representativos de su escuela. Los invitados, familiares y amigos, se mezclan en una animada conversación, compartiendo anécdotas y felicitando a la festejada.

La Catira, está radiante en su vestido de graduación, no puede dejar de sonreír. Se siente abrumada por tanto cariño y apoyo. Posa para cientos de fotos, abraza a sus seres queridos y baila hasta dolerle sus pies.

Durante el discurso, el orgulloso padre de Catira no logra contener las lágrimas al recordar los años de esfuerzo y dedicación de su hija. Berta, su madre, se muestra infinitamente orgullosa y no deja de repetir lo mucho que ama a su pequeña. Uno de los momentos más emotivos de la noche fue cuando su ex, le dedica unas palabras. Toruno recuerda una divertida anécdota de cuando estaban juntos, mientras que Boquitaepescao destaca la inteligencia y la bondad de la Catira. Toruno se levanta, camina lentamente al medio de la sala, pide la palabra, todos los ojos se posan sobre él, toma valor, se aclara la garganta y comenzó así:

Catira, mi amiga, mi confidente, mi amor. Hoy, mientras te veo aquí, radiante en tu toga, siento una inmensa alegría y orgullo. Hemos compartido tantos momentos juntos, desde nuestras travesuras de juegos hasta los desafíos de la adolescencia. Siempre has sido mi mayor inspiración. Tu inteligencia, tu creatividad y tu corazón noble te han traído hasta aquí. Recuerdo cuando nos sentábamos en la orilla del Arol, estudiando hasta altas horas de la noche, y soñábamos con nuestros futuros. Hoy, esos sueños se están haciendo realidad. Más allá de tus logros académicos, quiero destacar la maravillosa persona que eres. Tu sonrisa ilumina cualquier habitación y tu risa contagia a todos los que te rodean. Eres la amiga más leal que alguien podría pedir, y la novia más increíble que cualquier hombre podría soñar. Te amo, princesa, con todo mi corazón. Estoy muy orgulloso de ti y de todo lo que has logrado. Te deseo un futuro lleno de éxitos y felicidad. ¡A brindar por ti!

La Catira muy conmovida se acerca a Toruno y lo abraza fuertemente, Toruno intenta besarla y ella lo esquivo disimuladamente.

Toruno emocionado —¿Puedes creer que ya te graduaste, Catira? ¡Se siente increíble!

Ella sonriendo —¡Ni me lo recuerdes! Todavía no me lo creo del todo. ¡Parece que fue ayer que estaba entrando a la escuela!

— Y mira dónde estamos ahora. Listos para conquistar el mundo. ¿O al menos para buscar un trabajo decente? (Ambos ríen)

La Catira apoyando su cabeza en el hombro de Toruno —En serio, no sé qué haría sin ti en esta aventura.

El Toruno tomando su mano —Yo tampoco, Catira. Tú eres mi mayor apoyo, mi mejor amiga y mi amor.

Ella mirándolo a los ojos —Eres todo lo que siempre quise y más.

Toruno hablando de más... —¿Recuerdas cuando te dije que fueras mi novia?

— ¡Cómo olvidar! Y aquí estamos, celebrando mi logro.

Toruno sacando una pequeña caja de su bolsillo —Bueno, técnicamente, creo que todavía falta algo... (Abre la caja y revela un reloj) ¡Felicidades!

Ella con lágrimas en los ojos —¡Toruno! ¡Muchas gracias!

Él se lo pone y le pide bailar una canción.

— ¡Encantada!

La fiesta se prolonga hasta altas horas de la madrugada. Los invitados se despidieron con promesas de mantenerse en contacto y de celebrar muchos otros éxitos juntos.

Luego de unos días...

El Toruno tiene un gesto romántico inesperado bien pensado.

En la plaza de Kruza Toruno busca a la Catira

Toruno se acerca a Catira con una sonrisa ¿Te acuerdas de nuestra primera cita?

— ¡Claro que sí!

Toruno sacando una pequeña caja —Quería repetir aquel momento, pero esta vez para pedirte algo muy importante. ¿Quieres volver a ser mi novia?

(Abre la caja y dentro hay un anillo dorado y una nota romántica) la mira y le dice ¡no digas nada!

Al siguiente día, la Catira recibe una carta del Toruno.

Carta: (Toruno escribe expresando sus sentimientos de manera profunda y sincera) Catira, sé que las palabras a veces no alcanzan para expresar todo lo que siento. Pero quiero que sepas que te amo y que me arrepiento de todo el daño que te causé. Te escribo esta carta porque necesito que sepas que he cambiado y que quiero volver a estar contigo.

En casa del Mocho...

Mocho se dirige francamente —Catira, sé que estás enamorada de Toruno, pero el amor no lo es todo. ¿Recuerdas cuando te encerraste en tu habitación durante días después de que te dejó? ¿O cómo llorabas cada noche? No quiero volver a verte así.

Mocho usa tono serio —Catira, necesito que me escuches con atención. Sé que estás confundida y que tienes sentimientos por Toruno, pero como tu padre, no puedo quedarme callado.

— Papá, ya hemos hablado de esto.

— Sé que quieres creer que ha cambiado, pero Toruno te hizo mucho daño. ¿Quieres volver a pasar por lo mismo? No quiero verte sufrir otra vez.

Berta se mete —hija, recuerda es solo tuya la decisión.

Días luego...

Las nubes oscuras cubren los rayos del sol y se posan sobre Kruza, mientras la brisa acariciaba los rostros de los jóvenes estudiantes que se preparaban para uno de los momentos más importantes de sus vidas, la graduación de bachillerato de Toruno. En el majestuoso auditorio del colegio, los nervios y la emoción se entremezclan en el ambiente, llenándolo de energía y expectativa.

El acto comienza con el vibrante discurso de bienvenida pronunciado por el director del colegio, quien dirige unas palabras llenas de orgullo y cariño hacia los graduandos. Destaca su esfuerzo y dedicación durante los años de estudio, y les desea éxito en su futuro.

A continuación, se da paso a la entrega de los esperados diplomas, uno de los momentos más esperados de la ceremonia. Los graduandos, vestidos en sus elegantes togas y birretes, suben al escenario uno a uno para recibir su título de bachiller, las fotos son abrumadoras. Los aplausos y

las felicitaciones resuenan en el auditorio, acompañando a cada estudiante en su recorrido hacia un nuevo capítulo de su vida.

Uno de los momentos más emotivos de la ceremonia es el discurso de los graduandos, pronunciado por un representante de la promoción, Toruno tiene la máxima calificación, él es el escogido. En nombre de sus compañeros, expresa su gratitud hacia los profesores, padres y familiares que los habían apoyado durante su trayectoria académica. También comparte sus sueños y aspiraciones para el futuro, llenos de esperanza y determinación. En la cuarta fila está mirando la Catira que lo vitorea y lo aplaude de forma enérgica. Cerca de la Catira estaba sentado orgulloso Chuchó y a su lado Mora que grita de forma descontrolada.

Para amenizar la ceremonia, se presentan diversas actuaciones artísticas a cargo de los propios estudiantes. Hay bailes, canciones y poesías que reflejan la creatividad y el talento de los jóvenes graduandos. Sorbetico con su caja canta un par de vallenatos merengues y Boquitaepescao canta detrás de este.

Finalmente, el director pronuncia unas palabras de despedida, en las que les recuerda a los graduandos la importancia de seguir aprendiendo y perseguir atentamente sus sueños. Con un mensaje de aliento y esperanza, cierra la ceremonia, dando paso a la celebración y la alegría de los graduados y sus seres queridos.

Catira mirando a los ojos de Toruno —Te deseo lo mejor en todo lo que hagas. Sé que vas a lograr grandes cosas.

— Gracias, Catira. Tú también vas a llegar muy lejos.

Ambos se quedan en silencio por un momento, disfrutando de la compañía del otro.

— ¿Te acuerdas cuando te dije que quería ser profesor cuando fuera grande?

— ¡Claro que me acuerdo! Y mira dónde estás ahora, a punto de cumplir tu sueño.

— Todo gracias a ti, en parte. Tus palabras siempre me motivaron a seguir adelante.

Catira sonrío y le toma la mano.

— Siempre estaré aquí para ti, Toruno. Y recuerda, no importa lo lejos que lleguemos, siempre seremos cercanos.

La graduación de bachillerato de Toruno es un día inolvidable, lleno de emociones y orgullo. Los jóvenes graduandos dejan atrás una etapa importante de sus vidas, listos para enfrentar nuevos retos y desafíos. Con sus diplomas en mano, emprenden un camino lleno de posibilidades, seguros de que el futuro les depararía grandes éxitos.

Toruno, el mejor promedio, siempre el primero en alzar la voz en clase, se siente extrañamente callado. La gran sala, adornada con carteles de felicitaciones, palpita con la energía de sus compañeros. Al entrar a la sala, su mirada se cruza con la de Boquitaepescao, su compañera y amiga desde el comienzo del bachillerato. En ese instante, comprende que su vida está a punto de cambiar. Mientras la música suena y sus amigos lo felicitan, Toruno no logra evitar pensar en la prestigiosa universidad de Kaibo, donde había sido acepta-

do. Sin embargo, unos pensamientos lo inquietan. ¿Estaba listo para dejar atrás todo lo que conocía?

— ¡No puedo creer que ya te hayas graduado, Toruno! ¡Se siente tan irreal!

Toruno sonriendo —¡Lo sé! Recuerdo cuando éramos unos “peques” y soñaba con este día. Parece que fue ayer.

— ¡Y mira cómo hemos llegado hasta aquí! Todo tu esfuerzo ha valido la pena.

Toruno tomando su mano —Definitivamente. Y lo mejor de todo es que lo hemos hecho juntos.

Catira sonrojada —Tienes razón. Hemos compartido tantos momentos increíbles.

Él mirándola a los ojos —¿Recuerdas cuando... cuando te ayudaba en matemática?

—¡Claro que lo recuerdo! Y también cuando... te acompañaba al colegio.

Suspirando —Hemos creado tantos recuerdos juntos. No sé qué haría sin ti.

Catira acercándose un poco más —Yo tampoco, Toruno. Yo tampoco.

Él acaricia su cabello —¿Y ahora qué? ¿Cuáles son nuestros próximos pasos?

—Bueno, yo quiero estudiar algo relacionado con animales ¿Y tú?

— ¡Yo voy a estudiar! Quiero dedicarme a la enseñanza.

— ¡Eso es genial!

La Catira mirando la sala con los invitados —Creo que este es el comienzo de una nueva y emocionante aventura.

—Estoy completamente de acuerdo. Y estoy muy feliz de que tú estés a mi lado para compartirla.

Ambos se quedan en silencio, disfrutando de la compañía del otro y de la hermosa vista.

La Catira después de un rato —¿Quieres ir por una copa para celebrar?

Toruno se muestra entusiasmado —¡Claro que sí! ¡La mejor manera de celebrar la graduación!

Se levantan del banco y se van caminando, tomados de la mano, hacia la barra.

Luego de la fiesta todos se retiran a sus casas, menos Toruno, Boquitaepescao, Ely y Sorbetico que se ponen a cantar y bailar solos en el salón mientras se toman unas cervezas directamente de la botella. La energía es mucha, el karaoke y el baile los acompañan hasta las cinco de la mañana.

XXVI



Toruno en peligro

La Catira duerme con la sábana cubriendo la mitad de su cuerpo, el calor es la causa del sudor en las mejillas de ella. Su cuerpo se estremece de forma involuntaria, un sueño juega con su cabeza:

La noche había caído sobre el río como un manto pesado, la oscuridad envolvía todo, pero el cielo estaba iluminado por relámpagos que rasgaban el horizonte con una intensidad cegadora. El río, que antes parecía tranquilo, ahora se agitaba con la fuerza de las corrientes, reflejando en su superficie los destellos de luz que caían del cielo como cuchillos de fuego. Cada relámpago era un latigazo, un grito sordo que retumbaba en la vegetación circundante. El sonido del trueno seguía como un eco, reverberando en la selva de tal forma que parecía que la tierra misma temblaba.

Toruno y Guaguao, con espíritu indomable caminaban a orillas del río, entre la densa vegetación. La humedad del aire les calaba los huesos, y las hojas de los árboles, grandes

y brillantes por la lluvia reciente, se movían como gigantes-
cos espejos reflejando la tormenta. La tierra bajo sus pies,
resbaladiza y suave, crujía con cada paso que daban, mien-
tras el viento, violento y cargado de electricidad, se colaba
entre las ramas y las plantas.

—¿Lo sientes? —preguntó Toruno en voz baja, mien-
tras su mirada recorría el horizonte oscuro, atento al soni-
do de la tormenta.

Guaguao, más callado, asintió. La tensión entre ellos era
palpable, como una cuerda tirante que está a punto de rom-
perse. Había algo en el aire, algo que no sabían exactamen-
te qué era, pero que los hacía estar alerta. La selva, normal-
mente ruidosa, ahora parecía haberse silenciado, como si el
mundo entero estuviera conteniendo el aliento.

De repente, un relámpago iluminó la orilla del río con
tal intensidad que por un breve momento, todo se hizo cla-
ro como el día. Fue entonces cuando lo vieron.

En la orilla, parcialmente oculto entre la espesa maleza,
un caimán enorme emergió de las aguas oscuras. Su cuerpo,
negro como la noche, se extendía en una línea serpentean-
te, sus ojos amarillos brillaban con la intensidad de las es-
trellas mientras observaba a los dos hombres. Cada escama
de su piel, cubierta de humedad, reflejaba la luz de los re-
lámpagos, creando destellos de plata en su cuerpo inmenso.

Toruno dio un paso atrás, su corazón se siente golpeando
con fuerza en su pecho, pero Guaguao, más valiente, perma-
neció inmóvil, con sus ojos fijos en la criatura. El caimán, a
pesar de su tamaño, se movía con una elegancia mortal, como

un espectro de la selva, su cola se deslizaba lentamente por la orilla, mientras sus fauces se abrían con un crujido sordo, revelando sus dientes afilados como cuchillas.

El río a sus pies, agitado y turbulento por la tormenta, parecía cobrar vida propia, las olas golpeaban con furia la orilla, como si el agua misma intentara advertirles del peligro inminente. Cada relámpago iluminaba brevemente la escena, dejando entrever la silueta del monstruoso reptil que ahora se acercaba con cautela, su respiración pesada y profunda llenando el aire cargado de electricidad.

—Tenemos que movernos, ahora —susurró Toruno, pero su voz se perdió en el estruendo de otro trueno que hizo vibrar el suelo bajo sus pies.

Guaguao, sin apartar la vista del caimán, apretó el mango de su machete con firmeza. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, como un arco a punto de soltar su flecha. El caimán, al ver su desafío, pareció medir a los dos hombres, su mirada fija en ellos con una intensidad fría y calculadora. El viento, que antes había sido un susurro, ahora se alzaba como un rugido, mientras las ramas de los árboles cercanos se agitaban violentamente.

De repente, un relámpago iluminó el cielo, y en ese fugaz segundo de claridad, el caimán avanzó con una rapidez inesperada. Toruno gritó, su voz ahogada por el estruendo del trueno, mientras Guaguao saltaba hacia atrás, esquivando por poco la embestida de la bestia. La tierra bajo sus pies cedió ligeramente, pero se mantuvieron firmes, el miedo en sus ojos reflejado por el brillo de los relámpagos.

La batalla por sobrevivir había comenzado.

El caimán, furioso, volvió a lanzarse hacia ellos, su cola va deslizándose a gran velocidad y su boca abierta, mostrando una fila interminable de dientes. Toruno, respirando pesadamente, levanta su machete y lo balancea con toda su fuerza hacia la bestia, pero el caimán, con un giro de su cuerpo, lo esquivo por poco. El gran bosque alrededor parecía desmoronarse con cada impacto de las criaturas, el sonido de la lucha se mezclaba con los truenos y los relámpagos.

La tierra parecía crujir, y el río, que antes parecía un refugio, ahora era un enemigo más, agitado por la tormenta y el caos. Los árboles se balanceaban violentamente, y las hojas, mojadas y pesadas, caían sobre ellos como flechas de la tormenta.

En el último segundo, cuando el caimán se lanzó una vez más, Guaguao logró esquivar y, con un grito feroz, hundió su machete en la parte más vulnerable de la bestia. El caimán, herido, retrocedió, su rugido se escucha resonando en la selva mientras sus ojos perdían el brillo mortal. Con un último esfuerzo, se sumergió en las aguas del río, desvaneciéndose en la oscuridad, dejando atrás una estela de furia y poder.

Toruno y Guaguao, agotados y cubiertos de barro y sudor, se quedaron de pie, respirando con dificultad. El río, aunque peligroso, volvía a su calma, y los relámpagos, aunque aún frecuentes, parecían ahora menos amenazantes. Otro caimán, mucho más grande, surgido nuevamente de las sombras, atacó con una rapidez letal. En un parpadeo,

sus fauces se cerraron alrededor de la pierna derecha de Toruno, y el dolor se disparó por su cuerpo como un rayo. Antes de que pudiera reaccionar, el reptil lo arrastró hacia el agua, sus mandíbulas están prensadas con toda su enorme fuerza. Toruno gritó, sus manos luchando por aferrarse a la orilla, pero la corriente del río y la bestia lo tiraron con una furia incontenible, llevándolo hacia lo más profundo, donde la oscuridad lo tragó por completo.

Allí ella despierta con un sobresalto, el corazón latiendo desbocado, como si intentara escapar de su pecho. La habitación está sumida en la oscuridad, pero el eco de su pesadilla todavía retumba en su mente. En su sueño, su exnovio había sido arrastrado por sombras, gritos ahogados y sangre derramándose sin fin. El miedo le recorre la piel como una ola helada, y sus manos tiemblan mientras intenta despejar de su mente la imagen macabra de su rostro, distorsionado en la agonía. Se incorpora de un brinco, su respiración entrecortada, y al mirar alrededor, busca su presencia en la habitación, asegurándose de que su madre y padre están en la misma habitación. Al verlos allí, tranquilos, dormidos cerca de ella, un alivio profundo inunda su pecho, pero las huellas del terror aún la persiguen, como sombras que se aferran a su alma.

Noches luego...

Toruno, siempre intrépido, se adentra en el bosque para cazar un chigüiro, su pasión por la naturaleza lo impulsa cada vez más lejos. La espesa vegetación y los sonidos exóticos del bosque crean una atmósfera hipnótica, pero también

escondían peligros desconocidos. Mientras se abre paso entre la maleza, un movimiento repentino capta su atención. Una serpiente, de un rojo intenso y ojos brillantes como esmeraldas, se eleva de entre las hojas, lista para atacar. Antes de que Toruno pueda reaccionar, la serpiente se abalanza, sus colmillos penetran profundamente en su tobillo derecho. Un dolor agudo y punzante lo paraliza por unos segundos. La mira cómo se aleja de él serpenteando, no puede hacer nada, solo se queda a verla alejarse arrastrando.

La adrenalina le permite seguir caminando en sentido contrario al tomado por la serpiente, pero pronto los síntomas comienzan a manifestarse. Un intenso hormigueo recorre su pierna, seguido de una hinchazón alarmante. El dolor se hace cada vez más insoportable, y sus párpados comienzan a pesarle. Toruno sabe que está en grave peligro. Con dificultad, logra pedir ayuda con gritos fuertes. Pero el bosque es inmenso y las comunicaciones son débiles. Los minutos pasan y la esperanza se desvanece. Los efectos del veneno se intensifican, visión borrosa, dificultad para respirar, náuseas y vómitos.

Finalmente, después de muchos gritos, Polo es alertado por el ruido, logra localizar a Toruno. Lo encuentra inconsciente, tendido en el suelo, rodeado de vegetación. Rápidamente lo inmoviliza y lo traslada en camilla improvisada fuera de la vegetación. Durante el traslado, Toruno experimenta alucinaciones vívidas, como si estuviera flotando en un mar de colores.

Chucho es avisado y se dirige a su encuentro lo más rápido posible.

Chucho casi llorando —¡Hijito! Resiste.

Polo trata de darle ánimos —Todo saldrá bien. Tranquilo.

Parrita también es avisado y pone su camioneta a disposición de Toruno para ir al hospital de Kaibo. El viaje es de dos horas aproximadamente, Toruno no es consciente de lo que sucede.

Mocho se acerca con voz de preocupación —Catira, Toruno está muy grave, me contó la Gorda que lo mordió una serpiente venenosa.

—¡No puede ser! Ahora si lo voy a perder definitivamente y no lo perdoné.

Ella recuerda el sueño aterrador que había tenido unos días antes, imaginó que era un presagio.

Al llegar al hospital, los médicos lo atienden de inmediato. Le administran un antídoto experimental, pero la serpiente es una especie desconocida y la eficacia del tratamiento es incierta. Toruno es inducido al coma para estabilizar su situación mientras los médicos luchaban contra el veneno.

Los días pasan y Toruno permanece como la bella durmiente. Su cuerpo lucha contra la infección y los efectos devastadores del veneno. Los médicos se turnan para vigilarlo, pero el pronóstico es reservado. La Catira lo visita con la ayuda de su madre Berta, pero Toruno no puede percibir su presencia, ella le habla mientras sostiene su mano y le expresa que si sale de esta mala experiencia lo perdonaría sin reservas y volverían a estar juntos, sus sollozos son acompañados de muchas lagrimas como la lluvia de sus sueños.

Cuando finalmente Toruno despierta, se siente muy débil y desorientado. El dolor es constante, y su cuerpo siente los estragos de la experiencia. Los médicos le explican que había estado al borde de la muerte, pero que ha logrado superar la crisis. Sin embargo, las secuelas serían duraderas. Chucho le informa que había sido visitado por la Catira.

La recuperación de Toruno es lenta y dolorosa. Tiene que aprender a caminar nuevamente y a realizar las tareas más simples. Su tobillo luce una cicatriz permanente y la sensibilidad nunca fue la misma. Además, sufre de fatiga crónica y dolores articulares. A pesar de las dificultades, Toruno no se rinde. Luego de muchos días recibe el alta médica y es trasladado a su casa con ayuda de muletas y los hombros de su padre y hermano.

—Ruuuu ;Culebra! Ruuuu ;Torunito!

Con la ayuda de fisioterapeutas y el apoyo de su familia y amigos, logra recuperar gran parte de su independencia. Sin embargo, la experiencia lo ha marcado profundamente. La selva, que antes había sido su refugio, ahora le inspira tanto fascinación como temor. La Catira también lo visita, pero lo ve desde lejos y le envía besitos con las manos.

Toruno poco a poco vuelve a ser el mismo. La mordedura de la serpiente lo había transformado, pero también lo había hecho más fuerte y más sabio. Ha aprendido a valorar la vida y a apreciar cada momento.

Al pasar varias semanas...

Catira llega a la casa de Toruno, un poco nerviosa. El ambiente es cálido y acogedor. Los niños no están y Chu-

cho después de saludar invita a su esposa a abandonar la sala para darle privacidad.

— ¡Catira! Ruuuu ¡Mi amor! ¡Catira! Ruuuu.

Toruno está emocionado y sorprendido — ¡Catira! Qué gusto verte. Pasa, pasa. ¿Quieres algo de tomar?

— Gracias, un vaso de agua está bien. Hablan de temas generales por un rato, creando un ambiente relajado.

— ¿Cómo has estado?

— Bien, gracias. Y tú... ¿Cómo te sientes? Le pregunta ella tratando de ver su tobillo.

— Mucho mejor. La verdad es que te extrañaba mucho.

Guaguao se aleja para no interrumpir, se sienta al borde del río, la luz del sol se filtra entre las ramas y juega con las sombras sobre su rostro concentrado. Con manos hábiles y una paciencia que solo los años de pesca le han dado, comienza a arreglar sus anzuelos y redes, como quien cuida un tesoro. Los hilos rotos de las cuerdas se deslizan entre sus dedos, mientras el nylon brilla en el aire, y con destreza lo entrelaza, cosiendo las grietas con firmeza y precisión. Los anzuelos, viejos pero confiables, reciben el toque de su herramienta, enderezando los ganchos torcidos, devolviéndoles la agudeza de antaño. La red, que ha vivido tantas batallas con el agua y los peces, muestra las marcas de su desgaste, pero Guaguao la revive con cada nudo, apretando el nylon como quien le devuelve el aliento a un viejo amigo. El sonido del nylon rozando las manos y el susurro de los nudos al apretarse llenan el aire, mientras él, sumido en su tarea, se convierte en parte

del río mismo, entrelazando la paciencia de un hombre con las promesas de la pesca que vendrá.

La Catira se sonroja ligeramente. Pero comprobando que está fuera de peligro, decide hacerse la fuerte, hacerlo sufrir un poco más, desea sentirse deseada, hacerse la importante, al menos por un rato más.

— Sé que te hice daño y lo siento mucho. He estado pensando mucho en todo lo que pasó y quiero que sepas que he cambiado. Esta experiencia casi me mata y ahora estoy sin ti.

Toruno y Catira se sientan en el sofá, mirando fotos antiguas.

Toruno le muestra algunas —¿Te acuerdas de esta? Estábamos tan felices.

— Sí, fueron buenos tiempos. Toruno toma su mano.

— Sé que no puedo borrar el pasado, pero quiero que sepas que esos momentos fueron muy especiales para mí. Y quiero volver a vivirlos contigo.

Toruno lleva a Catira a un lugar especial para ellos, el puerto a la orilla del río

— Catira, necesito que sepas que te amo. Sé que decirlo ahora puede parecer poco, pero es la verdad. Te extraño cada día y quiero que vuelvas a ser parte de mi vida.

— Toruno, yo también te quiero. Pero tengo miedo de volver a sufrir.

— Lo entiendo perfectamente. Y te prometo que haré todo lo posible para que esto sea diferente. Quiero que confíes en mí.

Toruno prepara una cena especial para Catira ese día.

— Catira, ¿te gustaría que volviéramos a ser novios? La Catira lo mira fijamente, indecisa.

— Sé que necesitas tiempo para pensar, pero quiero que sepas que estoy dispuesto a esperar. Solo quiero que seas feliz.

Catira sonrío y asiente con la cabeza.

— Está bien, Toruno. Te daré otra oportunidad para que me vuelvas a conquistar.

Se besan intensamente durante varios minutos, la respiración se les acaba, pero no les importa en lo absoluto, cada uno respira el aire del otro, sus lenguas se encuentran en su boca y luchan como gladiadores furiosos. Solo se separan por el grito de sorpresa de la Mora —¡Basta! No les permito esas cosas en mi casa. Se van de aquí inmediatamente, ellos se miran con gracia y complicidad y se separan.

La Catira se levanta y se arregla el cabello mientras camina hacia la puerta, Toruno la sigue muy cerca pasándose las manos por la cara, la toma de las manos y la conduce al patio donde la besa nuevamente.

— Chao ¡mi amor!

— Chao ¡Princesa!

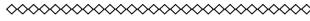
— ¡Catira! Ruuuu.

En la mente de él, todo gira en un vórtice de emociones, como el Arol desbordado por la lluvia de promesas olvidadas. El rostro de Catira se ha vuelto un reflejo claro entre las sombras de su angustia, como una estrella que emerge en

la quietud de la noche más oscura. La calidez de sus labios al rozar los suyos es una chispa en medio del frío, un fuego que parece derretir la distancia que el dolor había creado. Toruno siente que su corazón late más fuerte, como un tambor que resucita después de haber sido silenciado por el tiempo. El beso no es solo un reencuentro de cuerpos, sino la reinención de su historia, el regreso a un lugar donde el amor aún tiene espacio para florecer, aunque las heridas sigan siendo cicatrices. En su mente, las dudas se disipan como niebla al amanecer, y solo queda la promesa de un nuevo comienzo, como un campo de flores que espera la llegada del sol tras la tormenta.

En la mente de ella, el beso es un suspiro que se convierte en eternidad, un lazo invisible que ata su alma a la de Toruno con hilos dorados. Siente que cada célula de su piel arde con la pasión de un primer amor, y el contacto de sus labios se expande como un río que encuentra su cauce después de tanto tiempo vagando perdido. La reconciliación es un rincón secreto donde el tiempo se detiene, donde las promesas se tejen con la suavidad de un viento que acaricia las hojas. El corazón de Catira late en un ritmo nuevo, como si su cuerpo fuera un instrumento afinado que, por fin, toca la melodía que siempre había estado esperando. En sus pensamientos, se siente libre, como un ave que al fin abandona la jaula, volando hacia una segunda oportunidad, hacia un amor que, como el sol, tiene el poder de renovarlo todo.

XXVII



El amor triunfa

Luego de unos días...

En la pequeña comunidad del Arol, donde los días transcurren al ritmo del canto temprano de los gallos y el viento que susurra entre las guadas, vive Toruno en reposo, pero su corazón late al compás de la Catira.

Han pasado algunos meses desde que Toruno y Catira habían terminado su relación. El dolor de la separación aún resuena en el corazón de ambos, pero la vida seguía su curso. Toruno, sin embargo, no puede sacarse a Catira de la cabeza. La extraña cada día más y más, y se da cuenta de lo mucho que la quiso, la quiere y la querrá. Una tarde, mientras camina por el puente donde solían pasar horas hablando, Toruno decide que es hora de hacer algo. No podía seguir así, lamentando el pasado. Tiene que recuperar a Catira.

Al día siguiente, se presenta en la casa de Catira con un ramo de sus flores favoritas; los girasoles. La encuentra bajo el mango, leyendo un libro. Su corazón late con fuerza al verla.

—Catira, ¿Puedo hablar contigo? pregunta con voz suave.

Catira lo mira sorprendida.

—Claro, Toruno, pasa. Le hace un gesto para que se acercara.

Se sientan en el porche y Toruno comienza a hablar. Le cuenta lo mucho que la extraña, lo arrepentido que está por haberla lastimado y lo mucho que había aprendido de sus errores.

—Catira, me di cuenta de lo importante que eres para mí. No puedo vivir sin ti. Mirándola fijamente a los ojos. ¡Quiero que vuelvas a ser mi novia.!

Catira lo escucha atentamente, sintiendo una mezcla de emociones. Por un lado, está feliz de que Toruno se hubiera dado cuenta de lo que sentía por ella. Por otro lado, no puede dejar la vara tan baja, desea verlo totalmente postrado ante ella.

—Toruno, esto es mucho para procesar. Necesito un poco más de tiempo para pensar.

Los días siguientes son difíciles para ambos. Por un lado, Toruno hace todo lo posible para demostrarle a Catira cuánto la quiere, la ayuda con sus tareas diarias, también le lleva su comida favorita, la acompaña a todos lados. La Catira, por su parte, se siente abrumada por sus sentimientos, está derretida de amor por las atenciones hacia ella y disimular es cada vez más difícil. Una noche, mientras caminan por la playa, Toruno saca una pequeña caja negra con tapa de su bolsillo.

—Catira, quiero darte esto. Abre la caja y revela un hermoso collar con un dije en forma de corazón.

—Es precioso, Toruno, pero...

—Sé que no puedo obligarte a volver conmigo de inmediato, pero quiero que sepas que siempre te amaré. Toruno se acerca a ella y la besa suavemente en la mejilla.

Catira cierra los ojos y siente una oleada de emociones. Es obvio que sentía algo fuerte por Toruno. Después de todo, había sido su primer amor.

—Está bien, Toruno, ya no puedo más, es imposible estar sin ti. No puedo hacerte sufrir un minuto más, eres el amor de mi vida. Te amo y estoy más que segura de que me amas.

Toruno la abraza con fuerza, sintiendo una inmensa felicidad. Sabe que había sido un largo camino, pero finalmente había recuperado a la mujer que ama.

Desde que se conocieron en ese pueblo, una conexión especial los unió. Juntos soñaban con un futuro más allá de las canoas y las sencillas cabañas de palma. Kaibo, la vibrante ciudad costera, era durante mucho tiempo su destino anhelado. Un atardecer, mientras contemplan el río, Toruno toma la mano de la Catira.

—¡Catira! Mi amor, susurra, ¡Quiero que seamos una pareja para siempre! ¿Te casarías conmigo?

La Catira, sorprendida pero llena de alegría, acepta con un gran grito. —Sí, Toruno, mil veces sí. Siempre he querido casarme contigo.

—¿Te irías conmigo a Kaibo?

—¡Si! grita ella emocionada.

La noticia de matrimonio se propaga rápidamente por todo el Arol, hacia arriba y abajo de ambos lados del pueblo. Todos están felices por la joven pareja. Los preparativos para la boda comienzan de inmediato. Las mujeres tejen un vestido blanco para la hermosa Catira, adornado con flores tropicales. Los hombres realizan una pequeña colecta de dinero que los llevaría a Kaibo.

Una tarde soleada en la playa, Toruno y Catira sentados en una manta, mirando el Arol.

Catira sonriendo —No puedo creer que finalmente vamos a casarnos, Toruno. ¡Parece un sueño!

Toruno le acaricia suavemente la cara —Para mí también es increíble, mi amor. Siempre supe que este día llegaría.

— ¿Y tú cómo te imaginas nuestra boda? ¿Algo grande y formal, o más íntimo y sencillo?

Toruno pensando un poco —Me gustaría que fuera algo especial, pero sobre todo que nos represente a nosotros. ¿Qué te parece si nos casamos al atardecer, aquí mismo en la playa? Podríamos invitar a nuestros familiares y amigos más cercanos, hacer una fogata y bailar toda la noche.

Catira se ve muy entusiasmada —¡Me encanta esa idea! Sería perfecto. Y podríamos decorar todo con flores y sábanas de colores.

— ¡Eres una romántica! Y sabes que a mí me encanta todo lo que tenga que ver con el río.

— Y podríamos invitar a un grupo de música en vivo para tocar nuestras canciones favoritas.

— Y después de la fiesta, podríamos irnos de luna de miel a una isla desierta o una ciudad fría. Solo tú y yo, disfrutando de la tranquilidad y el amor de uno por el otro.

Catira sonrojada notablemente —Me encantaría. No se me ocurre un lugar mejor para empezar nuestra nueva vida juntos.

Toruno besándola —Te amo, Catira. Y prometo amarte por el resto de mi vida.

Catira correspondiendo al beso —Yo también te amo, mi amor.

Se quedan un rato en silencio, disfrutando de la compañía del otro.

Catira le pregunta —¿Y qué haremos con nuestro futuro? ¿Dónde viviremos? ¿Qué trabajos tendremos?

— Me gustaría que construyéramos una casa pequeña cerca del lago de Kaibo, donde podamos cultivar algunas frutas y criar a nuestros hijos. Y en cuanto al trabajo, veremos, pero podríamos abrir un pequeño restaurante, ¿Qué te parece?

— ¡Sería maravilloso! Podríamos cocinar juntos y compartir nuestras recetas con todos nuestros amigos.

— Estoy seguro de que tendremos una vida llena de aventuras y felicidad.

El día de la boda es un momento inolvidable. Es un sábado por la mañana, un día despejado, las nubes tapaban el sol parcialmente, lo que hace que la temperatura sea muy

agradable. La música llena el aire, la comida es abundante y las risas no cesan. A medida que el día avanza, la casa del Mocho se llena de un ambiente festivo. Las mujeres ayudan a la Catira a ponerse el vestido de novia, mientras que los hombres ultiman los detalles de la ceremonia. Catira se mira al espejo y no puede evitar emocionarse al ver su reflejo. El vestido blanco le queda perfecto y la hace sentir como una princesa.

Toruno, por su parte, se dirige a la playa donde se celebraría la boda. El lugar está decorado con flores blancas y palmas, tal como lo habían soñado.

El Mocho se dirige con sentimentalismos a Toruno — Mi querido yerno, te veo aquí, listo para llevarte a mi pequeña Catira.

Él respirando hondo —Mocho, estoy más nervioso que un pez fuera del agua. parezco un burro en canoa. Catira es lo más valioso que tengo y prometo cuidarla siempre.

— Lo sé, hijo. He visto el amor en tus ojos. La Catira también te quiere mucho. Pero recuerda, llevarte a mi hija es como entregar un tesoro. Cuídala como si fuera la única mujer en el mundo.

Toruno asintiendo con fervor —Lo haré, suegro. Te lo prometo.

Mocho se levanta y coloca una mano en el hombro de Toruno —Escucha bien, Pichalarga. En este pueblo, el matrimonio no es solo un contrato, es una unión de dos almas. Respeta a mi hijita, ámala en la salud y en la enfermedad, y siempre ten presente el respeto que nos une a todos.

Toruno se conmueve en demasía —Gracias, Mocho. Siempre llevaré tus palabras en mi corazón.

Mocho sacude la cabeza —No me des las gracias, Toruno. Es mi deber como padre asegurarme de que mi hija sea feliz. Ahora, ve a esperarla. Está esperándote con ansias.

Mocho hablando solo después de retirarse ¡Que la vida los bendiga, hijos míos! Y que el amor siempre los guíe.

Cuando llega el momento de la ceremonia, Catira camina hacia la orilla del Arol, del brazo de su padre, habían construido un surco en la arena y a los lados colocaron ramos de lirios. Al ver a Toruno con un traje blanco pero descalzo, esperándola al final del camino, siente que el corazón se le sale del pecho. Se quita los zapatos presionado el talón y la punta y los lanza al lado sin quitar la vista en su amor, Toruno suelta una risotada que ahoga en su pecho para parecer serio ante los invitados. Los invitados aplauden la ocurrencia de la novia y ella hace una reverencia. Puede ver a Pepas y su familia, la Chueca y su familia, Parrita y María, la Pileta y Pescao, Manu y su hermano el Loco, Pacho, Caraota y su marido, la Gorila y el Pato, Juan Chiquito, Boquitaepescao, Vera, Sorbetico y Ely sentados en sillas blancas. Pero la familia de los novios no puede sentarse por la emoción.

Toruno se expresa emocionado —Al igual que el río y la arena se encuentran y se unen, así nos encontramos tú y yo. Prometo amarte como ama el cielo a las estrellas, con una fuerza constante y una profundidad infinita.

La Catira le dice en voz alta —Al igual que el sol ilumina

a la tierra, tú iluminas mi vida. Prometo ser tu rayo de sol, el que te brinde calor y alegría en cada momento.

La ceremonia es sencilla pero muy emotiva. Los votos que se hacen son muy sinceros y llenos de amor. Al pronunciar las palabras ¡sí, acepto! Ambos sienten una inmensa felicidad.

Toruno toma el anillo y lentamente — Con este anillo, te prometo mi fidelidad, mi respeto y mi amor para siempre.

— Al colocarte este anillo, te prometo ser tu mejor amiga, tu confidente y tu amante.

Después de intercambiar los anillos y pronunciar los votos, Toruno y Catira se miran a los ojos, llenos de emoción. El sol ilumina sus caras, pintando el cielo de tonos cálidos y dorados. La brisa acaricia sus rostros mientras se acercan lentamente.

— Mi princesa, eres todo lo que siempre he soñado para mí.

— Y tú eres mi universo, mi príncipe.

— ¡Vivan los novios! Gritan todos casi al unísono mientras le tiran flores.

Se acercan aún más, sus respiraciones se entremezclan. Toruno levanta suavemente el velo de Catira y sus miradas se encuentran. En ese instante, el tiempo parece detenerse.

Toruno se acerca susurrando — ¿Puedo besarte?

Catira asiente con la cabeza, sus ojos verdes están brillando de emoción. Toruno se inclina y la besa con ternura, un beso lento y profundo que expresa todo el amor que siente por ella. Ese beso es una linda promesa, es un compromiso,

representa la celebración de su amor. Es un momento profundamente íntimo y mágico que quedará grabado en sus corazones para siempre. Al separar sus bocas, sus frentes se tocan y sus ojos siguen cerrados, disfrutando de la sensación de estar unidos. La música comienza a sonar suave y algunos vitorean. Se escucha Teté cerca Ruuuu ¡Amor! Ruuuu.

Ella volteando los ojos —Te amo, Toruno.

— Y yo te amo a ti, mi Catira.

Después de la ceremonia, los recién casados se dirigen al patio para celebrar con sus familiares y amigos. Bailan una balada que les encantaba desde siempre mientras los invitados aplauden durante algunos minutos.

Luego de un baile...

La Mora susurrando a Chucho, con lágrimas en los ojos —¿Lo ves, mi amor? Nuestro niño ya es un hombre.

— Sí, mi amor. Y ha encontrado a una mujer maravillosa. Catira será una buena esposa para él.

Mora besando la mano de Chucho —Recuerdo cuando eran solo chiquillos jugando a ser novios. Y ahora, están empezando su propia vida juntos.

El sonriendo —El tiempo vuela, ¿Verdad? Pero estoy feliz de verlos tan felices.

Después de la ceremonia, Toruno y Catira se acercan a sus padres para agradecerles.

El novio abrazando a su madre —Gracias, mami. Por todo.

Ella acariciando el cabello de Toruno —No tienes que agradecerme, hijo. Solo quiero tu felicidad.

La novia abrazando a Chucho —Gracias, papá. Por aceptarme como parte de la familia.

Chucho con un brillo en los ojos —sabes que eres como una hija para mí, Catira. Siempre serás bienvenida en este hogar.

La Mora y Chucho se toman de las manos con los ojos llorosos y se dirigen a los recién casados.

Mora extendiendo las manos —Hijos míos, reciban nuestra bendición. Que su amor sea tan fuerte como las corrientes del Arol y tan duradero como la miel.

Chucho añade —Que siempre se apoyen el uno al otro y que su hogar esté lleno de alegría y prosperidad.

Toruno y Catira se unen a sus padres en un abrazo grupal. Todos sienten una profunda conexión y felicidad.

Llegó el momento de tirar el ramo de flores por parte de la novia. El ramo surcó el aire como un pájaro liberado de su pájara esparciendo un dulce aroma mezclado con el nervioso sonreír de las invitadas al banquete. Manos temblorosas se alzaban como las ramas en busca de la última luz que el día concedía; los pétalos giraban en remolinos de sueños y deseos ocultos; los ojos brillaban como luciérnagas apresadas en la penumbra; los tacones se enterraban en el polvoriento suelo en la carrera llena de ilusiones. Un latido suspendido y el ramo encontró a su dueña; Daysy, a su debido tiempo cayó entre los dedos henchidos de fervor como era la fatalidad escrita a las hojas de terciopelo. Y entonces el tiempo pareció detenerse, envolviendo a todos dentro de la magia de una predicción cumplida.

Después de la ceremonia, Toruno y Catira se embarcan hacia su nueva vida. Pero antes de irse de su amado Arol, deciden retozar un buen rato en sus aguas, sentir su arena entre los dedos. Es de noche y al alba deben partir, no es buena idea tomar mucho tiempo, pero la Catira quiere ir hasta el Motilón, él accede a ir por un rato, quizá puedan hacer el amor por allá. La playa es hermosa con la luz tenue de la luna, se tumban en sus arenas blancas y Toruno se sienta en un tronco de los que el río deja para adornarse y contempla la belleza de su esposa, ella acostada boca abajo observa a su marido, él se sumerge para revisar la profundidad del sitio, pero hay una sorpresa para él.

La profundidad no es mayor de tres metros, pero toca con los dedos de su mano izquierda algo raro, algo inusual, sale a la superficie y piensa lo que acaba de tocar, podía ser ropa, es posible que sea tela. La Catira está absorta en sus pensamientos, hace figuras en la arena pensando en la despedida de su familia, pensando en la vida que les aguarda en la ciudad, él cree que debe dejarla pensar. Sin embargo, la curiosidad le gana a la razón y se sumerge nuevamente, en el fondo tantea nuevamente y encuentra lo que había tocado, pero a su lado hay otra cosa igual, hala con fuerza y con dificultad las lleva a la superficie, son dos mochilas, con escasa luz no puede verse el color. Es hora de interrumpir a su amada.

— ¡Mi amor! Grita él con emoción y miedo. Mira lo que he conseguido.

— ¿De qué se trata amado esposo? Pregunta con evidente curiosidad y levantándose.

— No lo sé, parecen unas mochilas. Le responde acercándose a la orilla.

Al salir del agua, le pide sacar la linterna. Con buena luz, se dan cuenta que efectivamente son dos mochilas, una azul y otra roja. Su aspecto es de maltrato del agua y el tiempo, ella abre la roja.

—¡No puede ser! Sale de su boca con emoción, son joyas, joyas brillantes y abundantes, podrían ser de oro.

—¡Abre esa! Le dice a su marido.

—¡Wow! Dice con más emoción y brillo en sus ojos. Son más joyas brillantes. ¡Wow, mi amor! ¡Es un tesoro! Catira cae de rodillas junto a él, sus dedos rozando un collar de oro que parece tejido con los rayos del amanecer. Piedras preciosas en tonos esmeralda, rubí y zafiro se apilan como si un arcoíris se hubiera derretido en sus manos.

—Mira esto, dijo Toruno, sacando un anillo con un diamante que reluce como si atrapara las estrellas en su interior.

—Toruno, esto es un milagro, susurra Catira, con los ojos empañados de lágrimas, mientras ambos se miran, incrédulos pero llenos de una alegría tan inmensa que no cabe en sus pechos.

Habían encontrado las mochilas de los turistas que habían desaparecido hace muchos años en ese recodo. En su contenido hay anillos de oro de todo tipo, collares, cadenas, pulseras, aretes, argollas, broches, relojes, dijes, cruces y muchas cosas más. No pueden estar seguros si la emo-

ción es más grande que el asombro o viceversa. Arrojan el contenido de la mochila roja a la playa, la luz hace brillar las piezas, el reflejo los ciega momentáneamente. Ella se prueba aretes y collares, él por su parte se prueba un reloj y un anillo. En el proceso llega el pánico ¿Qué hacemos? ¿Le decimos a alguien? ¿Cuánto costará esto? ¿Podremos venderlo? Son preguntas que se hacen el uno al otro y en su mente. Se quedan un momento en silencio uno frente al otro mientras se sacuden la arena del cuerpo.

Ya pasan las dos de la mañana del domingo, el cansancio es evidente, el agua es fría y pueden escucharse llorar los cocodrilos, la luz de las linternas hacen visibles y brillantes sus ojos y en la orilla parece árbol de navidad la orquesta de las luciérnagas. Ha llegado el momento, cierran las mochilas y abandonan la playa rumbo a la casucha del puerto del Mocho, al llegar se tornan nerviosos por el tesoro, nadie está cerca de la casucha, todos se han dormido en el pueblo a esa hora por lo que parece y los que no duermen, han salido a pescar. Guardan cuidadosamente el contenido traído en sus maletas y las dichas mochilas son enterradas en el patio, la noche de bodas fue una gran sorpresa para ambos, no lo pueden creer y tampoco lo quieren contar a nadie. La noche se confunde con la madrugada, pero no por lo que se supone que debe ser la noche de boda, más bien, sus pensamientos sobre las joyas, sobre qué harían, como las usarían o venderían. Alrededor de las cinco de la mañana ya están listas las maletas, realmente estaban casi listas. Los primeros en llegar a la casucha son los padres de ella, en unos

minutos más llegan los padres de él. La emoción de estos tampoco los dejó dormir muy bien, sus hijos se marchan del nido y volarán en su propio vuelo. Ellos solo quieren despedirlos, Chucho y Mocho cargan las maletas hasta la carretera donde planean tomar el autobús.

Mocho hala con fuerza —¡Están pesadas! Dice acariciándolas. Pero no tiene idea de su contenido.

Chucho ayuda —Se llevan todo, compa. Dice entre risas, mientras ayuda a cargar.

Berta y Mora, preguntan por su noche de bodas. Los esposos esquivan el tema con un sencillo ¡Todo bien!

Se confunden los abrazos, se funden en besos y se dan bendiciones. El autobús llega pronto a recogerlos y suben con la vista puesta en sus padres. Se sientan al fondo, y en la ventana Toruno, por la ventana se ven los cuatro con tristeza y lágrimas en las mejillas, los recién casados también se despiden del Arol sin emitir palabras.

Kaibo es todo lo que habían soñado y más. Las calles estaban llenas de vida, los edificios son altos y coloridos, y el lago de Kaibo es inmenso. Al principio, se sienten un poco abrumados por el cambio, pero pronto se adaptan. Poco a poco venden algunas joyas en lugares distintos y de forma discreta, tienen mucho dinero producto de la venta de su tesoro, pero no desean la vida de millonarios, hacen un pacto de vivir sencillamente.

Toruno encuentra un pequeño restaurante cerca del puerto del lago, lo compra y trabaja humildemente allí. Tiene un par de ayudantes de cocina, en el frente puede

verse la pequeña valla con el colorido nombre “El Arol”.

La Catira, por su parte, decide abrir una tienda de artesanías donde vende sus productos con la colaboración de una ayudante, esas hermosas creaciones son con madera, piedras, cuero, resina y otros materiales más. En frente del local colocan una valla pequeña pero muy llamativa con el nombre que había soñado siempre.

“Catira & Toruno”

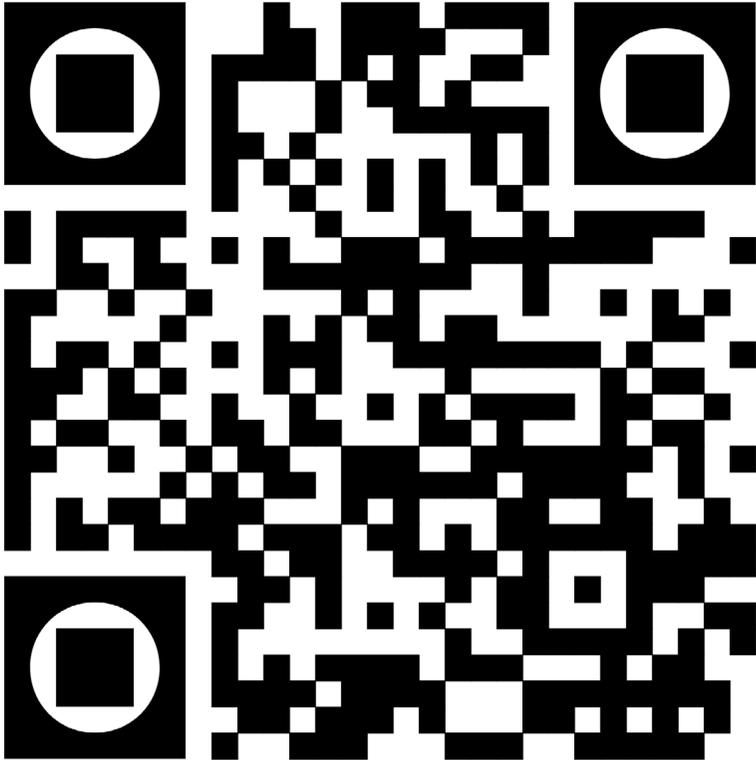
El arte del amor”

La vida en Kaibo no siempre es fácil, pero el dinero nunca falta, no usan las joyas, pero el dinero paga todo lo que desean. Pueden tener una casa de verdad, con servicios de electricidad, telefonía, internet, televisión, teléfonos, computadoras, carros y motocicletas. Tres habitaciones con aire acondicionado y todo amoblado, las necesidades de las que eran víctima en el Arol han pasado definitivamente. Pero no son ostentosos y orgullosos. Hay momentos de nostalgia por su pequeño pueblo, momentos de incertidumbre y desafíos que superar. Pero juntos, Toruno y Catira enfrentan todo lo que se les presenta. Él cursa sus estudios en filosofía y ella en veterinaria en la misma universidad.

Los años pasan como en cámara lenta, cambian su estilo de vida drásticamente de lo rural a lo urbano, ella se convierte en una exitosa médico veterinario con un consultorio lleno de animales mientras que él se convierte en un humilde profesor, como una vez le había dicho a Guagua, es feliz en la universidad de la ciudad enseñando filosofía occidental. Tienen dos hijos, una niña hermosa de ojos ver-

des con los rasgos rubios como los de ella y un niño moreno muy pícaro como él, los retoños crecen felices y sanos a las orillas del lago, envejecen juntos. Pero ellos siempre recuerdan con cariño y añoranza las fantabulosas aventuras que habían vivido en el pequeño pueblito a las orillas del Arol.

Fin



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones



Publicación digital de Ediciones Clío
Abril de 2025

FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

El Arol, de Neptaly Fuenmayor, es una obra que entrelaza diversas historias humanas en un pueblo ribereño, explorando temas como el amor, la traición y la redención. Toruno, un joven pescador, vive un romance complicado con Catira mientras enfrenta dilemas familiares. La narrativa se desarrolla entre paisajes fluviales y escenas cotidianas, mostrando la crudeza y belleza de la vida rural. Personajes como Chucho, Mora y Jeny aportan capas de complejidad al relato, abordando cuestiones de lealtad y sacrificio. La prosa evoca vívidamente los elementos naturales, especialmente el río Arol, que actúa como testigo y catalizador de las emociones humanas. La historia combina realismo mágico con drama psicológico en un ambiente cargado de simbolismo.



Neptaly de Jesús Fuenmayor Abreu es un apasionado profesor de matemática y física, cuenta con más de veinte años de labor docente en los niveles de educación primaria, bachillerato y universitaria en instituciones públicas y privadas de Venezuela y Ecuador. Se desarrolló como facilitador de estrategias matemáticas en formación de maestros de primaria en el programa de actualización en matemáticas de la fundación empresas Polar. Fuenmayor es licenciado en educación mención matemática y física de la Universidad del Zulia de Venezuela, con una maestría en administración de la educación básica de la Universidad Rafael María Baralt de Venezuela. Además, se certificó en formación de formadores con SMART-CONSULTANT-DISCOVERY&INNOVATON S.A.S. B.I.C, tiene un diplomado en IA por la Universidad de la Américas y es el autor de los libros Caminando con Tánatos y La Vicisitud hecha hombre, ambas obras publicadas por Ediciones Clío. Actualmente se desempeña como profesor de física e investigación en un colegio privado de Quito-Ecuador.

Dr. Jorge Fyrmak Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>



Fundación Ediciones

Clío